

R. P. JOAQUIN

SOR MARÍA DE JESÚS

SU BIOGRAFÍA.

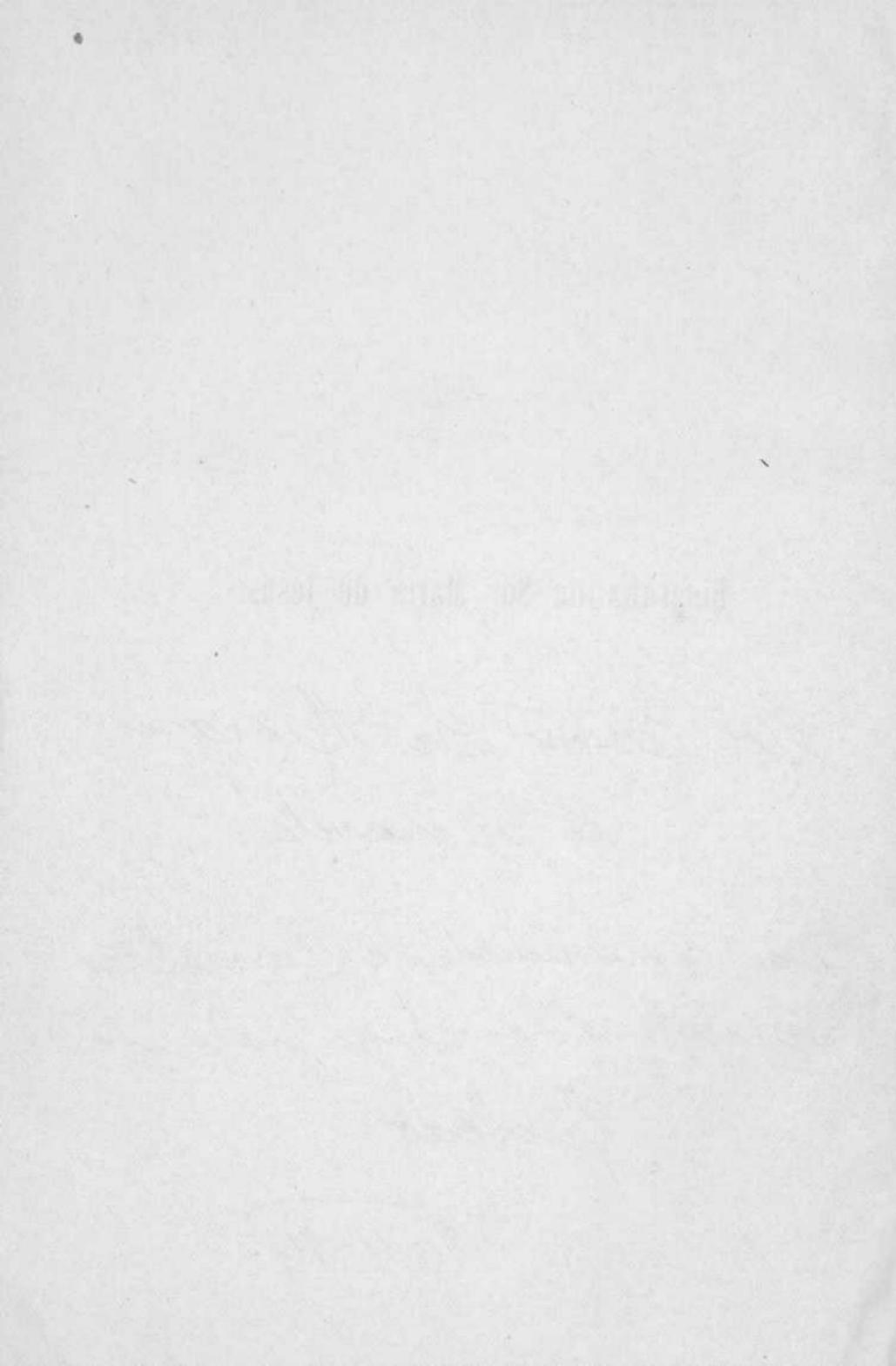


Biografía de Sor María de Jesús.

Al Excmo. Sr. Marques
de Benavites

La Comunidad de Carmelitas
Descalzas de San José de
Coledo

9-11-919



MAS QUIERO PADECER, QUE GOZAR



Fototipia Castañeira, Alvarez y Levenfeld. Madrid

El Niño Dios se vá de los brazos de S. José a los de Sor María de Jesús

La Sierva de Dios

Sor María de Jesús

Carmelita Descalza

y

«Letradillo de Santa Teresa de Jesús»

(Compendio de su prodigiosa vida y heroicas virtudes)

por el

P. Joaquín de la Sagrada Familia

Carmelita Descalzo.



TOLEDO—1919

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SUCESOR DE J. PELÁEZ

LUCIO, 8 Y 10, TELÉFONO 32.

APROBACIONES

LICENCIA DE LA ORDEN

Nihil obstat

Fr. Gerardus a Sto. Joanne a Cruce.

Nihil obstat

Fr. Stephanus a Sto. Joseph.

Imprimi potest

Fr. Sebastianus a Jesu Maria,

Provincialis Carm. Excale. Castellæ Veteris.

LICENCIA DEL ORDINARIO

Imprimatur

† **Victorianus, Cardinalis Guisasola et Menéndez,**

Archip. Toletanus.

APROBACIONES

LICENCIA DE LA GRUEN

WILLI BRUNN

Dr. Brunner & Co. Leipzig & Berlin

WILLI BRUNN

Dr. Brunner & Co. Leipzig

WILLI BRUNN

Dr. Brunner & Co. Leipzig

Dr. Brunner & Co. Leipzig

Quedan reservados

los derechos de propiedad.

LICENCIA DEL ORDINARIO

WILLI BRUNN

Dr. Brunner & Co. Leipzig & Berlin

Dr. Brunner & Co. Leipzig

A la Santísima Virgen del Carmen:

Reina y Señora mía: Si deber de gratitud es corresponder a los beneficios recibidos de tu mano bendita, ninguno más obligado que yo a pagarte esta deuda. Tú, cual madre tierna y cariñosa, me segregaste de entre los pecadores del mundo, introduciéndome en la tierra fértil del Carmelo, preservaste mi existencia de inminentes peligros de muerte, me alientas en los sufrimientos, me prestas ayuda en las empresas, me defiendes de las asechanzas del ángel malo, tienes aprisionado mi corazón con la áurea cadena de tu purísimo amor, para que jamás me separe de Ti. ¿A quién, pues, si no a Ti, dulce Madre y Hermosura del Carmelo, dedicaría yo este pequeño trabajo, primera obra de mis manos que ve la luz pública y bosquejo imperfecto de la admirable vida de vuestra amadísima Hija Sor María de Jesús? Recíbele como prueba de reconocimiento a tantos y tan grandes favores, pues te le ofrece con inmenso cariño el último de tus hijos

Fr. Joaquín de la Sagrada Familia.

Toledo día 27 de Agosto de 1918

Festividad del Corazón transverberado de Santa Teresa de Jesús.

ADVERTENCIA

Obedeciendo los decretos emanados de la Santa Sede, singularmente los del Sumo Pontífice Urbano VIII, de 13 de Marzo de 1625, 5 de Julio de 1634 y 6 de Junio de 1638, declaro que todo cuanto digo en esta biografía sobre los sucesos extraordinarios de la vida, virtudes heroicas y dones sobrenaturales de la Sierva de Dios Sor María de Jesús, así como también respecto de sus milagros después de la muerte y de los calificativos de santa y venerable que la atribuyo, y a cualesquiera otras personas que frecuentemente cito, no es mi intento afirmarlos con otra autoridad que la puramente humana, sin pretender prevenir el juicio de la Iglesia, de quien me confieso obediente hijo, y a cuyo juicio someto cuanto he escrito en este libro.



Prólogo del Emmo. Sr. Cardenal Guisasola.

La invitación que nos hizo el Rvdo. Padre Joaquín de la Sagrada Familia de escribir algunas líneas a manera de prólogo de su obra Vida y Virtudes de la Sierva de Dios Sor María de Jesús, C. D., fué por Nos recibida con júbilo, porque desde que tuvimos noticia de ésta, en los primeros días de nuestra llegada a Toledo, y, con más vehemencia, desde que visitamos el sepulcro de la Venerable religiosa en el Convento de San José de esta Ciudad, sentimos vivos anhelos de contribuir a la divulgación entre el pueblo de vida tan amirable, estimando esta modesta cooperación, que Dios nos depara, como un especial favor suyo. Mas al tratar de cumplir nuestro empeño, sentimos muy hondamente la desproporción que media entre la empresa y nuestro escaso poder. Todo en Sor María de Jesús aparece grande, sobrenatural y divino, y ante esto sólo cabe inclinarnos respetuosamente, alabando a Dios por las maravillas de su misericordia y de su gracia, y esperar confiadamente juicios más altos, soberanos y definitivos.

Lo que podemos hacer, y con todo encarecimiento lo hacemos, es exhortar a los fieles a que por sí mismos aspiren el aroma de virtud y santidad que suavemente se desprende de los principales hechos de esta vida, que el autor cuidó de depurar narrándolos con toda sencillez y robusteciéndolos con auténticos testimonios de irrefragable valor histórico. Ellos dicen con la mayor elocuencia que, por María de Jesús, la

Orden Carmelitana ha sido ennoblecida, la Ciudad de Toledo santificada y nuestra amada España glorificada con un nuevo eslabón en la cadena áurea que forman sus místicos y sus Santos.

Será además fecunda la serena meditación de esa vida ejemplar, porque con ser tan alta y tan superior a todo humano esfuerzo, es imitable en diversos grados, pero en toda su integridad, respecto de aquellas virtudes que no sólo son sillares de la más encumbrada santidad, sino sólido y necesario fundamento de la vida cristiana; tales son la penitencia corporal y la purificación del espíritu, la abnegación de sí misma y la resignación total a la adorable voluntad de Dios, que resplandecen, diríamos, como un Sol, fundidas por el amor de Dios, en el sereno espíritu de la virgen carmelitana, y que todos, absolutamente todos, cualquiera que sea nuestro estado, debemos procurar que sean el rico tesoro de nuestra alma.

Deberían ser estas virtudes patrimonio igualmente de la sociedad cristiana en contra del lujo y de las modas que arruinan las familias y corrompen las costumbres públicas, y sobre todo en contra del culto de la carne y de las pasiones que asfixian y matan el espíritu. El ansia de riquezas y de comodidades y placeres, rechaza y excluye por incompatibles la sobriedad, la mortificación, la penitencia cristiana, que son puente y camino de las más puras elevaciones del alma hacia Dios. Por eso, en el orden espiritual, se ha introducido un violento desequilibrio y arrastramos una existencia endeble y lánguida, cuando no es cobarde, para luchar con los sinsabores de la vida, porque Dios se va ausentando de nuestra sociedad.

La vida de Sor María de Jesús, presenta amables estas virtudes, que el mundo teme, y es una afirmación de vida frente a tantas negaciones de muerte. Ella contiene una exacta

comprensión de la realidad mundana y de su valor, que es nulo si no nos acerca a Dios, de quien únicamente puede recibir dignidad, estabilidad y perpetuidad.

Es igualmente imitable esta vida en la práctica de la obediencia, que Sor María llevó hasta el sublime grado revelado en el hecho de pedir licencia para morir ya. No hemos leído este pasaje sin honda emoción, porque él nos descubre cómo la obediencia constituye la fisonomía propia de esta religiosa, y ella fué el misterioso encadenamiento causa y efecto de la soberana perfección de su alma. La verdadera virtud tiene por piedra de toque la obediencia, y con obediencia rendida, ¡cuán deprisa se adelanta en todas las virtudes! Todos debemos obedecer, y en este ejercicio se han moldeado y afirmado los grandes caracteres del Cristianismo. Por la ausencia de esta virtud abundan hoy los voluntariosos, los víctimas del capricho, incapaces de toda obra grande, porque les falta el tesón y la permanencia para vencer dificultades, y sobre todo las que nacen de nosotros mismos.

No hemos de continuar señalando y ponderando cada una de las virtudes eximias, de que fué compendio y espejo maravilloso la admirable vida de esta Sierva de Dios; mas confiamos que, al recorrerla los piadosos lectores, vendrá frecuentemente a sus labios la exclamación del Real Profeta: mirabilis Deus in sanctis suis, y más de una vez considerarán con edificación profunda, los prodigios que, en los que a ella fielmente corresponden, es capaz de operar la gracia del Señor, a la que San Pablo inspiradamente califica de multiforme.

Haga el Señor que el conocimiento fructuoso de vida tan ejemplar se difunda y que la íntima persuasión que revelan estas líneas sea sancionada por el infalible juicio de la Iglesia para mayor gloria de Dios y para provecho de las almas, y que en día cercano podamos colocarnos a Nos y a todos nues-

tros amados diocesanos bajo el excelso patrocinio de la venerable Sierva de Dios Sor María de Jesús, a quien tuvieron por santa San Juan de la Cruz, Maestro de santidad, y Santa Teresa, la Seráfica Doctora, que la llamaba su hija de bendición.

Toledo 15 de Octubre, fiesta de Santa Teresa, de 1918.

El Cardenal Guisasaola y Menéndez,

Arzobispo de Toledo.



Dos palabras.

Hace algún tiempo publiqué un sencillo artículo en la prensa católica, explicando el origen y significado de este título: «El Letradillo de Santa Teresa», con el cual honró la Seráfica Virgen de Avila a su querida discípula, e hija Sor María de Jesús, mientras convivieron las dos en el convento de San José de Toledo. El mal perjeñado artículo, con algunos datos biográficos que inserté en una tirada de treinta mil estampas de la Sierva de Dios, cual chispa eléctrica, produjo hondo estremecimiento en muchos corazones, sacudió la pesadez de su indiferencia religiosa, despertó simpatías y entusiasmo hacia la Consejera de Teresa, la gran Santa y *Madre de la Iglesia Católica*, como la llama el Padre Fáber; y héme aquí acosado de innumerables personas que, ávidas de conocer la vida de la insigne Carmelita, piden con urgencia les remita ejemplares de su biografía. El deseo de complacerlas torció mis planes, me obligó a suspender los trabajos de su biografía extensa, y hube de emprender la tarea de escribir esta abreviada historia.

Para entretener este ramillete de sucesos de su portentosa vida, he tenido a la vista los documentos que hablan de ella, escritos por sus contemporáneos y otros posteriores dignos de toda fe, los cuales son:

a) Relación de la Reverenda Madre Isabel del Santísimo Sacramento, la cual escribió siendo Priora, de 1631 a 1634, según consta en la misma relación.

b) Relación de la Reverenda Madre Beatriz de San José, empezada a escribir por mandato de los Prelados el 23 de Mayo de 1640.

c) Relación de Catalina de la Concepción.

d) Relación de Inés de San José. Esta y la anterior fueron escritas dos meses después de la muerte de Sor María de Jesús en 1640.

e) Deposition Jurídica de la Reverenda Madre Ana de la Trinidad.

f) Deposition Jurídica de la Reverenda Madre Catalina de Cristo.

g) Deposición Jurídica de la Reverenda Madre María Evangelista.

h) Deposición Jurídica de la Reverenda Madre Beatriz de San José. Estas cuatro deposiciones se tramitaron en Mayo de 1646.

i) Biografía escrita por el Reverendo Padre Maestro Fray Francisco Acosta, religioso de la Orden de San Agustín, impresa en Madrid por Domingo García Morxás, año de 1648.

j) Relación de la Reverenda Madre Antolina de la Visitación.

k) Relación de la Reverenda Madre María Teresa de Jesús.

l) Relación de Sor Teresa María de Jesús.—Escribiéronse estas tres relaciones en Junio de 1703, tratan de sus milagros después de la muerte.

m) Crónica de la Reforma del Carmen, escrita por el reverendo Padre Manuel de San Jerónimo, impresa en Madrid por Jerónimo de Estrada, año de 1706. T. V, págs. 754 a 803.

n) Escrituras otorgadas por la Sierva de Dios en Molina y Toledo ante Notarios Públicos, que se conservan en el archivo de familia y en el de Protocolos de la Ciudad Imperial.

ñ) Cartas de la misma Sierva de Dios escritas a varias personas.

Mi trabajo, por tanto, se ha reducido a entresacar lo sustancial e interesante de esos documentos, quitándoles todo lo accesorio que pudiera interrumpir su fluidez; sin desdeñar empero, valerme de sus palabras, siempre que lo he considerado necesario. La concisión que he perseguido, con el objeto de facilitar esta lectura y hacerla amena al mismo tiempo, me obligó a darle otra forma diferente de la seguida comunmente por los biógrafos hasta ahora.

Si bien nuestro siglo, no es como el de Sor María de Jesús, abundante en virtudes cristianas, porque la fe divina brillaba entonces en España como el sol en su cénit, sino, al contrario, muelle, inmoral y descreído; no obstante, abrigo la dulce esperanza de que esta pequeña historia despierte en más de un corazón el amor a la virtud, y haga que muchos se coloquen bajo el estandarte de nuestro Divino Redentor, para batallar contra el mundo, el demonio y la carne, nuestros eternos e implacables enemigos. Dios quiera hacerlo así, pues con ello no me propongo otra cosa, sino su mayor honra y gloria, la salvación de las almas, y popularizar más en nuestra patria y aun en el extranjero la devoción a la simpática y nobilísima Carmelita.

EL AUTOR.



Capítulo primero.

NINEZ DE MARÍA DE JESÚS

(1560-1572)

España en el cénit de su gloria.

El siglo XVI fué llamado en España *siglo de oro*, porque esta Nación llegó entonces a la cumbre de su engrandecimiento. Ella, en el transcurso de seis centurias, había destrozado el poder de los Almohades en las Navas de Tolosa; acabó con el Korán en Granada; venció con su infantería en Ceriñola; aniquiló el poderío Mejicano en Otumba; destruyó la soberanía del Turco en Lepanto, y, sobre todo, venció a Francia, su mayor rival, en Pavía, trayendo a su Rey prisionero a Madrid. Ella había levantado Catedrales como las de Burgos, León, Sevilla y Toledo; alcázares, iglesias, palacios y monasterios que hacen de su suelo incomparable museo, cuyo digno remate es San Lorenzo del Escorial. Ella había fundado Universidades tan célebres como las de Alcalá, Salamanca y Valladolid.

Y ahora, en la centuria dieciséis de la era Cristiana, sentada en soberbio trono formado de oro y pedrería, con las coronas de sus vencidos, extendía el cetro de su poder sobre Nápoles, los Países Bajos, Cerdeña y el Milanésado; gobernaba las islas de Canarias, Cabo Verde, Filipinas y Madera; civilizaba el Nuevo Mundo e imponía su voluntad al antiguo.

Y para no envidiar a Homero, Demóstenes, Cicerón y Virgilio, ahora veía surgir de sus centros docentes hablistas, lite-

ratos y oradores, entre los que sólo contaremos a Granada, Rivadeneira, Fray Luis de León, Tirso de Molina, Lope de Vega y, sobre todo, Cervantes, príncipe de los genios, inmortal en sus obras y único en su poder mágico para deslumbrar la inteligencia, suspender el ánimo y arrebatarse el corazón.

Y queriendo tener vida propia en el arte, consigue en pintura formar la escuela de Morales el *divino*, Navarrete, Vargas, Céspedes y Juan de Juanes. Y si inventada la imprenta se quiere ver limpia la Biblia de las corrupciones de los antiguos amanuenses y leer puros los textos originales, la Iglesia lo consigue con la Poliglota Complutense y la de Arias Montano. Y si los errores todos se debelan y la doctrina ortodoxa queda clara y terminantemente definida en el Concilio Tridentino, será, después de la asistencia del Espíritu Santo, por el apoyo, incremento y fuerza que da a aquella augusta asamblea España con sus renombrados teólogos.

Y como preciosísimo remate de sus glorias, formó una legión de bienaventurados que la enaltecen, como los hijos honran a su madre, al ser canonizados por la Iglesia. El orbe católico ensalza a España cuando alaba las virtudes, los heroísmos y la santidad de Ignacio de Loyola y su Compañía de Jesús, de Pedro Alcántara y su Descalcez Seráfica, de Teresa de Jesús y su Reforma Carmelitana.

Entre esa brillante pléyade de almas grandes vió España florecer en el *siglo de oro* a la insigne María de Jesús, una de las piedras más resplandecientes del Carmelo-Teresiano y una de las flores más fragantes de Castilla, de cuya vida vamos a ocuparnos.

Patria, Padres y Nacimiento de María.

En Tartanedo, pequeña villa de la Provincia de Guadalajara y Diócesis de Sigüenza, situada trece kilómetros al Norte de Molina de Aragón, existía un Palacio medioeval donde vivían D. Antonio López de Rivas y D.^a Elvira Martínez Rubio, esclarecido matrimonio, cuya sangre ennoblecían los Condes

de Noreña, los de Valverde, los Marqueses del Valle Ciliciana, los Reyes de Francia y de Navarra y el ilustre guerrero Guillermo de Rivas, capitán de los ejércitos de Alfonso VI en la conquista de Toledo.

Poco más de nueve meses llevaban de residencia en la antiquísima villa de sus antepasados, cuando el 18 de Agosto de 1560 les nació la primogénita, verdadero don del cielo, la cual aparecía en el severo y vetusto alcázar de los Rivas, como un rayo del sol de primavera. El día 25 del mismo mes fué regenerada con las aguas del santo bautismo, que le administró el Presbítero D. Juan Serrano, en la única Parroquia de San Bartolomé de dicha villa. A petición de sus padrinos D. Juan de Rivas y Bárbara Tello, se la impuso el nombre de María, como dulce presagio de los destellos celestiales con que alumbraría, cual refulgente estrella, a muchas almas en el proceloso mar del mundo.

Primeros indicios de su santidad.

Aún no hablaba la niña, y ya conocía a Dios con toda claridad y le amaba tiernamente (1). Las primeras palabras que pronunció su lengua fueron los nombres de Jesús y María, los primeros gestos de sus manos hacer la señal de la cruz, y sus primeros pasos se encaminaron al templo.

Desde los primeros albores de su vida, esta niña demostró que no había venido al mundo a gozar de las cosas de la tierra, sino para disponerse a disfrutar eternamente de las delicias de la gloria. Por eso, apenas salió del dominio de la nodriza, empezó a domar su inocente cuerpecito ayunando algún día a la semana, durmiendo en el duro suelo y mortificándose de varias maneras.

Profesaba tiernísimo amor a la Santísima Virgen, saltaba

(1) Relación de Beatriz de San José, folio 2.º, y el Reverendo Padre Acosta en su biografía, cap. I, pag. 6.

su corazón de júbilo al oír hablar de ella, se preciaba mucho de llevar su nombre dulcísimo y sentía indecible gozo cuando lo pronunciaba. Su recreo reducíase a levantar iglesitas con los juguetes, y si su madre o cualquiera otra persona la regalaba alguna muñeca, inmediatamente la transformaba en imagen de Nuestra Señora, colocábala en su altar, arrodillábase ante ella y la rendía adoración, diciendo el Ave-María o la Salve. Rezábala atenta y fervorosa el Rosario diariamente, cuya recitación la extasiaba.

María ve en la frente de sus padres la aureola divina de que Dios ha querido rodear la autoridad doméstica, siente que irradia sobre el hogar cristiano algo de la majestad augusta, de la bondad suavísima y del amor inefable del Padre de todos, de Nuestro Padre que está en los cielos. Por lo mismo, obedece a los dignísimos vicegerentes de Dios en el hogar; no como los demás niños, por rutina, debilidad e inclinación natural, sino libremente; con plena sumisión de juicio y voluntad; sin réplicas, ni tardanzas; con gusto y prontitud; aun cuando fuese difícil o desagradable lo mandado.

Ella, además, nunca se altera, ni se disgusta, ni porfía. Muchas veces, cuando suena el trueno de la discordia entre los criados de su casa, sus padres contemplan asombrados que, al presentarse la niña en el sitio de la contienda, se calma la tempestad, sola su presencia basta para reconciliar los ánimos enconados y sosegar las pasiones alborotadas. Esto mismo observan los vecinos admirados, cuantas veces tienen ocasión de presenciar alguna de esas escenas, lo cual dió justificado motivo a llamarla: *Pacificadora de la casa*.

Si ante la niña María se referían calamidades, aflicciones e infortunios, entristecíase y lloraba, cual si fuera propia la desgracia. Cuando los mendigos se acercaban a la puerta en demanda de pan para saciar el hambre, avisaba a las criadas y les mandaba remediasen a aquellos pobres harapientos, quedando contentísima de haber aliviado al menesteroso,

Orfandad y segunda Patria de María.

Todo era alegría en el palacio de los Rivas contemplando las gracias y virtudes de la niña; pero un suceso inesperado hizo desaparecer tanto gozo. El piadoso D. Antonio, jefe de esta pequeña familia, enfermó entrado ya el año 1564; algo más de seis meses y medio estuvo postrado en el lecho del dolor, a últimos de Julio de este año se agravó la enfermedad, y el 1.º de Agosto entregó santamente su alma al Creador, recibiendo cristiana sepultura en la Capilla de Santa Catalina, panteón donde yacían los restos de sus abuelos paternos.

Los padres del malogrado D. Antonio, trasladaron en Otoño a doña Elvira y a la niña María, de Tertanedo a la ciudad de Molina. La Sra. Viuda de Rivas, sosegada del traslado y normalizada la vida ordinaria, emprendió la delicada labor de educar a su hija, pues sabía, que después de haberla dado la vida material, debía prepararla para la vida moral, dirigiendo su corazón y su espíritu, a fin de que, cuando llegase a la adolescencia, le fuese fácil la práctica de las virtudes. La base de esta educación fué el santo temor de Dios. Explicábala el catecismo de la doctrina cristiana, leía libros religiosos, instruía en los deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo misma, la apartaba de toda clase de juegos infantiles y de amiguitas, en una palabra, criábala en toda virtud y sólo para Dios. A las enseñanzas y desvelos de madre tan solícita, correspondía la niña escuchando atenta y reverente estas instrucciones y practicando los buenos ejemplos que de ella recibía.

María en las aguas del «Gallo».

Los nobles sentimientos y virtudes de nuestra huerfanita robaban el cariño del Padre celestial que la contemplaba extasiado. La Reina de los ángeles la miraba con ternura y dis-

poníase a premiar el amor puro, ardiente y desinteresado que la profesaba esta criatura angelical. Era una tarde apacible de primavera de 1565, la niña María se hallaba en el jardín de casa jugando con un membrillo que se le cayó al río *Gallo*, el cual bañaba la cerca del huerto. Viendo su juguete en el agua, se arroja por él, creyendo sería este elemento tan sólido como la tierra; mas bien pronto experimenta el desengaño. La corriente se la lleva, los transeuntes quieren sacarla, pero el peligro es inminente para ellos y se detienen; cuando ya se la consideraba irremisiblemente perdida, entreábrense los cielos, aparece la divina Emperatriz, rasga la esfera, desciende sobre las aguas del *Gallo* irradiando resplandores, habla a la niña con dulzura, y, cual madre cariñosa, la dice: *María, dame tu manecita, pues te quiero para hija mía.....* La niña alarga su mano, la Virgen se la estrecha tiernamente, la coloca en su regazo, la embriaga con su encantadora belleza, la sube a una colina de las *Terrereras* y allí la deja libre de todo peligro, sin la menor señal de haberse caído en las aguas. Así premia la Madre de Dios los servicios de nuestra María hechos en su honor; así daba a entender la Reina del cielo, cuánto velaría siempre por esta criatura a la cual adoptaba por hija suya.

La pequeña Asceta.

Dotada de un alma toda contemplativa María, a los siete años de edad, parecía una pequeña asceta sedienta de soledad para perderse en Dios. Ella huía del bullicio de criadas y visitas y, retirada en algunas de las habitaciones más escondidas de la casa, pasaba largas horas de rodillas, inmoble y arrebatada en oración. Sin saber qué cosa era presencia de Dios, la niña pensaba en Él, siempre le contemplaba con los ojos del espíritu, vivía habitualmente en el cielo. Enamorada de los encantos y bellezas que descubría en la Divinidad, ansiaba copiar en su alma algo de aquellas perfecciones infinitas, esmerándose mucho en cultivar la pureza de alma y

cuerpo, cercándola con la modestia en el vestido, en las acciones, en las miradas, en el modo de andar, en la conversación y en todo su exterior, para conservar esta virtud en toda su belleza.

Una profecía del Confesor.

Desde ahora la niña busca un diestro piloto que guíe la navecilla de su alma por entre las encrespadas olas del tempestuoso mar del mundo. Quizá inspirada por Dios, se dirige al convento de San Francisco y elige a un religioso anciano que, en Molina y su comarca, era venerado por su gran sabiduría, suma prudencia y santa vida. A él confía los secretos de su conciencia y la dirección de su espíritu. María solía confesarse cada ocho días. Cuando el santo confesor se penetró bien de los tesoros de candidez, limpieza de corazón y celestiales aspiraciones de esta niña, cuantas veces se acercaba al confesionario y le descubría con sinceridad su corazón, derramando lágrimas de ternura y en tono profético, la decía: *¡Oh, señora, y para qué grandezas ha criado Dios a vuestra Merced, Bendito sea el que la crió!*

En el gran día de la Primera Comunión.

Bajo la sabia dirección de este venerable anciano, aprende a prevenirse contra las primeras y pertinaces luchas con que el demonio pretende entronizarse en los corazones en esta época de la vida, sírvese de sus consejos, cual de redes metálicas, para resistir a los asaltos de las tres concupiscencias y vivir en dulce calma de pasiones, apetitos y sentidos.

María, enardecida en vehementes deseos de unirse al Señor, instaba a su director la concediese la inefable dicha de recibir la primera comunión. No se sabe a punto fijo la fecha de este memorable acontecimiento, pero sí es cierto, que el santo confesor, viendo la hermosura de alma y la precoz inteligencia de la niña, accedió a los reiterados ruegos

de su angelical penitenta. Una preparación seráfica precedió al *gran día*, decir todo lo que la revelaron en su interior durante aquellos instintos felicísimos y las cosas que se la prometieron, es imposible; mas al primer abrazo del Dios Eucarístico, su alma se conmueve profundamente, siente la fragancia de aquel beso amoroso y se llena de ternura. Habiendo gustado cuán dulce y suave es el Pan divino, María quiere vivir la vida de Jesús, y consigue comulgar semanalmente.

Vocación al Claustro.

María frisaba en los ocho años; mientras se engrandecía con los heroísmos de una vida humilde, pura, caritativa, mortificada y abstraída de lo terreno, Dios la regalaba con sus inspiraciones, hablaba a su corazón; ella escuchaba las voces secretas del Señor, entendiendo claramente que la llamaba para sí; la divina inspiración suscita en su alma vehementes deseos de seguirle y consagrarse toda a su servicio en la soledad del claustro, lejos del bacanal estrépito del mundo; quisiera realizar sus ansias, pero ni su corta edad, ni sus fuerzas se lo permiten. Aunque niña, estimó prudente no revelar a nadie el secreto del divino llamamiento, guardándolo, cual rica perla, en la concha de su corazón, correspondiendo a él con mayor rectitud y fervor en sus obras.

Nueva orfandad de la niña.

Era el día 3 de Marzo de 1568, cuando D.^a Elvira contrajo segundo matrimonio con el distinguido caballero D. Cristóbal Caba, natural de Tragacete, pueblo de la provincia de Cuenca. La buena madre intentaba llevarse a su querida hija; mas ni los abuelos paternos, ni los tutores de la niña, asistidos del derecho, permitieron saliera de la ciudad de Molina, a fin de evitar los desvíos que pudiera recibir del padrastro.

María, huérfana otra vez, sin el cariño y compañía de su madre, quedó en el palacio de sus abuelos y bajo la tutela de sus tíos D. Jerónimo de Rivas y D.^a Isabel de Ureña, que vivían en el mismo domicilio. Todos estimaban a nuestra huerfanita como a la pupila de sus ojos, y seguían educándola con igual esmero que su madre.



Capítulo II.

JUVENTUD DE MARIA

(1572-1577)

Entre los lazos del mundo.

Tras un período de cuatro años, pasado en el ejercicio constante de obras de piedad y de virtud, María habíase desarrollado físicamente de una manera extraordinaria, más bien que en los albores de la adolescencia, parecía hallarse en plena juventud. Ella, considerándose ya con suficientes energías y robustez para la vida religiosa, revolvía en su mente cómo descubrir a sus abuelos y tutores las inspiraciones que recibiera del Altísimo; pero éstos, que pensaban de otro modo muy distinto, habíanla proporcionado ventajosos y nobilísimos enlaces matrimoniales.

Grande fué su turbación, cuando se la manifestó la decisión de sus mayores; mas no atreviéndose a contradecirles por amarlos y respetarlos mucho, sometióse humilde y obediente a su voluntad. María vióse obligada a aceptar las relaciones de un noble caballero que tenía pedida su mano, si bien renovando cada día su firmísimo propósito de no admitir esposo alguno. Además, forzosamente hubo de vestir con el lujo correspondiente a la elevada posición social de su linaje, y seguir los pasatiempos y vanidades mundanas; todo ello servíala de verdadero martirio, porque la luz interior hacía la ver con evidencia el grave peligro de perder la felicidad

eterna, si se dejaba arrastrar de los halagos y atractivos mundanales. Aunque precisada a vivir en aquel ambiente pestilencial, jamás omitió las prácticas piadosas, ni abandonó las santas costumbres de la niñez.

Su milagroso llamamiento al Carmelo.

Aturdida con el ruido ensordecedor del mundo y ahogada en la atmósfera pesada, donde tan a su placer viven los que se han dejado esclavizar de la carne, suplicaba durante la meditación, a su divina Majestad la diese a conocer el estado en que debía servirle mejor. Transcurrido algún tiempo, en el cual no cesaba de repetir los mismos ruegos, un día apenas terminó su ferviente súplica, oyó que, en su oratorio, la imagen de Jesús con la cruz acuestas, de la que era dedevotísima, la decía: *Te quiero para Carmelita Descalza.*

No acostumbrada a semejantes locuciones, se la figuró que la respuesta no había sido real, sino ilusión de su exalada fantasía. Al cabo de dos meses, orando ante la misma imagen con igual fin, ésta abre sus labios y responde: *Te quiero para Carmelita Descalza..... Te quiero para Carmelita Descalza.* Ahora no lo atribuye a la imaginación, cree que aquí hay algo sobrenatural; mas no llega a convencerse completamente, pues teme ser engañada por el espíritu maligno, tal vez transformado en ángel de luz. Ella continúa pidiendo al Señor, le insta cada día con más fervor y abundantes lágrimas; Jesucristo, por última vez, hace resonar los ecos de su voz omnipotente en el oratorio, hablándola de esta manera: *Te quiero para mi esposa en las Carmelitas Descalzas.* ¡Oh voz de virtud infinita que calmas las olas del mar embravecido, ablandas el corazón de la Samaritana y resucitas los muertos!.... María la oye, se acaba de confirmar en que su destino sobre la tierra es el claustro, y conmovida de ternura, y abrasándose su corazón de amor divino, y regando los pies de la veneranda efigie de Jesús con la cruz acuestas,

con lágrimas de alegría, exclama: *Señor, si es vuestro gusto, sea muy enhorabuena, porque ese es también el mío..... Vamos, Señor, vamos.....*

Primeras gestiones para volar al Claustro.

Resuelta a seguir el divino llamamiento, se presenta al confesor, le manifiesta su deseo de ingresar Carmelita Descalza y le suplica la ponga al corriente de la regla de esta Orden. Enterada de la vida austera de la Reforma Carmelitana y de la merecida fama de *santa* que tenía en España su Fundadora, la Madre Teresa de Jesús, parecióle de perlas este Instituto, para satisfacer las aspiraciones de su alma. Pide, además, al mismo confesor escriba a la Madre Reformadora solicitando la admitiese en alguno de sus monasterios. El Reverendo Padre Antonio de Castro, que así se llamaba este director de nuestra aspirante, la ofrece de buen grado su influencia, y aquel mismo día escribe a Santa Teresa.

Bien informada la Santa de las excelentes cualidades de la ilustre María de Rivas, e instruída a la vez con luz sobrenatural de la extraordinaria santidad a que llegaría, contestó al Padre Castro, expresando el sumo gusto que tendría de recibirla.

Se impone a los obstáculos de su vocación.

María sólo contaba a la sazón trece años y medio; como menor de edad, hubo de manifestar a los abuelos y tutores, a su madre y padrastro la determinación de abrazar el estado religioso. Todos ellos se opusieron tenazmente al divino llamamiento de la noble doncellita, empleando amenazas, halagos, promesas y cuanto les sugería su ciego cariño, a fin de disuadirla de tal propósito, considerándole como una afrenta para toda la familia. Mas ella, firme en su desigmo, sin atender a razones de carne y sangre, se despojó de

sus preciosos vestidos, de sus ricas joyas, despidió a su prometido y empezó a ensayar el método de vida y austeridades del Reformado Carmelo. La mayor parte del día la pasaba recogida en ferviente meditación; ceñía su cuerpo con áspero silicio, con cadenillas y punzantes rosetas; su corazón se liquidaba entre brasas de amor seráfico, de tal suerte, que no la cabía en el pecho y parecía iba a *reventar*, según expresión suya.

Este proceder de María disgustaba lo indecible a sus parientes, los cuales valíanse ya de personas respetables, ya de las amigas, para que tratasen de quitarla la *ilusión*, como ellos decían, de ser monja; nada fué capaz de hacerla desistir de su vocación, antes al contrario, cada instante acrecentábanse sus vehementes ansias de verse entre las Carmelitas. Al fin, los mismos parientes, viendo su firmeza, rogábanla esperase algo más y vestiría el hábito de Santa Clara en el convento que allí se estaba construyendo a expensas de su tío D. Juan Malo Ruiz de Heredia, a lo cual se avendrían todos de buen grado. María no admitió la propuesta, porque no la quería Dios allí, sino sólo en el Carmelo.

¿En qué Convento ha de vivir?

Nada sabía la joven aspirante a la Reforma Carmelitana respecto al monasterio donde había de tomar el santo hábito, aunque se habían cruzado bastantes cartas entre ella y Santa Teresa; pero la Santísima Virgen, como Reina de la Orden, se encargó de indicarla el convento y la ciudad a donde la divina providencia quería llevarla. Por el mes de Mayo de 1577, nuestra María, acompañada de una criada, se dirigió al Santuario de Nuestra Señora de la Hoz a visitar la milagrosa y mil veces veneranda imagen de la Virgen que allí existe, desde tiempos muy remotos, con ánimo de despedirse ya de ella para siempre. Postrada ante las plantas de la Madre de Dios, derramaba su alma en la presencia de su querida Patrona, contándole sus luchas y cuanto sufría; pedíala su

ayuda maternal para obviar los obstáculos que aún se le presentaran contra la vocación y le alcanzase la perseverancia en su Orden; estas y otras cosas la exponía con ternura. La Virgen miraba a María llena de cariño, escuchaba complacida sus súplicas, y para infundirla nuevos alientos, se entretuvo con ella en dulcísimos coloquios, diciéndola por último: *Hija mía, en Toledo quiero que seas Carmelita Descalza*. Embriagada de inefables consuelos salió nuestra aspirante del Santuario de la Hoz y resuelta a dar el último avance contra los más contrarios a sus santos deseos.

Triunfa de los opuestos a su llamamiento.

Efectivamente, María escribe, por última vez, a su madre y padrastro, solicitando su consentimiento, como requisito sin el cual no podía ingresar en el Carmelo. A las dos semanas de haber escrito esta carta, recibe otra de Santa Teresa, fechada en Toledo, en la cual le decía fuese allá cuanto antes y ella misma la vestiría el santo hábito. No pudo efectuarlo así la ilustre aspirante, porque su madre no contestaba a la última carta, como tampoco se había dignado contestar a otras muchas sobre el mismo asunto.

En vista de que el consentimiento materno ni había llegado ni se esperaba llegase, ni el tutor se atrevía a darla el suyo, ella se presenta al Corregidor de la ciudad en demanda de autorización judicial para abrazar el estado religioso. Era el 20 de Julio de 1577; a media mañana sale sola de casa y comparece ante el Corregidor D. Diego Martínez de Soria y el Escribano D. Luis Manuel; se la somete a un interrogatorio, al que responde con serenidad y santa intrepidez, del cual se deduce la negativa injusta de su madre, dada hacía más de tres años, y la pasividad y disgusto de los tíos paternos. El Corregidor, al fin, enternecido de ver a María inflamada en vehementísimos deseos de ser religiosa, accede a la demanda, otorgando judicialmente el consentimiento necesario.

Una recomendación de Santa Teresa.

Obtenida la licencia del Corregidor, María dió cuenta a Santa Teresa de su próximo viaje a Toledo, pues ya tenía en su poder el requisito tan deseado. Luego arregló los asuntos de su legítima paterna y repartió entre algunas primas y jóvenes pobres sus joyas y bienes muebles. Mientras tanto, su carta fué de Molina a la Ciudad Imperial y de ésta a la de Avila, donde se hallaba la Santa Reformadora. Apenas la recibió, escribió inmediatamente a las Carmelitas de su Quinta Fundación, recomendándoles a nuestra María. *«Hijas—las decía—ya se la envió con cinco mil ducados de dote, pero hágoles saber que ella es tal, que cincuenta mil diera yo de mi buena gana por recibirla; mírenmela, no como a las demás, porque espero en Dios que ha de ser un prodigio.»*

De Molina a Toledo.

El día 2 de Agosto de 1577, María dió el último adiós a sus parientes, los cuales quedaban apenadísimos; porque la amaban con delirio, emprendiendo el camino a la Ciudad de los Concilios, acompañada de su tío D. Jerónimo de Rivas y del confesor Reverendo Padre Antonio de Castro, y el día de San Lorenzo, al atardecer, entraban los tres en Toledo. Las Señoras, en cuyo palacio se hospedaban, deseosas de complacer a María, la invitaban a visitar los grandiosos monumentos de arte que allí se admiran; mas ella sólo quiso ver la capilla del Sagrario y orar ante la imagen de la Virgen, venerada con este título. También la instaban a pasar la festividad de la Asunción de Nuestra Señora, con el objeto de que presenciara la solemnidad de este día en la Catedral, y como sus ardientes ansias de vestir la sagrada librea carmelitana no sufrían más dilaciones, rehusó la invitación, aunque se la agradeció cortésmente.

La Quinta Fundación del Carmelo Teresiano.

El 24 de Marzo de 1569, Santa Teresa, con dos religiosas de San José de Ávila, llegó a Toledo a fin de fundar un convento de su Reforma. Casi dos meses estuvo hospedada con ellas en el palacio de D.^a Luisa de la Cerda, mientras negociaba la fundación. Concedida la licencia del Gobernador eclesiástico, por medio del Canónigo de la Primada D. Pedro Manrique, la Santa Madre, valiéndose del estudiante Alonso Andrada, alquiló una casa cerca de Nuestra Señora del Tránsito y de la Casa del Greco. Allí, después de vencer algunas dificultades de los vecinos, se formó el reducido monasterio en una sola noche, y el día siguiente, 14 de Mayo de este año 1569, se inauguró la iglesita, celebrando misa el Reverendo Padre Prior del Carmen Calzado, el cual puso el Santísimo Sacramento con asistencia de las tres Descalzas, de D.^a Luisa de la Cerda y de sus criadas.

Era esta la Quinta de las fundaciones emprendidas por la ilustre Dévora de Castilla; la dejó embalsamada con el celestial aroma de sus virtudes y santos ejemplos; la escogió para morada suya durante dos años seguidos, cuando se la mandó descansar y desistir de las fundaciones; siempre la miró con especial cariño y la embelleció con una de las hermosísimas flores de su Reformado Carmelo, cual es la insigne María de Rivas; sola ella basta para eternizar los encantos de este *Quinto Vergel*, obra de las manos de la sin par Teresa de Jesús.

María en su toma de hábito.

El día de Santa Clara, 12 de Agosto de 1577, a la hora anunciada, las herederas del doblado espíritu del gran Patriarca y Profeta Elías abrieron las puertas del Santuario a la ilustre hija de los Rivas; María cruza el dintel de la santa Sión henchida de inmenso júbilo, traducido en el raudal de

lágrimas que brotan de sus ojos; las monjas también lloran de gozo, pues tienen la dicha de ver ya en la Casa del Señor a la joven tan ponderada de su Santa Fundadora.

Algunos momentos después, con las ceremonias del ritual de la Orden, la postulante recibía el sayal carmelitano de manos de la Reverenda Madre Ana de los Angeles, Priora del monasterio, ante el numeroso concurso de fieles que habían asistido a este acto solemne en la Iglesia.

La Superiora, mientras iba vistiendo el hábito a nuestra María, contemplaba con otra religiosa este bellissimo cuadro de gloria: veían que Jesucristo abrazaba a la novicia y la estrechaba sobre su divino corazón, que la Virgen Santísima la recibía como a hija predilecta, según se lo había prometido sobre las aguas del río *Gallo*, a los cinco años de edad, que San José, Patrono especial del Convento, extendía sobre ella los brazos en actitud de protegerla y le hacía tiernas caricias. La contemplación de esta escena encantadora tuvo tan absorta a María, que no pudo atender a las ceremonias, asegurando ella misma a sus confesores que se halló monja sin saber cómo. Desde aquel instante, anhelando ser toda de Cristo, hasta en el apellido, cambió el de Rivas por el de Jesús, según la costumbre de la Orden. La novicia, pues, tenía a su favor a Dios, a la Reina de todo lo criado y al Protector de la familia carmelitana; bajo tales auspicios va a emprender la carrera de la santidad, y fácilmente se deja entender que ni el mundo, ni la carne, ni todos los espíritus del infierno juntos lograrán hacerla retroceder un solo momento del camino del cielo.



Capítulo III.

MARÍA DE RIVAS EN EL CARMELO.

(1577-1579)

El Noviciado.

Sor María, revestida del hábito de la Santísima Virgen, comienza con inmenso valor la sublime labor de su santificación. Cada día que pasa, su alma se vuelve más conforme a Jesucristo, del cual retrata en sí las perfecciones infinitas, y su vida, más que una unión simple con Dios, es una verdadera transformación en su Divina Majestad. El pensamiento de agradarle, absorbe en ella todos los otros pensamientos, los afectos de su corazón no se apartan de su divino Amado ni aun mientras cumple los oficios más humildes, sus sentidos exteriores no se detienen a percibir las especies de los objetos propios de cada uno, porque arrebatada, la mayor parte del día, de la presencia de Dios, lo pasaba embriagada del amor y como insensible al mundo.

Por otra parte, el retiro, el silencio, el olvido de lo terreno, la represión de las pasiones, la oración, la lectura de la vida de los Santos, la exacta observancia de las Constituciones de la Orden, la más completa obediencia a la Superiora, la penitencia, las humillaciones, las enseñanzas y exhortaciones de la Madre Maestra; he aquí la atmósfera en que respiraba nuestra novicia y la santa ocupación que llenaba todos sus días durante el año de noviciado.

Terribles pruebas.

Efecto de sus penitencias y de la austeridad de la vida carmelitana, fué debilitándose extremadamente y, a los tres meses de haber ingresado, perdió la salud corporal de suerte que no parecía ella ni su figura.

El demonio, valiéndose de la revolución de humores, trató de alterar la paz de su alma, empleando cuanto le sugería la saña de su odio satánico. No se daba punto de reposo, para acibarar el gusto que ella sentía en las prácticas de Comunidad y en los ejercicios devotos. La combatía con tremendas tentaciones y monstruosas apariciones que la traían asustada, ennegreciéndose más ante su vista las sombras de estos cuadros de horror, por ser naturalmente cobarde y medrosa. Contribuía a intensificar tan prolongado tormento la ausencia del Señor, que se la escondía en medio de la batalla, sin duda a fin de acrecentar el mérito de su esposa.

De otro ardid hechó mano el enemigo infernal contra la novicia: procuró soliviantar a las monjas inspirándoles la idea de que si admitían a Sor María y profesaba, se relajaría la observancia regular del Convento, pues siendo enferma y débil no podría con los rigores de la regla y habría de ser piedra de mal ejemplo y escándalo para todas. Esta idea las dominó de tal manera, que ya estaban resueltas a echarla del Monasterio, tan pronto como llegase el día de la votación; pero antes de llevar a cabo tal resolución, escribieron a Santa Teresa exponiéndole cuanto pasaba con Sor María, las impresiones que tenían y la decisión que se proponían tomar.

Santa Teresa defiende a la novicia.

La Mística Doctora, comprendiendo que todo aquello eran tramas del demonio, urdidas con el objeto de arrebatarse la novicia para el mundo, contestó a las religiosas de Toledo

en tónos algo vivos y fuertes, diciéndolas: *Miren, hijas mías, lo que hacen, pues si no dan la profesión a María de Jesús, yo me la traeré a Avila, segura de que será más dichoso que todos el Convento que la tenga, porque aun cuando sea para estar en una cama toda la vida, la quiero tener en mi casa.*

Días de bonanza.

Las monjas, recibida la carta de la Santa Reformadora y viendo rebatidas las razones alegadas contra la novicia, y calificadas de escrúpulos y vanos temores, rectificaron su juicio y siguieron otra conducta con Sor María, mostrándosele alegres y cariñosas, como a los principios de su noviciado.

Despejada la tempestad, María de Jesús recobró la salud física y comenzó a gozar de extraordinarias mercedes con las cuales la regalaba el Señor frecuentemente, durante los dos últimos meses del año de prueba. Un día, estando en oración, se le apareció Jesucristo y la mandó que, además de los cinco mil ducados de dote, legase lo restante de su hacienda al Monasterio, dotando con ello dos funciones: una en honor del Santísimo Sacramento, para el jueves de la octava del *Corpus*, la otra para el día de la Natividad de Nuestra Señora.

Esta misma aparición tuvo Santa Teresa, según se lo escribió a la novicia algunos días después. *Ya sé—la decía—que Nuestro Señor le ha dado a entender lo mismo; pero quiere su Majestad, que Su Caridad sepa, que yo lo he entendido también. Mire que se ha de servir mucho su Esposo con ellas, y mucho de que con cinco mil ducados de su dote desempeñe yo mi palabra, que está empeñada en que los tengo de pagar ese día, que son de la compra de la casa en que hoy viven mis hijas* (Relación de Beatriz de San José, folio, 4).

Preparación para ofrecerse en holocausto.

A proporción que se iba acercando la fecha de profesar,

acrecentábanse por instantes las ardientes ansias de inmolar-se, en las aras del amor, a su divino dueño; los favores celestiales multiplicábanse cada día, toda vez que Dios la comunicaba ilustraciones, durante la meditación, sobre el desposorio espiritual que se realiza entre el alma y Jesucristo en el momento de la profesión religiosa; a estos sublimes conocimientos añádanse otros especialísimos acerca del desposorio que ella contraería con el buen Jesús, en el cual actuaría de madrina la Santísima Virgen. A los resplandores de esta luz clarísima, inflamábase más en el fuego de seráficos amores y embellecía su alma con repetidos actos de humildad, de pureza y otras virtudes. Como si toda esta preparación nada valiera, diez días antes de su sacrificio practicó los ejercicios de costumbre en tales casos, pasando la mayor parte de este tiempo en continua y altísima contemplación, gozando de nuevas delicias y consuelos del cielo.

En el día feliz de la profesión.

Llegó el día feliz—8 de Septiembre de 1578—por la novicia tan deseado, de consagrarse a Dios perpetuamente con los santos votos. Eran las seis de la mañana; las religiosas vestidas de manto blanco, dirígense procesionalmente al coro, donde colocadas en sus sitios, comienzan las ceremonias de la profesión. Sentada la Priora, nuestra profesante se hincó de rodillas a sus pies, postróse luego en el suelo, y, al levantar su frente, vió a los lados de la Prelada a la Virgen y a San José, sobre la cabeza a la Santísima Trinidad rodeada de coros de Angeles e innumerables Santos, y en el mismo asiento prioral a Jesucristo. En el instante de colocar el pliego de su profesión escrita sobre las manos de la Superiora, vió que Jesús interpuso las suyas para recibir por sí mismo el holocausto de su privilegiado corazón. Sor María temió al principio, si con tales especies podría estar atenta en el momento de ofrecer los votos; mas, asistida del Señor, profirió tranquilamente la fórmula de la profesión,

Dios, queriendo perpetuar la memoria de este acto solemne y tan agradable a sus ojos, hizo testigo de la misma visión a Santa Teresa que, desde Avila, miraba cuanto en aquella hora se estaba realizando en el coro de su Monasterio de Toledo, a la vez que penetraba hasta el corazón de la profesante, y a ocho religiosas muy virtuosas de las presentes, con la particularidad de saber cada una cómo las otras siete y la profesa contemplaban a un mismo tiempo esta escena gloriosa.

La familia de Sor María no pudo llegar a Toledo para la solemnidad de la profesión, por lo cual hubo de diferirse la ceremonia de la *imposición del velo*, hasta que los parientes estuvieran allí. Tan memorable y dichoso fué este día, como el de su inmolación, porque el divino Esposo la regaló con inmensas mercedes muy parecidas a aquellas otras que la hiciera entonces.

La enferma de amor.

Sor María, desde el instante de su profesión, quedó tan llena de la plenitud del gozo de Dios, tan intrínsecamente absorta en su divina hermosura, tan abrasada en el fuego de su amor, que, no pudiendo resistir la actividad de esta llama, veíase arrebatada frecuentemente por los aires, cual débil pajita que el ámbar levanta hacia arriba. A medida que la actividad de tan soberano incendio liquidaba su corazón, consumía también sus fuerzas corporales, hasta el extremo de enfermar con gravísimo peligro de muerte. Cuantos remedios la aplicaban los Médicos resultaban inútiles y aun contrarios a la enfermedad, porque no conocían su origen divino.

Una visita milagrosa de Santa Teresa.

La seráfica Virgen de Avila, que, aun estando ausente, veía cuanto pasaba en el interior de María de Jesús, no sólo

después de haber sucedido y en el mismo acto de realizarse, sino antes que se verificase, conoció a fondo la causa de esta enfermedad. La celestial Maestra, más instruída que los Facultativos en esta clase de enfermedades, viendo que las medicinas aumentan aquí el peligro, y temiendo un prematuro desenlace, por mandato de Dios, vuela de Avila a Toledo de manera milagrosa a curar a la recién profesa, según refiere en el proceso de Beatificación de la Santa Reformadora que se hizo en la Ciudad Imperial, la misma Sierva de Dios, de esta manera: *Estando yo con una gran tribulación, de manera que ninguna cosa había que me la pudiera quitar, estando una vez en oración, se me apareció nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, la cual me dijo muchas cosas de Nuestro Señor, asegurándome de lo que yo temía, para lo cual no habían bastado muchos médicos que se habían tomado. Díjome Nuestra Santa Madre: Nuestro Señor me ha mandado venir a consolarte, y me ha declarado tu aflicción. Y así, que no temiese; y alentándome, a las cosas de virtud y servicio de Nuestro Señor, se despidió diciéndome: Hija, quédate con Dios, que yo me voy; que es hora de oración en Avila, como acá, y no quiero que me hechen menos, y sabe que estoy con cuartanas. Con esto se fué, dejándome tan consolada, como antes estaba de effigida.*

La Mística Doctora en esta visita instruye a Sor María, cómo se ha de ejercitar en la presencia de Dios sin cansarse; la ordena se abstenga en absoluto de la contemplación; contra las prescripciones de los Doctores, la manda abandonar el lecho, alimentarse y distraerse. Con este sencillo tratamiento se restableció nuestra enferma, y, en breve tiempo, pudo seguir la observancia regular.

Primeras conferencias entre Sor María y Santa Teresa.

El 19 de Noviembre de 1579, cinco meses después de haber curado Sor María con las medicinas espirituales de su bendita Maestra, llegó a Toledo la Santa Fundadora, de paso para Malagón, acompañada de dos monjas del Convento de

San José de Avila. Su corazón salta de gozo al ver a la monjita de la cual había profetizado sería un *prodigio*. María de Jesús también se alegra, pues reconoce ser ésta la misma Madre Teresa que antes la visitó en espíritu, como lo asegura en la citada declaración de dicho proceso en esta forma: *Y después de pasados muchos días (que no me acuerdo cuántos fueron), vino Nuestra Santa Madre al Convento de Toledo con dos compañeras, y yo la conocí, sin haberla visto jamás, sino la vez que tengo dicho.* La Mística Doctora va abrazando a sus religiosas, llega a Sor María, la estrecha tiernamente y la besa en la frente con reverencia, cual a purísima habitación donde descansa la Santísima Trinidad.

Durante la estancia de seis días que permaneció la Seráfica Madre en esta casa, con motivo de la visita canónica, tuvo ocasión de conferenciar'a solas detenida y extensamente con nuestra María. Las conferencias eran de capital interés, pues en ellas la celestial Maestra se dedicaba a examinar el espíritu de la jovencita profesa, y analizar sus virtudes, sus aspiraciones, sus sentimientos, y cerciorarse de todo cuanto sabía de ella hasta entonces, por referencias e ilustración divina, formando tan elevado concepto de su perfección, que, sin temor de envanecerla, se atrevió a decirle: *Hija, mucho me han dicho de ella; pero ahora que la veo, digo, que es más de lo que me han dicho.*

La Mística Doctora llama Santa a su discípula.

Las religiosas, por otra parte, en su conferencia particular con la Madre, hacíanse lenguas en elogios de Sor María, ponderando sus buenos ejemplos de virtud, su fervor y exactitud en las obras ordinarias de la vida monástica, su heroísmo demostrado repetidas veces en los momentos de prueba, sus éxtasis y admirables raptos; todo lo cual hacíales presumir sería con el tiempo una gran Santa. La Mística Doctora oía estas alabanzas con fruición, contestando al fin a cada una: *María de Jesús no sólo será Santa, sino que ya lo es.....* y como a tal la miraban desde entonces.

La Madre moderando los ardores de su hija.

Según pudo apreciar la Madre Fundadora por la narración que le hizo Sor María, de cuanto experimentaba su espíritu y por las huellas que divisaba en su rostro, era preciso cuidar mucho de su salud, porque el volcán de fuego celestial, encerrado en su pecho, tendía a consumir su preciosa existencia. Santa Teresa, con el fin de evitar el peligro, ordena a la Sierva de Dios que, durante la meditación, vaya al jardín con otra religiosa a entretenerse, contando las hojas de los naranjos y hablando de cosas indiferentes. Además, manda a la Priora, Reverenda Madre Ana de los Angeles, ponga especial cuidado en alimentar a María de Jesús, cual si estuviera enferma, e irle a la mano en las penitencias y ejercicios que gastan las fuerzas corporales; y caso de no lograr, con tales medidas, fortalecerla y moderar los fuertes ímpetus de amor divino que tanto la debilitaban, la dejó encargado procurase ocuparla en oficios de mucha distracción.

Jesucristo será Maestro de Sor María.

Más contenta la Reformadora del Carmelo con esta alma que los potentados con todas las riquezas de la tierra, deseando asegurarla en el camino de la santidad, la lleva delante de una imagen de Jesús Crucificado, de la cual era devotísima, e hincada de rodillas, le dice con sumo afecto: *Señor mío, sedme Maestro de esta hija que a vuestros soberanos pies presento.* A cuya súplica responde la santa imagen con voz clara y penetrante: *Yo miraré por su alma, como tú miraste por mi honra.* Al eco de estas palabras, Sor María, oprimida con ciertos sufrimientos de espíritu, se tranquiliza; y la Seráfica Madre, confiada en promesa tan consoladora, parte de Toledo al día siguiente, henchida de gozo, para la villa de Malagón.



Capítulo IV.

PRIMEROS OFICIOS DE MARÍA DE JESÚS

(1579-1582)

Sacristana.

Sor María, fidelísima y constante en la práctica de sus deberes religiosos y de los mandatos de su celestial Maestra, hacía-se digna de nuevas impresiones de la gracia y de que el Espíritu Santo la inflamase más con el fuego de la caridad, acrecentándose tanto en su alma esta llama divina, que, al mes de ausentarse de Toledo Santa Teresa, tornó a desfallecer su cuerpo, lo cual obligó a la Priora, Reverenda Madre Ana de los Angeles, a encomendarla el oficio de Sacristana.

La limpieza de los objetos del culto divino y la confección de adornos para el templo, entreteníanla casi todo el día, fuera de los actos de Comunidad. Pero lejos de distraerla, servíanla de combustible que intensificaba las sagradas llamas de su corazón. Las vestiduras sacerdotales traíanle a la memoria aquellas otras que enemigos crueles pusieron a Jesucristo durante su Pasión dolorosísima; todas y cada una eran centellas ardentísimas que abrasaban su pecho virginal, y, con sólo tocarlas, quedaba extasiada y elevada en el aire, según pudo contemplar muchas veces la compañera de oficio en la misma sacristía.

Enfermera.

Persuadida la Prelada de que la salud de Sor María corría peligro con el desempeño de este cargo, siguiendo las indicaciones de Santa Teresa, la dió otro oficio algo más distraído, el de enfermera. Asistía a las enfermas con sumo interés y puntualidad; las curaba las llagas con paciencia inalterable; consolábalas en los dolores; enseñábalas a sufrir con resignación y alegría por Dios; las servía los alimentos y medicinas de rodillas. Con todo, su recogimiento interior y presencia de Dios, entre tales ejercicios, eran tan continuos, que, a su parecer, *jamás los tuvo mayores*. Fomentaba su caridad la asistencia visible de Jesucristo, que, ora la alentaba a subir las escaleras, sosteniéndola del brazo; ora la seguía contando sus pasos, ordenados a favorecer a las desvalidas, dándole a entender cuán agradables eran a sus ojos divinos y cuán meritorios para ella; ora la ayudaba a hacer las camas, mullendo los colchones y almohadas, extendiendo las sábanas y demás ropas. Si llevaba los medicamentos a las enfermas, hallaba que Jesús era quien la esperaba incorporado en el lecho y los tomaba; si servía las comidas, Jesús era quien las recibía y comía.

Tornera.

Estos favores celestiales enajenaban a María e iban gastando sus fuerzas naturales, de suerte que, en Marzo de 1580, al regresar Santa Teresa a Toledo de la Fundación de Villanueva de la Jara, viendo a la Sierva de Dios pálida y muy demacrada, en presencia de la Comunidad, exclamó: *Hija mía, si habiendo yo mandado a la Priora que cuidara de tí estás así, ¿qué sería si no se lo hubiera mandado?* Luego, aunque la Santa Madre venía delicada, tuvo una larga conferencia con su querida María de Jesús, en la cual vió cuán necesario era darle un tercer oficio donde estuviera más

ocupada de los negocios terrenos, encargándola que, desde aquel día, sirviese al Monasterio en el torno de la portería.

He aquí el medio adecuado y eficaz que la Mística Doctora depara a Sor María con el fin de restablecer sus energías. Efectivamente, con el trabajo material de idas y venidas, de atenciones y correspondencias con seculares, de solución de varios y complicados asuntos, nuestra tornera fué mejorando, y hasta recobró la robustez primitiva de sus primeros años juveniles; pero sin perder su habitual presencia de Dios, ni la encantadora modestia de su exterior.

Con su dulzura, amabilidad y exquisito trato, atraíase las simpatías de toda clase de personas, infundiendo temor de Dios en sus corazones, amor a la virtud y deseo de los bienes celestiales. Por su ardiente oración favorecía el Señor a la Comunidad, mientras desempeñaba este oficio, con abundantes limosnas; conjurando así los ahogos y penuria de la extremada pobreza del Convento.

La hija de bendición de Santa Teresa.

Sor María fué en esta ocasión el paño de lágrimas de Santa Teresa, sumamente afligida por las tremendas persecuciones levantadas contra su Reforma Carmelitana. En los momentos de mayor angustia, consolaba a su Seráfica Madre con sus consejos y santas consideraciones; necesitando la bendita Reformadora recursos para sus Descalzos dispersos, nuestra María se los conseguía de la divina providencia, y, al entregárselos, en señal de gratitud, recibía de la *gran Santa* esta contestación: *Dios te bendiga, hija mía. ¿Quién, si no tú, había de disponer esto tan a gusto de Dios y consuelo mío? Regálame, hija, a estos mis pobres frailes afligidos; quiéremelos mucho, porque son santos y es mucho lo que me cuestan.* Otra vez la proporcionó dinero para costear el viaje de dos Carmelitas Descalzos, que muy pronto se embarcarían con rumbo a Roma, a fin de recabar de la Santa Sede la separación del gobierno de los Calzados; al ponerlo en sus

manos, oyó que la dijo: *Dios te premie siempre los gustos que me das*. Y como nuestra tornera siempre se los estaba dando y la insigne Madre se los agradecía con bendiciones, solía decir a una con las monjas: *María de Jesús es mi hija de bendición*.

El Letradillo de Santa Teresa.

Como la Sierva de Dios era de gran talento, la Mística Doctora consultaba con ella los graves y delicados asuntos de su Reforma, y muchas veces, reconociendo la Santa ser más acertado el dictamen de Sor María que el suyo, con aquel donaire celestial y característico en el Serafín de Avila, la decía: *Pues en verdad que ha de ser eso que tú dices, porque lo dices tú, que eres mi Letradillo*; con este título la nombraba ordinariamente por cariño.

La Censora de los escritos de Santa Teresa.

Sor María, no obstante las ocupaciones de la portería, tenía sus largas y frecuentes conferencias con la Seráfica Madre; hablaba cosas tan sublimes y encumbradas de mística teología, que Santa Teresa no tuvo reparo alguno de referirla los altísimos favores con que Dios le había regalado al llegar a la *Séptima morada*. En vista del conocimiento infuso y experimental que Sor María gozaba ya de los arcanos y grandezas de la Divinidad, cuando se comunica a las almas en la contemplación, la celestial Maestra sometió a la censura de esta amada discípula sus libros, no sólo el *Camino de Perfección* y las *Fundaciones*, sino también el de las *Moradas*.

Santa Teresa aclámala Templo del Espíritu Santo.

La Santa Reformadora, como veía cuánto pasaba en el interior de ésta su hija y la belleza moral de su alma purísima,

sentía grande amor hacia ella, y no pudiendo ocultar los motivos de tanto cariño, como fuera de sí y arrebatada, a presencia de las monjas, o durante el recreo; la llamaba a su lado y la besaba en la frente, diciéndola: *Ven acá, hija mía, ven.....* y, al besarla, añadía: *que aquí tienes el Espíritu Santo.*

Coronada de espinas por Jesucristo.

Sor María, bajo la dirección de la Mística Doctora, progresaba de día en día en el amor al sufrimiento, tanto, que pedía al Señor la diese en esta vida algo que sentir de su Pasión Sacratísima. Su divina Majestad, accediendo a la súplica de esta alma enamorada, se le apareció hermoso y resplandeciente, trayendo en las manos una corona de espinas, con la cual ciñó las sienes de su Sierva. Desde el instante de esta coronación, *empezó a sufrir tan intensos dolores de cabeza, que nunca se alivió de ellos, y era misterio—dice el Padre Gracián—cómo podía vivir con tal tormento y no faltar a las cosas de la Orden.* Favor tan extraordinario inundó de alegría a Santa Teresa, que, en presencia de la misma coronada, entonó un himno de alabanzas al Todopoderoso por la gran misericordia que había hecho a su querida discípula.

La propagadora de la santidad de Sor María.

Era el 8 de Junio de 1580, y la Santa Reformadora se encaminaba de Toledo a Segovia, llevando en su corazón y en su memoria el recuerdo de las virtudes, dones y carismas de Sor María de Jesús, a la cual no perdía de vista, por divina disposición, para saber dirigirla a ciencia cierta desde lejos. Por cada Monasterio que pasaba la celestial *Andariega*, decía a sus monjas: *Hijas, María de Jesús es Santa.* Y como las religiosas pidiesen explicaciones de este aserto, la Seráfica Madre satisfacía a sus preguntas, refiriendo cuanto había admirado en la insigne Carmelita de la *Quinta* de sus amores.

Período de vida angélica.

Sor María no se apartó un ápice siquiera de las reglas de espíritu que la dejó la Mística Doctora, y aún le daba cuenta de conciencia por cartas, de suerte que, en poco tiempo, adquirió nuevos esmaltes su virtud por este medio, a pesar de seguir en los quehaceres de la portería.

Por el mes de Marzo de 1581, renováronse los cargos de la Comunidad, y nuestra tornera hubo de hacer entrega de su oficio a la religiosa elegida para desempeñarlo. Robustecido su natural con las ocupaciones del torno, y libre de todo oficio, entabló una vida angélica: acudía con exactitud, y la primera, a los actos comunes del coro y demás prácticas religiosas; no se la veía fuera de la celda; guardaba silencio riguroso durante el día; gastaba cuatro y cinco horas seguidas meditando, recogida en la soledad de las ermitas, quejándose de la velocidad con que corría el tiempo; su labor de manos era hilar lana, quedando frecuentemente extasiada con la rueca en la mano; los ratos libres los pasaba bariendo, fregando y ayudando a las Hermanas de cocina; en una palabra, parecía vivir como los ángeles del cielo.

Santa Teresa en su muerte visita a María de Jesús.

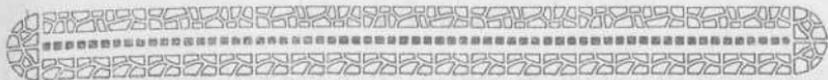
Sor María llevaba algo más de año y medio ejercitándose en esta especie de vida angélica, cuando llegó a enterarse de la última enfermedad de la Madre Teresa, cuya preciosa existencia pedía a Dios, para bien de su Reforma. A las nueve de la noche del 4 de Octubre de 1582, se trasladaba el Serafín del Carmelo, en figura de blanquísima paloma, de la tierra al cielo en la Villa ducal de Alba de Tormes, reclinada sobre los brazos de Jesucristo, acompañada de la Virgen, San José y las once mil vírgenes.

Pocos instantes después de exhalar el postrer aliento la gran Teresa, vuela del Empíreo a la celda de su María de

Jesús, y se presenta a sus ojos bellísima y deslumbradora; háblala dulce y cariñosa, la descubre los altos grados de gloria que goza, como recompensa de su encumbrada santidad, la promete su maternal protección en todas las vicisitudes de la vida, le da nuevas instrucciones sobre el modo de fomentar su elevado trato con Dios y varios avisos concernientes a la observancia regular, con el expreso mandato de comunicárselos a las monjas y a los Prelados.

Apenas terminó esta celestial conversación, la Santa Madre desapareció, dejando consoladísima a Sor María, que, entre inexplicables júbilos, alababa a su divina Majestad por la sublime e inmensa felicidad con que había coronado los trabajos de la bendita Reformadora.

El día 5 por la mañana, Sor María se adelanta a comunicar la muerte de la Mística Doctora; cuyo triste anuncio vióse confirmado a los pocos días, en carta escrita desde Alba a la Priora de Toledo, en la cual se refería la muerte de la Madre Fundadora con todos los detalles, tal como la Sierva de Dios lo anunciara el día siguiente del suceso. Todas las religiosas lloraban la pérdida de su querida e inolvidable Madre; pero nuestra María las consolaba diciendo: *No os entristezcáis, sino más bien alegráos, porque es grande su dicha, y ocupa un trono muy distinguido, como reina entre las esposas de Cristo.* Las religiosas, ateniéndose a las palabras de Sor María, no dudaron un momento de la bienaventuranza de su Maestra, con lo cual desapareció la pena de sus corazones.



Capítulo V.

OFICIOS MAYORES DE SOR MARÍA.

(1582-1587)

Maestra de novicias.

Sor María de Jesús, a los cinco años de hábito religioso, era perfecto retrato del sublime espíritu de Santa Teresa; a juicio de las monjas y de los Superiores, podía ya lactar con el néctar de su doctrina y virtud a las principiantes en la vida religiosa, lo cual les movió a nombrarla Maestra de novicias por el mes de Marzo de 1583, al empezar su primer priorato la Reverenda Madre Brianda de San José.

La Sierva de Dios, bien penetrada de las obligaciones propias de su nuevo cargo, no se dió punto de reposo en la importantísima labor de criar las tiernas plantas de este jardín carmelitano. Ante todo, mostrábase madre cariñosa de todas, amándolas con un amor realzado sobre todos los amores de la tierra, es decir, puro, desinteresado, constante e igual. Con la llave de oro del amor abríase paso hasta el santuario del corazón de las novicias y hacíase dueña de su confianza. Además, convencida de que el magisterio más eficaz es el ejemplo, nada enseñaba de palabra que no lo practicase ella primero, siendo para las jóvenes el espejo donde veían las perfecciones características de una santa carmelita.

Conquistado el afecto de las discípulas, fácilmente germinaba en sus almas la semilla de las virtudes que la Maestra

sembraba a costa de sacrificios. Una vez estudiadas las inclinaciones, los temperamentos, los malos resabios e instintos de cada una, las explicaba los medios de reprimir los ímpetus y tendencias naturales, obligábalas a ejercitarse en repetidos actos de vencimiento, no sólo cuando se presentaba la ocasión, sino varias veces al día, con lo cual las transformaba insensiblemente en poco tiempo, uniendo los caracteres, los pensamientos y las voluntades de tal suerte, que siendo muchas parecían *una sola*.

Luego procuraba infundirlas el espíritu característico del Carmelo Reformado, cual es: la vida interior de oración, presencia de Dios, olvido de lo mundano, abstracción de criaturas, amor al sufrimiento y penitencia; saliendo tan aventajadas, que todas ellas se distinguían entre las demás, por los esmaltes de su perfección, pudiendo decirse que cada una de ellas era *otra María de Jesús*.

Fundadora.

La ilustre D.^a Aldonza Niño de Guevara, viuda del noble caballero D. Garcilaso de la Vega y Guzmán, aspirando a vivir con Dios retirada de la Corte y vanidades del Palacio de Felipe II, proyectaba fundar un Convento de religiosas en su villa de Cuerva, donde sirviese al Señor los últimos años de su vida. La merecida fama de observantes que tenían las Carmelitas Descalzas de Toledo, le robaba el corazón, y, desde luego, trató con ellas de realizar el proyecto que acariciaba.

Conseguidas las debidas licencias del Eminentísimo Cardenal Quiroga y del Reverendo Padre Jerónimo Gracián, Provincial de los Carmelitas Descalzos, construyó el Monasterio en la misma casa de su propiedad, contigua a la Parroquia de la villa.

Una de las principales gestiones de D.^a Aldonza con el Padre Gracián, fué seleccionar las religiosas de San José de la Ciudad Imperial, a condición de que entre ellas había de

ir Sor María de Jesús, por ser la más parecida en santidad a la gran Madre Santa Teresa. Concedióselo el Reverendo Padre Provincial; y la bendita Maestra hubo de separarse de sus hijas, con harto sentimiento de éstas.

El 23 de Julio de 1585 salió de Toledo la pequeña Comunidad Teresiana, y el día 25, festividad del Apóstol Santiago, la villa de Cuerva daba posesión del nuevo Convento a las Carmelitas. Instaladas en este palomarcito de la Virgen, María de Jesús, como Superiora y Maestra de novicias, fué la encargada de dar forma y vida a la observancia que allí se deseaba implantar; así es que, desde el principio, asentó, cual piedras fundamentales de este edificio espiritual, la humildad, la caridad fraterna, el silencio y la abstracción del trato con seglares, siendo ella la primera en el ejercicio de estas virtudes. Sobre tan sólidas bases iba colocando las prácticas de la regla y constituciones de Santa Teresa; pero esmaltadas con el esmero, pureza de intención, exactitud y fervor, propios de su espíritu endiosado. El Carmelo de Cuerva, al mes de fundado, más parecía mansión de ángeles, que morada de criaturas humanas; cualquiera, al verlo, hubiera dicho que María de Jesús había trasladado allí la belleza moral del Monasterio de San José de Avila, obra de las manos de su Seráfica Madre.

A tantos desvelos correspondía el Señor con tales gracias y mercedes, que la misma Sierva de Dios no encontró palabras adecuadas para referirlas a dos religiosas, a quienes descubría sus secretos por mandato expreso de Jesucristo.

El demonio, irritado contra la venerable virgen por la actividad de su celo en esta fundación, y envidioso del torrente de celestiales delicias con que la regalaba su divina Majestad, la combatió con infinidad de angustias, dudas y temores acerca de su eterno destino. *No,—la decía—no gozarás de Dios eternamente, porque vives envuelta entre innumerables pecados.* El 15 de Noviembre de este año, creció la tentación de tal manera, que le pareció se le acababa la vida; mas el buen Jesús, apiadado de su amada Sierva, la envió al mártir

San Eugenio, cuya festividad se celebraba aquel día, el cual venía irradiando resplandores, y colocado a su lado, alegre y risueño, desvaneció sus dudas, desmintió las falsas afirmaciones del ángel malo, y la dejó libre de aquella aflicción horrorosa, venida de los profundos abismos del infierno.

De Cuerva a Toledo.

Las Carmelitas de Toledo sentían, cada vez más, el vacío inmenso que había dejado la ausencia de su querida Hermana Sor María de Jesús; no cesaban de reclamarla, cuantas veces se presentaba la ocasión, alegando el derecho de ser hija de la casa y otras razones de gran monta; si bien las de Cuerva, por otra parte, oponíanse de mil maneras. Al fin, el Reverendo Padre Provincial accedió a las súplicas de las de Toledo, y les remitió la patente del traslado de nuestra María a su primitivo convento.

La Sierva de Dios, en cumplimiento de las órdenes del Superior, se trasladó, de la reciente fundación, a la Ciudad de los Concilios en 31 de Diciembre de dicho año, cuya traslación dejaba traspasado de pena el corazón de aquella venerable Comunidad, y especialmente el de las discípulas, que lloraban inconsolables la separación de su amadísima y *Santa Maestra*. Al atardecer de aquel día, se le abrieron de nuevo las puertas de la *Quinta Teresiana*, y fué recibida de sus Hermanas con singularísimas demostraciones de cariño y de júbilo, porque entraban otra vez en posesión de esta joya de inestimable precio, de nuestra venerable virgen, con la cual creían asegurar el incremento y lustre espiritual del Monasterio.

En el noviciado.

El 16 de Mayo de 1586, la Rvda. Madre Brianda de San José fué reelegida Priora del Convento; ésta, accediendo a las súplicas de todas las monjas, a las indicaciones del Reve-

rendo Padre Gracián, que había presidido las elecciones de cargos, e impulsada también de sus propios deseos, al distribuir los oficios, encargó el de Maestra de Novicias a Sor María de Jesús; ella le recibió con mucho gusto, porque, a título de enseñar, se la presentaban más ocasiones de ejercitarse en las virtudes del estado religioso. La realidad de los hechos confirmó las esperanzas que abrigaban las religiosas, respecto a los copiosos frutos que se prometían del magisterio de la Sierva de Dios; pues formó jóvenes tan magnánimas y aventajadas en toda perfección, que, a los tres o cuatro años de hábito, se las escogía para fundadoras de nuevos Monasterios.

Pacto heroico.

Sor María, a pesar de sentir continuamente los dolores de cabeza que la producía la corona de espinas colocada sobre sus sienes por el divino Esposo, ansiaba henchirse con las aguas de la tribulación, para apagar su ardiente sed de padecer; buscaba grabar en sí misma la imagen del divino Crucificado, imitándole en todo su acerbísimo penar. Y, ¿cómo lograrlo?...., hace un contrato con Jesucristo; le propone que Él, de su parte, no deje pasar día sin darla a gustar algo de su amargo cáliz y de su cruz; es decir, que no ha de pasar un solo día sin enviarle algún trabajo, dolor, angustia o falta de salud, algunas afrentas, persecuciones, humillaciones, privaciones de lo necesario, sacrificios grandes y pequeños, o sucesos contrarios a su gusto o voluntad; obligándose ella, por otra parte, a sufrirlo todo con paciencia y hasta con alegría.

Jesucristo la imprime sus llagas sacratísimas

El Señor aceptó la propuesta de su Sierva, y, *desde aquel instante*—dice el Padre Gracián en el diálogo XVI de su Peregrinación de Anastasio—*le ha dado su Majestad tan*

grandes dolores en pies, manos y costado, que es admiración poder vivir con ellos. Estas palabras revelan que el Salvador imprimió sus llagas sacratísimas a Sor María; no aparecían al exterior las aberturas de las mismas, no vertían sangre, porque, según dicen los escritores de teología mística, dichas señales no son necesarias, y Dios las hace visibles en pocas personas, respecto del gran número a quienes se las imprime; pero los efectos principales de aflicción y tormento sentíalos María de Jesús en tal grado de intensidad, que, a no sostenerla el brazo del Todopoderoso, muriera a violencia del dolor.

Entre arideces de espíritu.

Desde entonces—dice Isabel del Santísimo Sacramento en su Relación—apretóla Nuestro Señor a tiempos, por dos años, con tantas dudas de las cosas interiores y otros trabajos, que, algunas veces se postraba en tierra, y de la fuerza de la tribulación, echaba sangre por boca y narices. Un día de San Dionisio. Areopagita, apretóla tanto, junto con que se había de condenar, y que supuesto ésto, mientras más viviese, había de ser añadir pecados a pecados, y materia de mayor condenación; que para eso, mejor era acabar con la vida; apareciósele a la vez el demonio en figura horrible con una soga en la mano, en el aire, apretándola con sus vanas aprehensiones. A todo esto, apareció allí San Dionisio, y ahuyentó al demonio, dejándola libre y consolada y certificada de su limpieza de conciencia y espíritu, como lo habían hecho Nuestra Madre Santa Teresa y otros hombres doctos y santos. Lejos de mitigar su sed de padecer los sufrimientos que a diario venían sobre ella, excitaban en sus generoso corazón nuevos deseos de sufrir más por el buen Jesús, a la par que lo padecido iba ensanchando y fortaleciendo su capacidad, para admitir mayores trabajos. Llegó a identificarse tanto con las tribulaciones, que muchas veces se la oía decir con santa alegría: Cierito, que no me hallara en este destierro, si no es padeciendo

por Dios; porque esta vida sólo es buena para padecer por tan Sumo Bien, y sólo es llevadera tan larga ausencia y la privación de tan dulce vida, como es la eterna, con este padecer. Estas frases demuestran el valor de nuestra María, valor inexplicable, humanamente hablando, porque era de natural tímido y cobarde; mas echada en los brazos de la cruz, aparecía tan valiente, que asombraba a las religiosas y a cuantos la trataban íntimamente, advirtiéndolos, en su modo de sufrir, la diferencia que hay entre la naturaleza y la gracia.

Propuesta para fundadora de las Carmelitas de Madrid.

Por este tiempo, la fama de santa y de sabia que ya gozaba Sor María de Jesús, habíala hecho célebre hasta en los Conventos más remotos de la Reforma Carmelitana, como el de Granada, donde vivía la insigne Madre Ana de Jesús, Coadjutora de Santa Teresa en la propagación de la Orden por España, Francia y Flandes. El Místico Doctor San Juan de la Cruz, que había examinado y aprobado el espíritu de nuestra María, fué quien refirió a la venerable Ana las relevantes dotes y muchas virtudes de la Sierva de Dios. Con tan excelentes referencias, desde luego, la Madre Ana fijó sus ojos en Sor María, y la pidió por compañera suya para la fundación de Carmelitas de Madrid. Con tal intento llegó a Toledo a últimos de Agosto de 1586, asociada de otras monjas y de San Juan de la Cruz, Vicario Provincial de Andalucía.

Primeramente trató el asunto con Sor María; pero la encontró rehacia a mudar de Convento y, sobre todo, a ir a la corte; porque su celo y humildad hacíanla temer el riesgo de que allí habría de aseglarse, a causa de las frecuentes visitas de personas muy metidas en las vanidades mundanas, visitas a las cuales no podría sustraerse en muchas ocasiones.

La Madre Ana no desistió de su idea, a pesar de la disposición poco favorable de la Sierva de Dios; procuró convencerla, ya valiéndose de la influencia del Santo Reformador del Carmelo, ya ganando a varias religiosas que la estimula-

sen con sus reflexiones; mas todo fué inútil; pudo más en ella cierta fuerza superior y divina que experimentaba interiormente y la impulsaba a resistirse.

La Priora, Rvda. Madre Brianda de San José, apenas se apercibió de los proyectos de la venerable Ana, se opuso enérgicamente, y con ella la mayoría de la Comunidad, aduciendo argumentos que no tenían vuelta de hoja, los cuales, algún tiempo después, justificaron la negativa de las interesadas en conservar la posesión de María de Jesús. Mucho sintió la ínclita Ana ver frustrados sus deseos, porque se prometía grandes cosas de nuestra María para aquella fundación, y hubo de conformarse llevando, más tarde, a la Madre María del Nacimiento, Supriora del mismo Convento de Toledo.

Se ve tullida y desahuciada.

Sor María de Jesús andaba muy alegre y fervorosa entre los ejercicios de la educación de Novicias, cuando hé aquí que enfermó de gravedad por el mes de Marzo de 1587. Véase atormentada de insoportables dolores en todo el cuerpo; la fiebre le abrasaba como si estuviera rodeada de llamas de fuego; la medicina no era suficiente a calmar y aliviar la dolencia; cada día se presentaban nuevas complicaciones, quedando, al fin, tullida y desahuciada de los médicos. La intensidad de los dolores la privaba frecuentemente del sentido, con harta pena de las religiosas, que temían un funesto desenlace; sólo la Sierva de Dios rebosaba de gozo, por creer ya próximo el instante de volar del destierro a la patria de eterna dicha.

Un éxtasis y una profecía.

En uno de los fuertes accesos de dolor quedó yerta y cadavérica, al parecer; pero su alma contemplaba las amenísimas florestas de la gloria, la encantadora armonía de los

coros angélicos y hermosísimas legiones de bienaventurados, formando ordenada y grandiosa procesión, entre los cuales se destacaban las bellas figuras del castísimo Esposo de la Santísima Virgen y de la Fundadora del Carmelo Reformado. Vió, además, que muchos de aquellos celestes cortesanos inclinábanse a llevarla consigo; pero San José y Santa Teresa se opusieron, oyendo decir a la vez a la Seráfica Madre: *No quiero llevarte ahora, sino que permanezcas en el mundo.* Al volver en sí, viéndose aún en la tierra, y no pudiendo contener el sentimiento, exclamó: *Dios me libre de tantos santos.*

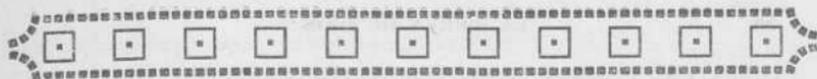
En otro acceso comenzó a delirar; entonces su divina Majestad descorrió el velo del porvenir ante la mente de su Sierva, haciéndola ver la muerte de la Prelada, la elección de sucesora en el cargo, y la de su persona para el Superiorato, gritando en medio del delirio: *¡Ay!..... ¡ay!..... que he visto morir a la Madre Brianda y elegir, en su lugar, a la Madre Elena.* A los cuatro meses se vió confirmada la verdad de esta profecía, sucediendo todo tal como a ella se le había descubierto. Estas mercedes, como aseguró la misma Sierva de Dios, se realizaron en lo más secreto de su alma, porque no sabía dónde se hallaba.

Curación milagrosa.

La Superiora, viendo a Sor María inutilizada y sin esperanzas de recobrar la salud, un día, después de comulgar, fué a visitarla, y, movida sin duda por Dios, la dijo: *Hermana, en nombre de la Santísima Trinidad, levántese y vaya a ejercer el oficio de Sacristana, que ésta es mi voluntad.* Al eco de la voz de la santa obediencia, María se viste con sus propias manos, se levanta del lecho, baja a la sacristía y empieza a trabajar en las obligaciones de aquella oficina, como si nunca hubiera estado enferma.

La Madre Brianda, testigo ocular de la curación instantánea y perfecta de la Sierva de Dios, verificada al intímarla su mandato, reunió a las monjas y las exhortó a que fuesen

a contemplar el prodigio. Todas bajaron inmediatamente al sitio donde las indicó la Prelada, encontrándola allí tranquila y alegre, limpiando un pomo; mirábanse unas a otras, asombradas del milagro patente que se había obrado en Sor María, y derramando lágrimas de ternura, no cesaban de alabar la Omnipotencia divina. Mas la sanada no se inmutó con este cambio maravilloso; por eso, a las que atribuían lo ocurrido al mérito de su virtud, les dijo: *Hermanas, ni en mi curación, ni en esto que me véis ocupada tengo parte alguna, porque todo mi ser y voluntad es de la obediencia; ni en este suceso queda lugar para hallarme a mí misma, ni le hubo para ver a la Prelada cuando me mandó levantar de la cama y bajar aquí, porque de ninguna manera la vi, sino a Nuestro Señor, a quien se debe cuanto acaba de realizarse.* Si del obediente se ha dicho que cantará victoria, hé aquí cómo canta Sor María las que alcanzó, en esta ocasión, de los dolores por su ciega y pronta obediencia; pues no vió a la Priora, sino a Jesucristo, al mandarla abandonar el lecho, y es que siempre miraba a la Prelada como a vicergerente de Cristo en la Comunidad.



Capítulo VI.

OFICIOS MAYORES DE SOR MARÍA

(Continuación.)

(1587-1600)

Supriora, Consiliaria y Maestra de novicias.

El vaticinio de Sor María, respecto a la muerte de la Prelada, iba a tener su cumplimiento. El 14 de Mayo de 1587, la Madre Brianda fué atacada de fuertes dolores renales e intoxicación de la sangre. Catorce días estuvo sufriendo atrozmente, y, después de penosísima agonía, expiró dulcemente el 6 de Junio.

Algo más de mes y medio quedó vacante el priorato, hasta que el 24 de Julio, reunida la Comunidad bajo la presidencia del Reverendo Padre Elías de San Martín, Vicario Provincial de Castilla la Nueva, eligió Priora a la Reverenda Madre Elena de Jesús, sobrina del Eminentísimo Señor Cardenal Quiroga. Como era de edad muy avanzada, resistíase a aceptar el terrible peso que se la imponía; pero, a fuerza de ruegos y del mandato del Superior, hubo de someterse, poniéndoles por condición que le dieran a María de Jesús para Supriora; pues únicamente con su ayuda esperaba acertar en el gobierno del Monasterio. Las monjas, atendiendo a las súplicas de la nueva Priora, eligieron a la Sierva de Dios Supriora, Consiliaria y Maestra de novicias.

Sor María, además de la educación de las jóvenes, debía cuidar del culto y ejercicios espirituales del Convento. Su asistencia, fervor y atención a las divinas alabanzas, durante este trienio, más parecía de Serafin que de mujer. Habíase propuesto hacer cielo del coro de su Convento, de ahí, que jamás permitió la transgresión de la más mínima ceremonia, ni consentía aceleramientos en la recitación del oficio divino, ni toleraba en el canto litúrgico mezcla de música profana. El tono bibrante y la expresión celestial de su voz, ya salmodiando, ya cantando, bastaba a dar vida y fervor extraordinario a los actos corales, infundiendo más reverencia, más gusto y más estima de este ejercicio angélico a las religiosas y seglares que la oían desde la iglesia, con la particularidad de hacerlos entender el sentido de las palabras que profería.

Nuevas manifestaciones de amor seráfico.

Esta devota atención y repetición de ejercicios producía continuos raptos en Sor María, con desfallecimientos físicos y frecuentes accesos febriles. Los Superiores, enterados de ésto, mandáronla no se diera de propósito a la oración, ni se detuviese a mirar despacio las imágenes sagradas, sino que se contentase con el hábito adquirido e infuso de la oración que tenía, y que, sin parar mucho, le renovase con algunos actos; pues temían que su amor seráfico, fuerte como la muerte, cortara el hilo de su existencia, de la cual se prometían grandes cosas.

Una visita del Niño Jesús.

A últimos de Enero de 1589, en premio de su amor divino, recibió una merced celestial. Habían traído al Convento una imagen de San José, con su Niño Jesús en los brazos, muy bien tallada; la Comunidad bajó a verla al salón donde estaba colocada después de haberla bendecido; todas se acer-

caban a adorarla y besarla. Al querer ejecutarlo así nuestra María, la Priora, previendo tuviera algún rapto practicando aquel acto devoto, como solía acontecerle, se interpuso y la detuvo del brazo obligándole a retirarse a la celda. La bendita virgen obedeció inmediatamente, llevando consigo honda aflicción, por figurársele que su indignidad era la causa de tal mandato, si bien, por otra parte, iba gustosísima, porque la servía de satisfacción suma obedecer en lo más costoso.

Con motivo de hallarse calenturienta aquel día, por la noche se recogió más pronto de la hora ordinaria, y, al poco rato, vió entrar por la puerta de la celda al Niño Jesús rodeado de clarísima luz, más hermosa que la del sol del mediodía, y acercándose a la cabecera del lecho, oyó que la decía: *María, ya que no te han dejado venir a Mí esta mañana, ahora me vengo yo a tí.* Luego, tomándola el pulso con su manecita, cual sapientísimo doctor en medicina, la habló de esta forma: *Poquita calentura tienes.* Insignificante pudo ser la fiebre del cuerpo, toda vez que así lo aseguró el divino médico; mas la del corazón era tal, que, según refirió ella misma, fué milagro no morir a los ímpetus de amor que sintió con la presencia del Amado, y con el diluvio de delicias comunicado a su alma, durante aquella visita, prolongada hasta el amanecer del día siguiente.

Es Priora del Convento.

Como las religiosas habían experimentado las excelentes dotes de gobierno de Sor María, ora en el oficio de Maestra de novicias, ora en el de Supriora, al terminar el priorato de la Madre Elena de Jesús, unidas todas en un mismo pensamiento, proyectaban elegirla Priora de su Convento. Con asistencia del Reverendísimo Padre Nicolás Jesús María, General de la Orden, comenzó la votación capitular a las nueve de la mañana el 25 de Septiembre de 1591; salió electa

Prelada nuestra María, sin acordarse ella, ni remotamente de tal cosa, por no tener la edad canónica, lo cual debió advertir el Padre General; no obstante, las monjas, a una voz, le pidieron la confirmase, puesto que el Concilio de Trento le autorizaba para ello.

Entonces la Sierva de Dios, atónita, confundida y humillada, al oír la petición de sus hermanas, suplicó al Superior la permitiese exponerles algunas causas justificantes que, a su parecer, la eximían del cargo. Obtenida la bendición del Prelado para hablar, dirigióse a ellas, y les dijo, derramando lágrimas: *Madres y Hermanas de mi alma, ¿Cómo he de ser Prelada, si hasta aquí no he sabido ser monja? ¿Como he de alumbrar a las demás, si no soy otra cosa que tinieblas? ¿Y cómo he de calentar, si soy la misma nieve? ¿Es posible quieran elevarme al puesto más alto, para que en mí tropiecen las que se habían de mejorar con mi ejemplo? ¿No ven mi poca edad e inexperiencia?*

Sin embargo, las religiosas, tanto más firmes en su intento, cuanto más veían su humilde y eficaz resistencia, sin atender a las razones, ni a las abundantes lágrimas de Sor María, insistiendo con el Padre Nicolás en su demanda, lograron la confirmación de su elección. Ante la voluntad divina, manifestada de modo tan patente, aceptó resignada el priorato, aunque con tanto sentimiento, que la redujo a las puertas de la muerte; porque siempre había temido y mirado la prelación como un peligro de condenación. No fué menor la pena de la Comunidad, viendo que se les moría sin remedio, por haber sostenido el dictamen de hacerla Prelada.

Pasada esta ola de amargura, y restablecida la Sierva de Dios, se propuso vivir en su nuevo cargo cual simple súbdita, recurriendo a cuantos artificios y medios le sugería su fervor y humildad. Mas, convenciéndose pronto de la imposibilidad de continuar de aquella manera, trató de ser verdadera Priora, aunque sin despojarse de las costumbres y forma de súbdita; tan noble modo de obrar, le mereció un éxito felicísimo en todos los asuntos en que ponía la mano.

Su gobierno admirable.

Su primer cuidado fué vigilar la observancia de las leyes de la Orden, uniendo la apacibilidad al rigor, de suerte, que ni por éste perdió el nombre de Madre, ni por aquélla el de Prelada. Si alguna vez, por flojedad y negligencia, se comecía la más pequeña falta contra la regla o constituciones, era como herirla en la pupila de sus ojos, sintiéndolo mucho más que si la llenaran de injurias, y la sometieran a cruelísimos tormentos o la quitaran mil vidas.

No se limitó a celar el cumplimiento de las obligaciones del estado religioso; la actividad de su celo extendíase a conservar las costumbres implantadas por Santa Teresa en éste Monasterio, y aquellos consejos celestiales que, tantas veces oyera a la misma Seráfica Madre, ordenados a la paz y buena armonía de unas con otras. Para ello, prestábale su asistencia la Mística Doctora, ya avisándole de los defectos comunes contra tal o cual costumbre, ya dándole instrucciones para prevenir y evitar abusos que pudieran introducirse con el tiempo.

La Santa Priora, amantísima del bien espiritual de las súbditas, dedicaba varias horas a conferenciar con ellas sobre cosas de perfección; cada una la exponía sus dudas, escrúpulos, tentaciones, temores, pensamientos, deseos e inspiraciones; en una palabra, cuanto pasaba allá en el fondo de su alma. Jamás salió alguna desconsolada de su celda, de sus labios brotaban torrentes de sabiduría celestial, que acomodaba a la capacidad y exigencias especiales de la necesitada. Con la suavidad, unción y eficacia de sus palabras, les infundía ardientes deseos de imitar la vida y ejemplos de Jesucristo, y estimulábalas, juntamente, a meditar en esto mismo, siquiera breves momentos, entre día, a fin de no desmayar en la imitación.

Sor María mostróse igualmente solícita del bienestar corporal de sus hijas. Generosísima de natural y pobre de espí-

ritu, moderando ambos extremos, proveía a las monjas con abundancia que no destruyese la pobreza, y con pobreza que no se opusiera a la abundancia religiosa. Cuando veía la necesidad, ella misma se adelantaba a ofrecerles lo que hubieran menester, tanto en el vestido, como en la comida, lo mismo en días de grandes faenas, que en los de labor ordinaria. Durante los tres años de su prelación, nunca experimentaron privaciones, porque la amorosa providencia de su divino Esposo la enriqueció con limosnas muy cuantiosas, de las cuales hizo participantes a otros Monasterios pobres de la Orden, pues su ardiente caridad no la permitía ver la penuria de sus hermanas, nadando ella en recursos; sólo para sí era la escasez, admirando a todas, cómo podía sustentarse con tanta parsimonia, y mucho más al ver que no admitía alivio alguno.

A las enfermas las servía muchas veces por su mano, cual si fuera una de las enfermeras; las visitaba frecuentemente, y, en los momentos de mayor sufrimiento, no se apartaba de su lado, consolándolas con santas consideraciones. Además, teniendo presente que la enfermedad las dispensaba, en cierto modo, de la pobreza, las asistía con todo aquello que podía, conforme a su inmenso anhelo de regalarlas.

De esta manera regentó la Comunidad hasta el 24 de Febrero de 1595, en cuyo día fué elegida Priora la Reverenda Madre Jerónima de la Encarnación, sobrina del Cardenal Quiroga, presidiendo la elección el Reverendísimo Padre General de la Reforma Carmelitana, Fray Elías de San Martín.

Cuarta vez Maestra de novicias.

Provistos los otros cargos de Supriora y Consiliarias, la Prelada recién electa y el Superior, considerando que antorcha tan luminosa como Sor María de Jesús no debía quedar escondida, cual ella deseaba, la colocaron en el puesto de

Maestra de novicias cuarta vez, para lucir en beneficio de la casa y de las jóvenes.

La Sierva de Dios recibió con agrado el peso del magisterio, por ser este oficio el más proporcionado para disimular las ansias ardentísimas que tenía de penitencias; porque, a título de arrancar las malas yerbas producidas por la vanidad y la mentira en las personas que emprenden la vida religiosa, y de plantar en ella las flores de las virtudes, la parecía que, aun los ejercicios voluntarios y de supererogación eran deudas de justicia; y mucho más creyéndose obligada a expiar las que ella estimaba faltas de su prelación, tiempo perdido a su juicio; y por ende, se resolvió a restituirse a sí misma, siendo ejemplar a cada una de todas las virtudes.

Aquí el comportamiento de Sor María, según decían las Religiosas, no era de persona humana, sino de criatura celestial. Su pensamiento, su voluntad, sus efectos, sus acciones, su conversación y todos sus sentidos, se dirigían al cielo, todo tenía sabor a cielo y exhalaba el aroma del cielo; hasta su cuerpo se transparentaba, dejando entrever algo así como los fulgores de una perenne y dichosísima transfiguración. Innumerables veces la hallaron arrobada en este trienio; y no obstante ser tan excesivos los resplandores que entonces salían de su rostro, supo encubrirlos tan bien, que todo lo atribuía a debilidad y fenómenos de la naturaleza.

Segundo Priorato de Sor María.

El 22 de Junio de 1598, terminado el trienio de la Madre Jerónima de la Encarnación, la divina Providencia volvió a colocar en la prelación a Sor María por unanimidad de votos, excepto el suyo, ella hizo cuanto pudo para no admitir el cargo; mas no consiguió evadirse de él, porque, al eco de la voz de la obediencia, tomó la cruz del priorato con humildad.

El gobierno de la bendita Prelada, en esta ocasión, fué más acertado, más útil y provechoso a sus monjas que el

anterior, toda vez que iba fundado en mayor experiencia y nuevas luces del cielo; adquiridas en la alta contemplación a que Dios la elevó los tres años pasados, y en sus arrobamientos; las mismas religiosas afirmaban que, merced a la dirección y celo de su amadísima Priora, sentíanse más fuertes en los combates del espíritu contra el demonio, más desapegadas de las cosas de la tierra, más sedientas de padecer, más solícitas en el cumplimiento de los deberes de esposas de Cristo, más deseosas de agradar a Dios en todo y más amantes de los bienes eternos.

La venerable Priora atacada de gota.

No perdamos de vista el pacto heroico de Sor María con Jesucristo, ofreciéndose a sufrir algo diariamente. En virtud de este contrato, el divino Esposo la enviaba enfermedades penosísimas, con bastante frecuencia, las cuales pasaban casi desapercibidas a las demás, debido a su heroica paciencia, lindo color de rostro y cuerpo abultado. A temporadas veíase rodeada de intensísimos dolores de gota en el brazo derecho; no podía disimular estas molestias, porque la inflamación y rigidez la impedía el movimiento, hasta el extremo de necesitar de alguna Religiosa que la vistiese y asease la celda. A estos dolores se unían la fiebre, náuseas e inapetencia, por cuyo motivo la era forzoso tomar los alivios de las enfermas. Sus novicias prestábanse a servirla en tales trances, hacíanlo con amor de hijas y con mucho agrado de las Religiosas ancianas y sensatas, que sabían apreciar los padecimientos de su querida Madre Priora.

Capítulo VII.

MARÍA DE JESÚS PERSEGUIDA

(1600-1603)

Hemos llegado a la etapa más borrascosa de la vida de nuestra ilustre virgen; quisiéramos cubrir con el velo del silencio las tremendas vicisitudes que hubo de atravesar en el largo período de casi cinco lustros; pero el honor de la verdad nos obliga a referir los hechos tal como sucedieron, porque ellos manifiestan claramente los designios del Altísimo para con su amada sierva, y los heroicos esfuerzos que ésta realizó, a fin de asemejarse a Jesucristo, cual era su ardiente deseo.

Una ley de la divina providencia.

Disposición sapientísima de la amorosa providencia de Dios es que las almas consagradas a su servicio dentro de los Monasterios, alcancen la santificación por medio de sus hermanos de hábito y profesión, como lo enseña el extático Padre San Juan de la Cruz, cuando para prevenir al religioso y alentarle a conseguir la virtud, le dice: «Conviene que pienses que todos son oficiales (como a la verdad lo son), los que están en el Convento para ejercitarte: que unos te han de labrar de palabra, otros de obra, otros de pensamiento contra

tí; y que en todo esto has de estar sujeto, como la imagen lo está al que la labra, y al que la pinta, y al que la adora (1).

Aquí viene bien aquella otra sentencia de varios escritores: «Así como los diamantes no se labran sino con otros diamantes, de igual manera un santo se labra con otro santo». Esta es la historia de innumerables héroes de las Ordenes religiosas, hasta el presente, y lo será hasta la consumación de los siglos.»

Un diamante en las manos del Supremo Artifice.

Sor María es el hermosísimo diamante en que el Padre celestial se ha propuesto esculpir la imagen de su Hijo Unigénito, lleno de oprobios, calumniado, escupido, abofeteado, despreciado, cubierto de llagas y clavado en la Cruz por nuestro amor; toma en sus manos creadoras este diamante; de más valor que los de la Etiopía, y comienza a labrarle con el choque de otros durísimos diamantes, cuales eran tres monjas poco afectas a ella, por antipatía natural, que fué origen de una sistemática oposición contra la sierva de Dios.

La misma antipatía excitábales a mirarla con desagrado y a celarla en todas partes, viendo siempre sus obras bajo el prisma del pesimismo. A su modestia, llamábanla ficción; a su penitencia, deseo de singularidad; a su prudencia, demasiada condescendencia; a sus enfermedades, pretextos para eximirse del yugo de la ley; a los alivios necesarios que tomaba, regalos supérfluos; a los justificados servicios que de sus novicias recibía, amistades particulares; a sus éxtasis y otros favores celestiales, graduábanlos de ilusiones; en fin, todo lo extraordinario de su vida, calificábanlo de ambición de humanas alabanzas.

El divino brillantador lleva adelante su obra, permitiendo que estas religiosas, estimuladas de su ardiente celo y anti-

(1) Cautelas de San Juan de la Cruz, tomo III de sus obras, página 6.

patía, hagan sentir a la venerable Madre los roces y chispazos de la contradicción, desde que fué elegida Supriora la primera vez, en cuya labor persistieron algo más de cuatro trienios. Ya la hubieran delatado a los Superiores; mas no se atrevieron, porque sabían cuán alta estima tenían de ella. Sor María, lejos de mostrarse descontenta entre tantos desvíos, no se dió nunca por sentida, ni ante las mismas, ni ante la Comunidad, ni ante los Prelados, sufriendo estas humillaciones con inalterable y edificante paciencia.

Ocasión propicia.

Así las cosas, la Reforma Carmelitana celebró Capítulo General en Toledo a 7 de Septiembre de 1600. El Rvdo. Padre Francisco de la Madre de Dios fué el destinado a ocupar el primer puesto de la Orden, y al Rvdo. Padre Alonso de Jesús María, se le dió el provincialato de Castilla la Nueva. Ninguno de los dos conocían a fondo el espíritu de la bendita virgen, porque jamás la habían visto ni aun tratado por correspondencia epistolar. De circunstancia tan oportuna se valió una de las tres monjas de referencia, llamada Catalina de la Ascensión, que, olvidando los beneficios recibidos de la venerable Madre, su Maestra en el noviciado, y pareciéndole de perlas el cambio de Superiores, se determinó a cortar de raíz lo que ella y sus dos compañeras denominaban *malos ejemplos* de María de Jesús; y a este fin, escribió al nuevo Provincial, rogándole se presentase pronto a la visita canónica, pues había asuntos de gran interés que tratar, para mayor perfección de la observancia regular.

Nuevo instrumento del Señor.

El Rvdo. Padre Alonso de Jesús María, recién electo Provincial, hallábase adornado de agudo ingenio, de vastos conocimientos de las ciencias naturales y eclesiásticas, de virtud sólida, de amor y entusiasmo por las glorias del Carmelo-Te-

resiano; a estas bellas cualidades, que le merecieron la elevación al provincialato y otros cargos importantes, por lo que hace a nuestro caso, se unía el ser joven a la sazón, poco experimentado, bastante impresionable y de tenaz criterio; he aquí el nuevo instrumento o diamante con el cual refinará el Soberano Artífice a Sor María.

Apertura de la visita.

La tempestad de la persecución, hacía trece años iniciada contra la Sierva de Dios, iba a descargar terribles golpes. No se hizo esperar mucho el Padre Alonso a los ruegos de Catalina de la Ascensión; a poco de recibir su carta, presentóse en el Convento y abrió la visita provincial. Ni la santa Prelada ni la inmensa mayoría de la Comunidad hallaron cosa digna de corrección que manifestar al Superior, respecto de la observancia de las leyes divinas, eclesiásticas y propias del Instituto.

Acusaciones falsas.

Mas, cuando a las tres mencionadas les llegó el turno de entrar al escrutinio secreto, varió por completo la escena. Dos de ellas acusaron a la bendita Priora de tantos defectos, que el Rvdo. Padre Provincial dudó ya de la sinceridad de las otras monjas, creyendo que, tal vez por miramientos o temor, le habían ocultado la verdad de cuanto se le iba declarando.

Luego, Catalina de la Ascensión, dando rienda suelta a su lengua, refirióle las cosas tal como su celo indiscreto, su apasionamiento, su poca sensatez y aversión natural las forjaron en la imaginación, diciendo que María de Jesús era relajada, que su gobierno era funesto, que, debido a ésto, la Comunidad no era sombra ni figura de lo que fué en tiempos anteriores; y supo pintarlo con tan vivos colores, y lo revistió de circunstancias tan agravantes, y lo aseguró con palabras

tan ponderativas, que el Prelado se convenció de la culpabilidad de la acusada.

El Visitador resuelto al castigo.

Disgustado el Padre Alonso al ver la multitud de acusaciones que le acababan de hacer de la Superiora, sobre puntos graves, resuélvese a imponerla la pena de deposición del oficio, como justa reparación de sus desaciertos y malos ejemplos.

Justa reclamación desestimada.

Enteradas las demás religiosas de la determinación del Provincial por las mismas denunciantes, que ya se gloriaban de su triunfo, presentáronse a él y le pidieron tuviese la amabilidad de oírlas otra vez, con el fin de aclarar los hechos y defender la inocencia de nuestra María. El Padre Alonso, siguiendo su criterio adverso ya a la venerable Madre, y permitiéndolo Dios así, no quiso admitir más explicaciones. Entonces, las monjas, a voz en grito y en su presencia, confesaban que tales acusaciones eran verdaderas calumnias contra la santa Prelada; a pesar de tan enérgica protesta, el Visitador no cambió de parecer ni se ablandó, y, firme en la resolución formada, despidióse hasta el día siguiente.

La acusada en el Tribunal.

Cualquiera hubiera creído que, pasados los primeros momentos, el Rvdo. Padre Provincial se presentaría desimpresionado a cerrar la visita, mas no fué así; volvió, a las seis de la mañana, tan ciego como se había ido la tarde anterior."

A la plática de rúbrica siguió la corrección de culpas, durante la cual se desarrolló una triste y conmovedora escena. María de Jesús, como Superiora, salió la primera al medio

del coro bajo, donde se celebraba el capítulo, e hincada de rodillas recibió la lluvia de cargos que la intimaba el Prelado, por los cuales aparecía transgresora de puntos esenciales de la Regla, Constituciones y costumbres venerandas introducidas por Santa Teresa, indigna de llevar el santo hábito y merecedora de los mayores castigos de la ley. Luego el Padre Provincial la recriminó las faltas con frases muy fuertes y con extremada viveza.

Terrible sentencia.

Y como si esto fuera poco, para mayor ignominia de la venerable virgen, la castigó al fin, deponiéndola de la dignidad de Priora, sin considerar los perjuicios que sufriría su fama ante la Orden, ante la Ciudad y ante los muchos títulos de la nobleza española, que la veneraban.

Admirable silencio y serenidad de la sentenciada.

María de Jesús, no obstante de verse arrollada por aquel diluvio de calumnias, todas a cual más denigrantes, y aquellas recriminaciones tan duras, y aquellos modos nunca vistos, y aquella sentencia injusta, escuchábalo todo en silencio, con paciencia, con tranquilidad de espíritu, sin experimentar ninguno de esos primeros movimientos naturales que suelen sentirse cuando el amor propio recibe alguna ofensa o se ve postergado; y por tanto, aunque del capítulo salió deshonorada, según el mundo, su alma salió más enriquecida de virtud y más hermosa a los ojos de Dios; y pudo acercarse a la Sagrada Comunión, a los pocos instantes, sin necesidad de reconciliarse de la menor impaciencia, lo cual admiró a las religiosas que, durante la corrección de la bendita Priora, lloraban y sentíanse justamente indignadas en su interior contra aquel cúmulo de disparates e improprios.

Determinación más ruidosa.

El Padre Alonso, no satisfecho aún con la sentencia dada, y receloso de las monjas muy dignas y respetables de esta casa, sin duda por ser afectas a la castigada, no quiso confiar el gobierno de la Comunidad a ninguna de ellas, *y trató luego—dice la Madre Catalina de Cristo, testigo presencial—de hacer elección de Priora, trayéndola de fuera, y, no pudiendo acabar con las religiosas que votasen Prelada de fuera, él de hecho trajo de Cuerva a la Madre Ana de los Angeles, una de las compañeras de nuestra Madre Santa Teresa y nos la puso por Vicaria (1), con lo cual hizo más ruidosa la caída de Sor María entre los seglares y entre los religiosos de la Orden.*

El Señor declara la inocencia de la depuesta con prodigios.

Mas, como Dios velaba por la inocencia de su sierva, quiso declararla con algunos prodigios patentes, que refiere la Madre Isabel del Santísimo Sacramento de esta manera (2): *Nuestro Señor enfermó luego a la Madre Ana, que había venido con título de Vicaria y Reformadora, necesitando de harto más regalo que el que notaban en mi carísima Madre María de Jesús.*

Y no paró aquí Su Majestad—añade—, sino que una tarde, habiendo puesto las llaves de la portería e Iglesia en una casa inmediata a la nuestra, donde cada día se guardaban, fuéronse los moradores a Maitines a la Iglesia de Santo Domingo el Real y pegóse fuego la casa por un candil que se dejaron encendido y colgado en una puerta, por olvido, y de allí se pegó al cuarto donde asistía la mayor parte de la Comunidad; de suerte que todas las religiosas fué menester

(1) Deposición jurídica, respuesta a la pregunta 4.^a.

(2) Relación, folio 11.

llevarlas al Convento de Santo Domingo el Real, y, como de milagro, sacaron las llaves de la casa.

Hubo muchos milagros patentes, porque de un pozo de vecindad que el día antes no habían podido sacar una escudilla de agua, sacaron más de doscientos cántaros.

Además, encima de un tejado de nuestra casa, vieron un viejo, que nadie conoció, muy venerable, que sin hablar palabra, dió más de mil cántaros de agua, y nunca más lo vieron. Quemóse toda la casa en que comenzó el fuego, y llegando a la cruz de palo que estaba en la azotea de la nuestra, cesó sin tocar a la cruz.

Prosiguió la enfermedad de la Madre Vicaria de suerte que, aunque las religiosas volvieron a casa de allí a cinco días, ella no pudo volver; la enfermedad la obligó a que la volviesen a su Convento de Cuerva. De esta manera vuelve Dios por los que esperan en Él.

Con estas maravillas, confundió el Señor la osadía de Catalina de la Ascensión y sus amigas, haciéndoles ver la necesidad de aliviar las dolencias de las enfermas con regalos como los que había meneſter la Madre Ana, regalos de mayor coste y más continuos que aquellos otros que tomaba María de Jesús, calificados por ellas de excesos, antojos y relajación.

Y, para darles más en el rostro con su mala obra y decantado triunfo contra la venerable virgen, convirtió su gozo en tristeza, agravando la enfermedad de la Vicaria o Reformadora, hasta el extremo de obligarla a regresar a su Comunidad de Cuerva, desde el mismo Convento de las Dominicas. Y si las llamas respetaron a las religiosas, fué, sin duda, debido a los méritos de Sor María de Jesús.

Sin embargo, Catalina, sus dos compañeras y el Padre Alonso, en vez de abrir los ojos ante el castigo del cielo, permanecieron ciegos e insensibles, prefiriendo continuase vacante el priorato con muchas pérdidas espirituales y materiales, a desistir de sus proyectos y revocar la sentencia fulminada contra la inocentísima virgen.

La depuesta es elegida Consiliaria y Maestra de novicias.

El 24 de Enero de 1601, el Provincial convocó de nuevo a las monjas de este Convento, y las obligó a elegir otra Priora de la misma Comunidad, cuya elección recayó en la Reverenda Madre Jerónima de la Encarnación. Las religiosas, sin embargo, demostraron su cariño y estima a la Sierva de Dios, eligiéndola 2.^a Consiliaria, aunque bien a pesar de las acusadoras y del Superior. La nueva Prelada, al presentar su lista de oficios a la aprobación del Provincial, éste nombró Maestra de novicias a la Sierva de Dios, nombramiento bien recibido de la Comunidad, porque no alcanzaban las consecuencias que traería consigo. Sor María admitió el oficio, sin manifestar displicencia ni oposición; si bien no dejaba de comprender que sus enseñanzas y ejemplos no producirían los frutos que los trienios anteriores, porque los sofocaría la cizaña de la maledicencia de sus perseguidoras. Con todo sacrificóse gustosa, preescindiendo de miras humanas, y desplegó toda la actividad de su celo e ilustración, a fin de formar religiosas tan perfectas y útiles como las precedentes.

Más aflicciones.

Los accesos de gota volvieron a molestar a la santa Maestra casi todo este año; muchos días los pasaba postrada en su pobre lecho; los vómitos eran muy frecuentes; la inflamación de pies y manos no la dejaban dar un paso, ni ocuparse en nada. La Reverenda Madre Priora y las demás religiosas, solícitas de su salud, cuidábanla con mayor esmero, ya en la asistencia continua a su lado, ya en la sumministrazione de alimentos y medicinas. La venerable virgen agradecía infinitamente el cariño y regalos de su buena Prelada y hermanas; pero como prudente, suplicábales fueran comedidas y recatadas respecto de estas demostraciones, para evitar

los malos juicios y críticas de las contrarias. No obstante, Catalina de la Ascensión y sus amigas miraban con ojos de lince cuantas obras de caridad se practicaban a favor de nuestra bendita enferma, haciendo misterio de todo, y dando torcidas interpretaciones a las palabras más insignificantes.

La Maestra privada de su oficio.

Por Febrero de 1602, el Padre Alonso abrió la visita canónica anual en este Monasterio. En esta ocasión, como la vez pasada, el Padre Provincial recibió nuevas quejas y malos informes de la heroica Maestra, no de parte de las sensatas y observantes ni de las novicias, que todas se hacían lenguas, alabando su paciencia, su mortificación y su amor al sufrimiento, sino por referencia apasionada de las enemigas. ¡Qué de desatinos le dirían y cómo se los pintarían, que el Prelado decidióse a quitar a la Sierva de Dios del cargo de Maestra, por conceptuarla inepta y aun perniciosa para seguir al frente de las novicias.

Efectivamente, llegado el tiempo de la corrección y postrada en medio del coro bajo, el Padre Alonso la reprendió durísimamente, tratándola no sólo de relajada, sino de incorregible; y, desde aquel instante, la depuso del cargo de Maestra. Sor María, al recibir este segundo golpe que destrozaba completamente su reputación, no hizo el menor gesto de disgusto, ni derramó una lágrima, ni se enojó contra sus acusadoras ni contra el Prelado. Sólo allá, en el fondo de su corazón, sintió algo la separasen de las novicias, a las cuales había educado con un amor más que de Madre; pero cuando el natural comenzó a hacer su oficio, mientras oía la reprensión, vió salir del Sagrario a Jesucristo atado a la columna, cubierto de llagas, y, colocándose junto a ella, la dijo: *Mira cuánto más sin culpa padecí yo; a imitación mía, quiero que padezcas; hija, ten paciencia, que de todo se ha de seguir mi gloria.* Al eco de estas palabras amorosas, se percató de aquel primer movimiento natural, le corrigió, volviendo

contra sí misma la indignación, y acusándose de floja y pusilánime, oyó las muchas y mortificantes cosas que el Provincial la decía, cual si fueran lisonjas y favores.

Sus hermanos viéndola abandonada, la desprecian.

Este nuevo castigo repercutió en varios Conventos de la Reforma Carmelitana; de ahí que muchos religiosos, ateniéndose a la fama de recto y celoso que tenía el Padre Alonso, le diesen la razón a él y formasen mal concepto de la Sierva de Dios, mirándola de allí adelante con prevención. Las monjas de los Monasterios que habían oído a la Mística Doctora llamar *Santa* a María de Jesús, en vista de las severísimas medidas adoptadas por el Superior, comenzaron a dudar de su virtud. Algunos de los mismos directores y confesores que tan de cerca habían seguido los pasos de su espíritu, temían haber sido engañados, y no volvieron ya a dirigirla; en fin, unos y otras se distanciaron de ella, todos, quién más quién menos, la despreciaron y mortificaron de varias maneras, como si no tuviera en su favor las alabanzas de Santa Teresa, como si no hubiera aprobado su santidad San Juan de la Cruz, como si nada valiera el abonado testimonio de tantos sabios y doctores que por doquier ensalzaban las virtudes de nuestra bendita perseguida.

Cuanto más se la oculta, Dios la hace más popular.

El Provincial, además, no satisfecho todavía con haberla quitado los cargos de Priora y Maestra de novicias, la prohibió recibir visitas en el locutorio, cuya prohibición ratificaron los sucesores del Padre Alonso en el provincialato por indicación suya. Esta orden no se pudo llevar a cabo en la práctica, *porque cuanto más empeñados andaban los Prelados en ocultarla*—dice la Madre Beatriz de San José en su relación—*más solícitas y como a porfía buscaban su celestial conversación las personas seglares, con el objeto de reformar*

sus costumbres e instruirse en los medios de conseguir mejor la perfección.

Y es que el Señor, si bien gustaba de verla en el crisol del sufrimiento, no quería, sin embargo, pereciese su memoria entre los del mundo, ni dejase de ejercer con ellos el magisterio espiritual, por medio del cual su divina Majestad derramaba abundantes gracias sobre ellos. ¿Cómo negarse, pues, la Priora a las justas instancias y peticiones de personas respetables, que de Madrid iban exprofeso a visitar a María de Jesús? ¿Cómo negarse a otras innumerables de todas las clases sociales, que de la misma ciudad de Toledo acudían a la Sierva de Dios, ávidas de consultarla y encontrar en ella la solución de asuntos graves y difíciles? La razón natural, y la educación, y la prudencia, y la caridad, decían a la Prelada que, atendidas las circunstancias, no incurría en desobediencia, pasando por alto la prohibición impuesta. Con todo, la Sierva de Dios resistíase a bajar a la red por cumplir con el mandato de los Superiores, y cuando bajaba, era siempre obligada por la Priora.

Ocupaciones de la despreciada en el retiro.

Exenta de todo cargo, sólo se ocupaba de Dios y de su alma, viviendo como si no existiera en el mundo ni hubiera criaturas. Asistía puntualísima a los ejercicios comunes, sin eximirse de ninguno, aunque estuviera delicada de salud. Tan sometida andaba a la obediencia, habiendo sido Priora dos veces, como si le fuera connatural el ser súbdita. Miraba como propios los oficios más trabajosos y humildes del Convento, porque se consideraba la menor de él y la más inútil; en una palabra, el parecer de la Prelada era su guía único en todas sus acciones.

Además, obedeciendo a su confesor, el Rvdo. Padre Elías de San Martín, ex General de la Orden, se dedicó a escribir las mercedes que recibía del Señor, algunos consejos para la oración mental y avisos ordenados a encaminar las almas a

Dios. Los cuadernos de estos escritos pasaron a manos del Ilmo. Sr. Obispo de Tarazona, D. Fray Diego de Yepes, quien los guardaba con mucha estima en su escritorio, donde tenía otros documentos importantes y un pedacito de carne del cuerpo incorrupto de Santa Teresa.

Elocuente testimonio en alabanza de la postergada.

Cierto día, el santo Obispo quiso recrear su espíritu leyendo dichos escritos. En el momento de sacarlos del escritorio, vió, con gran sorpresa, que la reliquia de la Seráfica Madre, del sitio en que estaba antes colocada, se había pasado a los cuadernos de su hija y *Letradillo*, empapándolos con el óleo milagroso que destilaba su cuerpo virginal, e impregnándolos a la vez de su celestial aroma. Luego, a fin de cerciorarse mejor de la maravilla, examinó bien los otros papeles que estaban debajo de los cuadernos de la Sierva de Dios; pero a ninguno había tocado el óleo, ni el aroma llegó hasta ellos. Llamó después a sus familiares e hizoles contemplar el hecho, calificándole todos de prodigioso; el Ilmo. Prelado les dijo entonces: *Sólo por esto, canonizara yo a la Madre María de Jesús*. Cual haya sido el paradero de estos cuadernos, lo diremos en otro capítulo.

Se procura la rehabilitación de la depuesta, pero sin éxito.

El Rvdo. Padre José de Jesús María, sabio y célebre escritor ascético y místico, que, siendo Prior del Carmen Descalzo de Toledo y confesor de la venerable Madre, había presenciado los castigos injustos, y las vejaciones a que fué sometida, y el modo admirable y heroico con que sufría tantos baldones, desde entonces se propuso elevarla a su puesto en la primera ocasión que tuviera.

Este benemérito religioso, reelegido para el mismo priorato en el capítulo general de Pastrana, celebrado por Septiembre de 1603, tan pronto como el nuevo Provincial fué a

póseionarse de los dos Monasterios de la Ciudad Imperial, buscó el momento oportuno de hablarle detenidamente sobre los asuntos de la Sierva de Dios y trató de borrar las malas impresiones que traía, debidas a los informes de su antecesor el Rvdo. Padre Alonso de Jesús María.

El caritativo Prior hizo cuanto pudo; mas no logró sus intentos, prefiriendo el Padre Provincial continuase la Reverenda Madre Jerónima desempeñando el priorato, antes que elegir a Sor María; únicamente se renovaron los oficios secundarios, y, a instancia de la Prelada, firmó el nombramiento de Maestra de Novicias a favor de la Sierva de Dios. Era ésta la sexta vez que entraba a desempeñar oficio tan delicado; ella le aceptó con la noble idea de glorificar más a su divina Majestad, esmerándose en el cumplimiento de los deberes que la imponía, como siempre, si bien con mayor crédito suyo, por los triunfos obtenidos en este trienio contra el demonio.



El Rvdo. Padre Juan de Jesús María, Prior y Abad de San Jerónimo de la Ciudad Imperial, que se hallaba en la Ciudad Imperial, y a instancia de la Prelada, firmó el nombramiento de Maestra de Novicias a favor de la Sierva de Dios. Era ésta la sexta vez que entraba a desempeñar oficio tan delicado; ella le aceptó con la noble idea de glorificar más a su divina Majestad, esmerándose en el cumplimiento de los deberes que la imponía, como siempre, si bien con mayor crédito suyo, por los triunfos obtenidos en este trienio contra el demonio.



Capítulo VIII.

SOR MARÍA PERSEGUIDA

(Continuación).

(1603-1607).

Victorias de la Maestra.

Sólo dos Novicias tuvo nuestra María durante cuatro años; pero mucho hubo de trabajar para librarlas de los fieros asaltos del enemigo infernal. La primera fué Inés de Yepes y San Pedro, natural de Toledo, señorita de noble alcurnia y de excepcional belleza, la cual sintióse llamada tan eficazmente al estado religioso la víspera de su boda, que formó resolución, con carácter irrevocable, de abandonar todas las cosas del mundo. El enemigo infernal estorbó de mil maneras la ejecución de este intento, aunque nada consiguió.

Vencidas las dificultades que se la presentaban, vistió el hábito Carmelitano en las Descalzas de su ciudad natal, con el nombre de Inés de San José. De natural fogosa y acostumbrada a las comodidades, hubo de sostener tremendas luchas consigo misma y contra el enemigo infernal, que no cesaba de tentarla a todas horas, para dominar los ímpetus de su naturaleza; mas, ayudada con las enseñanzas, consejos y oraciones de su santa Maestra, que anteveía todos los ardides y lazos diabólicos, salió siempre victoriosa de las refriegas.

Lleno de saña Luzbel, viendo desechas sus tramas, la atormentó con horribles apariciones y figuras impuras; pero no logró derrotarla. Después ensayó otro medio más poderoso; hizo que la Comunidad se apercibiera de las tentaciones de Sor Inés y formase de ella mal concepto, juzgando era indigna de llevar la sagrada librea de la Santísima Virgen, y se quejara amargamente de su poca virtud y de la cooperación de la Maestra, pues se les figuraba que defendía su comportamiento sin razones justificantes; y no iban descaminadas, si se tiene en cuenta lo que veían en ella por una parte, y lo que ignoraban por otra. Tampoco triunfó el enemigo con estas armas, porque, al fin, la santa Maestra desvaneció los malos juicios y antipatías de las monjas.

Otro artificio empleó como último recurso; indispuso a los Prelados contra la Novicia, de suerte que el Rvdo. Padre General, resuelto a expulsarla, comenzó a redactar un precepto formal, mandando a la Comunidad que, en el término de veinticuatro horas, la despidiese del Convento. A la misma hora vió Sor Inés en su celda una legión de demonios, cuyas cabezas apiñadas unas con otras estaban dando traza cómo había de escribirse el precepto de expulsión.

María de Jesús, desde su habitación, contemplaba lo que el Padre General hacía en aquellos instantes, y cómo todo el infierno atormentaba a la novicia; armada entonces con el Santo Crucifijo, fué a la celda de Sor Inés, hallándola casi privada del sentido, porque su vista no pudo resistir lo horripilante de tanta variedad de figuras; no obstante, se dió cuenta de que al abrir la puerta su Maestra, desapareció toda aquella infame canalla con espantosos ahullidos, quedando consoladísima su alma con la presencia de Sor María. La Sierva de Dios la preguntó: *Inés, ¿qué la pasa?* A lo cual respondió con evasivas, por querer ocultárselo; pero la santa Maestra empezó a referirla detalladamente cuanto acababa de suceder ante sus ojos, descubriéndola también lo que a la misma hora pasaba en la estancia del Reverendo Padre General. *Luego*—escribe la misma Sor Inés en su Declaración—

la alentó a esta testigo con palabras de vida, diciéndola, que no temiese la decisión del Superior, porque no tendría efecto, y se consolase, pues llegaría a profesar y ser más que buena monja.

Cierto, que el precepto del Prelado escrito y firmado ya, no se envió a las Carmelitas, porque, orando aquella noche por la novicia atribulada la santa Maestra ante el Crucifijo, alcanzó de su Majestad que el Superior desistiera de su resolución y la diese treguas hasta cumplir el noviciado.

El día siguiente, a primera hora de la mañana, María de Jesús recibió una carta de D.^a Bernardina de Peralta, Señora del Hábito de Santiago en el Convento de Santa Fe, persona de mucha virtud y gran fama de santidad, en cuya carta escribía: *He visto esta noche los tejados de su casa cuajados de demonios, haciendo guerra terrible a una novicia de Vuestra Reverencia, aunque no sé quién es; pero sí sé el mucho sentimiento que estos espíritus infernales tienen de que tal presa se les escape de entre las manos, por medio de su profesión religiosa.*

La Priora registró esta carta, como suele hacerlo con todas, y por su lectura se persuadió de que, verdaderamente, la novicia era víctima de infernal persecución, sin culpa suya, de que la Comunidad y ella habían estado tentadas contra la Maestra y la discípula. Poco después llegó a sus manos un billete del Reverendo Padre General, en el cual concedía a la novicia permaneciese en el Convento hasta terminar el año de prueba, y, si cumplido éste, continuaban las monjas disgustadas de su comportamiento, entonces la echasen; viendo ellas que lo sucedido hasta allí con Sor Inés era obra diabólica, fácilmente cambiaron de parecer, decidiéndose todas a darla su voto para profesar.

La otra novicia de la Sierva de Dios en este período, fué Isabel del Santísimo Sacramento. Aunque sólo contaba dieciséis años de edad, era mujer de entendimiento claro y penetrante, de mucha oración, de virtud sólida y elevado trato con Dios. El demonio comprendió desde luego que jamás

lograría mancillar el corazón castísimo de esta jovencita, y, por tanto, viéndola tan pertrechada, no se atrevió a combatirla con tentaciones contrarias a la honestidad; pero acometió la cruel empresa de perseguirla incesantemente con monstruosas y espantables apariciones, que la traían consternada e inquieta, con grave peligro de la vida. Cuando más apurada se encontraba, la santa Maestra, que todo lo veía, aun estando muy distante, salía a librarla de aquella chusma infernal. Cuantas veces entraba Sor María de Jesús en la celda de su novicia a socorrerla, llevando el santo Crucifijo en la mano, Isabel advertía que los demonios corrían precipitadamente, tapándose las caras por no ver a la bendita Maestra.

Envuelta entre las olas de nuevas tribulaciones.

El demonio, agraviado de los desaires de Sor María, quiso tomar venganza, aprovechando la ocasión de verla castigada. Traíale al pensamiento, que si la aborrecían sus hermanas y la humillaban los Prelados, tenía lo merecido por sus culpas, toda vez que era cierto cuanto se decía de su mal comportamiento; que Dios estaba muy enojado contra ella, y, en prueba de ser así, le había dado licencia para atormentarla como le pluguiera.

Por otra parte, veíase en una sima donde sólo palpaba tinieblas, donde perdió hasta la memoria de las mercedes recibidas de su divina Majestad en otros tiempos, donde se encontraba sola, desamparada y olvidada de su Dios. Acrecentábanse estas angustias con la idea fija de tenerle ofendido y disgustado, pena que la traspasaba el alma y arrancaba copiosas lágrimas de su corazón. Tan intenso fué este martirio de escrúpulos, dudas, temores, arideces e inquietudes, por espacio de más de dos años continuos, que, según afirmaba ella misma, *a su parecer se la hiciera muy suave estar padeciendo en el purgatorio el tiempo que duró esto.*

Tales sufrimientos la estimulaban a no perder un instante

de buscar a Dios en la oración, en la penitencia, en el silencio, en la salmodia y canto de las divinas alabanzas, en la lectura espiritual, en las devociones particulares, en el examen de conciencia y en todos los ejercicios de la observancia regular, cuidando de practicarlos con mayor exactitud y fervor.

Como, a su modo de ver, ella era la causa de que Dios se la escondiese, tomó venganza de sí misma con mortificaciones extraordinarias, con largas vigiliass, en las cuales su corazón se deshacía, sus ojos no cesaban de llorar, y su voluntad protestaba que no se apartaría jamás de su divino Esposo. Siempre tuvo grande aprecio de Dios; mas durante todo este período de horrosas tinieblas, fué, sin comparación, mayor, al considerar la infinita misericordia que el Señor usaba con ella, preservándola del infierno tan merecido por sus culpas; así la obligaba a expresarse su humildad.

Un enviado de Dios consuela a Sor María.

Cuando la Sierva de Dios menos lo pensaba y se veía más affigida en aquel torbellino de tribulaciones, se presentó un día el Reverendo Sr. Rector del Hospital del Rey, sacerdote muy favorecido de su divina Majestad. Este varón apostólico, sin haber visto ni tratado jamás a la venerable virgen, ni a ninguna otra religiosa de la Comunidad, ni estar enterado por nadie de los trabajos que padecía María de Jesús, ora de parte de las criaturas, ora del demonio, rogó a la tornera llamase a la santa perseguida, y la hiciese entrar en el confesionario, y le permitiera hablarla de asuntos de conciencia.

La Priora, avisada de lo que el Sr. Rector deseaba, mandó a la Sierva de Dios fuese a la portería, donde la esperaba la tornera, e hiciese lo que ésta la indicara. Entró, pues, en el confesionario, saludáronse mutuamente, y el venerable sacerdote después comenzó a decirle: *Madre María, traigo una misión divina; Nuestro Señor me envía a consolar a Vuestra Merced en medio de tantas penas como sufre; estad*

segura que no habéis tenido culpa ni rastro de ella en las acusaciones que os han hecho; ni las dudas, intranquilidades y temores que os atormentan tienen otro fundamento, sino la prueba en que os ha puesto Dios; vuestra conciencia está limpia, vos misma nada encontraréis que os arguya cuando os confesáis, ¿no es verdad? —Sí, Padre mío, así es—contestó la bendita virgen. —Pues eso mismo da a entender que estáis en gracia.

Además ha de saber Vuestra Merced que Su Majestad se da por bien servido de la paciencia y humildad con que ha sobrellevado las calumnias, los castigos, los desprecios y desamparos; Él quiere que aún sufráis, porque ahora es el tiempo oportuno; tened confianza en su bondad infinita y veréis las maravillas de su omnipotencia; día vendrá en que el mismo Prelado que tanto ha difamado a Vuestra Merced, la devuelva su fama con circunstancias muy notables, advirtiéndola que de todo sacaré Vuestra Merced grandes frutos espirituales, con los cuales dará mucha gloria a Dios.

Sor María reconoció en el ejemplarísimo Rector al enviado del Señor, toda vez que sólo Su Majestad podía haberle revelado el estado de su conciencia y los terribles sufrimientos que llovían sobre su alma; dióle las gracias por este favor y le suplicó la encómendase a Dios, para seguir luchando valerosamente hasta el fin. Como la única y mayor aflicción de Sor María, consistía en creer estaba enemistada con Dios, al oír que todo ello no era sino prueba, desde aquel instante se tranquilizó, desaparecieron las tinieblas y quedó consolada. Cual verdadera enamorada de su divino Maestro, se abrazó con la cruz de los trabajos, que, según el santo Rector, convenía padeciese todavía para utilidad propia y gloria de Dios; y quisiera tener mil corazones a fin de poder sufrir más con cada uno de ellos por Jesucristo.

Otra enfermedad grave.

Tantos sufrimientos morales causaron en su cuerpo una enfermedad gravísima. Se helaba de frío, no obstante de

marcar el termómetro la temperatura de 45 grados de calor; sentía interiormente un fuego abrasador; la inapetencia era tal, que no había medio de hacerla pasar bocado, y por ende, se debilitó extremadamente. Cuantas medicinas le propinaban los médicos no surtían efecto alguno, al contrario, la ocasionaban nuevos transtornos en el organismo, y la iban consumiendo de manera, que los mismo doctores y las religiosas creyeron se les moría. La enferma creyó igualmente se acercaba el desenlace de su cuerpo y alma; pero Dios, que era la causa de esta dolencia, fué también la medicina eficazísima, descubriéndosele amante y gustoso de verla arrojada en el campo de una tarima con tan tremendas batallas interiores y exteriores y ostentando mayores energías de espíritu, cuando más agotadas estaban las fuerzas corporales.

Jesucristo su medicina.

En efecto, el 15 de Agosto de 1603, se le apareció Jesucristo acompañado de su Madre Santísima, y con sumo agrado y dulzura la alentó y consoló, diciéndola: *Es mi voluntad que padezcas algo de lo que yo sufrí en el mundo, y está segura que tu victoria será grande e infalible.* La Reina de los Angeles habló y regaló a su amadísima esclava de esta forma: *No temas, hija mía; Dios siempre ha estado contigo y está a tu lado; confía en mí, yo te prometo mi amparo y asistencia de verdadera Madre.* Largo rato duró esta gloriosa entrevista y familiar conversación, en la cual se le comunicaron muchos secretos y misterios; pero el recato y humildad de Sor María los ocultó a las reiteradas preguntas de varias monjas que vislumbraban algo, respondiendo: *Hijas, sólo diré que han sido innumerables y altísimos.*

La presencia y las palabras del divino Médico fortalecieron más el alma de nuestra enferma; y, aun cuando se libró de la muerte, desde esta enfermedad hasta la última de su preciosa existencia, quedó tan gastada su salud física, que nunca se vió limpia de fiebre con sus crecimientos y otros

achagues casi continuos. Las religiosas, agradeciendo a Dios el beneficio de haberles dejado a Sor María, trataron de regalarla con gran esmero, aunque todo fué inútil, porque sólo ver la comida y bebida la producía náuseas, lo cual causaba harta pena a las mismas religiosas.

Proyecto de las perseguidoras.

Sor Catalina de la Ascensión y sus tres amigas, llevadas de su inquina contra la venerable virgen, miraban con malos ojos y juzgaban como excesivas estas demostraciones de especial cuidado, sin tener en cuenta lo ordenado por las Constituciones de la Orden, respecto a la asistencia que se debe a las enfermas y débiles; a estos juicios seguían las maquinaciones de hacer nuevas denuncias sobre tantas demasías, con el malhadado intento de suscitar contra la Sierva de Dios nuevos odios y difamaciones, más castigos y disgustos.

Generosa oferta y elección heroica.

Sor María hubiera podido librarse de esta abalancha abrumadora de maquinaciones y molestias con grande crédito suyo; pero lejos de sacudirla, eligió lo más penoso, cual fidelísima imitadora de Cristo, según lo dirá el caso siguiente. Estaba un día agradeciendo a su Majestad, con tiernísimos afectos, el beneficio de poder ofrecerle aquellas *pajitas* de sufrimientos, cuando he aquí, que se entreatren los cielos, y ve a Jesucristo venir hacia a sí, proyectando resplandores suavísimos y bañando su alma con un torrente de inefables delicias; luego oye que la dice: *María, en tu mano está la elección de dos cosas: o pasar este destierro sin necesidad de comida, o vivir sujeta a las humillaciones de menesterosa.* La venerable Madre, sin vacilar, le responde: *Señor, en todo quiero vuestra voluntad; pero si atendéis a la mía, más se inclina a lo postrero, porque en verme necesitada, se descu-*

bre mi miseria, y lo primero, Señor, no sé cómo lo conseguiré, pues de mí no me promelo, sino fallar al logro de tantos beneficios vuestros, cuanto y más que lo particular de éste, no sé lo que podrá traer consigo.

Su curación milagrosa y amor infatigable de santificarse.

La Sierva de Dios obró en esta elección, no sólo como avezada y amante del padecer, sino como discreta y prudente, pues cuanto el beneficio es más singular y más notorio, tanto más está expuesto a tentaciones de vanagloria y al peligro de malograrse. Esta elección de lo más humillante y mortificativo atrajo sobre nuestra María otra oleada inmensa de gracias y misericordias innumerables, con las cuales Dios regaló su alma candidísima. También su cuerpo participó de estas bondades, toda vez que recobró instantáneamente la salud, al fin de esta visión.

Sor María, curada de la enfermedad, emprendió los ejercicios de la observancia regular, y las prácticas de humildad, y la penitencia, y la asistencia al coro con tanto fervor, como si empezara entonces a vivir en el Claustro; no permitía la aventajasen las demás en la puntualidad a los actos comunes; a todas las enfervorizaba con el ejemplo; para todo era la primera, como si aún desempeñase el cargo de Priora; tanto las monjas como los Prelados admirábanse de que la venerable virgen, tan gastada de fuerzas corporales, ya debido a sus frecuentes enfermedades, ya a los ardores de su espíritu que la causaban desfallecimientos y continuos achaques, no se rindiera, ni se detuviera un solo instante en el camino de la perfección, ni se entibiara su amor; antes bien, veíanla renacer y levantarse del lecho del dolor con nuevas energías y seguir todo lo del servicio divino, pero con tanta alegría, como si los padecimientos fueran flores.



Capítulo IX

SOR MARÍA PERSEGUIDA

(Conclusión).

(1607-1619).

El Padre Alonso contra la postergada en una elección.

La Reverenda Madre Jerónima de la Encarnación iba a cumplir siete años en el gobierno de las Carmelitas de la Ciudad Imperial; dos meses antes lo puso en conocimiento de los Superiores, recién electos, a fin de que la exonerasen de la carga pesadísima de la prelación, y proveyesen a la Comunidad de otra Prelada.

Enterado el nuevo General de la Orden, Reverendo Padre Alonso de Jesús María, ex Provincial de Castilla la Nueva, de lo que pretendía la Madre Jerónima, la escribió indicándole la conveniencia de elegir a la Madre Beatriz de Jesús, próxima a terminar su priorato en el Convento de Ocaña, bajo el pretexto de ser muy competente para sacar adelante el Monasterio. Tal propuesta era una humillación, un feo para las Descalzas de Toledo; pues aun cuando no hubiera en casa otra que María de Jesús, ella sola bastaba para la misma empresa, máxime habiendo desempeñado ya dos veces el oficio de Prelada con gran éxito; como humillación y ofensa lo tomaron las Carmelitas de Toledo, que tenían

puestos los ojos en Sor María y deseaban elevarla al puesto de Priora, y aun algunas se lo habían dicho a ella misma.

No debía tenerlas todas consigo el Padre Alonso, sabiendo cuánto estimaban las monjas a la Sierva de Dios; y así, a fin de evitar el fracaso de la candidatura por él presentada, determinó asistir en persona a la elección. Con algunos días de anticipación llegó a la Imperial y habló a las religiosas, insistiendo en su primera indicación; ellas se resistían a seguir los planes del Padre General, alegando las eminentes cualidades de nuestra María; mas él, tenaz en su oposición sistemática a la venerable virgen, excluía la del priorato, pretextando la poca salud que disfrutaba, siendo así, que esto nada la impedía seguir la observancia en todo su rigor. Al fin, habiendo entrado en votación, salió elegida Priora la Madre Beatriz de Jesús. Como las religiosas la eligieron por no contrariar al Prelado, mostrábanse disgustadas, y en tal actitud continuaron bastante tiempo; sólo María de Jesús, aunque postergada, quedó tan gustosa, que consolaba a las demás y buscaba razones para disculpar al Superior y apoyar la elección hecha como acertadísima y del agrado de Dios.

Un consuelo de Santa Teresa.

Esta humildad y alegre resignación de la venerable Madre, fué recompensada con una visión celestial, estando en oración, la misma noche de la elección. Cuando más fervorosa daba gracias a Dios por haberse librado de la dignidad prioral, aunque con desdoro de parte del Prelado, se presentó a su vista Santa Teresa, diciéndola: *Hija, ayuda a mi sobrina en el gobierno y en todo, porque lo hecho es a gusto de Dios, en cuya mano está tu crédito.* Sor María quedó consoladísima, viendo clara la voluntad del Señor, y tan dispuesta a obedecer las indicaciones de la Mística Doctora, que deseaba viniera cuanto antes la Priora para servirla de rodillas, si fuese necesario.

La Prelada escógela para Supriora.

Tan pronto como la Reverenda Madre Beatriz recibió orden de trasladarse a Toledo y tomar posesión del cargo, se puso en camino, llegando a la Ciudad Imperial el 18 de Junio de 1607. Demoró algo el posesionarse del priorato, porque no quería aceptarlo, si no le daban por Supriora a María de Jesús, de la cual habíamla hecho admirables referencias. La Madre Beatriz se lo propuso primero a la Sierva de Dios, y ésta, recordando las palabras de Santa Teresa, ofrecióse muy gustosa a ayudarla incondicionalmente; asegurada de la buena disposición de la bendita perseguida, manifestó este mismo deseo a la Comunidad, la cual acogió la idea con mucho gozo. El día 20 el Padre General se presentó a confirmar a la Madre Beatriz en su nuevo cargo, y ella le dijo no le aceptaba, si no se elegía Supriora a la Madre María de Jesús. El Padre Alonso accedió; pero quería fuese también a satisfacción de las monjas. Entonces las llamó una por una, exploró su voluntad, y como ya estaban de acuerdo, todas a una voz le contestaron, que les parecía lo más acertado. Vista la conformidad de la Priora y súbditas, y reunidas en el locutorio, confirmó la elección antes hecha, y se precedió a las otras, recayendo en Sor María los cargos de Supriora y Consiliaria.

Edificante y fructífera concordia de Beatriz y María.

Nunca se habían tratado las dos Superiores; mas desde el primer día se unieron tanto sus corazones con el hermoso lazo de la caridad, que ni aun la muerte las separó. Jamás se atrevió la Madre Beatriz a disponer cosa alguna ni a resolver ningún asunto sin consultarlo antes con María de Jesús, pues la veneraba como a oráculo celestial. Además, comunicábanse los secretos más recónditos del espíritu, en una palabra, eran una sola alma y un corazón en dos cuerpos.

La unión de las dos cabezas produjo admirables frutos de virtud en este Convento. La paz, la caridad, el silencio, la mortificación, el fervor, estas y otras muchas virtudes florecieron entonces en este jardín carmelitano, con los edificantes ejemplos y conformidad de la Prelada y de la venerable Superiora; parecía haber vuelto la Comunidad a los tiempos del acertado y provechoso gobierno de Sor María en el priorato.

La sedienta de penitencias.

Los Superiores, atendiendo al delicado estado de salud de la Sierva de Dios, habíanla restringido las licencias de practicar penitencias extraordinarias; pero ella, sedienta de mortificación, con gran humildad, solicitó de la Madre Beatriz la diese permiso para satisfacer sus deseos. La Priora no creyó prudente cortar los vuelos a esta alma abrasada en seráficos incendios, obligándola a caminar al paso de cualquier principiante en la profesión religiosa; antes bien, concedióle autorización para desahogar los divinos ardores de su pecho. Prevenida de la licencia, comenzó a usarla, castigando su carne con todos los instrumentos empleados en otras ocasiones, cuando gozaba de más robustez y energías.

En los umbrales de la eternidad.

El cuerpo no pudo soportar tanto rigor, y, al fin, sucumbió víctima de grave enfermedad, que la redujo a los umbrales de la eternidad. La Madre Beatriz miraba este contratiempo como castigo de sus propias culpas y no cesaba de pedir a Dios, derramando lágrimas, la vida de la santa Superiora. El Señor, apiadado de la Prelada, satisfizo sus deseos, concediendo la salud de un modo prodigioso a la bendita virgen, tras algunos meses de intensísimos dolores, frecuentes vértigos y altas fiebres, que extenuaron su cuerpo inocente. Las portadoras de tanta dicha fueron la Santísima

Virgen y Santa Teresa, las cuales visitaron a Sor María a las altas horas de la noche, entreteniéndose con ella en dulces coloquios, prolongados hasta el amanecer del día siguiente, en cuyo momento despidiéronse de ella, prometiéndola de nuevo su protección y dejándola sana.

Pocos instantes después, entró en su celda la Madre Beatriz, la preguntó cómo había pasado la noche. A lo cual contestó: *Madre, deme Vuestra Reverencia licencia para levantarme, que ya estoy buena.* La Priora, henchida de gozo, dióle su permiso. Vistióse ella misma, y las dos juntas asistieron a la meditación y rezo de las horas canónicas, como solía hacerlo siempre que sanaba milagrosamente. Las religiosas, apenas la vieron entrar en el coro, rebosando de contento, presumían el hecho prodigioso y daban gracias al Todopoderoso por haberles otorgado la salud y prolongación de la existencia de María de Jesús, para consuelo y edificación de sus almas.

Buscando más mortificación.

El peligro pasado sirvió de escarmiento a la Priora; y en lo sucesivo procuró evitar, con gran vigilancia, la cosa más mínima contra la salud de la Sierva de Dios, aunque fué en vano, pues el amor ingenioso de Sor María se adelantaba a la más atenta diligencia. Sin faltar a su querida Madre Beatriz, alcanzó amplias facultades de los Superiores Mayores elegidos en Septiembre de 1610, es decir, un mes después de haber sanado, hallando por esta vía el medio de padecer continuamente en su carne por el buen Jesús. Con esta durísima mortificación del cuerpo, su alma volaba más ligera al centro de sus amores, el Corazón deífico de Cristo, y se hacía más digna de que la comunicara los secretos encerrados en él, cuya comunicación acrecentaba las llamas de su amor divino, como se aumenta la hoguera con nuevos combustibles.

Sor María Maestra de novicias.

Terminados los cuatro primeros años del priorato de la Madre Beatriz; el Reverendo Padre Provincial de Castilla la Nueva, siguiendo las indicaciones del Padre General, hizo la visita canónica a las Carmelitas de Toledo, a fines de Junio de 1611. Correspondía a la vez, la elección de Prelada, y así lo esperaban las monjas; mas por razones secretas de los Superiores, no se efectuó, y únicamente se renovaron los oficios de nombramiento. A Sor María se la dió el de Maestra de novicias, en el cual desahogaba todos sus fervores, era como el mar donde la barquilla de su corazón corría velocísimamente al puerto de la santidad, llevando tras sí con sus edificantes ejemplos a las jóvenes.

Una profecía cumplida.

Una de las pretendientes al hábito carmelitano en aquel tiempo era Isabel de Obregón Ráez, natural de Toledo, de cuya virtud había muchos admiradores; sin embargo, la Madre Beatriz, no fiándose de la voz pública y deseando acertar en su admisión, consultó primero a la santa Maestra, quien la respondió de esta manera: *Madre, déle Vuestra Reverencia el hábito, que ella ha de morir novicia nuestra y santa, y el Convento se utilizará con su hacienda.* Efectivamente, el 4 de Julio de 1612, vistió el sayal de Santa Teresa en esta su quinta fundación; bajo la dirección de Sor María se abriollantó más su virtud, y acabó de labrarse la corona de la bienaventuranza.

A los tres meses de noviciado, Isabel enfermó gravemente; veintitrés días estuvo sufriendo terribles convulsiones y dolores, y viéndose próxima a la muerte, con permiso de su padre D. Francisco de Obregón, hizo testamento, por el cual legaba a la Comunidad 100 ducados para su entierro, mas

otros 500 cuando falleciera su padre. Confortada con los últimos sacramentos y demás auxilios de la Iglesia, expiró el 27 de Octubre del mismo año.

Nuevos triunfos contra el demonio.

El 10 de Octubre de 1613 recibió en esta casa la sagrada librea de la Reforma Carmelitana otra señorita de elegante figura y gran atractivo, natural de Buitrago, llamada Ana Alvarez de Figueroa y Vargas. Cuanto sintiese el demonio la pérdida de esta joven, tan a propósito para sus enredos, se lo reveló el Señor a Sor María, en el acto de imponerla el hábito, diciéndola: *Mucho le pesa al enemigo que ésta sea religiosa, por las almas que se perderían si no lo fuera.*

Desde los primeros días de su estancia en el Monasterio, comenzó a atormentarla sin cesar con representaciones tan oscenas, que no se pueden nombrar, porque abrasan los labios y ruborizan. Pero ella siempre salió con mérito de estas luchas infernales, porque en los momentos de mayor angustia, corría a defenderla Sor María de Jesús, su querida Maestra, aunque fuese a las dos o las tres de la madrugada. Al punto de entrar en la celda de la novicia y rociarla con agua bendita, huían los demonios vomitando llamas de fuego. Las victorias de la Sierva de Dios contra el infierno, mientras Sor Ana permaneció en el noviciado, eran diarias, y las alcanzadas durante nueve años más que la ayudó en tal tentación, no tienen número.

Se la posterga en otra elección.

Siete años había gobernado la Madre Beatriz de Jesús; anhelaba descansar y vivir sola con Dios y, así lo manifestó a los Prelados, quienes atendiendo a sus méritos y ruegos, la relevaron del priorato. La llamada a sucederla, era Sor María de Jesús; pero como el Padre General continuaba en su apasionamiento contra ella, ni pudieron borrarla la gran

humildad y admirable paciencia de la bendita perseguida, influyó otra vez para que no saliera elegida Priora, prefiriendo a la más moderna en la casa, antes que a la venerable virgen. El mediador fué el Reverendo Padre Alonso de los Angeles, Provincial de Castilla la Nueva, el cual supo hacerlo a las mil maravillas; bajo su presidencia se hizo la votación de la Prelada, el día 2 de Julio 1614, quedando electa la reverenda Madre Juana de Jesús María, que de las Jerónimas de San Pablo, y autorizada por la Santa Sede, habíase pasado a las Carmelitas Descalzas, donde vivía con mucha aprobación, si bien con sólo cinco años de hábito.

Continúa en el Supriorato.

Esta buena Madre, solicitó de Sor María fuese Supriora suya, como lo había sido de su antecesora; la Sierva de Dios resistióse a ello, las monjas la suplicaban admitiese el cargo y el Superior insistió bastante en lo mismo, de suerte que, al fin, aceptó el oficio en el cual demostró bien los esmaltes de su humildad a cada paso, durante cuatro años, sirviendo y ayudando a esta Priora, educada en otro ambiente e inexperta, como si fuera superior a ella en todo. Sin la dirección de Sor María, tal vez se hubieran marchitado las flores de virtud que embellecieron este jardín los siete años pasados, y temiéndolo así la Madre Juana, para no lamentar tamaña desgracia, quiso asegurar tales incrementos con el celo de María de Jesús.

Otra vez postergada.

Más de cuatro años llevaba ya la Madre Juana en la prelación; repetidas veces escribió al Reverendo Padre Provincial anunciándole sus ansias de verse libre del cargo, y, por fin, accediendo a tan reiteradas instancias, señaló la fecha de la visita y elección. Ahora, como otras veces, intentaban las religiosas elevar a Sor María de la postración en que se la

tenía; pero enterado del proyecto el Prelado, deshizo aquellos planes, inclinando los pareceres a una novicia de la venerable virgen.

Terminada la visita, el 9 de Noviembre de 1618, tuvo lugar la votación en presencia del Provincial, siendo elegida Priora la Reverenda Madre María Evangelista, discípula de la Sierva de Dios. El oficio de Superiora recayó en la Madre Leonor de la Madre de Dios y el de segunda Consiliaria en nuestra María, a quien acudía la Priora en todas sus dudas, perplejidades y asuntos difíciles del gobierno, encontrando siempre en sus palabras luz para la inteligencia, tranquilidad para el corazón y consuelo para sus aflicciones.



Capítulo X.

EXALTACIÓN DE SOR MARÍA.

(1619-1626)

Se intenta castigar a su calumniadora.

Era el año 1619, cuando Sor Catalina de la Ascensión dió el último golpe contra la bendita María de Jesús; su inquina pudiera calificarse ya de locura y ridiculez. Se atrevió a denunciar a la Sierva de Dios, de ciertas cosas que, a primera vista, comprendieron los Prelados no tenían fundamento, e informados de todo, acabaron de convencerse de la indiscreción de la denunciante, y por tanto, determináronse a procesarla por calumniadora e imponerla el castigo correspondiente. Tal determinación no tuvo efecto, ora fuese por no revolver cosas olvidadas ya de muchos, ora porque en el castigo de tantos agravios y cruel persecución quiso Dios poner su mano, según lo demuestra el caso siguiente:

Jesucristo vengador de su Sierva.

Al poco tiempo de haberse desengañado los Superiores del apasionamiento de Sor Catalina, un día se apareció Jesucristo a nuestra María muy enojado contra la calumniadora; en esta visita la hizo entender lo más ajustado de la perfección, cuán atento mira al proceder de aquellos cuyas obligaciones son mayores, cuanto le desagrada que éstos desper-

dicien sus gracias y divinos auxilios, y la severidad con que los castiga cuando cometen el más leve desacierto, diciéndola al fin: *Yo he de vengar las injurias que te ha hecho esa monja, pues quien toca a tí, toca a la niña de mis ojos.*

Calma a la divina justicia.

La venerable virgen, compadécida de su perseguidora, cual otro Moisés, se puso a luchar con su Majestad, para que la perdonase la multitud de ofensas que la hiciera durante treinta años, e insistiendo el divino Esposo en que le dejara castigarla, clamaba derramando lágrimas y traspasada de pena: *¡Señor!, ¿Cómo?..... ¿La que pretendió tantos bienes para mi alma, lo ha de pagar con tormentos?..... ¿Qué fin se propuso esta religiosa, sino éste?..... ¿Y por ésto ha de ser castigada? Si su indiscreción merece algún castigo, sea, Señor, sin enojo, y sólo de pena que la pague aquí.*

Aplacada la ira de Dios, por las súplicas de su amada Sierva, concedió a Catalina espacio de penitencia en el cual arrepentida lloró su ceguedad y expió, en parte, sus culpas con los dolores intensísimos de la última enfermedad que se presentó, pocos días después de aparecerse el Señor a Sor María, entregando su alma al Creador con mucha paz y señales de salvación a los treinta y tres años de hábito religioso, por Diciembre de 1619.

Se reconoce inocente a la perseguida.

Muerta Sor Catalina de la Ascensión, sus compañeras escarmentadas, ya por la justicia del cielo que había castigado de manera tan evidente la reprochable conducta de su guía con terrible enfermedad, ya por la actitud de los Prelados, resueltos a hacer justicia contra las falsas denuncias, dejaron la malévola empresa de perseguir a Sor María.

Por otra parte, el vaticinio de aquel santo Rector del Hospital del Rey, estaba a punto de cumplirse. Era el año

1620, cuando el Reverendísimo Padre Alonso de Jesús María, segunda vez General de la Orden, hubo de pasar algunos días en Toledo. Las Carmelitas, aprovechando la ocasión, diéronle amargas quejas del olvido en que tenía a la venerable virgen. *Este Prelado*—dice el Reverendo Padre Manuel de San Jerónimo—*era tan de sí solo, que si ciertamente honró la virtud, fué siempre según lo alegado por su propio juicio; habíalo formado veinte años antes, siendo Provincial, de que María de Jesús no sólo era inútil, sino perjudicial para la dirección de la Comunidad; y como, cerraba la puerta de la razón una vez concebida la idea, obró según ésta casi toda su vida pasada en prelacías, con lo cual hubo de labrarle muy bien la corona a la Sierva de Dios.* (Crónica del Carmen, T. V, cap. XI, pág. 792.)

Sin embargo, en esta ocasión permitió Dios oyese y admitiese cuanto las monjas le referían de Sor María; oía sus virtudes, como quien despierta de un sueño, admiraba sus prodigios, como si fuera un extraño, y volviendo sobre sí mismo, arrepentido y confuso, se reprendía y quejaba de su ceguera y descuido. Con objeto de examinar el espíritu de la venerable Madre, mandó bajase al locutorio y quedóse con ella sola largo rato.

Apenas comenzó a hablar la Sierva de Dios al Superior, mostróse tan humilde y agradecida, como si le debiera muchos beneficios; el Padre Alonso entonces acabó de comprender su tenaz y apasionado procedimiento con ella, la pidió perdón con verdaderas manifestaciones y palabras de reconocimiento y aun la dijo: *Si no fuera su General, me hincaría de rodillas hasta que Vuestra Reverencia, en señal de quedar desagraviada, me echara su bendición y me perdonase.* La Sierva de Dios, toda confusa, postróse en el suelo confesándose merecedora de mayores castigos. Luego el Padre Alonso la suplicó le alcanzase de su divina Majestad la remisión de la culpa cometida por no haber vencido su errado juicio; ella prometióle hacerlo así. Un día pidiendo con toda su alma esta gracia al Señor, le oyó decir: *Te concedo lo que me pides.*

Obtenida la indulgencia, la venerable Madre se lo comunicó al Reverendísimo Padre General, cuya noticia le llenó de consuelo.

El Reverendísimo General la venera y restituye la fama.

Desde esta entrevista, el Padre Alonso empezó a venerarla como a Santa, y aún solía decir de ella: *Si la viera resucitar un muerto, no me admiraría tanto, como lo que he visto en su persona y he oído de su boca, porque, a mi parecer, su corazón es en todo semejante al de Jesucristo.*

Como la difamación de la venerable Madre había pasado al dominio público, en todos los Conventos de frailes y monjas de Castilla la Nueva, el Padre Alonso procuró restituir la fama a la Sierva de Dios. De ahí que, al girar la visita canónica, ensalzase sus virtudes, y sobre todo, su paciencia y humildad, no sólo en privado, sino en presencia de las Comunidades, llamándola *verdadera y fidelísima esposa de Cristo.*

Es regalada con inefables mercedes.

Habiendo cesado las persecuciones contra Sor María, el Señor se dignó favorecerla con tantas misericordias y tan especiales, durante cuatro años, que, según ella misma dijo: *Sólo Dios podía hacerlas creíbles a entendimiento humano.* Entre tal cúmulo figuran éstas: Muchas veces se la descubría el buen Jesús, ora como Niño encantador, acompañado de la Virgen y San José; ora cual hermoso mancebo, trabajando en el taller de Nazaret; ora como predicador, recorriendo la Judea en busca de pecadores, haciéndola entender el modo de oración altísima en que Él pasaba entonces las noches enteras, atendiendo a la honra y gloria de su eterno Padre; ora, en fin, cual Maestro sapientísimo, sentado en su cátedra, enseñándola a tener su mismo modo de oración, y a unir todas sus acciones y afectos con los de su Divino Corazón,

añadiendo al fin: *De mis afectos, como de cosa tuya, puedes ofrendar a mi Padre celestial, cuyo agrado será infalible; y sabe que este es el medio más eficaz para alcanzar lo que le pidieres.*

Se la eleva a la dignidad de Priora.

Acercábase la fecha de terminar la Madre María Evangelista su cargo de Priora; el Padre Alonso deseaba llegase el día y se alegraba infinito de verse ahora revestido de la autoridad generalicia, para elevar a María de Jesús al puesto de Prelada, del cual la depuso con tanto desdoro hacía veinticuatro años. Al efecto, recomendó encarecidamente a las religiosas y al Reverendo Padre Provincial la eligiesen para dicho cargo. Las monjas acogieron la recomendación con gran júbilo, y el Padre Alonso de los Angeles, que regía la Provincia de Castilla la Nueva, tuvo la satisfacción de asistir y cooperar a la exaltación de la venerable Madre, a quien había mortificado bastante, por secundar los planes del Padre General citado, durante los dos primeros trienios de su provincialato. El 25 de Junio de 1624, reunidas las religiosas bajo su presidencia, procedieron a la elección, resultando elegida Priora la Sierva de Dios.

Jesucristo llevará la carga y Sor María el título.

Estando ella muy lejos de esperar la prelación, recibió este honor con tal disgusto como el que experimenta cualquier persona del mundo al recibir una afrenta. Jesucristo, viendo ésto, se le apareció a las pocas horas de la elección, asegurándola que lo hecho era de su agrado, y a fin de infundirla valor y consuelo, la dijo: *No temas, tú tendrás el nombre y yo seré el Prior; sobre mis hombros llevaré esta carga.*

Algunos momentos después, su Majestad visitó a la santa Hermana de velo blanco Sor Teresa de la Concepción, hablándola de esta forma: *Estoy muy complacido de la elec-*

ción de María de Jesús; dila de mi parte que yo haré el oficio y ella sólo llevará el nombre de Priora.

Transcurridos tres o cuatro días, Santa Teresa bajó del cielo a confirmar con sus palabras y visible presencia las manifestaciones que hiciera el Señor a sus dos hijas. Se presenta a Sor María de Jesús, la da excelentes consejos de gobierno y la alienta a desempeñar el cargo. *Porque has de saber—la dice—que tu elección se ha hecho a gusto de Dios y mío, y aunque es mucha tu flaqueza y pocas las fuerzas corporales, tu gobierno será acertado, porque Él y yo te asistiremos.* La venerable virgen, desde este día, se tranquilizó y recobró nuevas energías, pues ya no podía dudar de la honra y gloria que daría Dios, dirigiendo la Comunidad.

Su celo en el gobierno.

Aunque las monjas se habían admirado siempre de las dotes excepcionales de gobierno de la santa Priora, su admiración se acrecentó más en este trienio; la actividad de su abrasado celo la traía afanosa, vigilando el cumplimiento de la observancia común; no se le escapaba de vista la falta más insignificante, ya fuese contra las leyes divinas o eclesiásticas, ya contra la regla y constituciones de la Orden; y a fin de evitar la relajación, la cual se introduce fácilmente con la impunidad de las transgresiones, corregía éstas y las castigaba con prudencia y sin respetos humanos. Ninguna religiosa se atrevía a pedir exenciones, ni a inventar pretextos para sacudir el yugo de la disciplina regular, viendo a la Prelada, anciana y delicada, llevar todo el peso y rigor de la ley cual si fuera una joven robusta de veinticinco años, con tal fervor y perfección, que confundía a las muy virtuosas.

El calor de su celo extendíase, además, a la dirección particular de cada religiosa. Si alguna había decaído de su fervor, la reanimaba, presentando a su espíritu las bellezas y encantos de la virtud; si acaso la encontraba anegada en un mar de aficciones y tristezas, consolábala con la idea de

trasladarse algún día a aquella patria, donde no habrá llanto, ni tristeza, sino eterna alegría; si tal vez iba envuelta entre nubes de oscuridad e incertidumbre, de inquietudes y temores, con sus instrucciones deshacía las pesadas tinieblas de los escrúpulos y la dejaba tranquila; en fin, todas recurrían a ella seguras de hallar remedio en sus necesidades, porque tenía gracia especial para aliviar penas y levantar al caído.

Por otra parte, atendía a contestar la numerosa correspondencia epistolar que de varias personas desconocidas y de otras muchas amigas, bienhechores, sabios y Prelados, recibía diariamente, en cuya ocupación gastaba tres o cuatro horas entre el día y la noche. A esto se unían las visitas que recibía de la misma ciudad, las cuales se aumentaban desde el punto y hora en que la Sierva de Dios subió a la dignidad de Priora, porque, ávidos de hablar cosas de Dios con la *Santa*, como vulgarmente la llamaban, iban desfilando por el locutorio de su Convento, aunque con harto sentimiento de ella, porque la soledad la atraía con fuerza irresistible.

Promesas divinas que se cumplen.

El trabajo que suponen todas estas ocupaciones, llevadas a cabo por un sujeto débil y cargado de años, sería capaz de rendirle y obligarle a estar postrado en su lecho. Sin embargo, María de Jesús, sosteníase firme como la roca, sin experimentar la menor fatiga, lo cual no pudiera explicarse, si la mano poderosa de Jesucristo no la prestara fuerza y auxilio, en virtud de aquella divina promesa: *Tú tendrás el nombre y yo haré el oficio.....*, promesa confirmada otra vez con el caso siguiente:

La venerable virgen halló el Convento muy pobre y sin esperanza humana de salir de aquella penuria extremada. Un día estaba en el coro, pidiendo al Señor la socorriese, cuando he aquí que de la Sacristía vió salir a celebrar Misa a un Prebendado de la Catedral, muy rico, por cierto, pero también muy tacaño, según decía la voz pública; después

de la consagración, Jesús Sacramentado la dijo desde la Hostia: *Fídele a ese dineros, que por este medio, quiero hacerle misericordias*. La Sierva de Dios sintió alguna resistencia natural, nacida de la fama de miserable que tenía aquel sacerdote; mas vencíendose, por obedecer, terminado el santo sacrificio, le hizo pasar al locutorio; allí le expuso la situación de la casa y le pidió una cantidad prestada; pero él la envió mil reales gratuitamente. Tal generosidad admiró a Sor María, a cuantos tuvieron noticia de la donación, y aun el mismo Canónigo quedó asombrado, persuadiéndose todos que sólo Dios, como dueño de los corazones, inclinó éste a tan buena obra de caridad. Con ésta y otras crecidas limosnas, que su divina Majestad la fué enviando, desapareció la escasez, de suerte que, a los pocos meses de priorato, contaba con abundantes subsistencias y bastantes recursos en metálico, para cuidar a sus súbditas con holgura.

En otro peligro de muerte.

Jesucristo, queriendo hacer más patente, que Él desempeñaba el oficio de Prior de esta casa, y Sor María sólo era su instrumento, retiró de ella su mano poderosa. Abandonada en los brazos de sus propias fuerzas, debía sucumbir bajo el peso de tantas ocupaciones y desvelos; y, efectivamente, por el mes de Enero 1626, enfermó de dolor de costado, con síntomas muy alarmantes y gravísimas complicaciones, de manera, que a la primera visita, fué desahuciada de los médicos, quienes dispusieron se la administrase el Sagrado Viático. Estos, viendo que la intensidad del dolor y la persistencia de la fiebre en una temperatura elevadísima la privaban del sentido y del pulso con frecuencia, determinaron en la visita de una noche, a última hora, que, si al amanecer no se presentaba alguna mejoría, se la diera inmediatamente la Extremaunción. Las religiosas, consternadas con esta resolución, cada una atribuía a sus propias culpas la desgracia que se cernía sobre ellas, y, aunque esperaban de

la divina bondad no las castigaría tan rigurosamente, llevándose a su querida Madre, con todo, no se les ocurrió pedir al Señor la preciosa vida de la santa Prelada, porque el sentimiento de esta pérdida las tenía estupefactas y enmudecidas.

Todas querían acompañarla aquella noche, mas nuestra María no lo consintió; por grave y apurada que estuviera, nunca permitía se quedase ninguna en su celda, a fin de que no la estorbasen el ejercicio de la oración. Por obedecer y complacerla hubieron de retirarse y dejarla sola; hasta las dos de la madrugada estuvo en alta contemplación, aunque sufriendo grandes congojas.

Santa Teresa la sana.

En el mismo instante de dar esta hora el reloj, con los ojos del cuerpo vió salir de una cruz, algo distante de la cama, a Santa Teresa que lentamente fué acercándose a su cabecera. Colocada allí la Seráfica Madre, y ostentando el mismo rostro y timbre de voz propios de su vida sobre la tierra, la preguntó: *Hija, ¿estás muy mala?* A cuya pregunta respondió la enferma: *Sí, Madre; y dícenme que me muero; aunque yo, de tanto como lo deseo, no lo puedo creer.* La Mística Doctora prosiguió: *Pues haces muy bien de no creerlo, porque agora aún no es tiempo.*

Luego la gran Santa, de una bolsita de lienzo blanquísimo que traía en la mano, sacó una costilla de su santo cuerpo, se la aplicó a la cabeza y volvió a preguntarla: *Hija, ¿no tienes mi reliquia?...* a lo cual Sor María contestó: *Muy poquita, Madre.* La bendita Reformadora del Carmelo continuó: *Mucho me agrada que me des el nombre de Madre, pues en verdad hice contigo el oficio de tal con mis enseñanzas, y seguiré desempeñándole hasta el fin.*

La Sierva de Dios, acostumbrada a semejantes visitas y conversaciones, mirábala atentamente, y vió que debajo del brazo traía otra bolsa. Entonces, usando de la libertad de

hija muy querida, atrevi6se a interrogarla tercera vez: *Madre, ¿qu6 trae Vuestra Reverencia en la otra bolsita?... A esta nueva pregunta la dijo: Hija, son huesos de unas monjas santas que fueron conmigo a la fundaci6n de Burgos. T6 quedas ya buena, levántate a cuidar de tu Convento.*

Luego la di6 algunos consejo adecuados a su gobierno, y desapareci6, dejándola con perfecta salud. El mismo día, a las cinco de la mañana, levant6se con grande asombro de las monjas y de los médicos que entraron en su celda a las seis, creyendo estaría ya en la agonía. Apenas la vieron levantada, andar por su pie, alegre y fuerte, en presencia de la Comunidad, exclamaron: *Aquí no puede menos de haber un milagro; esto no se explica humanamente.* Sor María ocult6 la visi6n y favores de Santa Teresa bastantes años, si bien se la refiri6 algunas veces, con las palabras aquí citadas, al Reverendo Padre Francisco de Acosta, su Director.



Capítulo XI.

EXALTACIÓN DE SOR MARÍA

(Continuación).

(1626-1628).

Jesucristo prosigue cumpliendo sus promesas.

El mismo día que sanó la santa Priora, recibió carta de Madrid, en la cual le decía la Madre Beatriz de Jesús, cómo deseaba enviarla una pretendiente al hábito Carmelitano. Sor María encomendó la solución de este asunto al Señor, el cual se le apareció aquella noche y la dijo: *Quiero la nueva monja para este Convento, y con tal fin, he allanado montes de dificultades, que, a juicio del mundo, interesado en poseerla, eran imposibles de vencer. Te la entrego por amiga, con ella puedes tratar tus cosas sin reserva ni temor de ser descubiertos tus secretos; cuando amanezca, levántate a escribir y disponer el modo de abreviar su venida.* Nuestra Priora obedeció puntualmente, y las religiosas, que, a primera hora de la mañana, entraron a visitarla, como si aún estuviese enferma, halláronla vestida y escribiendo con tantas energías como si nada hubiera padecido.

La Madre Beatriz de Jesús elogia a Sor María.

Merced a la actividad de la venerable virgen y de la Madre Beatriz, Priora de Santa Ana de Madrid, la postulante

pudo verse libre de asuntos y lazos mundanales, la primera semana de Febrero de este año, y dispuesta a ingresar en seguida. El día antes de emprender su viaje a Toledo, fué a despedirse de las Carmelitas Descalzas de la Corte, a quienes había tratado bastante tiempo. Después de conversar con ellas largo rato, la Madre Beatriz de Jesús tomó la palabra, y dirigiéndose a la pretendiente, la habló en estos términos: *Vuesa Merced, Señora, va a tomar el hábito a un Convento a donde hay una Priora santa; en mi vida acabaré de sentir el verme privada de su compañía. Créame que no la he podido hacer amistad y gracia mayor, que enviarla a donde pueda tener tal Maestra. Además, aquella Comunidad es de las singulares, en la cual nuestra Madre Santa Teresa tiene puestos los ojos, y cierto que entiendo que la llevó su cariño a favorecerla especialmente con tener en ella una hija tan santa, como es mi Madre María de Jesús. ¡Oh, si a trueque de verla un rato, fuera yo tan dichosa que pudiese acompañar a Vuesa Merced, qué de buena gana lo hiciera!* Estas frases de tanto encomio, revelan el alto concepto y estima que la Madre Beatriz tenía de la Sierva de Dios. No cabe mejor recomendación, para que la postulante saliera del locutorio entusiasmada y ansiosa de ver cuanto antes a nuestra María y vivir a su lado.

Una visión celestial en la toma de hábito de la novicia.

El día de su entrada en la *Quinta Teresiana*, ocurrieron cosas admirables, que no debemos pasar en silencio. Terminado el sermón de la toma de hábito, la novicia vestida de blanco y elegante traje de tisú, salió de la iglesia acompañada de ilustres damas de la nobleza toledana, hasta llegar al zaguán del Monasterio. Al abrir la venerable virgen la puerta reglar, vió en los mismos umbrales a Jesucristo, María Santísima, San José y Santa Teresa, con los brazos abiertos en actitud de recibir a la novicia, los cuales la dijeron: *En nues-*

tro nombre, la dices que nos da mucho contento su venida a esta casa.

Después, acabada la ceremonia de la imposición del santo hábito, la Comunidad fué con la nueva Carmelita al locutorio a despedir a los acompañantes y parientes; cuando ya hubo dado el último adiós a todos, la santa Priora cerró el bastidor de la red, mandó a las monjas retirarse, y allí mismo detuvo unos momentos a Beatriz de San José (así quiso apellidarse la novicia), para referirla la escena consoladora ocurrida al entrar en clausura. Si Jesucristo no hubiese infundido a su fidelísima esposa ilimitada confianza en Sor Beatriz, jamás la descubriera esta visión, por su extremado silencio acerca de tales mercedes. No sólo favoreció el Señor a nuestra Priora en lo espiritual con la venida de tan excelente novicia, sino también en lo temporal, pues aportó un dote de mil ducados.

Abre los cimientos de la nueva Iglesia y Convento de San José.

Dios se mostró aún más dadivoso con su amada sierva, en confirmación de las promesas que la hiciera el día de su elección. Algún tiempo había que D. Fernán Francos Suárez del Aguila, viudo de D.^a Inés Franco de León y virtuoso sacerdote, proyectaba fundar un Colegio de la Compañía de Jesús en el pueblo de Burguillos, próximo a Toledo; gestionó la realización de su proyecto, pero no la consiguió. Con igual intento dirigióse a los Descalzos de San Francisco, los cuales, al fin, tampoco admitieron la fundación.

En vista de los obstáculos que aquellas dos órdenes religiosas le ponían, acudió, inspirado por Dios, a la santa Priora de las Carmelitas, a quien él llamaba su *profeta*, porque era el instrumento de que se valía su Majestad para enviarle avisos y dispensarle favores; la expuso cuanto le ocurría y su vehemente deseo de emplear toda la hacienda en servicio de Dios. Sor María le aconsejó que muy bien podría servir al Señor, invirtiendo su capital en la construcción de nueva

Iglesia y Convento de San José, cuya obra de caridad agrararia, además, a Santa Teresa, con la cual estaba emparentado.

El buen Fernán Francos, acogió la idea de nuestra bendita Priora; y, otorgadas las escrituras de patronato y cesión de bienes, la entregó 25.000 mil ducados, esto es, casi toda su hacienda. De ella destinó una gran parte a la construcción de dicho templo y edificio del Convento, otra bastante considerable para ornamentos sagrados, y la tercera se la dejó en renta. Toda su vida religiosa, había deseado la Sierva de Dios levantar un hermoso templo a Jesús Sacramentado, donde sus ojos le vieran con más decencia; presentada la la ocasión, supo aprovecharla y tuvo la suerte de contratar ella misma las obras, y de ver puesta la primera piedra en este su tercer priorato.

El Divino Esposo proporcionala otra novicia de mucha utilidad.

No se limitó el Todopoderoso a esto solo; su palabra estaba empeñada, y debía cumplirla hasta lo último de la prelación de su Sierva. Por el mes de Noviembre de este mismo año, la trajo otra pretendiente, natural de Madrid, llamada D.^a Juana Luján, viuda de D. Diego Rengifo Calderón, la cual, a los cuarenta y ocho años de edad, pidió ser admitida en este Monasterio, y lo fué, en efecto, vistiendo la sagrada librea del Carmelo, con el nombre de Juana de la Encarnación. Que Dios se propuso favorecer a Sor María, enviándola esta novicia, es evidente, pues benefició a la Comunidad con 800 ducados vitalicios de dote y una lámpara de plata.

Las aguas de la tribulación no extinguen su amor.

Sor María, en virtud del pacto que hizo con Jesucristo, obligándose a padecer algo por su amor todos los días, no podía vivir sin cruces. A principios de Enero de 1627, el de-

monio volvió a combatirla con escrúpulos de conciencia, haciéndola ver en cuantas obras buenas había practicado, otros tantos pecados; el recuerdo de los favores recibidos de la mano de su Dios, acrecentaba su angustia, al considerar su ingratitud a tanto amor como el Padre celestial la demostrara con ellos; de ahí que sus lágrimas fuesen casi continuas de día y por la noche.

De esta misma consideración tomaba pretexto el espíritu infernal para atormentarla con dudas acerca de las mercedes recibidas. La daba a entender cuán errado era su camino. *¿Cómo es posible—la decía—que Dios haya hecho tales misericordias a una criatura tan mala? Sólo detenerse en el pensamiento de haberlas recibido es refinada soberbia; no hubo tales gracias, todo son ficciones de tu imaginación exaltada.* ¡Oh bondad inmensa del divino artífice, qué primorosamente labras los diamantes escogidos para embellecer tu corona!..... Y qué bien se ve en éste haberle destidado Tú para abrillantarle más, toda vez que, entre las olas de tan horrorosa borrasca, ni se deslustró, ni jamás te perdió de vista como a su norte. Todas sus ansias eran suspirar con palabras tiernísimas por su adorado Jesús ausente, invocando la intercesión de María Santísima, de cuyos virginales pechos deseaba con la esposa de los Cantares, ver colgado a su divino Dueño, para abrazarle y llevarle a la morada de su alma y regalarle allí, mezclando lo fuerte del vino de su amor con lo tierno de sus lágrimas y encendidísimos afectos.

Y entre este torbellino de penas interiores, ¿permanecerá constante en el cumplimiento de sus deberes de religiosa y de Priora? La que, al parecer, no puede guardar su viña, ¿cómo ha de custodiar la de su Comunidad con el esmero acostumbrado, sin ceder un punto de sus desvelos? Cualquiera se creería dispensado, en parte, de dichas obligaciones, durante este período de sufrimientos morales; pero nuestra María, en vez de eximirse, practicaba ahora con más perfección que antes sus ejercicios religiosos; pasaba las noches, sin dormir nada, en oración; añadía penitencias a

penitencias, cuyo rastro veían la monjas en los aposentos más retirados del Convento, hallándolos bañados de la sangre que saltaba de su cuerpo al golpe de fuertes disciplinas, formadas de abrojos y rosetas; cuidaba de todas y cada una sin descanso, como verdadera madre de familia; cargada con una cruz y ceñida su cabeza con corona de espinas, publicaba, delante de la Comunidad, en refectorio, cuán grande pecadora era, por cuyo título su Majestad estaba muy disgustado de ella. Esta confesión pública, hacía la con tanto afecto, que arrancaba lágrimas de ternura a las religiosas.

Entre defallecimientos y gozos.

Debilitado el cuerpo con las tremendas luchas del alma, dos veces al día, quedaba rendido y sin sentido durante algunas horas, dibujándose en el semblante señales cadavéricas, lo cual aumentaba el sentimiento de las súbditas. Desfallecía el natural cada vez más, y los sufrimientos del espíritu crecían por instantes con mayores arideces; sin embargo, en ellos se echaba de ver un efecto sorprendente, y era que, apenas recobraba el sentido la Sierva de Dios, dirigiéndose a las monjas, les hablaba de esta manera: *Hijas, díganme muchas cosas de mi divino Esposo; afervoricen mi alma, encaminándola de suerte que halle a este Amado mío, para que a Él, como a único blanco, enderece mis pensamientos; ayúdenme con sus oraciones, para que este Señor me perdone tantos pecados cuantos esta vil criatura ha cometido contra su bondad infinita.*

Tras cuatro meses de martirio, el Señor puso término a las penas de su amada esposa, con extraordinarias mercedes. La primera fué aparecérselle Jesucristo, para asegurarla, que sus obras habían sido y eran rectas, agradables a sus divinos ojos y de mucho mérito para ella; que las misericordias recibidas no eran invención de su fantasía, sino reales y verdaderas, añadiendo luego: *Siempre he asistido a tu lado en las refriegas, y, además, he negado al demonio la licencia que*

solicitaba con insistencia para hacerle caer en la desesperación. Su corazón se inundó de gozo cuando oyó estaba en gracia de Dios, quedando tranquila y henchida de divinas e inexplicables delicias en compensación del pasado torrente de amarguras.

Últimos meses del Priorato.

Sor María, algún tiempo antes de expirar su cargo, reunió un día a las monjas y preguntó a cada oficiala qué le hacía falta en su oficina. Todas le iban diciendo lo que habían menester, y ella tomaba nota con el objeto de agenciarlo, ya con Jesucristo en la oración, ya con personas pudientes de la Corte, por medio de cartas, ya hablando con sus amigas de Toledo. De ambas capitales recibió multitud de objetos, utensilios y alhajas de gran valor, logrando así abastecer todas las oficinas del Monasterio. Su caridad y nobles sentimientos movíanla a entregar a su sucesora en el cargo una Comunidad muy rica de virtudes y desahogada en recursos pecuniarios, porque mil veces había oído decir a Santa Teresa, *que, cuando en los Conventos falta el sustento necesario, fácilmente decae la observancia regular*; y por tanto, mientras desempeñó el oficio de Priora, cuidó mucho de evitar tan funestas consecuencias.

Buscando la soledad.

La Sierva de Dios anhelaba, con vehementes ansias, ver el término de su prelación, a fin de vivir escondida en el retiro de su celda con Jesucristo. Los días parecíanla años y los meses siglos; por eso rogaba a su Majestad abreviase el plazo designado por los Superiores, toda vez que ya se había cumplido el de la ley. Su oración hizo eco en el solio del Eterno, quien, sumamente complacido de los deseos de su

Sierva, inspiró a los Prelados la idea de aliviar a Sor María desgravándola del gobierno de la casa. A este fin, el 14 de Noviembre de 1627, fué elegida Priora la Reverenda Madre María Evangelista, con inmenso gozo de la venerable virgen, la cual daba incesantes gracias a Dios por haberla concedido la santa libertad tan deseada para su alma.

A propósito de este asunto, escribía a D. Luis Herrera, pocos días después de la elección: *Yo, Señor mío, estoy muy contenta, porque ya no soy Priora; eslo la Madre Evangelista, y todas lo estamos de que lo sea Su Reverencia, que es una santa. Yo estoy contentísima de verme en mi celda a solas con Nuestro Señor, sin cuidados más que de amarle.* (Carta a don Luis Herrera, 23 de Noviembre de 1627.)

Sor María Maestra de novicias hasta la muerte.

A pesar de sus sesenta y siete años, delicada salud y pocas fuerzas, de su atención suma a lo divino y de hallarse tan endiosada, que parecía imposible atender ya a nada humano, la Prelada, de acuerdo con el Reverendo Padre Felipe de San José, Provincial de Castilla la Nueva, la nombró Maestra de novicias, con harto gusto de las monjas. La venerable Madre, humilde y obediente, admitió el oficio y le desempeñó hasta su muerte, es decir, durante trece años.

Ni la edad, ni el habitual desfallecimiento, ni nada la detuvo un instante de cumplir con los deberes de su magisterio, a excepción de las temporadas que las enfermedades graves la postraban en la cama. En este último tercio de su existencia, como se había remontado a una perfección tan elevada, también su modo de educar a las novicias fué más aventajado que el de los períodos anteriores. Si entonces sus palabras y ejemplos transformaban a las jóvenes en poco tiempo, ahora sólo su aspecto bastaba para estimularlas a practicar la virtud e infundir en ellas sumo aprecio de las obligaciones propias del estado religioso. No obstante de ir perdiendo la vista y el oído, se daba cuenta de todo, sin que

se le pasará por alto la más leve falta o imperfección, valiéndose de su mucha ilustración, para ponderar su malicia y reprenderla rigurosamente.

Es presa de gravísima enfermedad.

Gastada con la intensidad del fuego divino en que se abrasaba su alma, y con las penitencias que hacía, a fin de enseñar la virtud de la mortificación, fué presa de penosísima enfermedad el 27 de Diciembre de 1627, festividad de su querido patrón San Juan Evangelista. La acometieron intensísimos dolores de huesos, como los de la *gota artética*, los cuales sorportó sin quejarse; antes bien, pedía a las monjas le cantasen algunos salmos de su devoción que la enfervorizasen, hallándose tan contenta en el potro de tal tormento, como si los brazos de esta cruz tan tremenda, no fuesen de cruz, sino los de su divino y regalado Esposo.

La Virgen Santísima la sana.

A los pocos días, la enfermedad se agravó en extremo. y obligó a las religiosas a buscar, a toda prisa, quien le diese el Viático. En compañía de Jesús Sacramentado, vió entrar en la celda a la Santísima Virgen, rodeada de infinidad de Angeles, cuya visión la dejó, después de recibir la Sagrada Forma, sin sentido, únicamente las lágrimas que, como perlas, se desprendían de sus ojos, demostraban no estar aún muerta. El éxtasis duró el mismo tiempo que las ceremonias del ritual, terminando con estas palabras de la Madre de Dios: *Hija mía, aún no ha llegado el momento de traerte conmigo; todavía has de padecer mucho, porque ésta es la voluntad de mi Hijo, así como lo es de que mañana sábado, víspera de Ramos, te levantes sana.* Efectivamente, al día siguiente amaneció con perfecta salud, con las mismas energías de una joven. Desde el Domingo de Ramos, hasta el de Resurrección, asistió a todos los oficios del coro e iglesia en la Semana

Santa, y el Viernes ayunó a pan y agua; acompañó de día y de noche a María Santísima en su Soledad, con gran valor, sin descansar nada ni tomar bocado hasta que se lo mandaron, prueba inequívoca de su fervor y completo bienestar corporal. Luego emprendió sus antiguos ejercicios de penitencia, observancia común y demás prácticas de virtud, con el fervor y constancia correspondientes al inmenso beneficio de su salud milagrosa.



Capítulo XII

EXALTACIÓN DE SOR MARÍA

(Conclusión).

(1628-1633).

Un año de continuo martirio.

Poco tiempo gozó Sor María de la salud prodigiosa que la devolviera la Santísima Virgen, porque a los dos años, plugo a la divina Providencia enviarle otra enfermedad terrible, de la cual tuvo anuncio, algo más de dos meses y medio antes. Era el 1.º de Enero de 1630. Estando la Sierva de Dios en la cama con fiebres, a las seis de la mañana, se presentó a su vista una cruz grande y muy negra, oyendo juntamente una voz que le decía: *Vendrán sobre tí tremendos trabajos y de larga duración.* A las ocho y media, la Priora, Reverenda Madre María Evangelista, fué a ver cómo había pasado la noche, y felicitarla el año nuevo; la venerable virgen contestó a su Prelada lo correspondiente, y, además, la refirió la visión; y como la santa obediencia la obligase a manifestar el significado de aquella cruz tan grande y negra, dijo a la Superiora las palabras textuales que acabamos de citar.

El 20 de Marzo de este año, por la tarde, comenzó a experimentar el peso abrumador de los trabajos anunciados.

Primero sintió un dolor de estómago tal, que ella misma le conceptuó de extremado, contra la habitual costumbre de padecer, de desear más sufrimientos y de estimarlos como su mayor regalo. Al poco rato, este dolor se extendió a los costados, espaldas y cabeza, hasta privarla de los sentidos; durante la tarde y primeras horas de la noche, los médicos pudieron apreciar que el corazón latía débilmente, que el pulso era casi imperceptible, síntomas precursores de inminente desenlace, que, a su parecer, sobrevendría aquella misma noche; y por consiguiente, ordenaron se le administrasen los últimos Sacramentos, apenas la enferma recobrará el sentido.

Un doloroso desengaño y una oleada de valor.

Sor María vuelve en sí, ve a las religiosas haciendo preparativos para la administración de ambos Sacramentos, y se alegra por estar cerca el momento de salir de este destierro. Mas, en medio de su gozo, escucha la voz del divino Esposo que, desde la Sagrada Hostia, sin descubrirsele como otras veces, la dice: *El ansia que tienes de verme y el júbilo que te dá conocer que esta enfermedad te acabará la vida, no será cumplido ahora, pues aún te falta mucho.* Este doloroso desengaño la dejó triste, pensativa, aunque muy conforme con la voluntad de Dios.

La venerable virgen, recibido el Viático, sintióse fortalecida para sufrir esta cruel enfermedad, la cual continuó haciendo estragos en todo su organismo, hasta el punto de privarla del habla y de las fuerzas veinte horas cada día, sin que pudiera tomar, por su propia mano, una taza de caldo. Los médicos trabajaban por conocer a fondo la enfermedad; unos llamaban a otros, se consultaban y estudiaban; pero en vano. Tras un período de tres meses de discusiones, todos unánimes resolvieron que dicha dolencia era sobrenatural; de ahí que todas las medicinas fuesen inútiles.

Modelo perfecto de paciencia.

Cuando Sor María recobraba el habla, mostraba grandes energías de espíritu, inalterable paciencia y sumo aprecio de los dolores, a los cuales llamaba *dones venidos de la mano del Allísimo*, prorrumpiendo en continuada y afectuosísima acción de gracias, que arrancaba lágrimas de ternura a las religiosas, no obstante de sufrir, a la vez y desde el principio de esta enfermedad, horribles desamparos y arideces en lo más profundo del alma. Y tan dispuesta se hallaba a soportar este cúmulo de trabajos, que solía decir: *Con gusto los estaré padeciendo hasta el fin del mundo, si esa es la voluntad de Dios*. En fin, el ejemplo que nuestra María dió a las monjas todo el tiempo de esta dolencia, fué tal, que ellas y los médicos la reconocieron como el modelo más acabado de paciencia que hasta entonces habían visto o leído de otros grandes Siervos de Dios.

Jesucristo la consuela en lo más cruel de la tribulación.

Estando un día afligidísima con este doble martirio espiritual y corporal, entró el cerrajero a su celda, a clavar el picaporte de la puerta con más detención y golpes de lo que permitían sus agudísimos dolores de cabeza. Entonces nuestra enferma dijo en lo más íntimo de su corazón al divino Esposo: *¡Oh, Amor mío, qué lindamente y de cuántas maneras sabe tu Majestad mortificar cuando quiere!* Apenas hubo pronunciado estas palabras, vió junto a sí a Jesucristo, quien la habló de esta manera: *Siempre he estado en tu compañía; pero la voluntad de mi Padre y la mía es, que sigas en tu cruz; pronto gozarás de la Patria*. La presencia del Salvador fué un lenitivo en medio de tantos tormentos, pues aquel día desaparecieron las sequedades de espíritu y calmáronse los dolores del cuerpo, si bien el día siguiente la atormentaron treinta horas con fiebre muy alta, cuyo ardor abrasaba las ropas de la cama.

Un diluvio de mercedes.

Desde entonces, como la enfermedad duró un año, en cada misterio de la vida de nuestro adorable Redentor que celebra la Iglesia, se le aparecía Jesús, ora como cuando estuvo en el desierto ayunando cuarenta días, ora en traje de Nazareno, ora cargado con la cruz sobre sus hombros; ya resucitado, ya como Buen Pastor, ya subiendo a los cielos. De las mercedes recibidas durante este año, solía decir la misma venerable virgen a la Madre Inés de San José: *Hija, si lo que está pasando por mí de favores se hubiera de reducir a pluma, ni habría tinta, ni resmas de papel que pudiesen abrazar tanto. Y si tantas ganancias trae consigo el padecer trabajos, ¿quién hay, hija mía, que no los aprecie como fedilísimos amigos, como seguros compañeros, y tales, que ellos solos son bastantes a hacernos partícipes de la imitación de nuestro Maestro Cristo? ¡Oh, si supieras qué tesoro tan grande tenemos escondido en estas penas!... ¿Qué peligros a trueque de granjearle, no nos parecieran seguridades? Si el Padre Eterno, Liberalidad inmensa, libró en esta finca las glorias de su Hijo, ¿qué duda hay luego, que ésta es la mayor riqueza?*

Tales pláticas terminaban ordinariamente con aquellos tiernísimos requiebros que el Apóstol San Andrés dirigiera al Arbol Sacrosanto de la Cruz. Las religiosas, viendo cuán pesada y terrible era ésta que, a la sazón, padecía nuestra enferma, acudían a velarla de noche, con gran consuelo de la misma monja a quien cabía tal suerte, cual si en la cátedra de su cama se enseñara la asignatura del arte de bien morir. Pero tan pronto como recibió el Santo Viático, mejoró notablemente, divisándose el alivio en el rostro, el cual se transformaba de manera, que arrojaba suavísimos resplandores. Por eso las monjas allí presentes, afirmaban que, en aquellos instantes, la enferma no era María de Jesús, sino un serafín; lo cual era efecto de las manifestaciones sublimes con que la regalaba el Salvador, dándole a entender cómo se había comulgado a sí mismo la noche de la Cena pascual.

La Virgen con su hija.

También la Santísima Virgen favoreció, durante esta enfermedad, a su muy querida hija Sor María, asistiéndola visiblemente con frecuencia. Todas sus visitas tenían por objeto infundirla valor para el sufrimiento; descubríala cuánto valen los dolores, cuán agradables son a los ojos de Dios, y cómo los suyos estaban escritos en el libro de la vida. Entre tantas misericordias recibidas del corazón maternal de la divina Emperatriz, merece especial mención la siguiente. Era una noche de invierno de 1631; la Sierva de Dios atacada de un acceso violentísimo de dolores, cayó de la cama al suelo, quedando casi yerta; como estaba sola y sin fuerza, no pudo tocar una campanilla que había junto la cabecera. La Reina del cielo, compadecida de Sor María, penetra en la celda donde yace inmóvil y destituida de asistencia humana, la levanta del pavimento, la coloca en su lecho, y en su compañía pasa la noche, prodigándola indecibles cariños, hasta el momento de entrar la enfermera el día siguiente a primera hora de la mañana.

Último período de este martirio, y promesa de Santa Teresa.

Entrado el mes de Marzo de este año, la enfermedad se agravó de manera, que la venerable virgen presentaba todos los síntomas cadavéricos; sin embargo, interiormente estaba tan viva y atenta a las cosas del alma, que, a su parecer, jamás alcanzó a ver en sí tan íntima y habitual unión con Dios, porque son compatibles los extremos de padecer tormentos inauditos en el cuerpo y porción inferior, y gozar, a la vez, de inefables y divinas dulzuras en el alma.

En tal estado continuó nuestra enferma, cuando el 19 de dicho mes, la visitaron el Patriarca San José, la Santísima Virgen y Santa Teresa, quien la dijo; *Hija, ya se te va acercando la hora de bajar de la cruz.* Para que la verdad de

esta promesa no quedara sin prueba, eran inexplicables los dolores, calentura y ahogos que precedieron a su cumplimiento. La Sierva de Dios, unas veces pensaba si el bajar de la cruz sería muriendo; otras, lo dudaba, por considerar que no hacía méritos para alcanzar tanta dicha.

Otra curación milagrosa.

En estos pensamientos, en estas angustias y colgada de esta cruz se hallaba a las tres de la tarde del día 20, fecha y hora en la cual hacía un año comenzó enfermedad tan atroz; y hé aquí que de repente se entreabren los cielos, y ve descender a su estancia a Jesucristo que, acercándose a ella, la pasa sus divinas manos por el rostro, y la dice: *Ya no hayas más dolores, buena quedas. Yo con mi Padre y el Espíritu Santo hemos venido a darte la salud, y a asegurarte el premio de tus padecimientos. Hasta ahora ha sido voluntad de mi Padre que padezcas, y ahora lo es de que estés sana; quédate en paz.*

Efectivamente, la curación de Sor María fué instantánea y perfecta; en prueba de ello, el día siguiente se levantó por su pie, vistióse con sus manos y se fué al coro. Tal cambio no pudo menos de atribuirse a milagro por los médicos y las religiosas, máxime teniendo en cuenta los setenta y uno años de edad de la venerable virgen.

Como el corazón de Sor María ardía sin cesar en la hoguera del amor divino, éste no la permitía estar ociosa un instante: de ahí que el mismo día de su milagroso restablecimiento se entregase a todos los rigores de la vida religiosa, cual si entonces empezara el noviciado.

Entre los ardores del Purgatorio.

El 29 de Mayo se apareció a Sor María un alma del purgatorio, rodeada de llamas, pidiéndola socorro con voz lamentable. La Sierva de Dios se le ofreció al instante, y pro-

meti6la interceder por su libertad, ante el trono del Alt6simo. Estando en oraci6n aquella tarde, instaba a su divino Esposo, llena de compasi6n hacia la pobre cautiva, rog6ndole se apiadase de ella, repartiendo las penas, que a6n deb6a sufrir entre las dos. El buen Jes6s acept6 la petici6n de su amada sierva, y, desde aquel momento la envi6 tales tormentos, ahogos y fuego, que no s6lo se abrasaba dentro de s6 misma, sino a la ropa y a las monjas, quienes, ignorando la causa, acerc6banse a remediarla, como si el alivio fuera posible. Este inexplicable padecer solamente dur6 tres d6as, al fin de los cuales Sor Mar6a qued6 sana con la visi6n de su favorecida que, vestida de resplandores, volvi6 a darle gracias por haberla sacado de aquella c6rcel tenebrosa del purgatorio, ayud6ndola a subir tan pronto a gozar de la felicidad eterna.



Capítulo XIII.

SOR MARÍA EN LA ÚLTIMA ÉPOCA DE SU VIDA

(1633-1640)

Su celo en el servicio de Dios, hasta la muerte.

Aunque Sor María sanó de la enfermedad sufrida, por abreviar los tormentos de aquella alma del purgatorio, los achaques de su cuerpo acrecentábanse de día en día, viéndose obligada a pasar los inviernos en la cama con calenturas muy persistentes, y los restantes meses del año delicada en extremo del estómago y de la cabeza. Su espíritu, lejos de participar de la pesadez y desfallecimientos del cuerpo, como generalmente sucede a los demás, mostrábase más fuerte e infatigable en todo lo concerniente al servicio del Señor, más endiosado y heroico, sirviendo de estímulo y dechado de perfección a religiosas y seglares, los cuales quedaban confundidos y avergonzados al ver tantas energías, tanto fervor e interés por las cosas de Dios en persona tan acabada de fuerzas naturales, sin que nada del mundo pudiera entibiar los ardores de su celo; en este modo de obrar perseveró los nueve años que aún le duró la vida.

Sor María estrella del Carmelo.

Por este tiempo ya no existía ninguna de las compañeras de la Mística Doctora, ni alguno de los primeros descalzos de su Reforma. Sólo quedaba María de Jesús, estrella brillantí-

sima que, aun viviendo en la tierra la Santa Reformadora del Carmelo, alumbraba la rica heredad de la Virgen. Cierto que esta hermosa estrella, obedeciendo a los altos designios de la divina Providencia, estuvo escondida veinticuatro años a las miradas de sus hermanos, como se ocultó a la vista de los Reyes de Oriente, al entrar en Jerusalén, aquella otra que les fué guiando hasta el humilde portal de Belén.

Pero ahora aparecía deslumbradora a sus ojos; y considerándose muy dichosos con la aparición de tal estrella, volvíanse hacia ella con agrado e interés; y viendo en sus resplandores el duplicado espíritu de su gran Maestra, Santa Teresa, todos la miraban con sumo respeto y veneración. Los Provinciales y Reverendísimos Generales de la Orden, antes de decidir en los asuntos graves de su gobierno, solían consultar a esta estrella, disponiendo el Señor experimentasen grande acierto con sus respuestas, las cuales, como divinas, no sólo descubrían la verdad, sino que, en las mayores dificultades, les daban valor para ejecutarla sin temores ni miramientos. Muchos fueron los casos que la sucedieron en esta materia, sólo referiré el siguiente.

En 1636 el Reverendísimo Padre Esteban de San José, habiendo de girar forzosamente la visita general a la provincia Carmelitana de Andalucía, hallábase perplejo y tímido, quizá por la gravedad de los negocios, o tal vez por respetos humanos. En situación tan desagradable, consultó por carta a nuestra bendita estrella, confiado de que su luz desterraría las tinieblas de la irresolución que le embargaba, a cuya consulta Sor María respondió: *Padre nuestro, advierta Vuesa Reverencia que Nuestro Señor le ha hecho piloto de esa nave, y que los tales no pierden de vista la carta de marear: esta es la imitación verdadera de Aquel cuyo lugar ocupa Vuesa Reverencia, y así le acuerdo el azote que tomó en la mano, cuando dijo que su casa se llamaría casa de oración.* No le dijo más palabras; sin embargo, el Padre General las reconoció y publicó toda su vida por divinas, quedando admirado, a la vez, de qué le manifestase cuanto pasaba en su

interior, e igualmente animado a obrar como piloto, sin atender a miramientos humanos.

Visita de algunos bienaventurados.

Dios, hasta aquí, había regalado a Sor María con infinitas misericordias; pero no satisfecho aún, quiso hacer gala de su inmenso amor hacia ella, enviándola con frecuencia visitas de los bienaventurados.

El Reverendísimo Padre Maximiliano de San Andrés, General de los Jerónimos, se preciaba de discípulo de la venerable Madre, y bajo su dirección consiguió elevarse a la cumbre de la perfección religiosa. Tras una penosísima enfermedad de varios días, expiró santamente, y en el mismo instante de trasladarse del destierro a la patria celestial, vino a visitar a su santa Maestra, proyectando sobre ella hermosísimos rayos de luz, y descubriéndola su alto puesto en la gloria, alcanzado por su trato íntimo con Dios, y por su gran pureza de conciencia.

El 30 de Octubre de 1636, la Madre Juana Evangelista, Priora de las Carmelitas Descalzas de Santa Ana de Madrid, atormentada y comida por un cáncer, entregó su alma a Dios con santa resignación. A poco de morir, Sor María de Jesús vió a la difunta gloriosa, según ella misma refirió a su santa amiga la Madre Beatriz de Jesús: *Digo a Vuestra Reverencia, —escribía— Madre mía, que de sólo su pecho fiara ésto, y no de otra persona en el mundo, porque Vuestra Reverencia es mi corazón, y como a tal la hablo. Para que se consuele y aliente en Dios, que es glorioso en sus Santos, la digo, que a mi Madre Juana Evangelista, a mi parecer, me la mostró Nuestro Señor, después de algunos días que murió, muy gloriosa y linda a maravilla, en el coro de las vírgenes y mártires; estaba ricamente adornada de blanco y encarnado, ceñía dos coronas, y en la mano tenía una palma; me dieron a entender, que estas dos coronas se las habían dado en premio de su pureza y padeci-*

mientos; esto es lo cierto que entendí en este particular. (Carta de Sor María a la Madre Beatriz, Noviembre 1636.)

En la ciudad de Toledo brillaba, por su virtud y nobleza de sangre, la venerable D.^a María del Aguila, Terciaria Carmelita, que, desde niña, deseó vestir el sayal de Santa Teresa en esta su *Quinta* fundación; pero Dios no le concedió esta dicha, pues la quería para modelo de muchas personas en el mundo, ordenando su divina Providencia pasara la vida enfermiza y anémica. Su comunicación con nuestra María de Jesús fué muy íntima; de ella aprendió el amor a la virtud, el desasimiento de lo terreno, la humildad, la paciencia en los trabajos y la caridad. En poco tiempo embelleció su alma con tanta riqueza de virtudes, como si llevara largos siglos de existencia. Llena de méritos, se la llevó el divino Esposo a los veintiséis años de edad, el mes de Diciembre de 1637. En el mismo instante Sor María la vió volar, con grandísima gloria, a la eterna Jerusalén, y coronada con la brillante corona de Carmelita Descalza. Otras muchas veces se apareció esta insigne mujer a su bienhechora y querida Maestra Sor María, entreteniéndose con ella en sublimes conversaciones, las cuales terminaba siempre dándole gracias por los santos consejos que la diera en vida.

El 16 de Febrero de 1539, terminó su peregrinación sobre la tierra, en las Carmelitas Descalzas de Santa Ana de Madrid, la insigne Beatriz de Jesús, sobrina de Santa Teresa; a las cuatro horas de haber fallecido, se presentó a su querida y santa amiga, Sor María de Jesús; la manifestó el gran premio que le alcanzaron sus muchas virtudes, y al fin la dijo: *¡Oh dichosa descalcez! ¡Oh dichosa penitencia, que tales bienes alcanza!* Por aquellos mismos días, nuestra María, a causa de hallarse en grave peligro, tuvo necesidad de recibir el santo Viático; a un lado del Religioso que se le administraba vió a Santa Teresa, y al otro, a Beatriz de Jesús, quienes asistieron a aquel acto, para consolarla. Las dos volvieron a visitarla; en esta ocasión la Seráfica Virgen de Avila acercóse a ella, diciéndola: *Hija, vengo a enseñar a Beatriz todos mis*

Conventos, y las almas que mi Señor tiene en ellos. Otras muchas veces se apareció Beatriz a Sor María, en el espacio de nueve meses que transcurrieron de la muerte de la una a la de la otra, ya dándole ciertos avisos, ya recados para personas que la hicieron algún favor en el mundo, muchos ordenábanse al provecho espiritual de algunas Carmelitas de dicho Convento de Santa Ana.

Consigue reanudar las obras de la Iglesia y del Convento.

Dios, siempre amoroso y pródigo con Sor María de Jesús, dispuso que, en el último tercio de su existencia, la visitara el Reverendo Padre Maestro Francisco de Acosta, Religioso Agustino, el cual quedó prendado de la celestial conversación de la Sierva de Dios y de su santidad; continuó confiriéndole con ella y la escuchaba como a oráculo, la veneraba y obedecía como a Madre. Ella, reconociendo las relevantes dotes de sabiduría, prudencia y virtud de que le enriqueciera el Señor, le escogió para director de su alma, le respetaba como a Padre, y le llamaba hijo.

Con la confianza de hija espiritual, le comunicaba todas las cosas de su conciencia y también las relacionadas con el bienestar moral y material de la Comunidad; de ahí que el Padre Acosta se tomara sumo interés por ella y todas las religiosas del Monasterio. Como ya se ha dicho, un deseo ardiente bullía en el corazón de la venerable virgen; terminar la iglesia del Convento comenzada en su último priorato. Recomendó, pues, al Reverendo Padre Francisco y a su hermano el Reverendo Padre Juan Acosta esta obra, paralizada hacía nueve años, por falta de recursos. Ellos, valiéndose de sus muchas amistades y buenas influencias, recogieron la cantidad de 3.750 pesetas, con la cual hubo suficiente para los materiales que se compraron el 14 de Enero de 1640. Con los 25.000 ducados que Fernán Francos entregara a la Sierva de Dios, sólo pudieron levantarse los muros del claustro

principal, del coro bajo e iglesia. Faltaban los pisos, bóvedas y cubierta de todo el edificio, cuya obra comenzóse el 1.º de Febrero, día de San Ignacio Mártir. Como, por otra parte, la Comunidad estaba gravada con grandes censos, los dos hermanos fueron sufragando los gastos de obreros, decoración interior y demás detalles del nuevo templo.

Escoge su sepultura.

Quando los albañiles construían la pared divisoria del coro bajo y presbiterio de la iglesia, Sor María, queriendo que su cuerpo, aun después de muerto, rindiese adoración perpetua a Jesús Sacramentado, les dijo que dejasen un hueco, en forma de nicho, para su sepultura, entre el pavimento y la ventana que iban a hacer en dicha pared. Los operarios, no dando importancia a las indicaciones de la venerable Madre, continuaron la obra del muro, conforme al plano del arquitecto. Mas, a los pocos dias, se les cayó la parte de mampostería construída en el sitio señalado por la Sierva de Dios; levantáronla otra vez, y a las cuarenta y ocho horas, se arruinó de nuevo con asombro de los mismos obreros. Habiéndose enterado el Reverendo Padre Francisco de Acosta de lo ocurrido, les mandó se acomodasen a los deseos y ruegos de Sor María, pues no lo exigía sin misterio, quedando convencidos al fin, de que el derrumbamiento era un verdadero prodigio realizado ante su vista por los méritos de esta enamorada de la Sagrada Eucaristía.

Tiene revelación de su muerte.

Por el mes de Marzo de este año, Dios reveló a su amada sierva el mes y día de su partida de este destierro. Siempre estuvo dispuesta a morir; mas desde esta hora comienza una preparación fervorosísima, a fin de conseguir que su último

trance sea precioso en la presencia del Señor. Queriendo tener a su lado en aquellos momentos al Reverendo Padre Francisco de Acosta para consuelo de su alma, le escribió a Madrid, encargándole pidiese licencia al Definitorio General de Carmelitas Descalzos para entrar en el Convento a asistir a una monja en la muerte, advirtiéndole, además, que no use de esta licencia con la primera que fallezca, sino con la segunda. El 30 del mismo mes, falleció la Reverenda Madre Leonor de la Madre de Dios, de cuyo tránsito ya tenía conocimiento nuestra María; por eso decía al Padre Acosta no hiciera uso del permiso del Definitorio General con esta primera, sino con la segunda, que era ella misma. Cumplióse así con toda exactitud, pues desde Marzo al 13 de Septiembre, no hubo defunción alguna en el Monasterio.

Inauguración del nuevo Convento e Iglesia.

A medida que la Sierva de Dios se acercaba al término de sus días sobre la tierra, progresaban las obras de la iglesia y convento, experimentando grandes júbilos su corazón, al ver cuán pronto sería trasladado Jesús Sacramentado a templo más amplio y hermoso, como su ardentísimo amor lo había deseado siempre. Aunque adelantemos los sucesos, pondremos aquí algo de la inauguración del convento e iglesia.

Los trabajos se ultimaron en ocho meses y algunos días, según refiere un testigo ocular por estas palabras: *Nos pudimos pasar al claustro nuevo, a 5 de Octubre del mismo año de 1640, y la traslación del Santísimo Sacramento se hizo a 7 del mismo mes y año.* En esta fecha precisamente empezó la novena de Santa Teresa con gran esplendor, del cual nos da una idea el mismo testigo, diciendo: *Fué grande la celebración de estos nueve días; el de nuestra gloriosa Madre Santa Teresa se celebró con solemnidad inusitada; los dichos Padres costearon todo, trayendo los músicos de Madrid y cuanto fué necesario, dando, además, 400 ducados a la Co-*

munidad para otros gastos que se originaron; y la cera la dió D. Alvaro Fernández de Acosta, hermano mayorazgo de los dichos Padres, caballero de la Orden de Santiago; dieron también este día de la traslación una lámpara para la iglesia que, en toda costa, vale mil ducados. De esta manera se verificó la traslación del Santísimo a la nueva iglesia, y aunque Sor María no tuvo la suerte de presenciara en la tierra, la contempló desde el cielo, pues así lo prefirió ella ante la propuesta que la hiciera Jesucristo, como después veremos.

Virreina de Sor María de Jesús.



Capítulo XIV.

FE TEOLÓGICA DE LA SIERVA DE DIOS

¿Qué es fe?

La fe es una virtud sobrenatural, por medio de la cual el entendimiento humano cree firmemente cuanto Dios ha revelado y le propone la Iglesia. Este don, que el Espíritu Santo difunde sobre el alma en el bautismo, es superior a la naturaleza, y por ende, se llama *fe habitual infusa*.

Prescindiendo de otras muchas definiciones de la fe, nos concretaremos a la que hace a nuestro objeto y se denomina *fe heroica*. Ella es una luz que alumbrá a ciertas almas extraordinarias y les muestra, con evidencia, los divinos misterios. Cuando Dios se les manifiesta en la divina unión frutiva, comunícales tal certeza de las verdades reveladas, que no parece las creen ya, sino, más bien, que las ven clarísimamente y las comprenden, a cuya certeza experimental no podrá jamás igualar la evidencia de las verdades naturales.

Fe heroica de Sor María.

La luz divina de esta fe iluminó a nuestra María antes que aprendiese a hablar y a tenerse en pie; primero conoció a Dios que a sus padres y a su nodriza. Este conocimiento no era oscuro y vulgar, sino claro y ciertísimo, según lo demuestra un suceso extraordinario de su infancia.

Era una noche de invierno; en su casa habíanse reunido, como de costumbre, varias personas a pasar un rato de honesta tertulia, que, generalmente, se amenizaba con la lectura de libros religiosos. María, niña entonces de seis años, asistía también a la reunión, colocábase al lado de su madre; allí, atenta, respetuosa y meditabunda, escuchaba en silencio la doctrina utilísima de estos libros. Aquella noche leíase un compendio de los dogmas del cristianismo. El escritor confirmaba su exposición con infinidad de argumentos, haciendo un verdadero derroche de sutilezas, presentando símiles tan peregrinos, que atraían suavemente la inteligencia y la llevaban hasta el convencimiento.

En medio del entusiasmo del lector y de la avidez con que los circunstantes le oían, levantóse la niña, clavó sus ojos en el mismo lector, alzó intrépida su voz, y, respirando ardiente celo, le increpó de esta manera: *Pues, ¿qué?..... ¿No basta y sobra que sean de fe? ¿Para qué son tantas razones?.....* Hé aquí una sublime, hermosísima y admirable manifestación de la fe que alumbra el alma de nuestra María. Ella no admite sutilezas; le disgustan las explicaciones supérfluas; están demás para ella las comparaciones, todo esto, a su juicio, es vano e inútil, cuando se trata de los dogmas, *Pues basta y sobra que sean de fe*, es decir, basta y sobra que Dios las haya revelado y la Iglesia nos la enseñe. Este hecho revela cuán adherido estaba su entendimiento a los artículos de la Santa Fe Católica, cuán claramente conocía ya a Dios con todos sus atributos.

La meditación efecto de su fe.

Efecto de la luz purísima de esta fe, María quisiera estar siempre junto a la Verdad suprema e indeficiente, a fin de ver en ella, cual en terso espejo, todas las demás verdades. Para lograr su deseo, se dió a la oración mental desde la infancia; nada del mundo fué capaz de separarla de este santo ejercicio, en el cual adquiría grandes conocimientos

y se encendía su corazón. No contenta con meditar durante el día, pasaba la mayor parte de la noche orando. El Señor derramaba a torrentes las gracias sobre ella en esta meditación silenciosa y tranquila, por eso solía decir: *Los momentos más regalados que mi alma tiene con Dios, son los de la oración y recogimiento de la noche.* En el invierno y en sus enfermedades hacía esta oración en la celda o en la cama; y durante el verano, en un terrado, donde permanecía las noches enteras hincada de rodillas y mirando al cielo; las monjas, por la mañana, se la encontraban allí como muerta, derramando lágrimas y con el rostro encendido.

Su conocimiento infuso de la Divinidad.

Cierto que Sor María adquirió con su propia inteligencia y virtud todos los grados de oración que un alma puede adquirir en esta vida. Pero, además, Dios la elevó *gratuitamente* al grado más encumbrado y sublime, cual es la *oración pasiva de unión perfecta.* Cuando llegó a ese estado dichosísimo, *Su Majestad*—dice el Padre Acosta—*la infundió un conocimiento tan alto de su grandeza y atributos, y tanta luz de la verdad del ser divino, que pocos llegaron a tenerla igual.*

Se la revelan otros misterios.

No celebra la Iglesia—continúa el Padre Acosta—*festividad alguna del Señor, cuyo misterio no se revelase a la Sierva de Dios como si entonces se estuviera realizando. Lo mismo sucedía en las festividades de los Santos, descubriéndosele o sus virtudes, martirios y méritos, o los grados de gloria que gozan en el cielo. Bien puede decirse que, al parecer, más resplandeció esta virtud de la fe en ella como evidencia que como fe.*

En Adviento, por espacio de cuarenta y cuatro años, se le

dió a entender el misterio de la Encarnación del Verbo. En este misterio, que la arrebatava con sus encantos, entendió el lazo secreto e indisoluble formado por el Espíritu Santo, con el cual la divinidad y la humanidad, dos naturalezas infinitamente distintas entre sí, están unidas en un consorcio maravilloso, formando un sólo supuesto, un sólo Jesucristo, en quien ni la humanidad degrada la divinidad, ni la divinidad absorbe o destruye la humanidad. Entendió las contradicciones aparentes de este enigma de la sabiduría y del amor de Dios, al ver que, lejos de ser contradicciones inconciliables, son nuevas gracias, nuevas bellezas, nuevos encantos y nuevos misterios sublimes de un mismo misterio.

El día de Navidad, por igual número de años, excediendo los últimos a los primeros en nuevos quilates y aumentos, veía, con ilustración del entendimiento, al Niño Jesús en el seno virginal de María Inmaculada, y se le manifestaban las ansias que tenía de nacer, para emprender la obra de nuestra redención; mostrábale la solicitud amorosa con que buscaba su alma, para hospedarse en ella; la ensañaba las perfecciones del alma de su benditísima Madre, y cómo ésta le servía de tálamo, trono y descanso. Luego se le mostraba recién nacido, la pedía fuese su portal, y hacía la ver cuán necesitado estaba de los afectos de sus criaturas, descubriéndosela, por último, hecho fuego, para derretir el hielo de nuestras culpas.

En las fiestas de la Circuncisión, Epifanía y Bautismo de Cristo, se le declaraban los motivos que tuvo Jesús para someterse a la ley mosaica de circuncidar a los niños, a los ocho días de haber nacido, y el gozo que la Virgen, San José y el mismo divino Infante, recibieron al ver postrados ante el pesebre a los Reyes de Oriente, y la suma humildad que el Salvador ejerció, queriendo ser bautizado en el Jordán por el Bautista.

El día de la Purificación, mientras se celebraba la procesión de las Candelas, veía al anciano y santo profeta Simeón entregando el Niño Jesús a María Santísima, y juntamente

se la daba conocimiento de cuán justos y temerosos de Dios deben ser aquellos que reciben la sagrada comunión, y, a imitación de Simeón, cómo han de estar animados de viva fe, y cómo, en recompensa de estas disposiciones, se les promete el Espíritu Santo.

En la Semana Santa se le aparecía Jesucristo bajo diferentes formas dolorosas, y la manifestaba los sufrimientos de su sagrada pasión. Una vez vió a Cristo en el Huerto de Getsemaní, sudando sangre que empapaba sus vestidos y llegaba a la tierra, donde estaba arrodillado. En tan grande aflicción se le dió a entender la suma fortaleza con que salió de allí el divino Maestro a morir, viéndose a la vez revestida de ella, al decirle su Majestad: *«Tuyos son, hija, los logros de mi pasión; tuyo soy Yo, y en tí quiero hacer mi morada.»* Otra vez, acabando de comulgar en esos días, vió a Jesús atado a la columna, hecho todo una llaga y vertiendo raudales de sangre, oyendo de sus divinos labios estas palabras: *«Hija, esta sangre es tuya, y tuyo mi corazón; mora siempre en él; anégate en mi sangre preciosa; lávate con ella, doliéndote a la vez de tus culpas; purifícate más y más con la rectitud de vida y con el ejercicio de mi presencia, considerando lo mucho que padecí por tí.»*

El día de la Resurrección y durante su octava, veía a Cristo glorificado y triunfante, haciéndola participante del júbilo que inundó a los justos, cuando le vieron entrar en el seno de Abraham, y revelándole las innumerables victorias que obtendría con la redención, hasta el fin de los siglos.

El jueves de la Ascensión, veía, con los ojos corporales, a nuestro divino Redentor subir al cielo, y el magnífico recibimiento que le hacían los Angeles de las tres jerarquías, oyendo al mismo tiempo las músicas, los armoniosos cánticos de alabanza que resonaban al cruzar el dintel de la Jerusalén celeste, y las dulcísimas palabras con que la Beatísima Trinidad le daba gracias por haber redimido al mundo.

En las Pascuas de Pentecostés, veía, según son visibles las divinas personas aquí abajo, en visión íntima e intellec-

tual, al Espíritu Santo, destilando sobre la Iglesia y los justos un rocío celestial, una como sustancia de Dios, una plenitud de gracias que henchía a las almas, de cuya plenitud participaba tanto la suya, que la era imposible explicarlo.

En la festividad del Corpus recibía ilustraciones soberanas sobre la Eucaristía, entre las cuales merece especial mención la siguiente: Jesucristo la dió a entender cómo se había comulgado a sí mismo; cuán sublime y superior fué esta comunión a la de todos los justos que han existido y existirán hasta el fin del mundo, conociendo a la vez la unión de su bendita alma, verificada entonces con las divinas personas, unión tan grata al Eterno Padre y tan conforme a la voluntad del Hijo, que no puede explicarla nuestra pobre lengua. También comprendió entonces el afecto y amor con que dió gracias al Padre y aun a sí mismo, por haber instituido este augusto Sacramento, para glorificar más al que le envió a la tierra, diciéndola: *«En Mí hallarás tu tesoro; caminando por Mí, subirás segura a mi Padre; la imitación de mis virtudes y Yo mismo, hé aquí la puerta por donde el alma llega fácilmente a la Divinidad.»* El Padre celestial, además, la dijo: *«¿Dónde me hallará el alma más divino que en el alma de mi Hijo y en su cuerpo sacramentado?.... Allí estoy Yo, está Él y está el Espíritu Santo.»*

Desea dar la vida por la fe.

Con estas visiones y revelaciones quedaba su alma tan ilustrada, con tanta seguridad de los misterios de la fe, tan firmemente adherida a ellos, que no solamente los creía, aun cuando fuesen muy oscuros, escondidos y elevados, sino que daría mil veces la vida por defenderlos. Mas como su condición de mujer, y estado de religiosa no la permitieran salir a defender los dogmas de nuestra religión saerosanta, como ella deseaba, hacía otras demostraciones de ardiente celo por la conservación de las creencias religiosas.

Se lamenta de los herejes.

A los resplandores de la antorcha de la fe, miraba a los herejes muertos a la gracia, opuestos a la verdad, cubiertos con el negro manto del error, envueltos en densas tinieblas, sumergidos en el inmundo lodazal de los vicios, arrastrados de la impetuosa corriente de las pasiones más groseras, impregnados de satánica malicia y rebelión contra Dios y la humanidad. Por eso lamentábase de su perfidia, y, si en su presencia se hablaba de alguno de ellos, al momento se turbaba, palidecía, y su alma, connaturalizada con esta luz purísima, véase traspasada de pena, al considerar la resistencia culpable que esos desgraciados hacen al Espíritu Santo.

Su dolor en las persecuciones de la Iglesia.

Las persecuciones contra la Iglesia católica traspasaban el corazón de Sor María, porque le parecían golpes asestados a la misma fe, como lo demuestra el suceso, harto lamentable, acaecido en España en el siglo XVII. Los regalistas, no pudiendo llevar en paciencia cierta oposición que les parecía ver en el Papa Urbano VIII hacia el Rey Católico, mostrábase desafectos a la Santa Sedé. Los falsarios de aquella época tuvieron también gran parte en estos desacuerdos. El Padre Pozza, sirviendo de espía doble a la Anunciatura y al Conde-Duque, consiguió revolver a las dos Cortes de Madrid y Roma. Aún fué más funesto el embrollo del célebre falsario Miguel Molina, cuyos embustes comprometieron a España hasta tal punto, que horroriza leerlos. Es indecible la multitud de documentos con que embrolló a la Nunciatura y a las Embajadas de Francia, Venecia e Inglaterra. Achacaba al Rey y al Conde-Duque el proyecto de asesinar al Soberano Pontífice, y, cuando no, exigirle celebración de un Concilio general, a fin de que en él, fuera depuesto. Fácil es presumir

cuánto envenenarían estas comunicaciones la correspondencia entre las dos Cortes. Daba oídas a estas y otras patrañas Monseñor Campeggió, Nuncio de Su Santidad, el cual murió de graves disgustos ocurridos entre él y la Corte de Madrid. Pero no cesó la baraúnda levantada, sino que aún continuó bastantes meses después, debido a la poca táctica del nuevo Nuncio y a la pasión de los Consejeros del Monarca.

Todo este conjunto de revueltas y diferencias, muy ruidosas en toda España, eran flechas que herían a Sor María de Jesús, como ella lo declara, escribiendo a la Condesa de Paredes: *Señora de mi alma*—la dice—*a mí me tiene traspasado el corazón el estrecho en que está la Iglesia de Dios, y lo que padece la virtud, y cómo los amigos de Dios están a peligro de perderse; y plegue a Dios no sea causa de que flaqueen en las cosas de su servicio. ¡Ay, señora de mi alma, y qué desdichados tiempos hemos alcanzado, y cómo me temo que esté muy contento el demonio con lo que ha inventado y con ver que salen malos algunos espíritus, para poner grima a los que han de intentar caminar a la perfección!*

Y no sólo manifiesta su dolor, sino que desea ver deshecha esta horrorosa tempestad, para lo cual clama al cielo, e inculca a la misma señora se afiance más en la fe, a fin de no perder el alma. *Señora mía*—añade en su carta—*abracémosnos a las áncoras de la Santa Fe Católica, y esperemos en Dios, que su Majestad se lastimará, como Padre de su Iglesia. Yo clamo sin cesar a Dios, y todas las Madres hacen lo mismo, con grandes lástimas; y no es lo que menos nos duele el poco crédito de las religiones. Dios nos mire con ojos de Padre, y dé medio a tanto mal; Dios mire por los amigos, y los lleve a gozarle.* (Carta del mes de Septiembre de 1639 a la Sra. Condesa de Paredes de Nava).

Su alegría en las victorias de la Iglesia.

Sor María de Jesús oraba por la propagación de la fe y exaltación de la Santa Iglesia Católica, no sólo en las perse-

cuciones, sino todos los días y a cada momento, alegrándose de los triunfos de la misma alcanzados en ocasiones peligrosas, sobre los herejes o malos cristianos, como se advirtió en la expulsión de los moriscos.

Dióse este nombre a los moros o descendientes de moros que permanecieron en España, después de la reconquista, recibiendo con buena o mala fe el Sacramento del Bautismo. Los bautizados, que eran verdaderamente convertidos, se hicieron españoles, prefiriendo la Religión Católica a la amistad con sus paisanos, y, poco a poco, se confundieron con los cristianos vencedores; los demás, aunque bautizados, continuaron practicando secretamente su primera religión falsa o mahometana, mantuvieron con empeño su traje y su lengua, y trabajaron para sacudir el dominio español, intrigando con los moros de Africa y Asia, de quienes esperaban ayuda. Estos, con el tiempo, lograron la apostasía de otros muchos, merced a sus engaños, promesas y dinero, con lo cual se iban engrosando las filas de los descreídos.

Por otra parte, rebeldes a toda autoridad, burlábanse de las leyes y castigos que los gobernadores y municipios les imponían, para castigar sus desmanes y piraterías, sus robos y asesinatos. Los Prelados diocesanos llamábanles la atención con saludables amonestaciones; varias veces lanzaron sobre ellos el terrible anatema de la excomunión, al ver sus hurtos sacrílegos y profanaciones públicas de lo más santo, y no se daban punto de reposo a fin de convertirlos. Mas todo fué inútil, porque estos desgraciados siguieron eslabonando la ominosa cadena de abominaciones que les había de arrastrar algún día al destierro.

Las diversas provincias de la nación, cansadas de tanta osadía y heridas en la fibra más delicada de su corazón, cual es la fe, elevaron enérgicas protexas parciales y colectivas a los diferentes jefes regionales, escribieron memoriales al Monarca, pidiendo la expulsión de aquella raza depravada e inhumana. El Rey Felipe III, asesorado por hombres eminentes en ciencia y santidad, accedió a los deseos y

súplicas del pueblo, firmando el decreto tan suspirado de expulsión; y en un período de cuatro años, es decir, de 1609 a 1613, desapareció de nuestro suelo la raza morisca. Con ella desapareció también el contagio de frecuentes apostasías de la fe, que se notaban ya entre algunos cristianos de nuestra raza; con ella cesaron las inquietudes nacionales, los ultrajes y desacatos a la Religión Católica.

Si todo buen español se conmovió de gozo, cuando se leía el decreto de expulsión en las plazas públicas, nuestra María de Jesús, emocionada con este fausto acontecimiento, cantó el *Te Deum* en acción de gracias, por este gran triunfo de la Iglesia Católica, y se alegró su alma en el Señor, como se lo manifestó ella misma al Rey, en ocasión muy oportuna.

El piadoso Felipe III, que conocía bien y admiraba la virtud, prudencia y sabiduría de la Sierva de Dios, acompañado de su esposa la Reina D.^a Margarita, de varios Gentiles-hombres y Damas de su Corte, en Febrero de 1614, hizo una excursión a la Ciudad Imperial, con el fin único de visitar a la venerable Madre y recibir sus consejos. Habiendo entrado la familia Real y su séquito en el Convento, después de ver y admirar la sencillez y pobreza, la limpieza y buen orden de las dependencias de esta Quinta fundación de Santa Teresa, detuviéronse algunos momentos a conversar entre sí junto a la portería. Entre tanto, el Rey separado y a la vista de todos, habló con María de Jesús, exponiéndola ciertos asuntos graves del Reino. Ella, después de oír al Monarca, le dió la solución de aquellos negocios tan importantes, le animó a desarrollar los planes preconcebidos en beneficio de la Patria, y, al fin, el Rey la dijo con gran ínsistencia: *Encomendadme a Dios, pues como véis, tengo mucha necesidad.*

Sor María le ofreció, muy gustosa, sus oraciones, y añadió: *Señor, Vuestra Majestad me ha hablado de varias cosas; una tengo yo que agradecerle muy de veras, la expulsión de los moriscos; Dios le pagará con premios eternos el acierto que ha tenido en esta empresa.* El Rey que la escu-

chaba atentamente, no pudo menos de admirar el abrasado celo, la unción y santo entusiasmo con que profería estas frases su interlocutora, y, altamente complacido, la pregunta: *¿Qué, os habéis holgado de ello?—Sí, porque lo deseaba mucho.—Puesto que así lo manifestáis—*continuó el Rey— *ahora estaré más consolado de haberlo hecho.* Las palabras de Sor María a Felipe III, eran una verdadera explosión de gozo que se escapaba de su corazón al recordar la victoria del cristianismo en España contra los renegados y falsos moriscos.



Capítulo XV.

ESPERANZA DE LA SIERVA DE DIOS

Concepto de la esperanza.

La esperanza es una virtud o hábito sobrenatural por el cual esperamos conseguir la bienaventuranza eterna, que consiste en ver y amar a Dios, ayudados de los auxilios de la divina gracia y fiados en las consoladoras promesas que el mismo Dios ha hecho al hombre.

Cuando el alma sólo espera en Dios, como en su único fin y supremo bien, y en las criaturas como en medios conducentes para alcanzar el bien Infinito, entonces la esperanza es heroica; como tal, no se encuentra sino en las almas perfectas, que, después de sufrir muchos y grandes trabajos, dicen, con el Santo Job, de su confianza en el Señor: *Aunque me mate, en él esperaré.*

Los que se ejercitan en la esperanza heroica, aunque desconfían humildemente de su propia flaqueza, al emprender alguna obra para mayor gloria de Dios, confían en su bondad infinita; y confían tanto que, parece disponen, a su arbitrio, de la omnipotencia divina, exclamando con la seguridad del Real Profeta: *In te, Domine, speravi; non confundar in ceternum.*

Esperanza heroica de Sor María.

La esperanza de la venerable virgen—dice el Padre Acosta—más bien que esperanza, parecía ser ya en ella

posesión tan firme y tan gozosa, que no esperaba de Dios otra cosa, sino al mismo Dios, según lo demuestra este caso.

Hallándose perpleja en la elección de estado, a causa de la fuerte presión que sobre ella hacían sus abuelos y sus tíos, empeñados en obligarla a contraer matrimonio, entró en su oratorio a poner esta duda en las manos de Jesús Nazareno, cuya imagen la atraía dulcemente, con la firme confianza de que Él daría solución a este asunto tan importante.

¿Puede haber mayor seguridad en la esperanza?.... o mejor dicho, ¿no es esto pasar de esperanza a posesión?.... Prodigio es, ciertamente, que una jovencita de trece años y medio no juzgue temeridad arrogante presumir respuesta del cielo, o que no tema ni la detenga la indignidad de su bajeza, de la cual tenía profundo conocimiento; sino que, con una esperanza nacida de amor filial, ni teme indignación por presumida, ni desprecio por humilde. Tal acción nos asegura, con evidencia, que esta criatura angelical no tenía otra posesión que al mismo cielo, según lo demostró el efecto, porque, al darla Jesucristo la respuesta que ella buscaba, eligiéndola para templo suyo, se la ofreció y entregó el mismo Hombre-Dios por esposo con estas palabras: *Te quiero para mi Esposa en las Carmelitas Descalzas*. He aquí un admirable trueque: Dios, posesión de Sor María, y Sor María, posesión de Dios, para que con toda propiedad pudiese decir ella, como la esposa de los Cantares: *Mi amado para mí, y yo para mi amado*.

Estuvo cierta de su profesión.

Durante el año de noviciado, Sor María era la débil caña de primavera, agitada por el furioso huracán de la contradicción que, en mal hora, levantara contra ella el Leviatán soberbio. Ni de día ni de noche la dejaba en paz; pretendía arrancarla de la tierra florida y bendita del Carmelo; pero sus esfuerzos titánicos se estrellaban contra la firmeza de la venerable virgen. Y, ¿habrá de ser vencido?.... ¡Ah!.... Su

orgullo no se lo consiente; suscita en las monjas recelos, aversión y errados juicios contra la Sierva de Dios; *es delicada*;—dicen—*no vale; está inutilizada para seguir la observancia Carmelitana; es necesario echarla, pues, de lo contrario se introducirá la relajación en nuestro Convento, y esto por nada del mundo lo consentiremos.*

El corazón de nuestra María lucha con afectos opuestos; si profesa, teme perder la vida y deslustrar el brillo de la Reforma Teresiana; si no profesa, teme volver al siglo y vivir allí expuesta al peligro de condenación eterna. Sin embargo, entre tantas amarguras y sufrimientos, ni un instante siquiera dudó de que, al fin, profesaría, según refirió después; y aún juzgaba imposible llegara a efectuarse su despedida de la Orden, porque, no teniendo otra aspiración que la de servir fielmente a Dios, sólo en Él cifraba toda su confianza.

Su seguridad del triunfo de la Reforma Carmelitana.

Cuando los Carmelitas Descalzos vivían inciertos de la suerte que les cabría; cuando las monjas dudaban del éxito que alcanzarían los procuradores enviados a Roma, con objeto de recabar de la Sede Apostólica la necesaria separación de sus hermanos, los Carmelitas Calzados; cuando la misma Santa Teresa se hallaba perpleja, sin saber en qué pararían estas contiendas; Sor María, no obstante de recibir con tal motivo fuertes impresiones de tristeza primero que ninguna religiosa de la Comunidad, por desempeñar entonces el oficio de tornera, lejos de desalentarse como las otras, en vez de temer la derrota como ellas, su firme esperanza, no solamente le hacía estar segura del triunfo, sino que, además, la llenaba de sumo gozo. De ahí que la Santa Reformadora y sus Hijas mirasen a Sor María de Jesús cual a brillante lucero de consoladora esperanza, oyendo de sus labios angelicales palabras de aliento, de consuelo y de seguridad en la victoria de la Descalcez.

Su dominio sobre la omnipotencia divina.

El lenguaje con que Sor María enseñaba a sus religiosas a esperar en el Señor, revela perfectamente en cuán alto grado tuvo esta virtud. *Hijas*—les decía—*gran delito es no esperar en Dios, al paso que es omnipotente.* Y así, en las necesidades públicas y graves, acudía a su divina Majestad en demanda de remedio, pidiendo con tanta seguridad, como si fuera dueña de la omnipotencia divina. Sucedió varias veces estar los campos casi agostados, a causa de grandes sequías, y compadecida la Prelada de los labradores, que llegaban al torno a rogar a Sor María encomendase a Dios la falta de agua, mandábala intercediese ante el trono del Altísimo por aquellos necesitados. La venerable Madre, al imperio de la obediencia, íbase al coro, donde clamaba a Jesús Sacramentado enviase agua. A los pocos momentos, el cielo cubríase de nubarrones que, sin dilación alguna, comenzaban a desgajarse en abundante lluvia. Pero como el deseo de todos era grandísimo e igual la necesidad, parecíales que llovía poco, y asimismo se lo parecía a María de Jesús. Entonces, con la libertad de esposa, clamaba de nuevo, mirando al cielo: *Señor, no me contento con esto; agua a canales, que corran bien los arroyos, y que los oiga yo.* Al eco de estas voces, como si la llave de las nubes se aflojara, empezaba a arreciar el agua, a correr los arroyos, a remediarse los campos y consolarse todos.

Este dominio de nuestra María sobre la omnipotencia, se echa de ver también cuando restringía y coartaba los favores del cielo siempre que divisaba poca conveniencia en los asuntos que la recomendaban para que alcanzase del Señor la solución. En algunas ocasiones que acudieron a ella ciertos Condes y Marqueses de Toledo y de Madrid, manifestándola deseos de tener sucesión en su casa y rogándola fuera su intermediaria con Dios para ésto, les contestaba: *No se cansen vuestras Señorías, no se cansen; no la merecen, no la han de tener.* Lo mismo sucedió con un Carmelita Descalzo. Era éste

algo divertido, aunque en faltas pequeñas; ya le había amonestado sobre aquellas imperfecciones impropias de un Instituto tan santo; él correspondió agradecido con la enmienda. Mas, pasado algún tiempo, viendo la Sierva de Dios que intentaba reincidir en las mismas ligerezas, pidió a su divina Majestad se le llevara cuanto antes de este mundo, dándole primero perfecta contrición. Y, en efecto, a las dos horas de haberlo pedido la venerable virgen, vióse atacado de una enfermedad mortal que solamente le dió tiempo para recibir los últimos Sacramentos con evidentes señales de verdadero arrepentimiento.

El Doctor Angélico Maestro de su esperanza.

La venerable Madre tuvo por maestro—en esta virtud—al doctor angélico Santo Tomás de Aquino, el cual la enseñó a dirigir su esperanza. Entre las varias veces que la visitó, una de ellas la dijo: *La piedra, Cristo Sacramentado, así como es la más firme seguridad y áncora de nuestra esperanza, asimismo es la que con mayor eficacia me impulsaba a pedir y esperar cosas grandes, porque el amor que le obligó a quedarse con nosotros en la tierra, ese mismo nos eleva con Él a la gloria; merced que necesariamente nos ha de obligar a pedir cosas dignas del cielo, y éstas son las tocantes al mayor bien de las almas, por cuya salvación, no sólo quiso Jesucristo ser su Redentor, muriendo en la cruz, sino también ser su medicina en la Eucaristía.* Desde esta aparición, las oraciones y esperanza de Sor María siempre se ordenaban a la conversión de las almas, haciéndola Dios especial gracia, tanto en manifestarla la necesidad de algunas, como en ser Él mismo quien ocasionaba la petición y daba el despacho.

La Madre de Dios Modelo de esta esperanza.

La Santísima Virgen dió los últimos realces a la esperanza

de la Sierva de Dios, pues, cual Maestra divina, animó eficazísimamente a esta su muy querida discípula a imitarla en tan sublime virtud. Un día, en la sagrada comunión, Jesús Sacramentado la descubrió a su Madre Santísima, pidiendo por una persona que, aunque entonces se hallaba en pecado mortal, era especial bienhechora del convento. El modo con que pedía la Reina de los Angeles, no cabe en inteligencia humana; sin embargo, Sor María vió que ponía delante de los ojos de su divino Hijo sus purísimas entrañas, los pechos con que le amamantó, la humanidad de que se revistió, constituyéndose con ella cabeza de los redimidos, las virtudes que practicó en el mundo, la obligación que le incumbe de salvar al género humano, su título de Redentor y, en fin, los trabajos que padeció por aquella alma pecadora.

Todo esto lo hacía la Virgen Santísima, no sólo con plena seguridad de alcanzar lo demandado, sino con humildé dominio sobre la voluntad del Omnipotente, infundiendo con tanta eficacia esta manera de pedir en el alma de la venerable Madre, que hasta que vió las súplicas de la Virgen y le enseñaron esta doctrina, a su parecer, no supo qué cosa era esperanza, reconociendo en la visión dos beneficiados; uno, el remedio de la persona por quien se interesaba ella y la celestial Señora ante el acatamiento de la Majestad infinita, la cual salió del pecado; el otro, los realces de esperanza que infundió en su alma el admirable modo de suplicar de la Madre de Dios. Desde entonces, solía decir a una religiosa: *Hija, asegúrote que, respecto del sumo grado de esperar a que me elevó la divina bondad, mi esperanza ante Dios, ni lo era ni merecía este nombre.* Si bien es cierto que Sor María veía los altos grados de esperanza a que fué encumbrada, jamás los miró como cosa propia; al contrario, reconocíalos como dádivas de la mano del Todopoderoso, a las cuales no correspondía, a su juicio, como era debido, trayendo muy en la memoria aquellas palabras del Apóstol: *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si fuera propio?*

Deseos de ver a Dios.

La esperanza de la Sierva de Dios era la causa de aquellas vivas ansias, tan conocidas y continuas en ella, de verse libre de la cárcel del cuerpo, para volar de este destierro a la patria celestial, y allí vivir eternamente unida a Dios, sin temor de separarse de Él jamás. Ella misma dió testimonio de tales ansias escribiendo, después de penosísima enfermedad, a D. Luis Herrera, en cuya carta le dice: *El no haber podido yo responder a vuestra merced, es el haber estado yo muy mala y desahuciada; no he merecido irme a ver a Nuestro Señor, aunque más lo he deseado.* (Carta del 16 de Marzo de 1628 a D. Luis Herrera.)

Muchas veces, arrebatada de estas ansias, sus monjas la hallaban enajenada derramando lágrimas, y vuelta en sí exclamaba como su Seráfica Madre:

¡Ay, qué larga es esta vida!
 ¡Qué duros estos destierros,
 Esta cárcel y estos hierros
 En que el alma está metida!
 Sólo esperar la salida
 Me causa un dolor tan fiero,
 Que muero porque no muero.

Su confianza en los méritos de Cristo.

Nada podía extinguir el vehemente deseo de ver al Sumo Bien que la transportaba, pues, aun cuando por su humildad se consideraba vacía de virtudes, *esto—decía ella—no es obstáculo para lograr la posesión de lo que tanto anhelo, porque tengo todos mis méritos en una bondad inmensa.* Tampoco la arredraba el verse incapaz, *porque mi capacidad—añadía—la tengo en la omnipotencia divina.* De suerte que, según afirmaba, ni la presunción la privaría del temor de hija, ni la desconfianza del gozo de heredera.

Pide al Señor la lleve al cielo.

Llevada de estos fuertes ímpetus instaba al Señor en sus oraciones, pidiéndole con toda su alma abreviase los días de su peregrinación sobre la tierra. También suplicaba a las religiosas moribundas de su Convento que, en compareciendo ante el trono del Altísimo, le alcanzasen esta gracia tan apetecida. Una de ellas, Sor Teresa de la Concepción, a los pocos días de haber fallecido, se apareció gloriosa a la venerable Madre, y la dijo: *He cumplido tu encargo, pero en el mismo Dios he visto, que aún no te ha llegado el tiempo de salir del mundo.* Lejos de entibiarse o menguarse sus deseos, al oír tal noticia, acrecentábanse cada instante, siendo a veces tan intensos, que hasta desafiaba a la muerte con aquella letrilla:

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero;
Que muero porque no muero.

No busca su descanso.

La esperanza de la Sierva de Dios tiene otro realce, y es que, ansiando ver al Rey inmortal de los siglos, no buscaba su propio descanso eterno, sino el acrecentamiento de la gloria accidental que le resultaría a su divino Esposo, de que en vaso tan indigno, como ella se creía, depositase tan precioso Tesoro. No contento el Señor de ser el autor de estos deseos, quiso también ser el fomentador, diciéndola una vez: *Hija, huélgate de ser mi redimida, por la gloria que de ello se ha de seguir a mi sagrada Humanidad.* Y si la venerable virgen tenía por suya la gloria de Cristo, ¿qué grados de intensidad no causarían estas amorosas y eficaces

palabras en sus ansias de gozar de la visión beatífica? Desde aquella fecha, cualquiera dilación parecíala una eternidad; de ahí que entre lágrimas y suspiros llamara a la muerte con estas palabras:

Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Peregrina invención de estos deseos.

Viendo Sor María que ni sus oraciones, ni las recomendaciones de las religiosas difuntas a quienes había instado con tal objeto, antes de espirar, ni sus lágrimas, ni sus clamores, ni nada era eficaz para acelerar su partida de la tierra al cielo, el mismo deseo la sugirió la idea de mostrarse indiferente, a fin de mover a compasión a su divina Majestad, y ver si de ese modo conseguía volar hacia aquel centro. Así se lo escribió ella a la Señora Condesa de Paredes. *Señora mía*—la dice—*Ya he dado en no desear morirme, a ver si con esto tiene mi Señor Jesucristo piedad de mi destierro.*

La Santísima Trinidad fomentadora de sus ansias.

No pudo nuestra María continuar mucho tiempo en este desinterés y santa indiferencia, porque si bien Dios se complacía en el peregrino medio inventado por su amada sierva para obligarle a sacarla de las cadenas de esta vida, agrádábale más las vehementes ansias de su corazón; y para aumento de las mismas, la regaló con otra grande misericordia. Un día, acabando de comulgar, vió que el Padre Eterno se regocijaba en su divino Hijo, por tener tal esposa en virtud de su sangre preciosísima; vió que el Hijo daba gracias al Padre, por haber merecido con su muerte la redención de esta alma; vió, en fin, que ambos se gozaban con el Espíritu Santo, como amor, fuego y lazo del desposorio de Jesucristo con ella, cumpliendo las Tres Personas la promesa de venir a morar en su corazón.

Muriendo porque no muere.

La vehemencia de los nuevos deseos que se la infundieron con tan extraordinaria merced, la redujo algunas veces al último trance, repitiendo, a este propósito, lo siguiente:

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios que vive en mí,
Sino es perderte a ti
Para mejor a Él gozarle?
Quiero, muriendo, alcanzarle,
Pues a Él solo es el que quiero;
Que muero porque no muero.

La virtud termómetro de estos deseos.

A proporción que la Sierva de Dios progresaba en perfección, aumentábanse sus ansias de ir a contemplar cara a cara la divina Belleza, afirmando que la era imposible, humanamente hablando, vivir ya ausente del Amado. Oigámosla referírselo así a la misma Condesa de Paredes: *Siéntome, mi Señora, muy acabadísima y con grandes desamparos, y se me hiela el cuerpo, con el calor que hace, sin haber orden de entrar bocado en la boca; creo que ésto está ya muy a los últimos; yo le aseguro a Vuestra Señoría ya no hay fuerzas para carecer de la vista de nuestro Dios y Señor.* Entonces, cual a inocente paloma, entre amorosos arrullos, se la oía hablar con el divino Esposo, diciéndole:

Estando ausente de Ti.
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero;
Que muero porque no muero.

La cierva sedienta.

La vehemencia de estos deseos iba ascendiendo de suerte, que, al cumplir Sor María los setenta y nueve años, no

dudó en comparar sus ansias a las del ciervo, según se lo comunicaba en otra carta a la citada Condesa. *Vea Vuestra Señoría*—la dice— *si es tiempo de desear salir de este destierro; siempre lo he deseado con veras de mi alma; pero hoy son mis ansias como las del ciervo sediento.* Y la que así se explicaba por escrito, con frecuencia se le escapaban de sus labios estas otras expresiones reveladoras de la sed ardentísima que la abrasaba:

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh, mi Dios! ¿Cuándo será
Cuando yo diga de vero:
Que muero porque no muero?

Mes y medio después, volvió a escribir a la misma Señora, y recordándola ciertas noticias desagradables que de ella recibiera, la exhorta a vivir bien asida a Dios, porque de no hacerlo así expondríase a muchos desengaños, añadiendo luego: *Su Majestad nos dé su eficacísima gracia para conocer esta verdad, y nos lleve en paz a gozar de su hermosura.* Y no pudiendo ocultar las vehementes ansias que bullían en lo más profundo de su alma, la dice a renglón seguido: *¡Oh, Señora mía, y lo que se me dilata este destierro, cuando me veo de ochenta años, y ya que mal gastados, casi todos de religiosa, porque de diecisiete me recibió Nuestra Santa Madre! No sé qué piensa Dios hacer conmigo, y creo yo es esperarme, con singular misericordia suya, a que sea buena.*

Amorosas quejas.

Entrado el año 1640, último de su vida, fué acometida de gravísima enfermedad, alegrándose mucho de ella, porque se la figuró estaba ya muy próximo su desenlace; pero las monjas, que la amaban con la ternura de hijas, interponien-

do sus lágrimas y fervorosas oraciones con el Señor, alcanzáronla más vida para consuelo de todas, pues quisieran tener siempre delante de sus ojos este espejo de santidad, en el cual pudieran mirarse hasta la consumación de los siglos. La Sierva de Dios, muy entristecida de verse detenida, merced a las súplicas de las religiosas, quejábbase de ello a la mencionada Condesa en esta forma: *Hago saber a Vuestra Señoría, que me ha dado un accidente que me ha puesto muy a lo último de la vida; y cierto que yo digo, Señora de mi alma, que me son contrarias las oraciones de las Madres, porque cuando me pienso que estoy ya cerca, me hallo más acá, que creo no son de cuento las veces que, con sus oraciones, me han dejado acá.* Bien se trasluce este sentimiento en los ayes y lamentos que a solas decía de vez en cuando, percibiéndolos algunas monjas, y que están contenidos en esta coplilla:

El pez que del agua sale
 Aun de alivio no carece;
 A quien la muerte padece,
 Al fin la muerte le vale.
 ¿Qué muerte habrá que se iguale
 A mí vivir lastimero?
 Que muero porque no muero.

Sin la vista de su **Amor**, no puede vivir.

El 29 de Agosto de este año, Sor María contemplaba las virtudes de San Juan Bautista, el exacto cumplimiento de su alto ministerio de Precursor del Mesías y su martirio. En lo más elevado de esta contemplación, se le apareció Jesucristo y la preguntó: *María, ¿cuánto hace el que da la vida por mí?* A cuya pregunta respondió: *Nada, Señor, nada..... Pues yo sí—*replicó el Salvador— *Hago mucho en querer las vidas de mis amigos, porque tengo pocos y los hé menester para que me den otros; pero es tal mi amor, que acudo al deseo del que quiere gozarme, como lo hice con mi siervo Juan.* Al eco de

estas voces, María se evaporaba en ansias de gozar de Dios de tal suerte, que, al no mediar un milagro, se la hubiera deshecho el corazón, según ella misma dijo a la enfermera que la asistía. Como ésta la manifestase que haría especial oración para que el Señor la dejara aquí, derramaudo lágrimas la contestó: *Hija, no me pidas más vida, porque ya sería imposible tenerla, sin la vista de mi Amor; como ciervo sediento le desea mi alma.* Desde aquel momento, durante los últimos quince días que vivió en este mundo, al ímpetu de sus deseos repetía con ternura:

Sácame de aquesta muerte,
 Mi Dios, y dame la vida;
 No me tengas impedida
 En este lazo tan fuerte:
 Mira que muero por verte
 Y vivir sin Tí no puedo;
 Que muero porque no muero.



Capítulo XVI.

CARIDAD TEOLÓGICA DE LA SIERVA DE DIOS

¿Qué es caridad?

La caridad es una virtud infusa con la cual amamos a Dios por sí mismo sobre todas las cosas, y al prójimo, como a nosotros mismos por amor de Dios; ambos amores de Dios y del prójimo forman una sola virtud y un sólo precepto: la caridad.

La caridad se dice heroica, cuando es mayor el incendio de este fuego divino, el cual se echa de ver en el modo de practicar las otras virtudes, porque la caridad es la forma de todas ellas, y la que dirige los actos de todas y cada una, al último fin, al sumo bien.

Sor María amó a Dios con amor intensísimo.

De la caridad de la venerable Madre, ha escrito la Madre María Evangelista en su relación, lo siguiente: *Tuvo ardientes y eficaces ansias de amar a Dios con toda perfección, sin límites ni intervalo, y estas ansias la sacaban de sí.*

A juzgar por el sentido de estas palabras, María de Jesús amaba a Dios, no sólo por deber, sino también por su propio gusto y propensión; le amaba con preferencia a todas las criaturas; abrasada en caridad divina; le amaba tiernamente, con los arranques de un corazón purificado de afectos terrenos, sin que jamás se extinguiese en su alma la suavidad, la

ternura y la más fina sensibilidad; le amaba pura y desinteresadamente, gozando a la par de sus dones, y estimándole más que a los mismos dones; le amaba sin reserva, sin división, sin medida, sin interrupción; le amaba con toda la extensión de su entendimiento, con toda la anchura de su corazón, con todas las fuerzas de su alma. Demostración evidente de este amor fué

Su continua presencia de Dios.

Si amar a Dios, es pensar en Él; si pensar en Dios, es tener su recuerdo permanente en nuestra memoria, o mejor en nuestro corazón; si tener a Dios en la memoria y en el corazón, es andar en su presencia, Sor María de Jesús afirmó, obligada por la santa obediencia, que, desde el instante feliz de su milagroso llamamiento al estado religioso, jamás perdió de vista a Dios. Se consideraba circundada de Dios, como rodeada de la luz durante el día; mirábase metida dentro de la inmensidad de Dios, y toda compenetrada de Él sin formar parte de su esencia, como la esponja cuando está empapada de agua; doquiera iba, veíale a su lado siguiéndola sus pasos.

Nada la apartó de esta amorosa presencia—escribe la Madre Beatriz de San José en su relación—*ni los quehaceres ordinarios de la Comunidad, ni las distracciones anejas al desempeño de los oficios de sacristana, tornera y otros que le dieron, ni la multitud de cartas que la era forzoso escribir a diferentes personas que se honraban con su dirección, o la consultaban de varias ciudades, ni las frecuentes visitas de personas que acudían a encomendarla sus necesidades, ni la infinidad de asuntos que pesaban sobre ella, siendo Priora.* A semejanza de los ángeles custodios que, ora nos protejan, ora nos iluminen, ora nos guíen al cielo, *semper vident Paciem Patris*, siempre contemplan la faz del Padre celestial, nuestra María de Jesús, a pesar de tantas ocupaciones, siempre tuvo a Dios presente, y tan segura vivía de esta

presencia y de la asistencia divina, que decía muchas veces: *Aunque Dios suele ausentarse de algunos largo tiempo, de mí, no, pues la vehemencia de mi amor no es capaz de ausencias, porque si las tuviese, sin duda perdería mil vidas a manos de la eficacia de mi mismo amor.* Y es digno de advertirse, que hablaba de esta posesión graciosa con tanta certeza, como si fuera deuda de justicia.

No hablaba sino de Dios.

Amar a Dios, es hablar de Él; he aquí otra demostración del amor divino de nuestra venerable virgen. Siempre cuidó mucho de guardar silencio, y, cuando hablaba, sus palabras eran centellas del fuego que ardía en su corazón, con las cuales ilustraba el entendimiento y encendía los corazones en amor de Dios, como lo asegura Catalina de la Concepción de esta manera: *Pegaba fuego celestial a quien la trataba, y siempre su conversación era tratar de Dios. Esta conversación añade Beatriz de San José—era tan excelente y persuasiva, que robaba los corazones de cuantos la trataban, y los abrasaba en el fuego del divino amor. Nadie la habló una sola vez, que no mudara de vida y costumbres, y era cosa ya sabida, que los convertidos por ella no habían de volver atrás en el camino comenzado, ni entibiarse en la virtud, ni a Dios se le fueron de las manos; lo cual es un gran testimonio de la eficacia de sus palabras.* Las tres veces que fué Priora, estimulaba a las religiosas a demostrar su amor a Dios, más con obras que con palabras, diciéndoles en sus pláticas: *Hijas, el amor de nuestro Esposo, ha de estar en nosotros obrando de manera que anhelando siempre este amor, estéis mostrando siempre en las obras lo que anheláis; digannos estas obras y lo heroico de ellas si tenéis amor.*

Tan embriagada vivía del divino amor, que sólo ansiaba ocuparse de hablar de las grandezas de Dios, como lo revela en una carta que dirigió a la Condesa de Arcos, en la cual se leen estas frases: *Sírvase Nuestro Señor con todo, y Él*

ordene que mis ojos vean a Vuestra Señoría antes que me muera, que yo sé nos holgaremos las dos de que un día nos dejaran a solas y sin priesas; que no nos faltará que tratar, que mil cosas de gusto se quedaron la vez pasada, que sé yo se le diera a Vuestra Señoría y mucho consuelo; mas otro día querrá Nuestro Señor hacerme a mí esta merced de que yo la vea, y nos demos una muy buena hartada en hablar de Nuestro Señor. De igual manera se expresaba en las cartas escritas a D.^a Andrea de Briones, a la Condesa de Paredes, a D. Luis Herrera y a otras personas.

Evita cuanto puede desagradar a Dios.

Si amar a Dios es evitar cuanto puede desagradarle, nadie como sus amigos huyen de ofenderle con pecados graves y de cometer imperfecciones, se abstienen de satisfacer sus apetitos, en una palabra, evitan cuanto puede disgustarle.

¡Desagradar a Dios!... ¡Estar enemistada con Dios!... Estos pensamientos extremeóian a nuestra María desde su niñez y la traían siempre solícita de evitar las ocasiones de incurrir en la culpa. Cualquier trabajo o sufrimiento, por extremado que fuera, lo llevaba en paciencia; pero cuando el enemigo infernal la tentaba con la idea de hallarse en pecado, como se trataba del mayor de los males y trabajos del mundo, cuantas veces le asaltaba este pensamiento, causábala tal horror y desasosiego, que no podía descansar ni de día ni de noche. Su amor entonces la hacía prorrumpir en tristes endechas dirigidas a su Dios y llorar continuamente, sin que ningún consuelo humano pudiera mitigar su pena hasta que el mismo Dios, complacido del amor de su sierva, se le aparecía asegurándola *que en medio de aquel torbellino estaba a su lado, que era su amiga por la gracia santificante.* Si el buen Jesús no la confortara con estas palabras y su divina presencia visible, o la de su Madre Santísima en trances tan apurados, ciertamente hubiese muerto a los fuertes golpes de la pena, en muchas ocasiones, según refirió ella misma a varias monjas de su mayor confianza.

Y no sólo detestaba las ofensas graves contra la bondad infinita, sino que procuraba en todos y cada uno de sus actos evitar la más mínima imperfección. Esta solicitud subía de punto cuando más arreciaba la lluvia de arideces, desamparos, escrúpulos y temores que el Señor la enviaba, e igualmente cuando la persecución de criaturas empezó a cebarse en ella con toda su furia, asegurándonos: *que nunca, ni aun en tiempos de regalos celestiales, vivió tan atenta a no cometer fallas, como en éstos de tribulación.*

Las ingratitudes de los hombres contra Dios afligenla mucho.

María de Jesús hallábase connaturalizada con la detestación de todo pecado, no sólo propio, sino ajeno; las ofensas hechas a su Dios, la causaban tal sentimiento que, al oirlas referir, deshacía en amargo llanto. Estando una vez a las rejas del locutorio hablando de cosas de Dios con cierto religioso, éste la dijo: *Madre mía, sepa Vuestra Reverencia que de las veinte partes de habitantes del orbe, ni siquiera una entera es de católicos.* Esta noticia, cual espada de dos filos, traspasó su alma, produciéndole tanto dolor, que en el mismo instante la dió un accidente mortal, originado sin duda de ver cuán pocos amaban a Dios, como ella misma lo confesaba, derramando lágrimas al decir entre los ahogos de aquel accidente: *¿Es posible, Señor mío, que tengáis tan pocos amigos, mereciendo tener tantos?... ¿Es posible, Señor, que siendo Vos el Sumo Bien, haya uno que deje de amaros?...*

En otra ocasión, oyendo referir el sacrílego desacato cometido por unos herejes contra las venerandas imágenes de Jesucristo y de María Santísima, se turbó de tal manera, que la causó una enfermedad gravísima. Y en prueba de que ésta sólo era efecto de su grande amor de Dios, todos aquellos días no hacía más que llorar y exclamar con encendidos afectos: *¿Cómo haría yo, Señor, que fuese vengada esta injuria, con el remedio de estos ofensores y redimidos vuestros?...* *¿Cómo, Señor, cómo podré conseguirlo?...* Deseaba el castigo

de tan grande alevosía; pero un castigo saludable a la vez para provecho de los mismos delincuentes, pues no quería su muerte, sino su conversión y su vida de desagravios y expiación. En vista del sentimiento que la causaban referencias de este género, las religiosas no se atrevían a tratar de tales asuntos en su presencia, porque temían se les muriera a violencia de su amor lastimado de ver los ultrajes que se hacían a su amorosísimo Jesús.

Y si los agravios hechos a la imagen de su divino Esposo, la producían desmayos y enfermedades gravísimas, ¿qué pena no la causarían las ofensas hechas a la misma persona de Cristo, mientras vivió en la tierra, por las cuales hubo de someterse a inauditos tormentos? Ciertamente, que en las Cuaremas y Semana Santa, cuando la Iglesia representa al vivo, por medio de la fe, los padecimientos del Salvador y su causa, Sor María no cesaba de llorar y mostrar su compasión y tristeza, viendo a Jesús destrozado por los pecados de los hombres.

Esta suma aflicción solía reducirla a las puertas de la muerte; y el Domingo de Ramos de 1623 hubiera fallecido, si el Señor no hubiera acudido a sostener a su amada esposa, trocando su pena en gozo, al decirle: *Mi pasión no sólo ha sido rescate de la humanidad, sino medicina; pues muriendo por vuestros delitos he resucitado para vuestra justificación.* Al eco de estas voces el corazón de Sor María se inundó en un mar de alegría, cuyas oleadas bañaban su rostro, sin poder ocultarlas, lo cual dió motivo a que las religiosas admiradas de tanto gozo en día de Ramos, la preguntasen la causa, entonces les respondió: *Hijas, ya no puede padecer mi Señor Jesucristo. Pues Madre—la replicaron—¿por qué lo dice Vuestra Reverencia? Hijas—contestó—confieso que entendí acabar hoy mi vida, traspasada de los dolores de mi buen Jesús, de sus afrentas, de lo que este Señor mío padeció por nuestro amor; y creo que su Majestad acudiendo a mi flaqueza, me ha consolado de suerte que ha dado un lleno grande a mi corazón, y de traspasado de dolor, está ahora lleno de*

alegría. Ví a Cristo en su gloria, ví el fruto de sus afrentas y de su muerte en sus bienaventurados, al tiempo que la Prelada dió el golpe con la cruz en la procesión, e instantáneamente me manifestó este Señor el fruto de su pasión en un incontable número de almas bienaventuradas; en aquel momento conocí a las que habían sido mis amigas y los grados de gloria de cada una, y a mi Señor Jesucristo en su trono, siendo gloria de sus redimidos.

Destruye los pecados en el prójimo.

Sor María no se concretaba a lamentarse de los pecados ajenos, sino que hizo cuanto pudo para destruirlos y evitar fuese injuriado el Señor, como lo demuestran varios casos. Un día hablando las religiosas en la recreación de cierto caballero que había fallecido bien asistido de médicos y clérigos, una de ellas atrevióse a replicar a las demás: *Pues vean, hermanas; ese señor asesinó a otro, y ahora él ha venido a morir de la misma muerte y en la misma cama del asesinado.* Pronto penetró nuestra María que estas palabras eran una interpretación muy atrevida de los juicios de Dios; e inflamada de santo celo, interrumpió la conversación, rebatiendo a la monja con razones tan justas y convincentes, para que en lo sucesivo no se mezclara en los juicios divinos, como si argumentara contra un hereje.

Otra vez, ilustrada por Dios, llamó a D. Alonso Pérez de las Cuentas y le exhortó a no salir de casa aquella noche, como lo tenía ya concertado con otro amigo suyo, a fin de evitar la muerte del cuerpo y la condenación del alma. Don Alonso la contestó que estaba equivocada, pues no tenía pensamiento semejante. A lo cual Sor María respondió: *No estoy equivocada; sé perfectamente que Vuestra Merced está decidido a ir esta noche con un amigo a cierta casa de perdición, donde morirán ambos en pecado, si no atiende a mi llamamiento.*

Reconociendo D. Alonso que la venerable virgen había

penetrado sus intenciones, desistió del propósito formado de acompañar a su amigo a la casa de mala vida; y aunque el amigo aquella tarde le recordó tal intento, se excusó diciéndole que no era conveniente salir aquella noche. El compañero, atribuyendo a cobardía la respuesta de D. Alonso, bur-lábase de él; mas entonces hubo de descubrirle cuanto por la mañana le dijera Sor María de Jesús. Contra su voluntad desistió también el amigo; y hé aquí que, al día siguiente por la mañana, ambos supieron con toda evidencia que, en la misma casa donde intentaban haber pernoctado, los esperaban cuatro hombres armados de arcabuces y alabardas para asesinarlos. De este modo Sor María logró destruir los malhadados propósitos de unos y otros, tan desagradables a Dios.

Su transformación mística.

El amor—dice Santo Tomás—mueve a la unión no sólo afectiva, sino real; por eso el alma, enardecida en santo amor, necesita transformarse en su divino Esposo: quiere poseerle y sentirle unido y presente. Si Dios se digna satisfacer sus ardientes deseos, inteligencia y voluntad únense a Él por elevada contemplación y deleitoso amor. Esta unión es la más íntima, la más perfecta que puede existir en la tierra, tanto que los teólogos místicos la llaman matrimonio espiritual, porque el amor de Dios al alma y del alma a Dios—añade el Angélico Doctor—excede al recíproco amor entre esposo y esposa, cuanto la realidad excede al signo que la representa: es un gran sacramento entre Dios y el alma.

¿Cómo se verifica esta unión perfecta o matrimonio espiritual? Diremos con Santa Teresa que Dios viene al centro del alma, la junta consigo, la abraza y le da el beso de paz. El alma entonces siente una presencia especial y supereminente de Dios, que excede a toda expresión: se ve llena de Dios, no ya como un pez en el Océano, o como un pájaro en su elemento, sino también penetrada de Dios

hasta lo último de su esencia, como el hierro del fuego, y el aire de los rayos del sol. El contacto real y físico de la divinidad la causa inexplicable gozo: únese, por su parte, a Dios con todas sus fuerzas, le abraza con todo su corazón, y hace lo que puede por tenerle siempre presente. El alma aquí no cambia de naturaleza; mas está toda abrasada, iluminada, henchida y compenetrada del mismo Dios. Ha adquirido una vida nueva, un nuevo modo de ser se ha verificado por esta unión de transformación.

No cabe la menor duda que Sor María se transformó en Cristo por medio del matrimonio espiritual. Cómo se realizara esta divina unión, nos lo dejó escrito ella misma en un papel que entregó al venerable Padre Miguel de la Fuente, Carmelita Calzado. Un día, en visión imaginaria, vió a Jesucristo que la daba cabida en su corazón deífico, del cual brotaba un torrente de gracias que, en forma de cascada, caía sobre ella. Después, asiéndola de las manos, la acercó hacia sí, y, con su omnipotente diestra, la colocó en el dedo corazón un anillo adornado con tres piedras preciosas: una blanca, otra verde y la tercera de un color rojo muy encendido. Luego, entreabriendo sus divinos labios, oyó que la decía: *Ya quiero hacerte esposa mía, y que dejes de querer criaturas, y que cuides de Mí; y quiero hacerte reina, si perseveras y te dispones.*

Al eco de estas palabras tan eficaces y operatorias como el *fiat* imperioso de la creación, Sor María fué hecha esposa de Cristo, sintióse compenetrada de la divinidad, henchida de luz, e indecible gozo, en su corazón experimentó una vida nueva, ya empezaba a vivir con la misma vida del *Verbo hecho carne*, porque en esta maravillosa unión de transformación se la imprimió la semejanza del divino Esposo de tal suerte, que desde aquel instante, María quedó Cristificada; era, en una palabra, otro Jesucristo por participación.

Efectos de su transformación.

¿Cuáles son los efectos característicos del matrimonio

místico de Sor María con Jesucristo? El primero fué mirar con gran solicitud por los intereses y la honra de Cristo, atendiendo a las almas redimidas con su preciosísima sangre de un modo tan supereminente, que solía decir a las monjas: *Hijas, supuesta la transformación en Cristo, no tenemos para qué ocuparnos de nuestras almas, pues en virtud de este trueque divino, le incumbe a su Majestad el atenderlas; mas por nuestra cuenta corre atender a las de sus redimidos, que son nuestras, en virtud de nuestro desposorio con Él, y de ellas hemos de cuidar; y como las nuestras ya no son nuestras, sino de Cristo, por su cuenta corren.*

Jesucristo solícito de la salud de Sor María.

Sor María, por estar atenta al Amado de su alma, pasaba los días sin tomar apenas alimento y velando las noches enteras en alta contemplación, hasta que el Bondadosísimo Jesús, compadecido de esta su amada esposa y queriendo conservar le la vida que el fuego del amor consumía precipitadamente, se le apareció hermosísimo sobre todo encarecimiento, para instruir la acerca de lo que debía de hacer, diciéndola: *María, da a la naturaleza lo que ella pide de derecho, pues no me desagrado de que la des lo necesario; antes bien, me es agradable sacrificio, cuando va acompañando de las circunstancias que exige el amor y la prudencia religiosa. Duerme; y cuando duermas, que vele tu corazón, diciendo tú: Yo duermo, y mi corazón vela. Tu corazón soy Yo mismo; Yo hago, y haré en tu alma, lo que el corazón hace en el cuerpo que le da aliento y vida; este aliento, velando Yo, es para que vele tu amor y produzca en tí afectos de vida eterna, vida que te alcanzará mi Humanidad Santísima, imitándome tú.*

Agradece las obras hechas por Jesucristo.

Desde que Sor María se transformó en Jesucristo, repeti-

das veces prorrumplía en actos de agradecimientos, al ver las obras buenas que se hacían por su divino Esposo. Cuando veía a cualquier religiosa practicar algún acto extraordinario de virtud, o muy adelantada en el camino de la perfección, como si esto redundara en su propio honor, expresá-bala su gratitud suma, exclamando: *Hija, mucho le agradezco eso bueno y santo que hace; Dios se lo pague.*

Más efectos de su transformación.

Efecto de su transformación mística fué no haber hallado dificultad en sus acciones internas ni externas. Como la ejecución de los actos exteriores lo dejaba en manos de Cristo, se quedaba siempre tranquila y segura de que Él allanaría todos los obstáculos. Y respecto de los actos internos, si la rodeaban persecuciones, apenas tuvo alguna en la cual no viese junto a sí al Salvador, alentándola de esta manera: *Hija, ¿quién era Yo, y cuántos trabajos no padecí?* Si envolvían su entendimiento de esas tinieblas, aparecíasele cariñoso y la hablaba de esta forma: *Hija, ¿quién era Yo en los ojos de mi Eterno Padre, y sin embargo me abandonó en la Cruz?* Si padecía desamparos de las criaturas, la decía: *Hija, también a mí me desampararon mis amigos.* Con estas locuciones, Sor María quedaba inundada de gozo y fortaleza para emprender cualesquier obra por dificultosa que fuese.

Efecto de su íntima y perfecta unión con Jesucristo, fué la paz de espíritu de que disfrutó. La guerra interior procede de la soberbia y desasosiego de las pasiones; pero en nuestra María todas quedaron pulverizadas, al tomar posesión de ella el amor divino, todas se refundieron en el amor a Cristo. Por eso precisamente, nada la perturbaba, ni aun sus mismos deseos y elevadas aspiraciones; pues como sólo deseaba y amaba con el mismo amor y deseo de su dulcísimo Jesús, y tenía como propia suya la honra y gloria divina, no la quedaba rastro de duda que aspiraba a lo más perfecto, anhelaba lo más santo.

Otro efecto fué también su conformidad con la voluntad de Dios en todos los sucesos y vicisitudes de la vida. Prueba de esta conformidad son las palabras que dirigía al Señor cuando le pedía alguna cosa, bien fuera para sí, bien para otros. *Señor—le decía—esto pido; pero, ante todo, hágase tu voluntad, aunque sea a costa de no verte, que es cuanto te puedo dar y ofrecer.* Deseando algunas veces tratar con personas virtuosas para edificarse con sus buenos ejemplos, y encontrando algunas dificultades para lograrlo, expresábase de esta manera: *Cúmplase la voluntad divina. Muy bien lo siente mi natural; pero la voluntad está muy rendida a las divinas disposiciones, y no tengo yo de querer otra cosa, mas de que se haga en mí la divina voluntad en tiempo y en eternidad.* Una vez pidiendo al Señor la sacara de este destierro para ir a contemplarle en el cielo, la contestó su divina Majestad: *María, tú me pides verte desatada del cuerpo; sabe que aún no es tiempo, porque, si hasta aquí viviste para tí, ahora has de vivir para otros; para tu descanso una eternidad te queda.* Sor María, arrebatada en un transporte del amor más puro y desinteresado le dijo: *Señor, si es voluntad vuestra que yo viva y me emplee en otra cosa que en verte por toda la eternidad, dejaré de verte, que es lo más que puedo dejar, por hacer en eso tu gusto.* A este extremo llega Sor María; renuncia generosamente a la visión beatífica, y cifra toda su gloria en cumplir la voluntad de Dios en aquello que la exige, aunque dure eternamente.



Capítulo XVII.

CARIDAD DE LA SIERYA DE PIOS CON EL PRÓJIMO

Definición de la caridad fraterna.

La caridad fraterna es una virtud por medio de la cual amamos al prójimo como a nosotros mismos, por amor de Dios. Esta caridad no es virtud distinta de la caridad divina, las dos—dice Santo Tomás—no constituyen más que una sola. Su objeto es Dios y el prójimo; éste es el secundario, aquél es el principal y final. Bien pudiera decirse que la caridad fraterna es una rama que brota del árbol de la caridad divina; por consiguiente, si alguien dijere que ama a Dios y al mismo tiempo odia al prójimo, ese no dice la verdad; en una palabra, el amor de Dios y del prójimo son uno mismo e inseparables.

¿Cuándo es heroica la caridad hacia el prójimo?

La caridad fraterna es heroica, cuando se ama al prójimo pura, verdadera, desinteresada y solícitamente de pensamiento, de palabra y de obra, lo cual es propio de los que han llegado a un estado de unión perfecta. Estos aman al prójimo con el pensamiento, juzgando bien de él, interpretando en un buen sentido sus acciones, excusándole siempre y orando por él. Le aman de palabra, alabándole en presencia de otros, defendiéndole de las invectivas que le dirijen los murmuradores, cuando sacan a relucir los defectos que

han notado en él. Le aman de obra, ayudándole fielmente en sus necesidades, ya con recursos pecuniarios, ya con consejos, ya con obras, hasta exponer la salud y aun la vida por él.

Caridad heroica de Sor María con el prójimo.

El amor de Sor María a sus semejantes, fué un amor verdaderamente divino, pues los amaba con el mismo amor que Jesucristo profesa a las criaturas, no por identidad física, sino por deificación mística, toda vez que, según su confesor, el Reverendo Padre Acosta, *se la infundió aquel amor con que el Verbo eterno se hizo hombre y murió en la Cruz.* La Madre María Evangelista, tratando de la caridad de la venerable virgen hacia el prójimo, la recopila en estos términos: *A los prójimos amaba mucho, y por el bien de sus almas se ofrecía a padecer grandes trabajos y enfermedades; oraba continuamente por los buenos temporales, por el remedio de los pobres, a quienes siempre procuró hacer bien y remediar, procurando limosnas y oraciones para ellos, y por las almas del purgatorio, por quienes también se ofrecía, y ellas venían a pedirle socorro; esto fué muy continuo toda la vida.* Según esto, en el corazón de Sor María cabían todas las gentes; el calor de su caridad extendíase a los de este mundo y a los del otro; era un amor sin límites, elevado hasta la meta del heroísmo, como iremos viendo.

Amor a sus amigos.

Cuando dos almas que marchan hacia Dios se encuentran la una con la otra en los caminos de la perfección, nace en ellas una mutua simpatía que tiende a unir las con los lazos de una santa amistad, y esto por dos razones: 1.^a, por la semejanza que existe entre una y otra, porque es una verdad psicológica que *similis simili gaudet*, el hombre se alegra de ver a otro semejante así. ¿Y qué mayor semejanza puede encontrarse que la de dos almas hermoeadas con la

divina gracia, que tienen los mismos deseos de santificarse, que emplean los mismos medios para conseguirlo, y tienden al mismo objeto, al mismo fin: dar gloria a Dios y obtener la misma bienaventuranza? El hijo que de verdad ama a sus padres, ama también a todos los que ve que les aman. Los santos, pues, que aman a Dios con el más grande y más verdadero amor que puede concebirse, tienen que amarse también entre sí.

La otra razón, por la cual brota esa simpatía entre dos almas que marchan por los caminos de la santidad, es porque, comunicando la una con la otra, se animan a vencer las asperezas del camino, se consuelan en las tristezas que muchas veces afligen el corazón, se aconsejan en las dudas, se alientan en los desmayos que con frecuencia las turban, se estimulan mutuamente con los buenos ejemplos que se dan, y se apoyan la una con la otra para subir con menos peligro por la pendiente del monte, en cuya cima se halla la perfecta santidad.

Como se ve, en esta simpatía, en esta amistad no hay nada terreno, no hay nada mundano, no hay nada carnal; todo es puro, todo es santo, todo es celestial y divino; y así era el amor que se tenían, el cariño y la amistad que se profesaban Sor María de Jesús y sus amigos. De ahí que trabajase incesantemente por el bien de sus almas, instruyéndoles en la virtud.

La Directora de espíritus.

Muchas personas, ávidas de la felicidad eterna, tuvieron el acierto de escoger por Directora de su espíritu a la Sierva de Dios, logrando con sus enseñanzas, en breve tiempo, elevarse a la cumbre de la perfección.

Entre ellas figura la ilustre y piadosísima Sra. D.^a Mariana de Mendoza, hija de los Condes de Orgaz y esposa de don Pedro Laso de la Vega, Conde de Arcos. Por el año 1585, conoció a María de Jesús en las Carmelitas de Cuerva, tuvo mil ocasiones de oírla tratar de Dios y, encantada de su

santidad, la encomendó la dirección de su alma y de todas sus cosas. A partir de aquella fecha, no pasaba mes en que la egregia señora no diera cuenta de conciencia a la venerable Madre y la refriese los favores que recibía del cielo. La Sierva de Dios, en sus cartas y conversaciones, la instruía en el ejercicio de la presencia de Dios, en la oración mental y en el modo de conducirse con la sociedad; la exhortaba a la paciencia en las enfermedades; moderaba sus penitencias; la estimulaba a la limosna con la idea de la recompensa eterna, y a la devoción de la Sagrada Eucaristía.

El Reverendo Padre Francisco de Acosta también participó del magisterio de la venerable virgen, cuya solicitud por el bien de su alma, la expone, en pocas palabras, de la manera siguiente: *No me perdía nunca de la memoria, tanto que, por donaire, solían decirla las religiosas que ya tenía más presencia de mí que de Dios. Tampoco me perdía de vista, mirando desde Toledo las acciones o pensamientos que yo tenía en Madrid, avisándomelo todo por cartas que hoy tengo en mi poder, y en algunas confiesa haber venido a mi celda, no ignorándolo yo por ciertos efectos que experimentaba. La causa de este amor y demostraciones, era el conocimiento que Dios la daba de la mucha necesidad que mi alma tenía de su desvelo y consejos.*

Otra señora, noble e hidalga, llamada D.^a Andrea de Briones, vivía en el mundo como si éste no existiera para ella. Su mayor gusto era vivir abstraída y ocupada en Dios, si bien no podía menos de alternar con las gentes, por estar casada. Siendo todavía muy joven acertó a visitar una vez a María de Jesús, de cuya visita salió prendada de las relevantes cualidades y virtud que mostraba en su conversación. Desde entonces la tomó por Madre y Maestra, descubriéndola con gran frecuencia cuanto pasaba en su alma. La Sierva de Dios la correspondía con saludables instrucciones por medio de las cuales llegó a un alto grado de unión con Dios, como se desprende de las cartas que la escribiera en el espacio de diez años.

A otras muchas personas dirigió nuestra María de Jesús por medio de cartas saturadas de sólida doctrina; pero el tiempo nos ha privado de tan hermosas epístolas que ahora nos darían gran luz en este asunto, y que hubieran sido de mucha utilidad para las almas.

Corrige los defectos ajenos.

La Sierva de Dios no sólo ayudaba a sus amigos con oportunas y saludables enseñanzas, sino que también procuraba corregirlos de sus defectos. Un Prelado, muy siervo de Dios, tenía un impedimento que, aunque de poca importancia, le era suficiente obstáculo para no progresar en la contemplación, la cual exige total desnudez de afectos humanos, abnegación de la propia voluntad y demás potencias interiores, mortificación de los sentidos externos y vacío de los asuntos mundanos. Ilustrada con luz celestial nuestra María acerca de este impedimento, instó a su divina Majestad con súplicas amorosas le concediese el vencimiento de aquella traba. El Señor le otorgó lo que pedía, inspirándola también el modo y orden de gobernar sus acciones, a fin de que fuera eficaz su perseverancia. Este plan le comunicó Sor María por escrito, animándole mucho a practicarlo con exactitud. El Prelado reconoció, en efecto, su imperfección, confesando ser cierto lo que se le advertía y ejecutando puntual lo que se le mandaba, demostrando así haberle Dios tocado al corazón por intercesión de su sierva.

De un religioso muy ajustado en sus acciones y muy estimado de Sor María, dijeron otros a su Prelado muchas cosas poco favorables a su reputación, con tanta apariencia de verdad, que al instante les dió entero crédito. Supo esto la venerable Madre, y acudiendo a su refugio único, la oración, la dieron luz de la inocencia de su amigo y orden para que de parte del mismo Dios lo avisase al Prelado. También la mandó su Majestad, dijese a dicho Superior, que para su alma y aun para su mismo cargo, le servía de no pequeño

embarazo la viveza de su carácter, que tratase de moderarle, porque no era conveniente se diera el Superior por entendido en todo. Con este aviso el Prelado averiguó mejor lo ocurrido, y halló no ser las cosas tal como se las habían pintado; y tuvo por gran verdad lo que en orden a sí y a su condición se le advertía, manifestando en la enmienda el aprecio de la corrección, la cual sirvió para aprovechamiento y contento de sus súbditos; si bien ninguno de ellos pudo nunca saber la causa y el motivo de dicha corrección.

Amor a sus enemigos.

Amad a vuestros enemigos, dice Jesucristo, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen y calumnian. Estas máximas nos manda guardar el divino Maestro con nuestros enemigos, a su imitación, puesto que El amó e hizo bien a sus verdugos, vertiendo su sangre divina por ellos y pidiendo a su Eterno Padre los perdonase, porque les había cegado la pasión para que no viesen al Mesías prometido, al Hijo de Dios en su Persona.

Como si esta doctrina se hubiera predicado únicamente a nuestra María, la puso en práctica con toda exactitud y de una manera que admira y la coloca en la cima del heroísmo. El corazón de esta virgen candidísima jamás guardó resentimiento hacia las personas que la molestaban, jamás las miró con malos ojos, ni se quejó de su avieso proceder con ella, ni les negó la palabra; antes al contrario, tratábalas con amabilidad, servíales con esmero y mostrábales sumo agrado. Además no permitía se hablara, en su presencia, de los agravios e injusticias cometidos contra ella, y aun reprendía las interpretaciones que las monjas se atrevían a dar a las intenciones de sus perseguidoras y del Provincial que tanto la mortificó; Sor María sólo tenía palabras de alabanza y agradecimiento para sus adversarios, porque los consideraba como instrumentos de los cuales se valía el divino Artífice para labrar el gran diamante de su propia alma.

Por otra parte, siempre tuvo sumo cuidado de rogar por sus enemigos, lo mismo cuando gozaban de salud, que en la enfermedad, tanto en sus prosperidades, como en las desgracias. No contenta con eso, desde muy joven adquirió la costumbre laudabilísima de ofrecer a Dios el mérito de cualquier mortificación que se le hacía, por aquellas mismas personas que se la proporcionaban. Pero de un modo especial lo practicó así todos los días, durante veinticuatro años que estuvo postergada, por el Reverendo Padre Alonso de Jesús María, quien, como se ha dicho, la depuso del oficio de Priora; asimismo, por aquellas religiosas que en todo la acechaban y la persiguieron seis lustros con calumnias harto molestas.

Su amor a los pecadores.

Sor María, desde niña, fué amantísima de los pecadores; por su conversión elevaba fervientes oraciones al Todopoderoso varias veces cada día. Su amor a esta obra predilecta del Salvador se aumentó, cuando Jesucristo la descubrió, en los albores de la vida religiosa, la fealdad abominable de las almas ennegrecidas con la mancha de la culpa, cómo las desmenuza el cuchillo de su mala conciencia, y su ensordecimiento a las voces e inspiraciones divinas, y su resistencia a las gracias y auxilios sobrenaturales, y con cuánta bondad y misericordia las miran sus divinos ojos, igual a la caridad con que nos ama a todos. Compadecida la venerable virgen del estado tan deplorable de esas almas despojadas de la gracia santificante, con el fin de arrebatárselas al demonio, a las oraciones añadía rigurosísimas penitencias.

En otras muchas ocasiones mostró Dios a esta su amada sierva abiertas las bocas del infierno, por las cuales vió entrar, en gran tropel, multitud de condenados, cuyo número excedía al de las arenas del mar y al de los copos de nieve que cubren la tierra en días de fuertes nevadas. Sor María, al ver malograda la sangre de Cristo en aquella infinidad de réprobos, deshacíase en vivas ansias de reemplazarlos con la

conversión de otros pecadores. Para ello no contenta con la oración y penitencia, ofrecíase generosamente a su divina Majestad a padecer todo cuanto le plugiera enviarla, por la salvación de las almas perdidas. Jesucristo aceptó la oferta de su fidelísima esposa dos veces, cargando sobre ella los tormentos que su divina justicia iba a descargar sobre dos personas obstinadas.

Padece por un caballero residente en la Corte.

Vivía en Madrid D. Alvaro de Acosta, hermano de los Reverendos Padres Francisco y Juan de Acosta, Religiosos Agustinos, como ya se ha indicado en otro lugar, completamente olvidado de las creencias religiosas y engolfado en los más repugnantes excesos de los placeres sensuales. Enterada Sor María de tamaño extravío, abrasada de santo celo y llena de confianza, postróse a los pies de Jesús Sacramentado, pidiéndole cortase los pasos criminales de este infeliz y le hiciera ver su eterna condenación. *Señor*—clamaba repetidas veces—*esto ha de remediarse, que yo para Vos le quiero.* A los clamores de la venerable Madre respondió el Señor: *Hija, si él quiere ser mi amigo, yo lo seré suyo.*

Poco después, supo que se hallaba enfermo y próximo a la muerte, y aún vió el lugar que se le tenía preparado en el infierno. Su corazón enternecido a la vista de aquel horrible espectáculo, clama de nuevo, vertiendo copiosas lágrimas de sentimiento: *Señor, ¡vida, dadle vida, para que tenga tiempo de morir! Como Vos seáis más glorificado, yo me ofrezco a padecer por él las penas que sus culpas merecen.* No satisfecha todavía, escribió al enfermo diciéndole tales cosas, que éste, apenas hubo leído la carta, deshecho en amargo llanto, pidió con urgencia un confesor a quien manifestar sus innumerables culpas, las cuales confesó con verdadera contrición, según lo estaba viendo Sor María desde su misma celda.

El noble caballero acababa de entrar en camino de salva-

ción, y la Siervade Dios, aquel mismo día, empezó a sufrir los tormentos que él había merecido por sus iniquidades. Sintióse atacada de intensos dolores, abrasada de ardentísima fiebre y plagada de espantosa erupción de granos supurantes que hicieron de todo su cuerpo una llaga, presentando a la vista a la imagen del Santo Job. Uníase a esto oscuridad interior tan terrible, cual nunca la había experimentado, amén de otras muchas tribulaciones que atormentaron su alma, creyendo todos sería imposible resistir veinticuatro horas, martirio tan extraño e inaudito. Los doctores y cirujanos, admirados de los fenómenos de esta enfermedad, no atinaban con la causa y medicinas para curar las llagas, confesando que los ardores de la calentura igualaban a los del fuego del purgatorio. Sin embargo, nuestra María no se quejó durante los tres meses que padeció estos tormentos, sufriendo con un valor verdaderamente sobrenatural y una paz envidiable.

Al cumplirse los tres meses, se le apareció Jesucristo agonizante y abandonado del Eterno Padre en el madero de la Cruz, diciéndola con sumo afecto: *Lo que has padecido sólo es una sombra de lo que había de sufrir el pecador por quien te ofreciste; yo he detenido la corriente de otras enfermedades mayores, para que no te zozobrasen, y puesto que has gustado en la pena algo de lo que es la culpa, instruye a Alvaro de Acosta y hazle ver cuán propicia le ha sido mi infinita misericordia; que tema mucho la recaída, que no obre conforme a las tendencias de su natural, porque le es enemigo muy contrario; tú ya estás sana.* Y, efectivamente, Sor María se halló con perfecta salud al pronunciar el Salvador estas palabras, y muy agradecida al beneficio de la conversión de su recomendado. En premio de su triunfo, este mismo día vinieron innumerables cortesanos del cielo a darla mil parabienes.

Padece por un Canónigo de Toledo.

El 23 de junio de 1640, atacado de aplopegía D. Gaspar

Carrillo, cantando vísperas solemnes de San Juan en la Catedral Primada de la cual era Canónigo, cayó al suelo sin sentido. Habiendo acudido los médicos en seguida, hicieron cuanto les fué posible para volverle en sí, aunque todo fué inútil; la muerte estaba muy próxima, lo sumo que pudiera vivir eran veinticuatro horas.

Tan pronto como llegó esta infausta noticia a oídos de Sor María, afligióse extraordinariamente, porque el desgraciado había llevado una vida de grandes escándalos públicos, y temía se condenase, si moría sin confesión. Llena de pena y de celo por la salvación de esta alma, se fué delante del Santísimo Sacramento, en cuya presencia estuvo toda la tarde, pidiendo le alargase la vida, siquiera hasta arrepentirse y confesar sus pecados, ofreciéndose a padecer todos los dolores y trabajos con que el Señor quisiera atormentarla hasta verle salvo.

El buen Jesús oyó sus ruegos, aceptó su oferta y la dijo: *Por tu oración le concedo ocho días de penitencia.* Y, en efecto, D. Gaspar volvió en sí al anochecer, y viendo sus enormes culpas, las confesó, las lloró, recibió los últimos Sacramentos, reparó sus escándalos y murió con gran edificación de la ciudad, el día 1.º de Julio.

Dos días después, su alma se apareció envuelta entre llamas a Sor María, suplicándola cumplierse la deuda contraída en favor suyo ante la divina Majestad. En aquel mismo instante, comenzó a sufrir por él, cubriéndosela todo el cuerpo de ampollas como las que levanta el fuego cuando alguien se quema con un hierro o ascua ardiendo. *Tenia—dice la Madre Ana de la Trinidad en su deposición—todo el cuerpo en carne viva y llagado, padecía excesivos dolores, con tanto fuego que, según decían los Doctores Juan Vázquez, Juan Rubio y el Cirujano Antonio Sanz, no era posible naturalmente haberse excitado en su cuerpo calor tan grande como el que sufría, si Dios no hubiese dado licencia al demonio para que la atormentase con el fuego del infierno; y no pudiendo estar en la cama, era preciso hecharla en el suelo, para*

tener algún alivio, cubierto su cuerpo con una sábana, porque se ardía viva.

En esta forma continuó padeciendo hasta el 16 de Agosto, en cuya fecha, vió a Jesucristo en figura de Pastor y le oyó estas palabras: *Yo vengo a socorrerte y librarte de los dolores que sufres por tu encomendado; como detuve las aguas del Mar Rojo, para que no anegasen a los hijos de Israel, así detengo ahora ese fuego abrasador que vienes padeciendo, para que no te consuma.* Habló el Salvador, e instantáneamente secáronse las llagas, desaparecieron los dolores y el fuego de la calentura; en una palabra, quedó perfectamente sana. En la Biografía extensa de la Sierva de Dios se trata de otros pecadores convertidos por ella, en este compendio no nos es dado alargarnos más.



Capítulo XVIII.

CARIDAD DE SOR MARÍA CON EL PRÓJIMO.

(Continuación)

Se conduele de los atribulados y los consuela.

La venerable virgen intensificó la actividad de su amor al prójimo en el vasto campo de las miserias de la humanidad. Desde la infancia, la compasión fué su compañera inseparable, crecía con su cuerpo, cifrando su felicidad en endulzar el tedio de los tristes enfermos, en consolar a los afligidos y en levantar los corazones caídos por el desaliento. Ella se entristece, llora y se aflige ante las desgracias, calamidades y tribulaciones de sus conocidos y bienhechores, cual tierna madre que siente las penas de sus queridos hijos.

Oigámosla cómo se lamenta de D.^a Andrea de Briones y su esposo, ápenados con un pleito en el cual tomaba parte el Rey de España, y cómo cicatriza las heridas de sus corazones, derramando sobre ellos el bálsamo del consuelo. *Mi señora de mi alma—la escribía—y mi amantísima hija de mi corazón, que es mi Jesús. Él me la tenga en el suyo divino, y le dé el consuelo que puede en ese trabajo tan grande que su Divina Majestad ha permitido le haya venido para prueba de su paciencia, y para darle los tesoros que nuestro Gran Rey y Señor tomó para sí; Él sea glorificado, que poderoso*

es para sacar a Vuestra Merced y al Señor Cristóbal Navarro de esa tribulación y pena en que están, y con mucha razón, que hay que mirarlo hoy mucho, según están los tiempos. Dios Nuestro Señor ha de mirar por sus raíces, pues su hacienda y cuanto tiene lo quiere para Él, y se sirva de que halle los papeles que dice Vuestra Merced desea aparezcan, y la libre de pleitos con el Rey. Yo quedo muy apenada de los de Vuestra Merced y los siento en el alma. Por amor de Dios y mío, que se aliente y no me tenga pena, que Dios ha de remediar y consolar a Vuestra Merced. (Carta a D.^a Andrea de Briones, sin fecha.)

Mirémosla cómo levanta de la postración y abatimiento a D.^a Inés Franco de León, agobiada con el peso de la tristeza que producía en su ánimo la muerte de una hija suya que en edad muy temprana voló a la gloria. *Señora mía*—la dice—*muy en el alma he sentido y siento sus trabajos, y así crea que, en la pena, la he acompañado en la muerte del ángel que se nos ha ido al cielo; no puede llamarse muerte la suya, sino principio de vida eterna, la cual gozará allá por todas las eternidades de Dios, y así no se puede dar pésame, sino pláceme de que tiene Vuestra Merced, Señora mía, una hija tan bien empleada, y que reina en el cielo, y desde allá la enviará mil bienes, pues se los negociará con Dios, y así suplico a Vuestra Merced se consuele y tenga mucha confianza.*

Su compasión hacia los enfermos.

Si la venerable Madre sentía fuertes emociones de pena, al oír los infortunios del prójimo, también se estremecía de angustia ante las enfermedades que los aquejaban. Ella quisiera entonces, si su estado se lo permitiese, asistirles por sí misma, aunque fueran seglares o residieran en otros Conventos, si eran religiosas, envidiando la suerte de las personas que podían ejercitar con ellos esta hermosa obra de caridad. Mas como esto no la era posible, proponía, con

sumo interés, los remedios que juzgaba eficaces para proporcionarles la salud, ofreciendo además a Dios, con este fin, oraciones, penitencias, obras de piedad, funciones de iglesia, su propia salud y aun la vida, como ella misma lo dice en sus cartas.

En una expresa el gran sentimiento que embarga su corazón, viendo a la Señora Condesa de Arcos enferma de gravedad. *Dios pague a Vuestra Merced*—le decía a su Secretario—*el escribirme cómo está mi Señora, que por ella daré yo la vida de muy buena gana. Dígame, si los médicos del Rey dan esperanzas de mejoría, o qué dicen, y háganle tomar unas píldoras que me dieron a mí hará un año, dándome la vida por puntos, de gran mal en el pecho, y tos, y no dormir, y con esto me aliviaba y dormía de noche. Dios pague a Vuestra Merced lo que la asiste y acompaña, que es obra de grande caridad; Dios me reciba a mí no hacerlo de día y de noche, que mil envidias le tengo de que acompaña a esa santa Señora, que es un serafín y una santa criatura a quien Dios nuestro Señor ama mucho.* (Carta a D. Luis Herrera, del mes de Diciembre de 1621, sin fecha.)

Penadísima—escribía a D.^a Andrea de Briones—*me tiene su mal de Vuestra Merced, y con muchas ansias salidas del alma, pido a Nuestro Señor, su amantísimo de Vuestra Merced, que me la dé salud y vida; y así le ofrezco muchas oraciones, y hoy tenemos comulgado por Vuestra Merced, y el ayuno, y disciplina será todo por mi D.^a Andrea, porque me conceda su salud, y me la saque de todas sus enfermedades curada; y le he suplicado que, pues es médico de tanta fama y tan sabio, vaya a curarme a mi querida D.^a Andrea; y también le he suplicado lleve consigo a mi Madre Santísima, para que sea su enfermera, y me la regale y cure, que yo sé lo hará de muy buena gana; yo también lo hiciera si pudiera estar me ahí con Vuestra Merced y servirla, sin dejar de ser monja Descalza, lo haría de muy buena gana, y ofrezco a mi Jesús el no poder hacerlo.*

En la citada carta a D.^a Inés Franco de León, se expresa

de esta manera: *Con hartas oraciones suplicamos y pedimos a nuestro Señor dé salud y vida a la señora D.^a Juana; Él nos oiga y no lastime más el corazón de Vuestra Merced, que el mio está lleno de dolor y pena, considerando la que Vuestra Merced tiene. Dios me reciba no poder acompañarla y ayudarla en tantos trabajos como padece; mas nuestro Señor le hace y hará conocer la continua asistencia a su corazón, que pues la atribula y fatiga, con Vuestra Merced está, que así lo dice San Bernardo: Señor, dadme tribulaciones, para que siempre estéis conmigo; y así como fué el camino de los santos el de la cruz, quiere Dios que también sea el de Vuestra Merced, y así se la dá, porque en todo sea más gloriosa su corona en el cielo, ganada por cruz y trabajos que todos se convertirán en gloria.* (Carta a D.^a Inés Franco de León, sin fecha.)

Auxilia a los moribundos.

Como la madre no se aparta de la cabecera de su hijo moribundo, ni el sacerdote celoso abandona al agonizante, hasta recoger su postrer suspiro, nuestra María no se separaba de la celda de las moribundas de su Monasterio.

Desde su profesión, ninguna religiosa pasó de este valle de lágrimas al otro mundo, de cuya muerte no la diera el Señor anticipado conocimiento, con todas sus circunstancias. Prevenida con esta noticia, en su visita a las enfermas de peligro, toda su conversación con ellas versaba acerca del desprecio de la vida temporal, de cuán poco vale, de la infinidad de miserias que la rodean, de los frecuentes e inminentes riesgos de perder a Dios que en ella existen.

Luego les hablaba de los bienes que trae consigo una santa muerte, de los deseos que el alma esposa de Cristo debe sentir de ver a su adorado Esposo ausente. Después de haberlas entrañado, no sólo en estos afectos, sino en vehementes ansias de morir, decíales: *Pues sepa, Hermana, que la vengo a avisar de parte de Nuestro Señor, que se ha llegado*

el plazo de sus deseos y el día en que ha de celebrar bodas con su divino Esposo; no hay que temer este trance, porque de su parte y en su nombre, la vengo a ofrecer muy eficaces auxilios. Además de ésto, asistíalas en todo, sin apartarse de su lecho hasta poner sus almas en las manos del Creador.

Hace el voto de ánimas.

El corazón tierno y compasivo de Sor María no podía permanecer insensible ante los atrocísimos tormentos que, con los ojos de su viva fe, veía padecer en el purgatorio a las almas redimidas con la sangre de Cristo, y por eso, les hizo donación voluntaria de todas las obras buenas que pudiese practicar, incluso las agonías de su muerte, hasta el último instante en que fuese capaz de merecer.

Cuando las monjas hablaban con la venerable Madre sobre este voto, solían argüirla, diciendo que era demasiado ceder todo el fruto de las obras piadosas; a cuyo argumento contestaba, repitiendo muchas veces con ternura: *Hijas, no os parezca mucho, porque aquellas almas son amigas de Dios, y este título es para mí el más poderoso motivo que puede haber en el mundo, para obligarme a que me desprenda de todo.*

Pide sufragios en favor de los difuntos.

No contenta con ofrecer sus propias obras y sufragios a las benditas almas del purgatorio, se los pedía también a las monjas, diciendoles llena de lástima: *Hermanas, socorran a estas almas, que son redimidas por su Esposo, que son amigas suyas para siempre.* Como esta petición la hiciera frecuentemente, una vez la replicó cierta religiosa: *Madre, si yo doy a Vuestra Reverencia los méritos que me pide, ¿qué será de mí cuando me muera?* Entonces Sor María, revestida de ardiente celo y santamente enojada, como jamás se la vió, contestó a la monja: *¡Váyase de aquí!... ¡Váyase de*

aquí!.... ¿Y se acuerda de sí misma, cuando padece un amigo de Dios? Luego advirtió a dicha religiosa en particular, que tratase de entrañarse más en la caridad hacia los difuntos.

El deseo de librar a millares de almas encerradas en aquella cárcel tenebrosa, la estimulaba a inculcar la misericordia para con ellas en las pláticas capitulares y en otras que hacía a toda la Comunidad mientras fué Priora, explicando con admirable doctrina y ejemplos, cuán agradable es a Dios el practicar especiales obras de piedad en favor de aquellas esposas suyas; y confirmaba sus explicaciones, diciéndoles repetidas veces: *¡Ay hijas mías!.... ¡Cuántas almas me han representado la grandeza del bien que alcanzaron, yendo a ver a Dios una hora antes por nuestras oraciones, durándole a cualquiera de ellas, toda la eternidad, el agradecimiento de este beneficio!....* Esta manifestación espontánea de la Sierva de Dios revela la multitud innumerable de almas rescatadas de aquel cautiverio, mediante el precio de sus valiosas oraciones y obras satisfactorias.

Padece por las almas del purgatorio.

La generosidad de la venerable Madre con las almas encarceladas en aquel lugar de expiación, no se reducía sólo a desprenderse de la parte satisfactoria de sus buenas obras, sino que aún se extendía a mucho más; porque sedienta de proporcionarles el gozar de Dios lo antes posible, ofrecíase a compartir las penas del mismo purgatorio con ellas, aun a costa de su propia salud, según lo demuestran los siguientes casos.

Sor Catalina de la Ascensión, aquella monja *tormento* de Sor María de Jesús, que, al fin, murió con las disposiciones de verdadera cristiana y buena religiosa, la noche siguiente de haber fallecido, se presentó su alma, envuelta en voraces llamas de fuego, a su benignísima Madre y Maestra, suplicándola continuase con ella la obra de su rescate, porque se hallaba sufriendo inauditos suplicios en el volcán del purgatorio, el cual se prolongaría seis días más.

Grandísimo fué el sentimiento de nuestra María a vista de las penas que affigían a su discípula; su corazón maternal, lastimado del tormento que aún la restaba, se arroja a los pies del Señor y le pide que divida esta pena, dándole a ella tres días de purgatorio, y otros tres a la pobre alma de su hija. Su divina Majestad accedió a la petición, y, desde aquel momento, una lluvia de fuego invisible la inundó todo el cuerpo que, sin consumirse, abrasábase de tal manera, que no sosegaba un instante; comunicaba sus ardores a la ropa y arrojaba oleadas de vapor, semejantes a las que despide un horno encendido, cuyo vapor sentían las religiosas, al acercarse a Sor María con el objeto de servirla o proporcionarla algún alivio.

Por otra parte, las angustias y ahogos interiores, la desolación y torturas de su espíritu no alcanza a explicarlas la lengua, ni la pluma; baste decir que, si no fuera por un milagro, hubiese acabado la vida con tanto sufrimiento.

También se le apareció otra alma, solicitando de su misericordia le aliviara sus penas o aminorase su duración, satisfaciendo por ella a la Majestad infinita cierto tiempo que la señaló. La venerable virgen comprometióse a pagar aquella deuda ajena, padeciendo desde aquel punto agudísimos e indecibles dolores en un brazo, con evidente peligro de amputársele, según decían los Médicos, porque en este miembro dispuso la Divina Providencia tuviera aquella otra alma el purgatorio que la restaba, purgatorio que duró más de dos meses.

Un mes después de haber muerto el Padre Maldonado, Prior de los Calzados de Madrid, se apareció un día a la Sierva de Dios y la dijo: *El Señor me envía a comunicarte que sufro horribles tormentos en el purgatorio, porque fui perseguidor acérrimo de vuestra Reforma y procuré la extinción de sus religiosos y conventos, el Señor ha dispuesto disminuir el tiempo de mi expiación, si tú me ayudas.* La venerable Madre, condolida de este Carmelita, prometió auxiliarle, ofreciéndose en el mismo instante a Dios para que

la diese participación en las penas que padecía esta alma. Aceptada la oferta por el divino Esposo, María de Jesús comenzó a sufrir, desde aquel momento, dolores de cabeza más intensos que los de jaqueca, los cuales apenas la dejaban rezar el oficio divino. Dos meses padeció de esta forma, hasta que de nuevo tuvo el consuelo de ver ya glorificada el alma de su cohermano, que no cesaba de expresarle su gratitud por el interés y heroísmo con que se había ofrecido a tomar parte de sus tormentos.

Socorre a los pobres.

Sor María profesaba un amor tierno y especial a los pobres, pues recordaba y veía en ellos la pobreza de Cristo; quisiera socorrerlos con abundancia, pero su estado de religiosa le ataba las manos y no la permitía dar rienda suelta a los inmensos deseos de su corazón generoso y compasivo.

Sin embargo, mientras desempeñó el oficio de tornera, autorizada por la Superiora, remediaba con largueza a los mendigos ya proveyéndoles de alimento con que saciar el hambre, ya dándoles ropas con que cubrir la desnudez de sus carnes; cuando ésto no la era posible, sentíalo vivamente, y consolábalos con saludables consejos.

Siendo Priora, en virtud de las facultades propias del cargo, prodigábales mayores limosnas, conforme a la situación económica del Convento, entonces más desahogada, debido a la amorosa Providencia de su divino Esposo. Además, interesábase frecuentemente por ellos con las personas pudientes, suplicándolas extendieran su mano caritativa hacia aquellos que les recomendaba; nadie se negaba a los ruegos de la venerable virgen, y por tanto, muchas familias sustentábanse con los recursos perennes que la Sierva de Dios les había proporcionado.

Capítulo XIX

PRUDENCIA DE LA SIESTA DE PADRE

¿Qué es prudencia?

La prudencia es una virtud cardinal que se aplica al juicio y poder de elección las cosas que conviene hacer y evitar, y la que...

Virtudes Cardinales.

La prudencia es la virtud que gobierna a todas las virtudes y determina obrar lo que conviene al bien de la persona y de la sociedad. Según el Doctor Santo Tomás de Aquino, Summa Theologiae, 2^a 2^aae, q. 47, art. 1^o. Ella gobierna a todas las virtudes y los principios de las acciones y juzga de los medios desde las acciones buenas. Ella es la que dirige los medios oportunos y convenientes a la consecución de todas las virtudes y de los fines de la vida humana, que es el bien racional de la persona y de la sociedad. Ella es la que gobierna a todas las virtudes y los principios de las acciones y juzga de los medios desde las acciones buenas. Ella es la que dirige los medios oportunos y convenientes a la consecución de todas las virtudes y de los fines de la vida humana, que es el bien racional de la persona y de la sociedad.

Prudencia busca el bien.

La prudencia gobierna a todas las virtudes y determina obrar lo que conviene al bien de la persona y de la sociedad. Según el Doctor Santo Tomás de Aquino, Summa Theologiae, 2^a 2^aae, q. 47, art. 1^o. Ella gobierna a todas las virtudes y los principios de las acciones y juzga de los medios desde las acciones buenas. Ella es la que dirige los medios oportunos y convenientes a la consecución de todas las virtudes y de los fines de la vida humana, que es el bien racional de la persona y de la sociedad.



Capítulo XIX

PRUDENCIA DE LA SIERVA DE DIOS.

¿Qué es prudencia?

La prudencia es una virtud cardinal que nos ayuda a conocer y poner en ejecución las cosas que debemos hacer y evitar; es la regla que gobierna nuestros actos, según la recta razón, si se trata de la prudencia adquirida, y según los principios de la fe, tratándose de la prudencia infusa.

La prudencia es heroica, cuando aconseja, juzga y manda rectamente obrar lo que conduce al buen fin de toda la vida, según dice el Doctor Santo Tomás de Aquino (*St. Thomas, 2.^a, 2, quest. 147, art. 13*). Ella suministra luz para conocer todos los principios comunes y juzgar de las circunstancias de las acciones buenas; ilustra, además, para elegir los medios oportunos y conducentes a la consecución del fin de todas las virtudes y deshechar los medios contrarios. De manera, que el objeto material de la prudencia son todas las acciones heroicas, el formal es la honestidad objetiva de la acción, y establece el medio entre el exceso y el defecto.

Prudencia heroica de Sor María.

La prudencia heroica de la Sierva de Dios, se echa de ver en el sumo cuidado con que procuró siempre tener delante de los ojos de su alma a Dios, como supremo fin de toda su

vida. No menos resalta en los medios eficaces que escogió para santificarse y conseguir la bienaventuranza.

El primer medio seleccionado fué, olvidar todo lo que había sido y poseído y no hablar nunca de ello, viviendo por ende, tan desasida de las grandezas y falso brillo del mundo, que todo lo que no era Dios, o lo desestimaba por poco, o lo miraba como nada.

El segundo medio fué, siguiendo el consejo de San Pablo: *Omnia in gloriam Dei facite*, hacer todas las cosas para gloria de Dios. De manera que, en virtud de este propósito, Sor María ofrecía diariamente a Dios un holocausto perfecto de sí misma; porque sus pensamientos, sus deseos, sus palabras, sus obras, sus trabajos, sus humillaciones, sus persecuciones, su salud, sus enfermedades, todo, absolutamente todo, lo consagraba al divino Dueño de su corazón, sin reservar nada para sí; aun aquellos sacrificios heroicos llevados a cabo con generosidad, en favor del prójimo, no tenían otro móvil que agradar a Dios. Y es digno de advertir, que Sor María no sólo hacía todas las cosas para mayor gloria de Dios, sino que practicaba aquello que sabía era de mayor agrado a su Divina Majestad.

La brújula de las obras de Sor María.

La prudencia de nuestra María era como la brújula de todas sus acciones, jamás procedió a la obra sin detenida y seria consideración, y sin buscar el consejo de personas prudentes y eminentes en ciencia y virtud. Hizolo así, cuando hubo de resolverse a tomar estado, consultando con el Reverendo Padre Antonio de Castro y otros Doctores de Molina. Asimismo, en todas las ocasiones graves u ordinarias que su oficio le obligaba a tomar resoluciones en negocios espirituales o temporales, acudía a quienes pudieran ilustrarla. Para esto, pues, se arreglaba siempre con sus confesores y rodeábase continuamente de una cadena de consejeros sapientísimos. Las cartas que escribió a su bendita Madre

Santa Teresa, revelan que la tomó por consejera de las cosas de su alma, volando con el auxilio de ella, en poco tiempo, a la cumbre de la perfección.

En busca de luces

Sor María, para hallar más acierto en sus resoluciones, nunca omitió el buscar luces en Dios, por medio de la santa oración. Antes de resolver los graves asuntos de su gobierno, antes de entrar en conferencias con sus novicias, antes de escoger por sí misma este o aquel Padre espiritual, todo lo trataba con Dios en la soledad del templo o de su celda. Allí buscaba esas razones seguras y firmes, con las cuales obtenía éxito feliz en todas las cosas, y allí, decía a sus novicias, que se quedaba el secreto de toda ciencia y de toda virtud.

La mejor norma de su gobierno.

La prudencia de la Sierva de Dios, en el gobierno de su Comunidad era *quasi flos* como la flor de sus mandatos y la quinta esencia de sus virtudes, pues todo lo dirigía con perfecta sabiduría y disciplina; cuando corregía a sus súbditas, hacíalo siempre con suma delicadeza, sin exasperarlas, con palabras amorosas y ponderativas de la excelencia del estado religioso y de los grandes daños que causa en las almas la tibieza, alcanzando así siempre, el progreso de todas en la observancia y la concordia.

La consejera de personas ilustres.

Innumerables personas, convencidas de la prudencia extraordinaria de la venerable virgen, la consultaban con mucha frecuencia y gran provecho suyo. Así lo hacía Santa Teresa, en la mayor parte de sus negocios, por lo cual la llamaba: *Mi Letradillo*. El Rey de España Felipe III fué varias veces a Toledo con el exclusivo objeto de consultar con

nuestra María los asuntos de su Reino, diciendo de ella, al salir de la consulta: *Nunca he hablado con mujer más entendida*. Y adviértase que el piadoso Monarca trataba con otros Siervos de Dios y esposas de Cristo muy santas, tales como Teresa de Jesús (Vela) y D.^a Marina de Escobar, entre otras muchas; sin embargo, en ninguna halló la sabiduría y el consejo que en nuestra María. Por eso dijo muy bien: *Nunca he hablado con mujer más entendida*.

Con ella consultaban ordinariamente los Eminentísimos Cardenales Quiroga y Zapata, Arzobispos de Toledo, el Beato Juan de Rivera, Patriarca y Arzobispo de Valencia, el Ilustrísimo D. Fr. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona y el Ilustrísimo D. Francisco de Mendoza, Obispo de Plasencia y Málaga.

A ella acudían buscando su consejo los Marqueses de Alba de Liste, los Marqueses de Malpica y los de Mora; los Condes de Orgaz, los de la Puebla de Montalbán, los de Arcos y los de Añover; las Marquesas de Povar y la de Bedmar; las Condesas de Alboajes y la de Paredes de Nava.

A ella recurrían a buscar solución en sus dudas el Doctor D. Bernardo Pérez de las Cuentas, Párroco ejemplarísimo de Santa Leocadia; el Doctor D. Francisco López Terán, Párroco muy virtuoso de San Miguel y después de la villa de Polán; el venerable Doctor D. Martín Ramírez y el Reverendísimo Padre Lorenzo Aponte, Clérigo Regular, hombres todos de gran nombradía en la Ciudad de Toledo. De su consejo se valían también los Generales de su Orden, las Preladas de su Convento y muchas Prioras de las Casas de Carmelitas Descalzas de España, como las venerables Ana de Jesús, Ana de San Agustín, Ana de San José, y Juana Evangelista.

Ópimos frutos de su consejo.

Todas las Novicias que la Sierva de Dios tuvo en su magisterio, debido a sus consejos sapientísimos, se distinguie-

ron por su recogimiento, intimidad con Dios, amor divino, humildad y sufrimiento; pero con un esmalte y excelencia, que revelaban bien la mano que las había labrado; muchas, por lo mismo, fueron destinadas a nuevas fundaciones, como Agueda de San José a la de Huete, Arenas, Loeches y Guadalajara; María de la Cruz e Inés de Jesús a la de Alcalá de Henares; Francisca de la Madre de Dios e Isabel de Jesús a la de Cuerva; Estefanía Evangelista y Mariana del Santísimo Sacramento a la de Ocaña; Cristina de la Cruz a la de Daimiel, y María de San Gabriel a la de Valencia.



Capítulo XX.

JUSTICIA DE LA SIERVA DE DIOS.

Concepto de la justicia.

La justicia es una virtud cardinal que nos inspira decidida y constante voluntad de dar a cada uno lo que le pertenece. Considerada la justicia como virtud general, las contiene todas; aquí la consideramos como virtud particular que regula nuestros deberes para con Dios y para con el prójimo. En tal concepto, dos clases hay de justicia: conmutativa y distributiva. La primera concierne a las relaciones entre particulares e inclina a satisfacer las mutuas obligaciones con perfecta igualdad; la segunda mira a las relaciones de la comunidad con los particulares, y distribuye los beneficios públicos conformes a los méritos de cada uno. Hay también una justicia llamada legal, que ordena al bien común lo que pertenece a los individuos.

Concretándonos a la justicia para con Dios, diremos que es verdadera, perfecta y heroica, cuando el hombre en todo lugar y en todo tiempo es fiel a Dios, en la guarda de los mandamientos y en la de sus votos; cuando pone tanto cuidado en cualquiera obra y tiempo, como si de él dependiese toda su salvación, y hace puramente por Dios todas las obras buenas sin otro respecto principal de favor y provecho temporal o eterno; cuando recibe con la debida gratitud cualquier don de Dios, y según su divina voluntad usa de él en todo tiempo y en todo lugar.

Justicia heroica de Sor María.

La Sierva de Dios cumplió con ejemplar exactitud todos sus deberes de cristiana y de religiosa para con Dios. Apenas tuvo uso de razón, aprendió a estimar los preceptos del decálogo, practicándolos, con gran solícitud y fervor, en tan tierna edad. Con los años crecía su aprecio a la ley divina, y con el aprecio el cuidado de guardarla con mayor perfección, tanto que no dudó en afirmar a sus confesores lo siguiente: *Yo soy, y he sido gran pecadora; pero, por la bondad y gracia de Dios y para gloria suya, no sé que jamás haya faltado al cumplimiento de su santa ley.*

Todos los confesores ordinarios y extraordinarios de nuestra María, después de escudriñar bien todas las acciones de su vida, cada uno fué diciéndolo, sobre este asunto, lo que había notado y averiguado en ella. El Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Fr. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona, confesor de Santa Teresa y de la misma Sor María de Jesús, dijo al Doctor Francisco López Terrán: *No he tratado, en mi vida, hombre o mujer que me haga tener más aprecio de la guarda de la ley divina, y persona tan ilustrada en el conocimiento de Dios como María de Jesús.*

El Reverendísimo Padre Fr. Maximiliano de San Andrés, General de los Jerónimos, confesó bastantes años a la Sierva de Dios y hablando de la limpieza de su alma se expresó así: *Desde que esta Madre tuvo uso de razón, hizo tal aprecio de Dios que, en premio, la conservó Su Majestad en la inocencia bautismal, y jamás hallé, en su conciencia, cosa que la agravase, más que aquellos días de galas, cuando sus abuelos trataron de casarla, con repugnancia suya.*

El Doctor Pedro de Roa, habiendo confesado largo tiempo a la venerable virgen, dijo de ella varias veces: *La candidez de su proceder fué tal, desde que apuntó en su alma la luz de la razón, que mereció la concediese el Señor dos grandes beneficios: uno haberla conservado en la inocencia bautismal; otro, en un altísimo conocimiento de Dios; y, a ese paso,*

la guarda de su divina ley, como si la menor ceremonia de ella fuera un precepto grave.

El Doctor Martín Ramírez de Zayas, que también la dirigió, solía llamarla: *Imitadora del aprecio con que Jesucristo amó la honra de su Eterno Padre y cumplió su ley*. De este aprecio de la ley divina y conocimiento de Dios, nació en su corazón una especial devoción a los Santos que, o hicieron tal aprecio, o tuvieron este conocimiento, y por tanto, fué devotísima de San Juan Evangelista por el conocimiento profundo que alcanzó de la Divinidad; lo fué asimismo de San Mateo, por el grande aprecio que hizo de seguir a Cristo, dejándolo todo con sólo mirarle el Salvador.

Respecto de las leyes de su Orden, fué tan amante de la observancia de las mismas, que por la menor ceremonia contenida en ellas daría la vida. Aunque estuviese enferma, no faltaba nunca a lo preceptuado en la Regla y Constituciones, a excepción de las temporadas que pasaba en la cama obligada de la gravedad de sus enfermedades. *Tan fiel era en este cumplimiento*—dice la Madre Beatriz de San José en su relación—*que le ha sucedido, acabada de sangrar, irse al coro con la Comunidad, y allí sollársele la sangre, sin que lo advirtiese*. En muchas ocasiones, compadecidas las Prioras de sus achaques y extremada debilidad, la rogaban no asistiese a maitines por la noche, ni a las cuatro horas por la mañana; mas ella, rehusando el alivio, les contestaba: *Dichosa yo, si muero alabando a mi Dios en el coro*. Otras veces, la eximían por completo de esta asistencia, y entonces, derramando lágrimas y con humildes súplicas, les decía: *Madres, déjenme asistir al coro, que es cierto me dá la vida*. Como se ve, el cuerpo de Sor María débil y pesado no podía con el yugo de la ley, pero su ánimo alentado con un valor sobrenatural y divino, le hacía andar ligero en el cumplimiento del deber.

La religión virtud aneja a la justicia.

Las virtudes anejas a la justicia son muchas: todas las que

regulan nuestros deberes para con Dios y para con el prójimo. La primera es la religión, virtud por medio de la cual se dá a Dios el debido culto de *latría*, a su Madre Santísima el de *hiperdulia*, y a los Santos el de *dulia*. La devoción es el primer acto de esta virtud, cuyos actos nos mueven a practicar con prontitud, esmero y asiduidad todas las cosas de Dios. La devoción es el alma de los ejercicios religiosos; sin ella no se progresa en virtud, o al menos, se adelanta muy poco. Cuando es perfecta, continua y perseverante en dichos ejercicios y en el modo de practicarlos se llama *heroica*. Digamos, pues, algo de la religión heroica de nuestra María.

Su devoción a los divinos misterios.

Del conocimiento altísimo que tenía de Dios y de todos sus atributos y perfecciones, le nacía una fiel y profunda veneración a los misterios del Señor, para cuyas festividades se disponía con mayor recogimiento, con especiales actos de mortificación y encendidísimos afectos; llegado el día, las celebraba meditando y representándose el misterio, como si entonces se realizara; tanto se embebía y entrañaba en su contemplación, que, si hablaba, había de ser de aquel misterio, y según el carácter o circunstancias de cada festividad, así eran los sentimientos de su corazón, sentimientos que transmitía a cuantos la trataban en tales ocasiones.

Sor María y el Niño Jesús.

Los misterios de la infancia del Salvador, la arrebataban con sus encantos; María sentía imponderable cariño hacia el Divino Infante, le profesaba tiernísima devoción, la cual se traducía en las obras hechas en su honor. Ella, al acercarse la fecha anual de su nacimiento, recordando el frío y la pobreza del portal de Belén, hacía con sus manos la cunita, calentaba los pañales y con ellos fajaba la imagen del Niño Jesús. En una ocasión le dieron un pañal menos caliente de

lo que su afecto deseaba, y, volviéndose entonces al tierno Jesús, le dijo arrasada en lágrimas de sentimiento: *Niño de mis ojos, si viviendo yo te tratan de esta manera, ¿qué será cuando yo me muera?*

El 24 de Diciembre, al cantar la Kalenda en el coro, henchíase de alegría e inflamábase en ansias amorosas de recibir al Niño recién nacido en la Sagrada Comunión. Próximo ya el instante de comulgar aquella noche, llegábase al comulgatorio fulgurando resplandores de su rostro. Complacidísimo Jesús de las ferventísimas disposiciones de su amada Esposa, corría los velos de las especies Sacramentales y dejábase ver de ella como niño; vez hubo que, no pudiendo contenerse y sin darse cuenta, exclamó gritando: *¿No le ven vivo.....? ¿No le ven vivo.....?*

No sólo en esta festividad se regocijaba su alma con Jesús Niño, sino en la de su Circuncisión, Epifanía, y Dulce Nombre, en las cuales recibía de Él extraordinarios favores, siendo tan levantados los últimos años de su vida, que no los podía explicar, ni decir nada, ni cabía en sí. También la regalaba Su Majestad, con otro favor especialísimo que ella llamaba: *El aguinaldo del Niño Jesús*. Este aguinaldo eran unas calenturas producidas, sin duda, por el fuego que el Niño Divino encendía en el corazón de su sierva, cuyos ardores abrasaban el cuerpo y alma durante estas Pascuas y dos meses más.

No paraban aquí las manifestaciones de su devoción; demostrábala con esmero de este otro modo. Tenía a su cuidado el vestir y adornar una imagen del Niño Divino, cuidado que practicaba con suma ternura, con gran delicadeza y primor en la confección y abundancia de vestidos, tanto que una vez la dijeron las religiosas: *Madre, muchos son los vestidos que tiene para su Niño*. Entonces volvióse a la sagrada imagen y exclamó: *Romped, Niño de mis ojos, romped, que mientras yo viviere, no os ha de faltar nada*. A este Niño llamaba *mi Parlerito*, por las constantes y familiares conversaciones que tenía con ella, refiriéndole hechos y

secretos de su divina infancia, agradeciéndola lo mucho que le honraba, e instruyéndola en el modo de alcanzar las virtudes, descubriéndola su Divinidad, y, por último, riéndose con ella y haciéndola tiernísimas caricias.

Sor María ante la Eucaristía.

Su devoción al augusto Sacramento del Altar, era una verdadera y santa locura. Sólo considerar que moraba en la casa del Señor y cerca del Sagrario, donde se oculta bajo las especies Sacramentales el Rey inmortal de los siglos, hacía saltar de gozo, y queriendo que las demás participaran de los mismos sentimientos, solía decirles frecuentemente: *Hijas, ¿Saben que vivimos de puertas adentro con el Santísimo Sacramento? ¿Que vivimos con Su Majestad debajo de un mismo techo? Si supieran los del estado religioso qué beneficio es éste, no les pareciera a ninguno cara la compra, aunque fuese a precio de lágrimas de sangre.*

El culto esplendoroso que tributaba al Amor de los amores, no cabe en ponderación. En su honor fundó, antes de profesar, una fiesta solemne y perpetua el jueves de la octava del Corpus, dotándola con 125 pesetas anuales de su hacienda.

Con licencia de los Superiores, estableció en la Comunidad la costumbre de exponer el Santísimo, a la pública veneración, todos los domingos y días festivos de precepto, desde las doce de la mañana hasta las seis de la tarde. También introdujo la celebración solemnísimas de toda la octava del Corpus, con Exposición, música y vestuarios en la Misa Mayor; y, por la tarde, expuesto Su Divina Majestad y cantados los Maitines, completaba la solemnidad con el Rosario, Sermón, Motetes y la Reserva. Mientras vivió Sor María, pudo conservarse este culto costeadado por sus muchas y buenas amistades; pero muerta ella, fué desapareciendo poco a poco.

Su asistencia ante Jesús Sacramentado, casi igualaba a la

de los Angeles que le hacen corte en el mismo Sagrario. Le visitaba con frecuencia durante el día, cuyas visitas eran ratos de cielo, en los cuales su corazón ardía entre llamas de amor a su Divino Esposo, y renovaba sus vehementes ansias de recibirle. Los días de fiesta, antes mencionados, apenas se exponía a Su Divina Majestad, se quedaba en el coro arrodillada e inmóvil ante el tabernáculo, con los ojos clavados a la Sagrada Hostia; en esta actitud permanecía, desde las doce que las religiosas salían del recreo, hasta que se reservaba a las seis de la tarde. Tan absorta estaba en la contemplación de los Misterios de la Eucaristía, que, repetidas veces, se acercaban a ella las monjas a mirarla de intento a la cara, y no la veían pestañear, aplicaban el oído a su boca, y ni siquiera percibían la respiración, más parecía muerta que viva. En la festividad del Corpus y todos los días de su octava, Sor María no se apartaba del Santísimo, sino lo puramente preciso, de suerte que vivía en un continuo éxtasis.

Los veinticuatro años que estuvo relegada al olvido y despreciada de sus cohermanos, tan pronto como la Comunidad terminaba los actos del coro y se iba, si la dejaban las Preladas, quedábase allí, y con los brazos abiertos y derramando lágrimas de amor, se postraba delante del Santísimo Sacramento, en cuya compañía pasaba las tardes enteras. Los últimos quince años de su vida, casi todo el día lo gastaba en presencia de Jesús Sacramentado con encendidísimos afectos y coloquios, a pesar de las ocupaciones de Priora y Maestra de Novicias que tuvo durante estos tres lustros.

Esta devoción la sugería los medios de adquirir lo más rico y elegante con que engalanar la iglesia y sacristía de ornamentos y demás objetos del culto, como cosas propias del Palacio del Rey de los reyes. Ella escribía cartas a los próceres del Reino, hablaba a los hacendados, instaba y se afanaba buscando cuanto su corazón deseaba para Jesús Sacramentado, viendo coronada esta solicitud con donativos numerosos y preciosísimos.

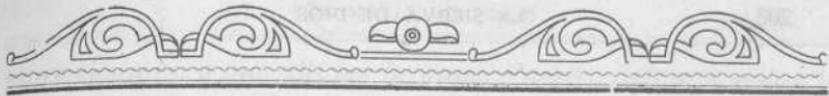
No había entonces en el Convento servicios de plata para el Santo Sacrificio, ni vasos Sagrados, ni Custodias, ni objeto alguno de valor, que no lo hubiese alcanzado con su industria e influencia.

A fin de infundir en sus monjas esta solicitud, decíales muchas veces: *Hijas, al paso que el Señor es galán, también es amigo de galas; si bien la que más aprecia, es el afecto con que le hemos de ofrecer estas pobres pajilas de telas, olores y adornos en sus festividades, y, a medida que debemos, por Descalzas, ser más íntimamente Esposas, también nos toca ser más perfectamente aliñadas.* Todo era poco, a su parecer, aun el más lujoso ornado, para el Santísimo Sacramento; por eso, suplicando una vez al Señor llenara sus deseos de verle con mayor esplendor, la respondió muy agradecido: *Hija, me has agradado tanto en el modo de empobrecerte, que quiero satisfacer tus ansias, concediéndote verme con algún adorno y decencia, tomándote a tí por instrumento del que he de tener.* Cumplióse esta palabra del Salvador con las obras de construcción de la nueva iglesia que la venerable Madre emprendió, como se ha dicho, y llevó a feliz término el último año de su existencia.

Donde brilla más la devoción de la Sierva de Dios a la Sagrada Eucaristía, es en las disposiciones para comulgar. La vispera comenzaba ya su preparación remota con la confesión sacramental y la meditación sobre las finezas de Jesús Sacramentado con los hombres y las ingraticudes de éstos con Su Divina Majestad en el Sacramento del amor, cuyo recuerdo la traspasaba el alma de dolor. El día de Comunión, en la meditación y en la Misa, consideraba cuán grande es la misericordia que Dios dispensa al hombre, cuando viene a encerrarse en los estrechos límites de su corazón; consideración que a ella le hacía derramar lágrimas de ternura y la inflamaba en repetidos actos de amor, cuyos ardores encendían su rostro y le hermoheaban, sobre todo, al acercarse al comulgatorio.

Luego, pasaba el día en continua acción de gracias, hasta

el extremo de no poder pensar en otra cosa, porque el divino huésped ocupaba toda su atención, ni la era posible tomar alimento alguno aunque estuviese enferma, pues su estómago no lo admitía, y por eso, rogaba a la enfermera no la porfiase aquel día con comida ni bebida. Dios recompensó esta devoción con extraordinarios favores hechos a su sierva en la misma Comuni6n, ya descubriéndosela bajo diferentes formas, ya conservando en su interior las Especies Sacramentales durante todo el día en que le había recibido, ya comunicándola luces sobrenaturales desde la Sagrada Hostia expuesta a la veneraci6n en el Tabernáculo.



Capítulo XXI.

JUSTICIA HEROICA DE LA SIERVA DE DIOS

(Continuación)

Sor María y el Corazón de Jesús.

Entre los actos de devoción con que la Sierva de Dios honraba al Hombre-Dios, figura el culto que rendía al Sacratísimo Corazón de Jesús. A los resplandores de una luz divina que el mismo Jesucristo proyectaba, con frecuencia en el alma de Sor María, entendió ésta que en su Corazón Divino habíase inventado la Sagrada Eucaristía, como remedio eficaz para todas las miserias morales de la humanidad; en ese Corazón vió los peligros de que la libró su Majestad mientras vivió en el mundo y los caminos amorosos por donde la condujo hasta colocarla en la morada santa del Carmelo.

A vista de beneficios tan inmensos, creyóse obligada a venerar cuanto pudiera al Corazón Deífico de Jesús; y así, antes que naciera la Beata Margarita Alacoque; antes que el Salvador revelara sus deseos de reformar las costumbres de la sociedad corrompida, por medio de la devoción a su amantísimo Corazón, nuestra María rendía culto al Corazón de su divino Esposo. En su honor velaba los Jueves, de doce a una de la noche, acompañando al Santísimo en el coro. Todos los años el Viernes Santo asistía al Corazón agonizante de Jesús las tres horas que estuvo pendiente de la Cruz. En las festividades que se hacía memoria de este Corazón Sacratísimo, meditaba sus virtudes y excelencias.

Propaga la devoción al Divino Corazón.

No perdía ocasión de inculcar esta devoción a toda clase de personas. Tan compenetrada estaba su alma con ella, que hasta en sus cartas no podía menos de manifestarla; muchas de ellas son un himno de alabanza al Corazón Deífico, pues canta sus grandezas y misericordias llamándole: *Vida de todas las cosas de la tierra, cielo de las almas puras, rico veneno de tesoros celestiales, fuente de bondad y de amor.*

Sor María dentro del Corazón de Jesús.

En el Corazón de Jesús, fijó ella su mística morada, para ofrecerle continuamente el incienso de su oración, el sacrificio de sus afectos, en una palabra, todo cuanto era y tenía. Cuando las criaturas la perseguían, allí se refugiaba; cuando el demonio la combatía con tentaciones de desesperación, allí volaba para librarse de la caída; cuando las enfermedades la atormentaban, allí descansaba su espíritu y recibía valor para el sufrimiento. El mismo Jesucristo declaró que Sor María moraba dentro de su divino pecho, al decirle en una ocasión: *Te tengo en mi Corazón, gozando de los incendios de mi amor.*

En el Corazón Divino introduce a sus amigos.

Habiendo experimentado cuán agradable, cuán dulce, cuán hermoso es habitar en el Corazón de nuestro adorable Redentor, en esta divina morada introducía a sus amigos; aquí deseaba viviesen para que gustaran las delicias del cielo y se enriquecieran de gracias y virtudes. Así lo revela ella en sus cartas a varias personas.

En el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo—decía a don Luis Herrera—*tengo yo puesto a Vuestra Merced, donde deseo*

more siempre, y que allí me le haga Nuestro Señor muchas y muy grandes mercedes.

En el Corazón de mi Señor Jesucristo—escribía a la señora Condesa de Paredes—tengo yo metida a Vuestra Señoría, y de continuo estoy suplicando a Su Majestad me la haga allí mil mercedes.

Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con Vuestra Merced—dice a D.^a Andrea de Briones—Él me la guarde dentro de su divino Corazón, y allí me la haga muchas mercedes y favores celestiales, como yo creo se los hará.

Jesús, suma felicidad de nuestros corazones—escribe a la Sra. Condesa de Arcos—asista siempre en su alma, Señoría mía, y guárdemela este divino Señor mío muy dentro de su divino Corazón, como yo creo lo está su alma de Vuestra Señoría. Así revela Sor María su reverencia y afecto al Sacratísimo Corazón de Jesús.

La enamorada de la Santísima Virgen.

Ya hemos hablado en otro capítulo de la devoción tiernísima que Sor María profesaba, en la infancia, a la Reina de los Angeles, devoción que fué acrecentándose con la edad y aventajándose sus quilates unos a otros, cada instante, sin que jamás sufriera crisis en tan larga vida. Pero cuando María se vió con el hábito de la Virgen en su Orden Carmelitana y hecha hija suya, se intensificó más su veneración a la Madre de Dios. Desde entonces, comenzó a celebrar, con particular entusiasmo, todas sus festividades y especialmente la de la Asunción.

Para ello se preparaba con algunos días de retiro, durante los cuales meditaba sobre los acontecimientos principales de la vida de María Santísima que celebra la Iglesia en cada una de esas fiestas y se ejercitaba en las virtudes que adornaron el alma de la divina Señora. Llegado el día, se regocijaba su alma con la memoria del respectivo acontecimiento glorioso de la festividad y ofrecía a la Virgen, cual valiosísi-

mo regalo, la Sagrada Comunión. Después, asistía con mayor reverencia a la Misa y Visperas cantadas.

Para *su fiesta*, como ella denominaba a la de la Asunción, allá en la habitación más retirada y alta de la casa, preparaba una cama pequeña, la rodeaba de yerbas olorosas, flores y frutas; colocaba en ella una imagen de la Virgen, como si estuviera enferma y próxima a la muerte, a su lado ponía otra imagen del Niño Jesús, a quien llamaba *el Doctor de la enfermedad del amor*. Allí pasaba tres días considerando que María Santísima murió a impulsos del amor de Dios, en cuya consideración quedaba extasiada. Como esta preparación se repetía anualmente, varias veces se dió el caso de hallar las monjas a la Sierva de Dios, junto a las imágenes del Hijo y de la Madre, derramando lágrimas de ternura y haciendo tales extremos de amor a la Virgen, *que*—según dice Catalina de la Concepción, testigo presencial—*a todas pegaba fuego*.

La víspera, además, vestía otra imagen de la Virgen con las joyas y preciosos vestidos que pedía a sus amigas, y así, engalanada colocábala en las andas, para que al día siguiente saliera en procesión. A este acto de culto exterior invitaba a sus conocidas suplicándoles asistieran a él para acompañar a la divina Emperatriz.

El 15 de agosto fué siempre día de júbilos inexplicables para la venerable Madre, tanto que salía fuera de sí, al recordar los triunfos de la Virgen sobre la muerte y su entrada en la gloria. Llegada la hora de la procesión uníase al público, en espíritu, y acompañaba a la Reina de los Angeles desde el coro con tal fervor y lágrimas, que enternecía a las religiosas.

La Sierva de Dios no se limitaba a venerar a su benditísima Madre en las fiestas de júbilo, sino también en las de amargura, pues se quedaba todos los años la noche del Viernes Santo acompañándola en su Soledad, con grande compasión y abundantes lágrimas y tomando rigurosas disciplinas. Lo mismo hacía en la fiesta que celebra la Iglesia de los Dolores en el mes de septiembre.

No fué esto suficiente a satisfacer el cariño de nuestra María hacia la Virgen Santísima, ella inventaba nuevos medios de alabarla y bendecirla, por eso, autorizada por sus Prelados, estableció se cantase, en su Comunidad, la Misa Sabatina todos los sábados del año.

A este culto público, añadíase el culto privado que ella tributaba a su querida Patrona, cual era la recitación del santo rosario; ni un sólo día, durante su larga existencia, omitió esta devoción. Si la gravedad de sus enfermedades la impedía rezarlo todo seguido, rezábalo salteado, aunque no fuese más que un Ave-María cada cinco minutos, o cuarto de hora. Además, cuando el reloj daba la hora y pasaba delante de alguna imagen de Nuestra Señora, siempre la saludaba con el Ave-María.

Sor María, por último, invocaba a la Virgen en todas sus aficciones y necesidades, alcanzando siempre cuanto la pedía, según lo refiere la misma Sierva de Dios a la señora Condesa de Arcos, cuando la exponía la pena que le causaba verse privada de sus cartas, durante algún tiempo. *Ya me tenía la pena de carecer de ellas tan apretada—la escribía—que me fui a Nuestra Señora y le pedí me sacase ella de esta pena y cuidado, porque es mi Madre y todo mi bien. Esta gran Reina y Señora es a quien acudo con todas mis necesidades y quien me saca de ellas, haciéndome siempre merced de lo que le suplico, este secreto sólo es para Vuestra Señoría, y así le empecé una novena de que yo tengo particular devoción, y dentro de los días que la empecé, luego vino carta de Vuestra Señoría y con ella mucha alegría a mi alma.*

La Divina Emperatriz, no sólo socorría a esta su amada hija en los momentos o días que invocaba su protección, sino también en sus enfermedades, asistiéndola con maternal cariño. Además, Sor María tuvo la suerte de ver innumerables veces a la Virgen rodeada de Angeles y de resplandores, especialmente los días de sus fiestas, en la Salve Solemne de los sábados y en la gran festividad de la Asunción.

Su entusiasmo por San José.

La Sierva de Dios profesaba extraordinaria devoción a los Santos; en sus festividades meditaba atentamente ora sus virtudes, ora sus martirios, y leía, con mucho consuelo de su espíritu, sus vidas para enfervorizarse más y más con sus heroicos ejemplos y estimularse a imitarlos. Pero, entre todos, veneraba con singular cariño al Patriarca San José.

No dejaba pasar día sin rezarle los siete dolores y gozos, el miércoles de cada semana, y el 19 de cada mes le consagraba todas sus obras ordinarias, meditaba sobre los principales episodios de su vida, y, particularmente, se detenía en la consideración del amor inmenso con que el Santo amaba a Jesús.

El día de su fiesta, recordando su muerte preciosísima, la asistencia que Jesús y María le habían prestado en aquel trance, la gloria especial que goza en el cielo, por haber sido custodio de la Virgen Inmaculada y Padre adoptivo del Verbo encarnado, sentíase inundada de santa alegría y fervor, de suerte que andaba como fuera de sí.

El Santo correspondía a su sierva e hija amadísima con mercedes muy señaladas, dejándose ver de ella en las enfermedades, en la toma de hábito de varias religiosas, en el último trance de casi todas ellas, y el 19 de marzo de cada año en los cultos solemnes de la iglesia, pero siempre acompañado de Santa Teresa. Todo esto la obligaba a propagar su devoción entre sus novicias exhortándolas a recurrir a él en las tentaciones; asimismo, entre los seglares inculcándoles se encomendaran al Santo Patriarca en todas sus necesidades materiales y espirituales.

Sor María y Santa Teresa.

Mientras la Seráfica Madre vivió en la tierra, Sor María la veneraba como a gran Santa, porque Dios se la mostró, en diferentes ocasiones, pura, abrasada de amor divino y rodea-

da de resplandores. Muerta el 4 de octubre de 1582, aparecióse aquella misma noche a la Sierva de Dios, descubriéndola su gloria y el trono elevado que poseía en el reino de los cielos; con esta merced y otras muchas que nuestra María recibió de su querida Maestra, ya bienaventurada, se intensificó más su devoción hacia ella.

Cuando el Papa Paulo V la elevó al honor de los altares el año 1614, María de Jesús trabajó cuanto pudo, en unión de la Madre Beatriz de Jesús, sobrina carnal de la misma Santa, y a la sazón Priora del Convento de Toledo, para que las fiestas de la beatificación se celebraran en aquella ciudad con la mayor pompa que hasta entonces se había visto.

Canonizada, en 1622, por Su Santidad Gregorio XV, la Sierva de Dios buscó personas que costearan los cultos magníficos de la canonización en su Convento e introdujo la novena solemne que, desde entonces, celebra la Comunidad en honor de la Santa Fundadora cada año; por muy apurado de recursos que estuviera el Monasterio, ella agenciaba lo necesario para que no faltase el novenario solemne a la Mística Doctora.

El 21 de julio de 1627 el Romano Pontífice Urbano VIII declaró Compatrona de España a la insigne Virgen de Avila; y con tal motivo, en todas las provincias del Reino se hubieron de organizar grandes festejos religiosos y cívicos. En Toledo corrió por cuenta de nuestra María de Jesús la parte religiosa de estas fiestas, las cuales revistieron la misma pompa y esplendor que las celebradas para la canonización, valiéndose, para ello, de cuantiosas limosnas que consiguió de varios Títulos de la Corte, por medio de D. Luis Herrera, Secretario de los Sres. Condes de Arcos.

Sor María, además, encomendaba a la Santa Doctora sus asuntos siendo súbdita y Prelada; a ella pedía la salud de los enfermos graves, como lo declara en sus cartas; a ella acudía buscando ayuda para la educación de las Novicias; María, en fin, no perdía de la memoria a su Seráfica Madre un momento.

La Santa Reformadora, en recompensas, asistía continua-

mente a esta su querida hija; con frecuencia la visitaba y aún pudiera decirse que no se perdían de vista mutuamente. Apenas tomaban el hábito las Novicias, decíala si habían de perseverar o no. En las visitas Canónicas del Provincial o del Reverendísimo Padre General, la veía apoyando las disposiciones de los Superiores, cuando se ordenaban a la perfección, o mostrando disgusto si no corregían las faltas de observancia. Muchísimas veces la revelaba las transgresiones de la ley cometidas por las Prioras, Maestras de Novicias y otras religiosas particulares y la encargaba que les advirtiese, de su parte, aquellos defectos.

Cuando las monjas estaban próximas a morir, veía a la Santa Madre, en compañía de la Virgen y San José, protegiendo a las agonizantes. Por espacio de veinticinco años, el 15 de octubre, día consagrado por la Iglesia Católica a la Santa Reformadora, veíala asistir a los cultos que se la tributaban, trayendo a su lado a San José. También se la apareció el día de la Fundación del Convento de Carmelitas Descalzas del Corpus de Alcalá de Henares, pero muy enojada contra los que pretendían fundarlo con más estrechez que los fundados por ella.

Otros Santos se aparecen a Sor María.

En prueba de la devoción que la Sierva de Dios profesaba a los Santos, muchos de ellos se le aparecían en sus festividades mientras meditaba sus virtudes o martirios. Efectivamente, la noche del 7 de marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino, se le apareció el Santo Doctor, ostentando un sol en el pecho, del cual brotaban hermosos rayos de luz que iluminaban toda la celda; el Santo la dijo que estos rayos eran la doctrina que había dejado escrita en sus Obras para utilidad de la Iglesia Universal, especialmente sobre el Santísimo Sacramento. Además, la dijo que venía a desenojarla, por haber sido contrario a la Concepción Inmaculada de María Santísima, cuando vivía en el mundo; pero que en-

tonces se acomodó a la opinión corriente, asegurándola que si ahora fuese, después de haberlo visto en el cielo, sería el primer defensor de este misterio, con lo cual Sor María quedó consoladísima por ser tan amante y devota de la Virgen.

El día de San Juan *ante portam latinam*, es decir, día en que sufrió el martirio el discípulo amado de Jesucristo, su Divina Majestad la trajo este Santo, mostrándose muy gozoso de tenerle consigo; descubrióle la gloria que posee, la cual le dijo era inexplicable; estaba el Santo vestido con un ropaje de oro, y se le dió a entender significaba la caridad, aquella caridad que hubo entre San Juan y Jesucristo, la mayor después de la de María Santísima. En las manos traía el Santo Evangelista, un cáliz muy precioso; *de este cáliz*—la dijo—*quiero que participes*, con lo cual entendió que aquél no era cáliz de amargura, sino glorioso, porque está en él la fuente amena que brotó de Cristo para el mismo Santo, cuando durmió sobre su divino pecho la noche de la Cena; este cáliz traía, además, las lágrimas y el sentimiento que la Santísima Virgen y el mismo Santo derramaron al pie de la Cruz y la ternura de sus corazones. De estos bienes la dejó parte por la imitación que ella tendría, dándosele a entender que Dios es muy amigo de santas memorias en las almas que ha elegido para sí, y que la criatura, para alcanzarlas, ha de continuar en actos con los cuales, mediante la gracia, se consigue un hábito de caridad como la que brotó para San Juan del pecho de Cristo en el Cenáculo.

Un día de Santa María Magdalena, se le apareció la Santa diciéndole que rogaba al Señor por cierta religiosa de su Convento y le había alcanzado la imitase en el dolor y amor que ella profesó a Jesucristo y que la encargara se ejercitase en él toda la vida. En otra ocasión la dijo la misma Santa: *Que Nuestro Señor le daba por Hermana a la dicha religiosa, y que Santa Gertrudis la escogía por hija.*

Una noche del 10 de Agosto se le apareció el invicto mártir San Lorenzo y estuvo con ella largas horas, refiriéndole

su martirio, con todas las circunstancias que le acompañaron; por fin, la preguntó si tenía alguna reliquia de su cuerpo, a cuya pregunta respondió la Sierva de Dios: *Poseo un poquito de hueso*. Entonces la dijo el Santo: *Pues, para cerciorarte de que esa reliquia es verdaderamente mía, mírala con atención y verás en ella un poquito de acero, que es parte de la punta de un instrumento con que me hirieron*. Cuantas religiosas vieron la reliquia en presencia de Sor María de Jesús, hallaron este poquito de acero que relucía en dicha reliquia, según refiere la Madre María Evangelista en su Relación.

La víspera de la Degollación de San Juan Bautista, se le dió a conocer, en una ilustración altísima, lo que este espíritu más que humano había negociado con Dios para merecer el martirio por medio de sus virtudes y fervor, añadiendo esta nueva corona a otras muchas, en la misma ilustración divina conoció la puntualidad con que este ángel en carne humana practicó la misión que le confiara el Omnipotente al enviarle a la tierra.

Gratitud de la Sierva de Dios.

La gratitud es una virtud cardinal por la cual nos mostramos agradecidos a las personas que nos han dispensado algún beneficio. Esta virtud es aneja a la justicia.

Sor María fué naturalmente muy agradecida, pero esta cualidad se perfeccionó en ella por la gracia. Al paso que en ella crecía la luz y conocimiento de la inmensidad de Dios empeñada en colmarla de favores, en su corazón se aumentaba el agradecimiento con nuevos esmaltes. Como ella se creía incapaz de ser agradecida, por su vileza, aspiraba a que así como Dios era su beneficio, fuese también el mismo Dios su agradecimiento por el beneficio; más claro, deseaba que el Señor ensanchara su capacidad y la quitara todo lo deficiente, para vivir en continua acción de gracias, proponiéndose a la vez y estimando como propia obligación, agrade-

cer las obras con que la divina Providencia asiste a toda criatura.

Hacíase cargo de las lluvias que Dios envía a los campos, de los temporales con que asiste a la naturaleza y de los favores que dispensa a las criaturas humanas, a fin de estar siempre estimando y ofreciendo a la divinidad, en recompensa, la misma divinidad que se le dió en beneficio.

Mas no solamente se concretaba su gratitud a los beneficios, sino que también se extendía a dar incesantes gracias al Señor por los trabajos que la enviaba, los cuales miraba como aciertos que rectifican nuestros errores, y mirándose a sí, sólo se hallaba digna de todo castigo; pero cuando estos trabajos los veía en otros, toda se ocupaba en dar gracias a Dios por ellos, llamándolos beneficios propios. De aquí tomaba motivo para un continuo aprecio, no sólo de los favores comunes y particulares, de los trabajos propios y generales, sino aun de sus deseos, ajustándolos tanto a Dios, cuando la negaba algo que le pedía, que entonces se alargaba a mayores agradecimientos, diciendo: *Señor, en negarme tú esto que suplico, me das a conocer mejor tu paternal afecto, pues me niegas lo que no me está bien.* Muchas veces dosahogábase su corazón de esta manera: *Huélgome, Señor, que aunque ahora falto tanto en ser agradecida, he de tener en posesión una eternidad para estar siempre dándote gracias.*

No menos agradecida se mostraba al cielo por el beneficio que el Padre Eterno hizo a la humanidad con la Encarnación de la persona de su Hijo Divino; no es ponderable este agradecimiento, algo nos descubre el haberla dicho Jesucristo: *Hija, no dejes pasar instante sin que me alabes, porque soy Redentor del mundo, y tomando por tuya la deuda de todos, continúa dando gracias a la Santísima Trinidad por tan grande beneficio, y sabe que yo soy Dios de los agradecidos y amigo de los que hacen estimación de lo mucho que me debe el género humano.*

En cuanto a los favores que ella recibía de cualquiera persona, por mínimos e insignificantes que fueran se des-

hacía en agradecimientos, no sólo de palabra, sino correspondiendo con sus oraciones y méritos, en una palabra, con todo lo que podía, aun en cosas temporales, como lo revela en sus cartas a las personas a quienes le habían favorecido.

Hace cumplir los deberes a sus súbditas.

No sólo procuró la Sierva de Dios cumplir con sus deberes para con Dios, sino que también, exigió el exacto cumplimiento de las obligaciones de sus súbditas mientras fué Prelada. En esta materia no transigió con nadie, y para hacer que las religiosas guardasen las leyes con más facilidad, primero practicaba ella lo que había de enseñar de palabra, costumbre que observó siempre. Por otra parte, animábalas a la observancia con el aprecio que Dios hace de ella y les representaba los terribles castigos a que se exponen los transgresores de la misma ley diciéndolas: *Hijas, las leyes de nuestro estado han de ser el nivel, por donde las religiosas seremos juzgadas, y el menor descuido en esta parte será castigado con penas gravísimas en el purgatorio.*

Como Santa Teresa le mostraba, desde el cielo, las faltas más pequeñas de las monjas, abrasada en santo celo se las corregía, diciendo a unas y otras: *Nuestra Santa Madre ha visto eso*, o de esta otra manera: *Nuestra Santa Madre no quiere ni la gusta eso que hacen.*

Una vez, siendo Priora el primer trienio, se atrevió la tornera a entregar una carta del confesor a cierta religiosa, pero sin que nadie lo supiera y a escondidas de la Prelada. Al poco rato le fué preciso a la misma tornera, llevar otro recado a la celda de la Priora a quien halló arrasada en lágrimas; la preguntó la causa de su llanto, y la Sierva de Dios respondió: *Lloro porque Vuestra Caridad se atreve a dar recados a las monjas sin mi permiso, estando prohibido.* Con lo cual quedó corregida y escarmentada la tornera para lo sucesivo, teniendo presente que la Priora, aun desde su celda, todo lo veía y penetraba.

Otra vez la Reverenda Madre María Evangelista no asistía al Coro, por estar pasando la convalecencia de una grave enfermedad que había sufrido. La Sierva de Dios la preguntó por qué no asistía a Coro; a cuya pregunta respondió la convaleciente: *Me hallo indispuesta; cuando esté bien del todo, iré.* A ésto replicó María de Jesús: *Hija, eso no ha de ser así, que vaya cuando esté buena no tiene gracia; estando indispuesta ha de ir, aunque tenga achaques y dolores.*

Con tanto fervor dijo ésto, que la misma María Evangelista confiesa que se sintió trocada en otra mujer; y en adelante procuró no faltar a los actos de Comunidad aunque tuviese algunos achaques.



Capítulo XXII.

FORTALEZA DE LA SIERVA DE PIOS.

¿Qué es fortaleza?

La fortaleza es una virtud cardinal que afianza al alma en la persecución del bien, a pesar de los peligros más terribles y aun de la muerte. La fortaleza modera el miedo y la temeridad; da al alma intrepidez contra su enemigo, ora en el ataque, ora en la defensa; y se muestra principalmente llevando con constancia el peso del dolor.

Fortaleza heroica de Sor María.—En las luchas con el demonio.

La venerable virgen era de natural cobarde y pusilánime; pero asistida de la gracia, manifestaba una fortaleza tan superior, que asombraba a las monjas, a los confesores y a cuantas personas conocían las cosas de su alma. Apenas declaró su vocación a los parientes, el demonio comenzó a combatirla, por medio de ellos, poniendo en juego todas sus fuerzas y malas artes, con el fin de hacerla caer en los lazos que tendía a sus pies, y así amarrarla mejor al carro triunfal del mundo con las cadenas del matrimonio. Mas todos sus esfuerzos viéronse burlados con la santa intrepidez de nuestra María, quien jamás cedió a los alhagos, promesas y amenazas diabólicas de sus deudos y amigas.

Plantada en el jardín Carmelitano, cual árbol frondoso

juntó a la corriente de aguas cristalinas, el enemigo infernal trató de arrancarla de mil maneras. Primero la tentó con el recuerdo de las comodidades, galas, aplausos, elevada posición social, y cariño que había tenido en su casa, con la hermosura de su talle y blonda cabellera; pero ella nunca se dejó fascinar de tales sugestiones, todas las resistió con santo desprecio. Luego procuró amedrantarla con espantosas apariciones, para que perdiera el gusto en los ejercicios espirituales y la paz interior; sin embargo, ella seguía fervorosa y puntual todos los actos comunes y particulares de la vida religiosa.

Ya profesas, la atormentaba frecuentemente con la idea de su condenación eterna, y por tanto, inducía a desesperarse y al suicidio, poniéndola delante los medios de ejecutarlo; con todo, ella no consintió en tales tentaciones ni un solo instante. Viendo Satanás que Sor María siempre salía vencedora de las batallas que la presentaba, y cómo se burlaba de su astucia, y cómo deshacía sus planes, y cómo le arrebatava las almas cuando ya estaban a punto de caer en las tentaciones, o eran presas de sus garras por el pecado, intentó vengarse de ella.

Y ¿cómo lo consiguió? De esta manera: repitió las frecuentes apariciones con horribles figuras; todos los días, cuantas veces la Sierva de Dios iba a entrar en el coro, se le atravesaba en la puerta para que no pasara; otras veces, poníase delante de ella y no la dejaba andar ni atrás ni adelante; en muchas ocasiones la arrojó por las escaleras y la llenó de golpes. Siendo Priora, si estaba en la celda tratando cosas de espíritu con alguna monja, llevaba allí otras que lo estorbaban; si escribía o dictaba algo concerniente al provecho del prójimo, la quitaba la pluma de la mano, o le borraba lo escrito; pero todo esto hacía con espantosos bramidos, amenazándola con nuevas venganzas, pues se la tenía jurada desde la primera vez que fué Maestra de Novicias. No obstante tantos malos tratamientos y amenazas, Sor María no le temía ni desistía de aquello que creyese útil, ya para su espí-

ritu, ya para el de otras personas; en fin, de todas estas luchas salió siempre victoriosa y con creces para su alma.

Su firmeza en las persecuciones.

Recia cosa es la persecución, y mucho sufre el que se encuentra bejado por el poder de enconados adversarios; pero aún sube de grado el sufrimiento, cuando uno se ve perseguido de sus amigos, hermanos, hijos, padres, de aquellos a quienes ha hecho mil beneficios, y aun de los buenos o amigos de Dios, que es la persecución más sensible.

Sor María vióse perseguida, durante treinta y dos años, de cuatro religiosas, hermanas suyas de hábito, una de ellas discípula e hija espiritual de su corazón, a las cuales había dispensado toda clase de favores. Por otra parte, sus Padres Provinciales y Generales no cesaron de bejarla sistemáticamente en todo un período de cuatro lustros y medio; sus demás hermanos los Descalzos, olvidando los desvelos y afanes que ella compartió con la Madre Reformadora, por librarles de las pesquisas y gobierno de los Carmelitas Calzados, la despreciaron y volviéronse sus contrarios. Pero la Sierva de Dios, a pesar de tantas calumnias, detantos castigos injustos, de tantos desprecios y desvíos, no desplegó sus labios para defenderse ni para recriminar el errado juicio y proceder de sus enemigos, aunque no tenía a quien volver los ojos ni quien la consolase en la tierra, jamás se la oyó una sola palabra de queja, ni por ésto vertió una lágrima de sentimiento; constantemente se mantuvo firme, tranquila y alegre entre las furiosas olas de persecución.

Su valor en los trabajos interiores.

Dios probó a su sierva con terribles sequedades, disgustos, temores, desabrimientos, desamparos, desolaciones y escrúpulos. ¡Qué pruebas tan dolorosas! *Desolación*: Estado en que el alma, como el mundo antes de crearse la luz, toda

es caos, confusión y estorbo. En ese estado se hallaba la venerable virgen, cuando perdía la memoria de las verdades fundamentales del cristianismo, el conocimiento de altísimos misterios que se la revelaban en la contemplación, la idea completa de los principios morales y hasta la noción de las cosas y objetos que tenía delante de la vista, de suerte que caminaba por las sendas de la virtud a tientas y a ciegas, sin ver ni un solo rayo de luz.

Sequedad.—Estado en que el alma no percibe aquellos suaves consuelos que le hacían amable la virtud y se ve en las repugnancias de la naturaleza. En tal situación encontraba nuestra María cuando acudía a la oración, y no se le daban a gustar las dulzuras que ordinariamente le comunicaba el Señor; cuando amaba a Dios, y la parecía vano su amor; cuando obraba con toda rectitud, y ninguna de sus obras la satisfacía.

Desamparo.—Estado en que Dios se ausenta del alma y se la esconde entre nubes. Le llama, y no la responde, no puede descubrir el brazo que la sostiene, ni el escudo que la defiende. Lo más terrible de su aflicción es el juzgarse totalmente deshechada de la presencia de Dios. Inundada de esta amargura, clama: *Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Así se veía la venerable Madre con frecuencia; de repente se la ocultaba su Divina Majestad, y le hacía sentir la misma pena, en expresión suya, que sufren los condenados en el infierno al verse separados de Dios y sin esperanzas de contemplanse y unirse a Él. Ella clamaba entonces; *Acuérdate, Señor, que no he practicado sino lo que te era agradable.* Y sin embargo, su Divino Esposo no enjugaba sus lágrimas. Le protesta una y mil veces: *Si mis manos están manchadas, siembre yo, y otro recoja el fruto;* pero Dios nada la responde. De aquí aquellos deseos vehementísimos, aquella agitación, aquellos ímpetus, aquellos desmayos, aquellos deliquios mortales y aquellas lágrimas que derrama sin cesar día y noche en tan triste soledad.

Escrúpulos.—Son un tormento que no deja reposar, un

gusano que parece lastima las entrañas; no deja, muchas veces, comer, ni dormir, ni orar con reposo; de manera que, como la alegría de la conciencia reposada sale al rostro, así la aflicción y continua guerra de los escrúpulos enflaquece y consume la vida.

Con este tormento fué martirizada Sor María; frecuentemente le asaltaba la idea de que Dios estaba enojado contra ella, pues todas sus acciones parecíanla pecados. Este pensamiento la traspasaba el alma, la privaba de los sentidos, y aun la puso en peligro de muerte. En medio de todas estas tribulaciones, Sor María, firme como la roca, protesta que no volverá un paso atrás en el camino de la perfección. *¿Huís de mí, oh Dios de mi corazón?*—le dice en la confusión de su espíritu— *Yo, no obstante, os seguiré siempre, yo caminaré tras vos por las sendas tenebrosas por donde me dirigís.* Nunca más solícita de buscar a Dios, que en el desamparo; nunca más diligente de agradarle, que en las arideces; nunca más cuidadosa de servirle fielmente y de evitar toda ofensa, que en los períodos de escrúpulo; en una paladra, cuanto más atormentada se veía en el alma, más atendía a Dios, más se enfervorizaba y más le amaba. De ahí que el Señor se diera por vencido de su amada Esposa, y en lo más cruel de la tribulación la confortara con su presencia visible y la hablara de esta manera: *Hija, Yo siempre he estado en tu compañía; pero ahora conviene que sufras esto por Mí.* Otras veces la decía: *Hija, estoy muy complacido de tus obras; no temas, Yo te ayudaré.* Con estas palabras la Sierva de Dios se alentaba y quedaba más fortalecida para continuar sufriendo por su Amado.

La paciencia.

Las virtudes anejas a la fortaleza son: la magnanimidad, la paciencia, la constancia y la perseverancia. La paciencia es una virtud mediante la cual toleramos los males con igualdad de ánimo. La paciencia heroica consiste en la infatigable

tolerancia de los padecimientos y trabajos por Dios; es propia de las almas perfectas y que han llegado al estado de unión íntima. Esta paciencia tuvo el Santo Job, el cual entre tantas aficciones y angustias, no habló palabra descompuesta contra Dios. Antes se gozaba de sus trabajos y hacía gracias al Señor por ellos.

Paciencia heroica de Sor María.

La paciencia de la Sierva de Dios se echaba de ver en todos sus sufrimientos, pero de manera especial en sus frecuentes y graves enfermedades. Ya se deja referido, cuán intensos dolores, fiebres y ahogos padeció en diferentes ocasiones, en las cuales nunca la oyeron quejarse, antes bien, daba gracias a Dios porque la regalaba con algo de lo mucho que Él padeció por nosotros. Si ciertos días encontrábase aliviada, se entristecía mucho por aquel alivio, pues le parecía que el Señor la quitaba el regalo de los tormentos, por no saberlos sufrir.

Cuando más la martirizaban los síntomas de alguna enfermedad, sedienta de padecer, exclamaba: *Señor, si es vuestra voluntad, gustosa estaré padeciendo esto hasta el fin del mundo, con tal que brille vuestra gloria.* Otras veces, reputando pequeñas aquellas atroces dolencias, solía decir: *¡Qué poquito es todo para padecido por un Dios que nos granjeó la amistad con su Eterno Padre!*

En este mismo sentido se expresa en su carta del 30 de Agosto de 1639 a la Señora Condesa de Paredes. *Toda la vida que yo tuviere—escribía—querría emplearla en servir a Vuestra Señoría y a sus hijas con mis pobres oraciones, como lo hago en esta cama, donde me tiene Nuestro Señor al presente, muy apretada, más que nunca lo he estado; que no sé de dónde ha venido a mí tan grande bien, como es padecer por mi Señor esto poquito, sino es de la infinitad de su misericordia que tanto la ha querido usar con esta miserable pecadora, que la hace participante de un poquito de su Cruz.* Sor

María bien penetrada de lo mucho que vale el sufrimiento, juzgábase muy honrada y dichosa con los padecimientos, como lo declara el lenguaje ordinario que en tales casos usaba, diciendo a las religiosas: *Hermanas mías, aunque indigna de tanto bien, mi Señor me ha marcado con el sello de su Cruz.* Asimismo lo revelaba en otra carta del 8 de Marzo de 1840, a la citada Condesa. *Guárdamela Dios mil años—decía—para mi consuelo y alivio; téngole ahora alguno, gracias a Dios, aunque me dura tan poco, que no sé si es un día. ¿' uándo merecí yo, Señora mía, padecer por quien tanto padeció por mí? Cierito, que lo tengo a dicha muy grande, que nunca la merecí yo, ni de mil leguas; por amor de Dios, suplico a Vuestra Señoría me ayude a darle gracias a Dios por estas misericordias.*

María de Jesús, fiel imitadora del *Padecer o Morir* de su Madre Santa Teresa y del *Padecer y ser despreciado por Cristo*, de su Padre San Juan de la Cruz, no podía vivir en la tierra sino entre las constantes espinas del sufrimiento. De ahí que lastimándose de sus dolores el Reverendo Padre Maximiliano de San Andrés, le contestara: *No le dé pena, Padre, que mejor me hallo con ellos, que sin ellos; que tengo muy buena compañía en mis dolores, y no los trocara yo sin estos gajes de padecer, por cuanto vale el mundo.* Además, a cada paso se la oía decir: *Cierito, que no me hallara en este destierro si no es padeciendo por Dios, porque esta vida sólo es buena para padecer por tan Sumo Bien, y sólo con este padecer es llevadera tan larga ausencia y privación de tan dulce vida, como es la bienaventuranza eterna.* Por lo mismo prefirió siempre el dolor al placer, como lo dan a entender estas frases que repetía frecuentemente: *Más quiero padecer, que gozar;* las cuales forman el carácter distintivo y el lema de esta grande alma.

Su perseverancia en el bien.

Mil veces se nos dice en los libros buenos que no basta empezar la carrera del bien, sino que es necesario perseverar hasta el fin de la vida, porque a los perseverantes en la vir-

tud se les promete la corona de la gloria. Como el Sol, desde su creación hasta el último día de los siglos, ha iluminado y continuará alumbrando al orbe, así María de Jesús, desde que en su niñez emprendió el camino de la perfección, jamás volvió atrás, ni se entibió en ninguno de los ejercicios de la vida espiritual.

A medida que adelantaba en edad, se la veía progresar en la oración, obediencia, caridad, pureza de conciencia, modestia y fervor, sin que estas virtudes sufrieran interrupción, ni aun en aquel período que hubo de vivir, en la atmósfera corrompida del mundo, obligada por sus parientes.

Vestida con el hábito de los hijos del Carmelo, Sor María volaba de virtud en virtud, era más asidua en el ejercicio de la oración y presencia de Dios, en la asistencia a los cultos del coro, en las prácticas de las sagradas ceremonias y de la caridad divina; así es que no pudieron resfriar ni separar su alma del dulce objeto de sus santas aspiraciones, ni las medidas de distracción que la diera Santa Teresa, ni los oficios de Sacristana, Enfermera y Tornera, que desempeñó por obediencia, con este fin, ni los mandatos de sus Prelados que la ordenaron se abstuviera de cuanto la enfervorizase; antes bien, su corazón era arrebatado por una fuerza divina hacia su centro, el mismo Dios, sin que estuviera en su mano el perderle de vista.

Además, las terribles persecuciones que sufrió, siendo inocente, no lograron disminuir su amor al prójimo; antes al contrario, sirviéronla de estímulo para mostrarse más afable y propicia con sus perseguidores. Respecto de la observancia de las leyes divinas, eclesiásticas y de la Orden Carmelitana, por su parte, nunca se permitió remisión alguna; a pesar de tener justificados motivos de enfermedades, debilidad y ocupaciones, asistía la primera a los actos comunes, al trabajo de manos, a los oficios más bajos de barrer, fregar, y otros de este género; de esta manera procedió toda su larga vida, hasta exhalar el último suspiro.



Capítulo XXIII.

TEMPLANZA DE LA SIERVA DE DIOS

Concepto de la templanza.

Templanza es una virtud cardinal que modera los placeres de los sentidos, señaladamente del tacto y del gusto. Es indispensable para la extirpación de los vicios y adquisición de las virtudes. Con la templanza luchamos ventajosamente contra las tentaciones del demonio, amor al regalo, codicia y gula, que son cuatro fuentes principales de nuestros pecados. En vano trabajaríamos en ser virtuosos, no moderando los placeres de los sentidos: cuanto más el alma se derrama al exterior, menos vive interiormente. La templanza perfecta y heroica consiste en el completo dominio que el hombre adquiere de todas sus pasiones y apetitos, ya de la parte irascible, ya de la concupiscible, ora corporales, ora espirituales.

Templanza heroica de Sor María.

Esta virtud brilla en toda la conducta de la vida de la Sierva de Dios de una manera extraordinaria y asombrosa. Ella se propuso dominar las tres concupiscencias, desde el día en que Dios la llamó por última vez al estado religioso. Para conseguir este señorío de sí misma, empezó a usar

cilicios debajo de sus preciosos vestidos, y a fin de acrecentar el dolor que le producían restregaba el cuerpo en las paredes y se inclinaba profundamente.

Como este ejercicio de penitencia, a su juicio, sólo había sido un mero ensayo o entretenimiento, al ingresar en el Claustro, a los cilicios añadió otros tormentos, inventados por ella misma, los cuales debilitáronla hasta el extremo de poner en peligro su salud y profesión.

Después de haber profesado, sedienta de más mortificaciones, pidió licencia general a sus Prelados Mayores, con objeto de que nadie se la quitara, para domar su carne con más penitencias, y la obtuvo con grande alegría de su corazón. Sus disciplinas, desde entonces, eran diarias y de sangre; a excepción del tiempo que estaba gravemente enferma. Ceñía su cuerpo con sogas ásperas de esparto, cadenas, cardas y rалlos; a raíz de las carnes, vestía un justillo sembrado de punzantes rosetas, y de este continuo tormento se le originaron varias y peligrosas enfermedades; pero apenas se aliviaba algo de ellas, levantábase con tan poco miedo a estos martirios, que los emprendía de nuevo, como si nunca hubiera pasado por ellos.

Tales penitencias no parecían mortificación, sino venganza que tomaba de sí misma, cual si fuera una pecadora, como lo había sido la Magdalena y Santa María Egipciaca. Con el tiempo aumentó las disciplinas, viniendo a ser duplicadas cada día, a los golpes de estos instrumentos, saltaba la sangre de su cuerpo con la cual teñía las paredes y pavimento de la habitación, en tal cantidad, que para limpiarla necesitaban varios calderos de agua, según refieren las mismas religiosas que se ocuparon muchas veces en esta faena.

Una mortificación muy extraordinaria practicó en algunas ocasiones: desnudaba sus carnes de medio cuerpo arriba, las untaba con miel, luego las cubría de estopas enmeladas, y con este traje entraba en refectorio; después de publicar sus faltas en presencia de la Comunidad, con una luz, que llevaba oculta, encendía las estopas, de suerte que

las religiosas no podían apagar aquel fuego abrasador con jarras de agua y paños humedecidos. Tan tremenda mortificación, aunque extremeceía a las monjas, a ella la alegraba el corazón. Diez o doce testigos presenciales depusieron este caso, diciendo que aquellas llamas, además de abrasar el cuerpo de la Sierva de Dios, encendían sus corazones en el amor divino.

Sor María, por otra parte, no sólo observó los ayunos y abstinencias de la Iglesia y de la Orden, sino que siempre fué parca y mortificada en la comida y bebida. Cuarenta y cinco años tuvo calentura continua, con sus crecimientos, y otros muchos achaques muy frecuentes; con todo, su comida era pobre, parca y de vigilia, mezclándola con acíbar, ajenos y ceniza, para desazonarla. Además, no perdía el ayuno eclesiástico y el de siete meses que ordena su regla, a pesar de su poca salud.

Su cama era el suelo, como pudieron ver varias veces las monjas, sin que ella lo notara. El sueño toda su vida religiosa sólo duraba dos horas, porque el resto de la noche lo pasaba en oración, aun cuando estuviera enferma de gravedad. Siendo de natural inclinado al aseo y limpieza, sentía grande repugnancia a las inmundicias, mas venció esta resistencia bebiéndose cuando fué enfermera, hasta los vasos llenos de lo que las enfermas espectoraban aun estando algunas de ellas atacadas de tisis y otros achaques contagiosos. También sucedió una vez en su ancianidad, que pasando con la Madre Beatriz de San José por un tránsito, donde encontraron una vascosidad en el pavimento, como sintiera la natural repugnancia con más viveza que en otras ocasiones, arrojóse a tomarla y se la tragó, con admiración de la compañera.

También mortificó los demás sentidos exteriores y potencias del alma continuamente. No hablaba, sino lo extrictamente preciso cuando convenía; ni se dejaba llevar de la curiosidad, preguntando lo que pasaba en casa o fuera de ella, pues vivía recogida en su celda o en el coro todo el tiempo que tenía libre de los actos comunes, ni divagaba con

sus ojos, sólo miraba al cielo y los objetos que la recordaban su Dios. Supo reprimir tanto sus potencias interiores que todas las tenía ocupadas en la contemplación de lo celestial y divino; aun de los regalos y consuelos espirituales se privaba con grande contento, por complacer a su divina Majestad, prefiriendo, hasta en lo bueno y santo, el agrado del Señor a la satisfacción de su propio gusto.

La mansedumbre.

Mansedumbre es una virtud que modera los ímpetus de la ira. Es parte aneja a la templanza y una de las virtudes recomendadas por el Divino Maestro al decirnos: *Aprended de Mí, porque soy manso*. Produce en el alma cierta inmutabilidad, pues no se inquieta con las turbaciones de la persecución, ni de las cosas adversas o prósperas que se presentan.

La mansedumbre heroica consiste en la perfecta moderación de la ira. El verdadero manso de corazón reprime con modestia el ímpetu de ira en los momentos de alteración, pero sin tristeza, y llega a no experimentar alteración alguna, en virtud de las repetidas victorias alcanzadas contra la pasión; se alegra, además, por su propio bien espiritual, en medio de las ocasiones que se le ofrecen de airarse, y siente dolor y compasión del daño que se hace la persona que le proporciona molestias.

Mansedumbre heroica de Sor María.

El temperamento de Sor María fué sanguíneo-colérico, porque en sus venas llevaba sangre de reyes y guerreros, y por ende, ardiente y altanera. Mucho hubo de luchar la venerable Madre, a cada instante contra las tendencias de su temperamento, sobre todo al principio de su vida religiosa; pero con la mansedumbre lo moderó de tal manera, que lo justo fué proporcionado siempre a lo piadoso, teniendo tanto

fervor y celo como mansedumbre. Nunca, pues, se encolerizaba con las enfermas; cuando éstas la molestaban impulsadas por el mal humor de la enfermedad, ella las calmaba con dulzura y aun se echaba la culpa de aquellas molestias y quejas. Nunca se la vió airada con las novicias o súbditas, mientras desempeñó los cargos de Maestra y de Priora; ella les amonestaba y corregía con suavidad. Nunca tuvo que arrepentirse ni acusarse de haberse dejado arrastrar de la ira en el largo período de sus persecuciones, según afirmó ella misma. Nunca se quejó en los infortunios y desventuras; siempre vivió tranquila y resignada en los designios de la divina Providencia, mostrando en la cara y en el trato una paz y afabilidad celestial en todos los trances.

La humildad.

La humildad es una virtud por la cual el alma se afianza y se hace firme para no elevarse desordenadamente, y es una parte de la virtud de la templanza. El humilde perfecto desconoce su propia excelencia y perfección aunque el vulgo le llame santo; se tiene por la criatura más vil y pecadora del mundo; atribuye a sus culpas todos los sucesos siniestros que ocurren a cada paso en el mundo; oculta los dones naturales, las gracias, carismas y favores recibidos de la mano de Dios; procura ser despreciado; sufre con paciencia, sin la menor inmutación interna ni externa y aun con alegría, las injurias y befas de sus enemigos y de cualesquiera personas; en fin, extingue los movimientos de vanagloria y soberbia. Hé aquí la humildad perfecta y heroica.

Humildad de la Sierva de Dios.

Mucho se desveló la Sierva de Dios en adquirir, con propia diligencia y meditación, el conocimiento de sí misma; el *noverime* de San Agustín tenía lo muy grabado en la memoria y ejercitábalo todos los días algún rato. Por el

telescopio de este conocimiento sólo descubría en el fondo de su alma el vacío inmenso de obras buenas y una grande acina de malas tendencias, faltas y miserias, se miraba, volvía a mirarse y no veía más que corrupción espantable. Dios, *por otra parte*—dice su Director el Reverendo Padre Acosta—*la infundió tan profundo conocimiento de su nada, que no cabe mayor en la inteligencia humana; de ahí el vil aprecio o sumo desprecio que esta gran Madre hizo de sí, y el considerarse la persona más indigna de la tierra.*

Tiene su gozo en confesarse gran pecadora.

Por tal se reconocía, al decir a las monjas algunas veces: *Hijas, ayúdenme con sus oraciones, para que su divina Majestad, perdone tantos pecados, cuantos esta vil criatura ha cometido contra su infinita bondad.* Esta idea que había formado de sí misma hacía la confesar públicamente sus faltas, ponderándolas con tanto afecto, cual si fueran culpas gravísimas, castigándolas con tan rigurosas penitencias, que estremecía a las religiosas y las enfervorizaba.

Como estaba convencidísima de su bajeza, este convencimiento la llevaba al extremo de manifestar a los seglares, de palabra y por escrito, lo que sentía de sí misma. En cierta ocasión, escribiendo a la Excma. Sra. Condesa de Arcos, la decía a este propósito: *Toda la considero abrasada en el divino amor y tan endiosada, que estará absorta, transformada y anegada en el mar inmenso de la Divinidad. Dígame Vuestra Señoría cómo le ha ido estos días de la octava del Santísimo Sacramento con Nuestro Señor, que por acá muy de fiesta ha estado, haciendo grandísimas mercedes y favores soberanos. Él sea bendito, que tan liberal es en su condición y tan rico en sus misericordias, pues la comunica a la criatura más miserable del mundo.* (Carta de Junio 1615.)

Otra vez, dirigiéndose a D.^a Luisa Magdalena Manrique de Lara, la expresa sus vivas ansias de ver a Dios cuanto antes en el cielo; un sólo obstáculo había, a su parecer, que

no la dejaba volar a las eternas moradas de la gloria. ¿Cuál era este obstáculo? Oigamos cómo lo refiere ella: *Siéntome—la escribía—Señora mía, muy acabada y con grandes desamparos, y se me hiela el cuerpo con el calor que hace, sin haber orden de entrar bocado en la boca; creo que esto está ya muy a los últimos, si no es que por mis pecados se me dilata el destierro.* (Carta 24 de Mayo de 1639.)

Atribuye a su culpa las calamidades.

Si las desgracias, calamidades e infortunios afligían a los individuos, a las familias, a la sociedad o a la Religión católica, todo ello lo juzgaba como castigo de sus propias culpas, y lo lloraba amargamente. Estando enferma de algún cuidado D.^a Mariana de Mendoza, su santa amiga, rogaba al Señor la diera salud y larga vida, para consuelo de sus parientes, de los pobres y de la Comunidad de Carmelitas de Toledo, según lo manifiesta a D. Luis Herrera, Secretario de la misma señora, en su carta con fecha 6 de Diciembre de 1626, añadiendo luego estas palabras: *Dios Nuestro Señor nos oiga y nos le dé vida y salud, que poder tiene para ello, y no permita desconsolarnos con que nos falte esta santa señora del mundo, que yo por castigo de mis pecados tengo el que esté tan mala.*

Habiendo surgido algunos disgustos y contrariedades entre los religiosos de la Orden Franciscana, hubo de referírsele a la Sierva de Dios la Sra. Condesa de Paredes, a cuya referencia contestó: *Grande cuidado me da lo que Vuestra Señoría me dice de la discordia entre la Religión de San Francisco; hasta ahí parece que ocasionan mis pecados, que llegue el castigo de Dios.* (Carta del 17 de Agosto de 1639.)

La misma Condesa notificó a Sor María los desastres de las guerras que sostenía España con varias naciones europeas y la destrucción de la escuadra en el Canal de la Mancha a la vista de Dunkerke. A tales noticias respondió la Sierva de Dios lo siguiente: *Mucho me ha lastimado lo que*

me dice Vuestra Señoría acerca de ésto; la pérdida que ha habido en la Armada; todo lo atribuyo a mis pecados y, sobre todo, el no haber paces, que creo, mientras estas guerras duraren, no puede haber buen suceso; Dios se duela de nosotros por la inmensidad de su misericordia. (Carta del 22 de Noviembre 1639.)

Cierto día, debido a locuras e imprudencias del Rey Felipe IV, estuvieron expuestas a una horrible catástrofe las personas de la familia Real y toda la servidumbre de Palacio. Lejos de dar gracias a Dios por haberles librado de la muerte, el Monarca, a lo que parece, se mostró indiferente con poca edificación del pueblo. De este suceso dió cuenta a la venerable virgen la citada Condesa de Paredes, que entonces vivía en el Regio Alcázar como Dama de la Reina. A la comunicación de nueva tan triste respondió nuestra María con otra carta, en la cual escribía: *Con lágrimas de sangre quisiera yo llorar lo que Vuestra Señoría pondera. ¿Es posible que un Rey tan católico no vea las gracias que se deben dar a Dios de cosa tan manifiesta y de haberle dejado con vida, cuando pudiera, con una temeridad como esa, arder ese Palacio con todos los que estaban en él? Cierto, señora de mi alma, que no sé a qué echar semejante descuido, si no es a la multitud de mis pecados. (Carta del 2 de Marzo de 1640.)*

La violeta escondida.

Sor María es la pequeña violeta que se oculta entre el follaje del bosque y extiende sus ramas por el suelo. Ella, viendo que los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, los magnates y plebeyos multiplican sus visitas para aclamarla Santa, huye de estos aplausos, negándose a recibir a los visitantes con el pretexto de su poca salud. Por lo mismo, precisamente, jamás quiso hablar de la nobleza de su sangre, ni de sus blasones, ni de sus riquezas, ni de sus comodidades, ni del tren lujoso de su casa.

Tuvo, además, gran cuidado de no manifestar las gracias y favores con que Dios la regalaba; si algunas veces lo hacía, era porque los Superiores la obligaban a ello, con rigurosos preceptos de obediencia, o porque el mismo Dios se lo mandaba repetidas veces. Varios años, en las Pascuas de Navidad, su divina Majestad la descubría sus deseos de nacer en el corazón de tales o cuales religiosas, ordenándola que les avisara con el objeto de que se preparasen debidamente. Mas, llevada de la dificultad que sentía en darles estos avisos, no hacía caso del mandato del Señor, hasta que sobre ella cargaba la responsabilidad de todo lo que aquellas almas dejasen de amarle entonces, por no haberlas avisado. Las pocas veces que, a instancia de algunas Preladas y religiosas de su confianza, comunicaba los favores celestiales, las rogaba encarecidamente guardasen el completo secreto sobre lo comunicado.

Ya se ha dicho que la venerable Madre escribió algunos cuadernos en los cuales refería las mercedes que del cielo recibiera; estos cuadernos guardábalos, cual rica alhaja, el Ilustrísimo D. Fr. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona. Cuando nuestra María tuvo noticia de la última enfermedad de este santo Prelado, temiendo que dichos escritos se extraviaran y llegara a publicarse su contenido, toda afligida rogaba al divino Esposo no permitiera tal extravío, y que se los devolvieran a penas falleciera el Obispo y Confesor de Santa Teresa.

Con esta aflicción se fué a una novicia suya, Sor Ana de la Trinidad, y la dijo: *Hija, pida a Dios con mucha instancia una cosa que yo le suplico*. El buen Jesús le concedió, en efecto, la gracia tan deseada y pedida por ella y la novicia; porque, muerto Fr. Diego de Yepes, su Capellán, Religioso Jerónimo, como él, recogió los cuadernos y fué a Toledo a entregárselos a la venerable Madre, pues no quiso confiar aquel tesoro a ninguna otra persona, y tuvo por gran premio de su cuidadoso trabajo el haber conocido a la Sierva de Dios, a la cual veneró siempre como a Santa.

Sor María, viendo en su poder aquella obra de su pluma, la escondió algún tiempo; no obstante, Sor Ana de la Trinidad, a hurtadillas, pudo hacerse con parte de los cuadernos empapados en el óleo de la reliquia de Santa Teresa, que sobre ellos colocara Fr. Diego de Yepes. Aperebida la venerable virgen de la merma de estos papeles, para ocultarlos eternamente a las miradas humanas, los arrojó al fuego, acción que nos privó de admirar en ella las misericordias y finezas de Jesucristo enamorado de su alma. La Madre Ana de la Trinidad, conservó aquella parte de dichos escritos, durante algunos años; pero como fué repartiendo muchos pedazos de ellos a personas amantes y devotas de nuestra María, al fin, nada quedó de tan preciosa reliquia.

Por último, Sor María escondía sus cualidades considerándose como la más inútil de la casa; y cuanto tenía visos de mayoría la molestaba. De ahí, que huyese de las dignidades y se resistiese a aceptarlas. Si desempeñó los cargos de Supriora y Prelada, fué obligada por la santa obediencia, conduciéndose en ellos sin hacer alardes ni ostentaciones ridículas de mando; y cuando quedaba libre de tales cargos, alegrábase lo indecible, porque así podía vivir sola con Dios, como se lo dice a D. Luis Herrera, en su carta del 30 de Noviembre de 1627. *Muy grande merced—le escribía—recibí con la enhorabuena que me envía Vuestra Merced del no ser Priora, que con grande gusto recibo ésta; encomiéndeme mucho a nuestro Señor, y le pida me sepa yo aprovechar de la merced que me ha hecho en dejarme a solas con su Majestad en la celda, que es una vida del cielo vivir sin cuidados, sino solos los que trae consigo el divino amor; quiera Nuestro Señor yo le sepa servir y agradecérselo, y me prepare, para una santa muerte, que mucho lo deseo.*



Capítulo XXIV.

OBEDIENCIA DE LA SIERVA DE DIOS

Definición de la obediencia.

La obediencia es una virtud moral que inclina la voluntad a ejecutar el mandato del Superior, con ánimo de satisfacer su deseo. El verdadero y perfecto obediente no admite tardanzas en la ejecución de lo que se le manda; conforma su voluntad con el Superior; no se detiene a juzgar sobre lo mandado, sino que lo practica a ciegas, como suele decirse; no hace nada sin consultarlo con la superioridad, y no repara en las cualidades del Superior; acata las órdenes del que es imprudente y necio, como las del prudente y sabio; sométese al precepto del mal intencionado, o que le es adverso; no replica cuando se le manda y aun obedece a los iguales e inferiores. El que sube por estos grados se halla en estado de obediencia heroica.

Obediencia heroica de Sor María.

La Sierva de Dios, ya en el siglo, vivía sometida voluntariamente a su madre, a sus abuelos y tíos, según ella misma solía decir a las monjas: *Hijas, os aseguro que, hasta profesar y ligarme con voto a obedecer, jamás encontré descanso en nada, sino en la obediencia; en ella, como si fuera mi centro, hallé sosiego colmadísimo.* Desde su profesión vivía tan en-

tregada en los brazos de la obediencia, que todos sus actos los regulaba con esta virtud. Por eso les fué fácil a sus Prelados y Confesores guiarla en el camino de la perfección con tal acierto, que llegó a subir a lo más alto del heroísmo.

Santa Teresa conoció tan perfectamente la obediencia de la Sierva de Dios, que juzgó necesario ordenar a las Prioras del Convento de Toledo, atendieran mucho al modo con que mandaban las cosas a Sor María de Jesús, porque sabía de su virtud no faltaría ni se excedería en un átomo, aun cuando la costara la vida, porque, en su aprecio, únicamente estimaba como verdadera vida el vivir en obediencia.

Estando Santa Teresa una vez en Toledo, mandó a la Sierva de Dios bajase a ver una imagen de Jesús con la Cruz acuestas que habían traído al convento. Bajó la venerable Madre y la adoró con entrañable afecto y consuelo de su alma, pero en el mismo instante la mandó su Prelada fuera a ocuparse en otra cosa muy penosa, y ella obedeció al momento, sin alterarse su semblante, y con tanto gusto como si las cosas de la obediencia fueran el mismo acto de adoración que había rendido a la imagen de Jesús, el cual premió este acto heroico, diciéndola: *Tuyos son los logros de mi pasión.*

Muchas veces estando enferma la Sierva de Dios y en la cama, atormentada con varios achaques y dolores y no hallando remedios para ello, en nombre de la obediencia que la mandaba levantarse, abandonó la cama y bajó a ejercitarse en el oficio de Sacristana, de Tornera o de otro que se la designara en el momento, pero tan prontamente y tan sana, como si nunca hubiera tenido enfermedad alguna. Así la vieron las religiosas, quedando todas muy admiradas de tales sucesos y atribuyéndolos a la milagrosa obediencia de la venerable virgen, cuya virtud le había dado fuerzas para ejecutar tales actos sin dificultad alguna.

En una ocasión, a fin de prepararse mejor para celebrar la festividad de la Asunción de Nuestra Señora, pidió licencia a la Prelada para quedarse toda la noche en el coro des-

pués de maitines y disponerse para comulgar, pues eran tales sus deseos de recibir a Jesús Sacramentado, que no le cabía el corazón en el pecho. La Prelada la respondió que subiera a la celda a descansar como las demás. Después de las doce de la noche, entró la Priora en la celda de nuestra María con un jarro de agua y bizcochos, y la dijo; *Tome un bizcocho y beba agua, que sé lo necesita.* Al eco de estas palabras obedeció inmediatamente tomándose aquel refrigerio y haciéndose suma fuerza en el interior. Cuánto agradase al Señor con este sacrificio en la ocasión presente, lo demostró su Majestad, apareciéndosele en un trono hermosísimo rodeado de ángeles, y dándole a entender que este trono era su obediencia, y los ángeles que le rodeaban eran las alabanzas que estos espíritus le cantaban por haber ofrecido ella este trono. Luego en premio de esta obediencia la prometió servirse de su alma para trono, corriendo por su cuenta el adornarla y hacerla capaz de esta gran misericordia.

En las tres ocasiones que fué electa Priora, sólo al oír la voz del Superior que la obligaba a aceptar aquel cargo, se quedaba tranquila, y lo mismo la sucedió cuando la Madre Juana de Jesús María la escogió por Supriora, pues, habiéndolo sido siete años seguidos, quería verse libre de todo; mas cuando vió el empeño de la Prelada, aceptó con gusto.

Cuando el General de la Orden, Fr. Alonso de Jesús María, la pidió perdón de lo mucho que la mortificó durante más de veinte años, afligióse mucho, porque Dios la privaba, como a la criatura más indigna, del bien de padecer por obediencias, tanto más sensibles, cuanto eran ocasionadas por informaciones siniestras. Si se trataba de este asunto delante de ella, lloraba amargamente, y, juzgándose desfavorecida, exponía sus deseos y quejas al Señor clamando a voces: *Dios mío, si mi vivir es imitarte padeciendo obediente, ¿cómo no me quitas la vida, si me quitas el ejercicio por quien vivo?* A esta queja respondió Jesucristo, para consolarla: *Hija, hasta aquí fué mi voluntad que me imitases en este género de pena; ya no lo es, confórmate con ella.* La misma Sierva de Dios

llegó a afirmar: *Nunca me acuerdo haber tenido el menor pensamiento que me turbe el amor a la puntual observancia de este voto, ni aun en este período, como ella aseguró al mismo Reverendísimo Padre General. De ahí que a los Superiores los amaba sólo porque la mandaban y servían de instrumentos para ejercitarse en la obediencia.*

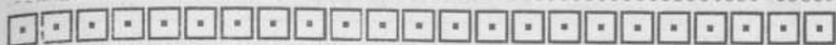
Siendo Priora la Sierva de Dios, había resuelto enderezar a una religiosa en la observancia regular, y lo ejecutó algunos días; mas habiéndole mandado lo contrario el R. P. Provincial, Fr. Felipe de San José, obedeció en seguida con sumo placer, por lo cual fué alabada del mismo Jesucristo en una visión, diciéndola su Majestad: *Mucho me has agradado en tu obediencia, y en recompensa te concedo la gracia de ser obediente siempre a mis inspiraciones, sin que sientas en ellas ninguna repugnancia.*

Cuando las Prioras, por haber sido discípulas suyas, se abstentaban de mandarla, sentíalo tanto, que por darla gusto, se violentaban y veíanse precisadas a mandarla, y ella les pedía que lo hicieran con todo rigor. Cuanto de extraordinario practicaba en sus penitencias para desahogar sus fervores con particulares devociones y otros actos de piedad, todo lo hacía bajo el mandato de la obediencia, sin atreverse a nada sin expreso permiso.

La Sierva de Dios, no solamente obedecía a sus Superiores, sino también a los iguales e inferiores en el siglo y en la Orden. Viviendo aún en su casa, aunque dueña y señora de ella, sometíase voluntariamente a su criada, obligándola a usar con ella de severidad, si en algo faltaba. Ya religiosa, obedecía, por ejemplo, a las enfermeras hasta tal punto, que bebiendo agua para apagar sus ardores, si le decían, *basta*, no sólo dejaba el vaso, sino que arrojaba también la que tenía en la boca. De ésto se admiraban las enfermeras, porque estando la Sierva de Dios algo sorda en sus últimos años, tan pronto como percibía el mandato, se arrojaba a ejecutarlo.

Asimismo, se sometía a las insinuaciones de D. Luis He-

rrera, aun siendo Priora, por insignificantes que fuesen, e igualmente a las de otros inferiores, sólo por el mérito de la obediencia. Tanto agradó al Señor con esta virtud en todas las vicisitudes de su vida, que el mismo Jesucristo la concedió la gracia extraordinaria siguiente, al decirla: *Me has agrada- do tanto en el cumplimiento de tu perfecta obediencia, que, en recompensa, he mandado al demonio que esté sometido a tí.*



Capítulo XXV.

CASTIDAD DE LA SIERVA DE DIOS

Noción y excelencia de esta virtud.

La castidad es una virtud moral que modera los placeres sensuales y castiga la concupiscencia. Esta virtud desde el principio del mundo, ha sido considerada como virtud preclarísima y casi adorada de las gentes. El glorioso Mártir San Cipriano la llama muerte del hombre, antes de la muerte o separación del cuerpo y del alma, porque el hombre debe estar como muerto a los placeres sensuales, mientras vive en el mundo. Los Santos Padres afirman que esta virtud tiene su origen en la mente divina, de la cual brota el Océano de pureza que baña a los bienaventurados, y desbordándose del cielo, inunda la tierra anegando entre sus aguas a innumerables criaturas de la especie humana.

Los que lavan su alma y su cuerpo en el Océano de la pureza se conservan sin mácula en la mente, en la voluntad y en la carne; por fuertes que sean los ataques de la tentación, siempre salen victoriosos de ella y coronados de méritos, llegando a adquirir una segunda naturaleza semejante a la angélica, pues, aunque rodeados de carne, viven como fuera de ella; en fin, son en cierto modo criaturas angélicas y divinas.

Castidad heroica de Sor María.

Sor María, desde la niñez, fué angelificada con las aguas de la castidad virginal, permaneciendo sin manchilla en todas las vicisitudes de su larga vida. Desde la infancia amaba esta virtud con preferencia a las demás, y, cuando se vió en la precisión de admitir las relaciones de aquel joven y noble caballero, que pidiera su mano a los abuelos paternos y tíos, bajo cuya tutela vivía, supo guardar ilesa la flor de su pureza, no permitiendo que, en su presencia, se cometiera la falta más insignificante contra la honestidad. Por la estima que hacía de esta joya preciosísima, no pudo resolverse a tomar el estado de matrimonio.

Cielo sin nubes.

El Señor, por otra parte, que la había destinado para su esposa, la preservó siempre del aire pestilente de pensamientos, y de las nubes de imaginaciones y fantasmas de sensualidad, como ella misma refirió a sus monjas. *Hijas—les decía—la misericordia de Dios, atendiendo a mi flaqueza, nunca hasta hoy me ha fiado el menor pensamiento que desdiga de mi voto.* Una vez, dando gracias a su divina Majestad por este gran privilegio, oyó de su boca estas palabras: *Hija, debes dárme las, y advierte, que, desde el día en que tomé posesión de tu amor y lo reservé para Mí solo, te libré de la pesada cruz de los pensamientos malos, por el especial cariño que tengo a tu alma.*

Sol de pureza.

Como el sol ahuyenta con sus rayos las tinieblas de la noche, deshace la densa niebla en las mañanas de invierno y

rasga la obscura nube en días de tempestad, Sor María, sol refulgente por su virginal y privilegiada castidad, desvanecía de los corazones las oscuridades, sombras y negras nubes de la impureza. No una, sino innumerables veces, sucedió que, acudiendo a consultarla o visitarla personas tentadas contra la virtud angélica, tan pronto como empezaban a hablar con ella, aunque se tratase en la conversación de otras cosas muy distintas, desaparecían las tentaciones sensuales. Testimonio de ello dieron muchas personas, y entre ellas un Prebendado que, hablando con el venerable Doctor Francisco López, le dijo: *Sólo oír la voz de María de Jesús, me ha infundido valor para huir de una ocasión próxima y antigua y salir del fétido lodazal del vicio impuro.*

Fragante azucena.

Sor María, cual blanquísima azucena que embalsama el ambiente con su aroma, exhalaba de su cuerpo angelificado una fragancia agradabilísima que, no solamente se notaba estando junto a ella, sino a larga distancia. Así lo testificaron gran número de seglares que, yendo a buscar consejo y consolarse en sus aflicciones con ella, antes que llegaran a la reja del locutorio, aspiraban ya esta suave fragancia. El cirujano D. Antonio Sanz, cuantas veces entraba en el Convento, solía decir: *Conozco a la Madre María de Jesús por el buen olor que deja en los sitios por donde pasa, aunque la vea de espalda y a lo lejos.* Los médicos, al visitarla en sus enfermedades, aun cuando no tuviera fiebre, la pedían el pulso únicamente por gozar del aroma que exhalaba en el momento de sacar la mano fuera de la ropa, afirmando ellos que este olor tan agradable no era de cosa material de la tierra, sino celestial. Esta misma fragancia percibía el Reverendo Padre Francisco de Acosta siempre que hablaba a la Sierva de Dios, y hasta en su propia habitación la sintió una vez, desde Madrid, estando enfermo de gravedad.

Rosa entre espinas.

La Sierva de Dios, lejos de abandonar el cultivo de esta virtud, supo defenderla y trabajarla, cual laborioso jardinero que no cesa de cuidar sus plantas. Ella domaba su carne, como ya se ha dicho, con rigurosísimas penitencias, comía poco y desazonado, velaba casi toda la noche en oración, estaba siempre ocupada en labores de manos, media con la modestia sus pasos y acciones, hablaba poco y de cosas edificantes, nunca miró de propio intento a ningún hombre, no obstante de haber tratado a muchos de diferentes clases y estados.

Maestra de la castidad.

Muchas veces, hablando con las monjas de las excelencias de esta virtud, decíales: *Hijas, la que amare a Jesucristo, será casta; la que de todo corazón lo atendiere, tendrá en este Señor un escudo inexpugnable y una seguridad infalible para la guarda de este voto.* Cuando sus propias novicias veíanse combatidas con tentaciones obscenas, Sor María, conociéndolo por divina ilustración, apresurábase a socorrerlas, para que el demonio no las venciera, alentándolas en tales casos a la victoria con estas palabras: *Hijas, poned vuestros corazones en Cristo, invocad el amparo de la Santísima Virgen y el de su bendito Esposo San José, a quien Dios ha constituido protector singular de la castidad.* Además de inculcarles de este modo el amor y conservación de virtud tan bella y encantadora, si alguna vez se atrevían a mirar al rostro de sus propios padres, hermanos o parientes, tan pronto como se enteraba de ello, las reprendía y exhortaba a mirarse sólo en Dios, y a Dios en sí mismas, pues, de lo contrario, daban ocasión al enemigo para que las molestase con algún pensamiento malo.



Capítulo XXVI.

POBREZA DE LA SIERVA DE DIOS.

Concepto de la pobreza.

La pobreza es una virtud moral que nos inclina a refrenar todo apetito immoderado de los bienes temporales, esto es, el amor excesivo, el cuidado y solicitud de adquirirlos, conservarlos y aumentarlos. La pobreza heroica consiste no sólo en la renuncia de las riquezas temporales, sino también en renunciar al uso y afecto de todas las cosas que no sean estrictamente necesarias, tanto en el vestido como en el alimento, a ejemplo del divino Salvador, que se contentó con lo puramente preciso para la subsistencia.

Pobreza heroica de Sor María.

Desde el momento en que la Sierva de Dios se resolvió a dejar el mundo, sintió vehementes deseos de vivir como pobre evangélica, despreciando los bienes que poseía, y tan pronto como le fué posible y estuvo en su mano, comenzó a distribuirlos entre los necesitados. Semanas antes de ingresar en el Carmelo, hizo donación de sus vestidos lujosos, de sus joyas y de todas las galas que había usado, a personas pobres. Este generoso desprendimiento mostró también cuando, ligada ya con el voto de pobreza, no permitía a su memoria acordarse de las riquezas pasadas, y este mismo consejo re-

petía a sus monjas, diciendo: *Yo no tengo por grande la pobreza del que lo dejó todo, si todavía se reserva la memoria de haberlo dejado, puesto que es quedarse con mucho, quien con ella se queda.*

Temerosa de que la cosa más mínima pudiera quebrantar su pobreza, ni siquiera usó lo lícito, como lo demostró todo el tiempo que fué tornera, pues aun cuando en este oficio se le había dado facultad para distribuir limosnas a su arbitrio, nunca quiso darlas, sin expresa licencia de su Prelada. Siendo Priora la Sierva de Dios, todo cuanto era de espléndida para cuidar y regalar a las enfermas y aun a las demás súbditas, era de estrecha y pobre para sí en el alimento. En las enfermedades que padeció, suplicaba a las religiosas evitasen gastos y regalos, por amor a esta virtud.

Para encubrir el aprecio a la pobreza, halló un medio; no manifestar extrañeza alguna de poseer algo o pedirlo a sus bienhechores, aun sintiendo por esto grande pena interior. Mostrábase relajada en esto, para sufrir humillación y menosprecio, diciendo que sus gastos eran excesivos, y por lo mismo, que se veía precisada a mendigar alivios entre las personas conocidas, por no poderlo soportar la Comunidad, si bien era para alcanzar fama de poco amor a esta virtud.

La ropa que vestía Sor María de Jesús, fué de sayal búrdo y estameña, nunca quiso usar lienzo en sus muchas y graves enfermedades, como lo manifestó bien claramente en la última; pues estando su cuerpo ya todo hecho una llaga y experimentando intensísimos dolores y calor con la aspereza de la ropa ordinaria, le ofrecieron un vestido de holandilla, con el objeto de aliviar aquellos ardores; pero ella, amante de la pobreza y observancia de sus leyes, lo rehusó, no queriendo introducir cosas contra lo establecido.

En su celda no había más muebles y adornos que una cruz grande de madera, algunas imágenes devotas de papel, sin otro asiento que el duro suelo, algunos libros espirituales, y su cama era un jergón de paja con sábanas de estameña y una cubierta de sayal burdo, conforme en todo con las leyes

y santas costumbres de su Orden. Y no sólo cumplió ella exactamente este voto, sino que también procuró inculcar su observancia a las demás como lo demuestra el caso siguiente: En cierta ocasión vió a la tornera, hija suya de noviciado, dar una limosna mayor de lo que le correspondía, en virtud de las facultades que se dan a las que desempeñan este oficio, y la reprendió rigurosamente, a pesar de ser dulce y cariñosa con todas y ser muy generosa con los pobres.



Capítulo XXVII.

Gracias *gratis datas* de la Sierva de Dios.

Su definición.

Gracias *gratis datas* son ciertos dones de Dios ordenados a instruir y ayudar a los prójimos en la consecución de la vida eterna. Aunque algunas veces se comunican a los pecadores, se dan ordinariamente a los justos de excelente santidad, como se ve por los ejemplos de los Santos que tuvieron espíritu de profecía, gracia de hacer milagros, de sanar enfermedades, discreción de espíritus, y otras muchas.

¿Cuántas son estas gracias *gratis datas*? El Apóstol, escribiendo a los Corintios, las enumera, diciendo: A uno comunica el Espíritu Santo el conocimiento de la sabiduría, a otro el de la ciencia, a otro la fe, a otro la gracia de sanidades, a otro la de hacer milagros, a otro la profecía, a otro la discreción de espíritus, a otro el hablar en diferentes lenguas, a otro la interpretación de las palabras.

La sabiduría brilla en Sor María.

Dios adornó el alma de nuestra María de Jesús con algunas de estas gracias, y primeramente con la sabiduría, elevándola a un grado supereminente de contemplación en el cual le comunicó conocimiento altísimo de las cosas divinas por las causas primeras y razones más sublimes que le hacían formar juicio sano y lleno de suavidad sobre ellas. La inteli-

gencia de la Escritura y de los atributos y esencia de Dios le fueron dados a la venerable virgen cuanto cabe en el estado de viadores, como lo dice el Reverendo Padre Acosta con estas palabras: *Si bien es cierto que en este mundo nadie, generalmente hablando, puede ver la esencia divina, lo que digo y dijeron de esta gran Madre los mayores hombres de su siglo es, que en este vacío de sí y lleno de Dios y con este vivir sin vivir en sí, por vivir, ser, amar y entender en Cristo, alcanzó uno de los más altos grados de conocimiento de la divinidad que entendimientos criados pueden alcanzar en este destierro.*

El Reverendo Padre Diego de Jesús Salablanca, varón eminente en virtud y doctísimo en la teología escolástica y mística, solía gastar muchas horas hablando con esta venerable virgen sobre materias teológicas, y afirmó que no se atreviera a tratarlas en la cátedra, sin haber conferenciado antes con ella, porque en su entendimiento hallaba luz y claridad de los divinos misterios. Del misterio de la Santísima Trinidad, con cuya vista la favoreció Dios muchas veces, hablaba con tanta claridad, con frases tan apropiadas, con símiles tan hermosos y encantadores, que arrebatava a los oyentes, dando así a entender el conocimiento altísimo que tenía de él.

Estando en Toledo Santa Teresa, al ser preguntada por los Doctores y Maestros sobre los divinos misterios, para que se los explicara, contestábales: *Traten eso con María de Jesús, que es una gran contemplativa y tiene especial luz del cielo para ello.* Ilustrada con la luz divina de este don la reconoció la Mística Doctora, cuando la constituyó Censora de sus libros *Camino de Perfección* y *Moradas*, mandándola que los leyese y enmendase en lo que la pareciera iba errado, o le avisase a la misma Madre para que lo corrigiese.

En esta preclara inteligencia se fundaban las instrucciones que la Sierva de Dios hacía a sus monjas sobre tales misterios, y que llenaban todas las mentes de particular luz y gozo. Tratando, por ejemplo, de la transformación en Cristo, decíales: *Hijas, sólo sabe ser y entender quien tiene por su ser a Cristo, y sólo sabe conocer a Dios divino y humano, el*

que es tan dichoso que hace dueño a Cristo de su ser, y camina por tan segura vereda. Aquí, hijas, no camina la criatura, camina Cristo; y si ella camina, es como niño sobre los pies de su nodriza, que sólo con fijar en ellos los suyos, puede correr. Aquí no pide ella, pide Cristo en sí, y para sí en mí, y si a mí me lleva, es para que me goce de que no soy yo, sino Él, y Él mismo es quien negocia, obra, y todo lo puede, gozándome yo en Él, y dándome Él especial gozo de que sólo en Él puedo ser. Aquí ya no es la criatura, es Cristo en ella; y en virtud de Cristo, esta dádiva debe ser el Unigénito en ella, la devuelven ella y Cristo a su Eterno Padre, aspirando a darle con el efecto a su mismo ser divino. De aquí le resulta al alma una grande osadía para todo lo que se ordena a la honra y gloria de este Señor; pues como no es ella, y sabe que en virtud de Cristo ha de obrar la divinidad en ella, halla tantas causas para prometerse buen despacho, en lo tocante a la honra y gloria de este Señor, cuantas halla en Cristo; y como ha experimentado la dádiva de ser Cristo en ella, y que en esta dádiva tiene su ser, hállase no sólo con vereda segura para caminar a la divinidad, sino con una como especie de posesión, en virtud de lo que puede dar Cristo; y si tal vez no consigue lo que pretende, se queda con sumo gozo y suma actitud, porque lo principal a que aspiró su petición nunca fué para sí, sino para la gloria divina, la cual se ve cumplida en haberse hecho su voluntad santísima.

La gracia de profecía.

La gracia de profecía, tomada en toda su extensión, consiste en penetrar cosas de sólo Dios conocidas; en la acepción más extricta, es revelación de sucesos futuros. Siendo el conocimiento profético un efecto de la luz divina, puede dárnoslo a conocer todo, lo mismo lo divino que lo humano, lo espiritual que lo corporal. Dios enriqueció a su Sierva María de Jesús con este don admirable, como lo prueban los siguientes casos.

En el convento de las Carmelitas de Toledo recibió el hábito, en calidad de Hermana Lega, una joven de excelentes prendas físicas e intelectuales, de las cuales estaba ella muy pagada, si bien en lo exterior procedía con tanta exactitud y esmero en todas las cosas, que las monjas la estimaban en gran manera y deseaban profesara para bien de la Comunidad. Sólo María de Jesús la miraba con alguna extrañeza y no la trataba como a las demás. Habiéndolo notado una religiosa la preguntó, por qué no apreciaba a aquella Hermana. A lo cual respondió: *Sí la quiero, pero no como a religiosa, porque no lo ha de ser ni ha de profesar*. Mucho admiró esta sentencia a la interrogante, porque estaba ya aprobada la novicia por la Comunidad y su profesión muy próxima. Cumplió, al fin, el tiempo de su aprobación, y teniendo ya la licencia del P. Provincial, le dijo la Prelada la víspera de la profesión: *Ea, Hermana, ¿quiere Su Caridad profesar mañana?* A lo cual la novicia respondió: *Otro día profesaré*. Esta respuesta la oyó María de Jesús, y volviéndose a otras monjas, les dijo: *Profesará Inés cuando yo me vaya a pasear a la Vega*. Así sucedió, en efecto, porque a los pocos días, descubrió la tal Inés lo que hasta allí no se le había conocido, y obligó a las monjas a ponerla en tercera votación, contra el uso común de la Orden, saliendo de dicha votación reprobada, con no pequeña admiración de la Comunidad que veía cumplida la profecía de Sor María, que al parecer era imposible se realizara, tanto por los grandes deseos de profesar que tenía la novicia, como por haber aprobado muy bien en los dos años de noviciado.

El año 1639 enfermó de gravedad la Madre Beatriz de Jesús en su Convento de Carmelitas de Santa Ana de Madrid. Las religiosas de aquella Comunidad escribieron a las de Toledo el estado alarmante que ofrecía su muy querida Madre. Tal noticia se le ocultó a Sor María de Jesús, a fin de evitarle el gran disgusto que había de proporcionarla, por el entrañable y santo amor que profesaba a la enferma. Constituida la Madre Beatriz en el último trance, se envió un propio

a la Ciudad Imperial, poniendo al corriente a las Carmelitas de lo que estaba sucediendo en aquellos días a la venerable Madre Beatriz. Ocultáronsele a nuestra María; pero ilustrada con luz divina, vió lo que acontecía en aquellos instantes en la celda de la enferma; y después de marchado el propio, dijo a las religiosas: *Hijas, no tienen que encubrirme el aprieto de nuestra Madre; ahora acaban de darle la Extremaunción el Reverendo Padre Fray Felipe de San José y el Padre Pedro de la Concepción.* Se averiguó ser así con toda exactitud, por otra carta que recibieron las Carmelitas de Toledo, en la cual se les daban detalles de los últimos momentos y hora de la muerte de Beatriz.

En una ocasión, manifestó Dios a la venerable virgen que había de ser Priora de esta casa Sor Ana de la Trinidad. De vez en cuando se lo manifestaba a la interesada, para disponerla; mas Sor Ana se afligía y exasperaba de tal manera, que producía gran disgusto a la Sierva de Dios, pero ésta, lejos de inmutarse, limitábase a decirle: *Hija, dos leyes hay en mí en este asunto: una, saber que lo quiere Dios, y otra, considerar su trabajo y los muchos que la están esperando, ya por estar la casa muy apurada de lo necesario, ya por las muchas deudas que tiene; mas Dios le ha de ayudar y socorrer.* La verdad de esta profecía tuvo su cumplimiento el 11 de Abril de 1637, en cuyo día fué elegida Priora la Madre Ana de la Trinidad. Durante este trienio tenía la Sierva de Dios las necesidades del Convento tan a su cargo, que suplicaba al Señor se apiadase de la Prelada; pues sabía con cuánto quebranto de su corazón andaba en aquel oficio, que la enviase algún socorro para tantas necesidades. El Señor la contestó: *Descuida tú de eso, pues Yo que la dí el oficio, le daré cuanto fuere menester.* Tan cierta salió esta promesa, que jamás faltó nada de lo necesario mientras desempeñó el oficio Sor Ana, y aun dejó lo que necesitaba el Convento.

Había en Toledo un sacerdote muy docto y santo, y por tal lo veneraban en la Ciudad; llamado el Doctor Ramírez, grande admirador de las virtudes de la Sierva de Dios. Este

santo varón habiendo enfermado gravemente, hubo de sufrir algún tiempo postrado en el lecho del dolor, hasta que al fin el Señor, para premiar sus trabajos, le arrebató de esta vida, llevándolo consigo a la eterna Jerusalén. En el momento de morir, lo vió María de Jesús subir al cielo, y encontrándose con la Madre Ana de la Trinidad a los pocos instantes, la dijo: *Hija, muerto es nuestro santo Doctor Ramírez*. Eran las altas horas de la noche cuando ocurrió la muerte de este venerable sacerdote, y por consiguiente, no pudo saberse en el Convento, por estar las puertas cerradas y no abrirse nunca durante la noche para recibir noticias, sino sólo en el caso de grave y repentina enfermedad de alguna monja, para llamar al médico o confesor. Y el día siguiente, al recibir la noticia por conducto ordinario, la Madre Ana comprobó haber sucedido todo en la misma hora que se lo advirtió la Sierva de Dios.

Discreción de espíritus.

La gracia de conocer espíritus, es una ciencia del cielo que enseña el Espíritu Santo, con luz particular, para aclarar en sí y en otros las cosas que, por su misma naturaleza, son oscuras y dudosas, las cuales no puede penetrar ni entender la inteligencia humana.

Sor María fué, en esta materia, el oráculo más célebre que conoció Toledo en aquellos tiempos. Con este don penetraba los interiores, conocía las inclinaciones, descubría los afectos del corazón: *Es más que cierto—dice el Padre Acosta—que no trató la venerable Madre a persona alguna, aunque no fuese más que por cartas, de cuyo espíritu no tuviese entero conocimiento, con muy clara luz del cielo, que para ser tan continuado, es prodigio casi sin segundo y sin ejemplar.*

Efectivamente, al leer sus cartas, se ve que sabía cuanto pasaba en las personas a quien se las escribió, conocía los quilates de sus virtudes, los grados de oración, el estado de conciencia en que se hallaban, el camino que seguían y el

que convenía seguir; y así aplicaba el remedio según la necesidad del sujeto, para que pudiese conseguir el grado de perfección a que, según el fondo de su espíritu, podía llegar.

Los casos que sobre ésto la sucedieron—dice el mismo Padre Acosta—*piden muchos libros; advirtiéndome que de sus hijas, que fueron muchas, hay algunas vivas con quien le acaecieron más de dos mil casos de éstos. Vuelvo a repetirlo, más de dos mil casos con algunas; y estoy más que cierto que lo que en ésto pasó a nuestra venerable Madre María de Jesús de sus puertas adentro, y de ellas afuera, sólo en la otra vida lo tenemos de acabar de conocer por entero; los casos que yo sé, no es posible se puedan jamás reducir a número. Citaremos algunos de estos casos.*

La Madre María Evangelista fué atormentada por el demonio, con una persecución terrible durante diez años. En este período, hallándose enferma la Sierva de Dios, iba a asistirle y velarla de noche la misma Madre Evangelista, siendo allí mismo atormentada por el espíritu maligno de mil maneras. La venerable Madre, desde su misma cama, veía cuanto pasaba en el interior de esta su hija, y compadecida de sus tentaciones llamábala y la decía: *Hija, desde mi cama veo su aflicción y designios que forma de no comulgar hoy; eso es lo que pretende el demonio. Vaya y comulgue, porque este divino Sacramento es el que la puede dar fuerza, y el que en tempestad tan deshecha la puede servir de áncora firme.* Otras muchas veces adelantábase la Sierva de Dios a socorrerla, cuando más molestada la veía en su interior, diciéndola palabras que María Evangelista no podía dudar eran divinas, puesto que tocaban tanto en cosas que sólo ella y Dios sabían.

La Madre Isabel del Santísimo Sacramento iba escribiendo, sin que nadie lo supiera, algunos casos que habían sucedido a nuestra María de Jesús, con intención de formar su historia. Tenía Isabel estos escritos guardados en un arca, la llamó la Sierva de Dios una vez, y la dijo: *Hija, los papeles escritos que tienes en aquel arca, quítalos de allí, o guárdalos*

mejor, porque fulana pretende abrirla. La misma religiosa confesó después que intentó abrir el arca a las doce de la noche; pero que fué tal su temor, despeluznándosele los cabellos, que lo dejó de abrir, por representársele que María de Jesús la estaba mirando.

Siendo tornera la Madre Beatriz de San José, se halló una vez tan fatigada, que le ocurrió la idea de que si hubiese tomado el hábito en otra Orden donde la instaron mucho, hubiera vivido con más recogimiento y tranquilidad de espíritu y libre de tantos obstáculos. Apenas este pensamiento llegó a su imaginación, y antes de ser juicio, halló a su lado a María de Jesús que venía del coro, donde recibió luz de lo que pasaba en la inteligencia de Beatriz; la llamó a un sitio retirado, y con rostro lleno de divina severidad la dijo: *¿Cómo se atreve a meter en las obras de Dios y a dar lugar con estos pensamientos a que no viva este divino Esposo en su alma? Haga mucho aprecio de la ocasión que la ha dado; no le suceda otra vez en su vida, antes bien, dé gracias al Señor porque la dió vocación de Carmelita Descalza, y créame, que si no lo fuera, se perdiera; mire lo que debe a Dios.*

A la Hermana Catalina de la Concepción le sucedió que, retardando varias veces dar cuenta de algunas cosas interiores a la venerable Madre, que era Priora, ésta se adelantaba y la refería detalladamente cuanto ocurría en su interior, de lo cual se admiraba Catalina, por no saberlo ninguna criatura de este mundo más que Dios y ella misma, confirmándose en que María de Jesús tenía luz superior para penetrar en las conciencias.

Sor María desengaña a los directores de espíritu.

Era tan sublime la luz divina con que penetraba los secretos del corazón y cualidades internas de las pasiones, distinguía con tanta claridad la variedad del hombre interior, aun en los ausentes y desconocidos de vista, como nosotros distinguimos con los ojos corporales las opuestas y distintas

fisonomías de las personas a quienes tratamos o vemos con frecuencia. Así es que lo calificado de bueno por hombres eminentes, la Sierva de Dios lo calificaba de perverso, y lo que en sentir de muchos era malo, ella lo aprobaba como honesto y excelente, conociéndose por los sucesos del tiempo, ser lo que ella decía evidente verdad. El crédito que con esta luz adquirió en esta materia de espíritu era tal, que llevaba al locutorio de su convento, a los Directores de almas, a fin de exponer las cosas extraordinarias que veían en sus confesadas y cerciorarse de si era bueno o malo su espíritu. Compruébanlo los casos que vamos a referir.

Cierto religioso muy grave y docto, sabiendo que María de Jesús tenía singular luz para conocer a las personas, acudió a darle cuenta de un alma que él dirigía, y a quien el cielo comunicaba sus favores, milagros, éxtasis y otras cosas semejantes, según la misma decía a este confesor. Como el religioso no podía juzgar sino por lo que ella le decía, estaba consolado, devoto y aun persuadido de haber encontrado la margarita escondida, y que por ella habríale de enriquecer el Señor con grandes virtudes. María de Jesús oyó cuanto el religioso le refería de su hija espiritual, y, sin detenerse un punto, le dijo: *Mi Padre, Vuestra Paternidad entienda que ese sujelo le engaña; ella no merece aprobación ni elogio, sino el castigo que se le dará presto.* Todo se verificó, porque la Inquisición enterada de la verdad que se le encubría al confesor, castigó a la mujer y escarmentó a otras.

Parecido a este caso sucedió otro, aunque más terrible, porque fué con un religioso de los más notables en virtud y ciencia que se conocían en Toledo. Dirigió éste a una mujer, durante mucho tiempo; a medida que la trataba crecía en él cada día el contento de su hija espiritual, pues nada le parecía haber en ella, que no fuese del cielo. Los ayunos, penitencias, comuniones, arrobamientos y otras cosas semejantes lo tenían altamente admirado, y del todo convencido de que Dios habitaba en aquella alma muy a su gusto. Un día le dijo ella, cómo Cristo le había impreso en su cuerpo las cinco

llagas. Este religioso fué hablar con María de Jesús, y para que admirase la bondad de Dios, hízole historia de los progresos de su confesada; pero la Sierva de Dios le dijo: *Vuestra Paternidad reconozca bien ese espíritu, que ni es bueno, ni tiene esas llagas que dice, ni hay nada de todo eso.* Confuso quedó el buen director con este desengaño, tanto más grave, cuanto dicho por boca de la que oía de labios del mismo Dios las verdades; sin embargo, se atrevió a replicarla: *Pues, Madre, ¿cómo podré yo poner dolo en un espíritu que veo es grande? O ¿cómo he de conocer otra cosa de lo que experimento ya hace muchos años?* A esto respondió la venerable virgen: *Con la luz del cielo.* El religioso la suplicó encomendase a Dios el caso, y aplicando mayor sagacidad para conocer a la persona que lo engañaba, reconoció no ser oro todo lo que relucía, sino falsedad manifiesta, volviendo al poco tiempo a dar las gracias a la venerable Madre.

Otro Sacerdote de lo más docto y perspicaz que había en Toledo para conocer espíritus, acudió a la Sierva de Dios a preguntarla qué sentía de una doncella de un pueblo próximo, a quien él confesaba, la cual vino a Toledo fingiendo tanta santidad, que traía engañados no sólo a seculares, sino también a eclesiásticos muy sabios. Además, la refirió algunos casos que por raros admiraban. María de Jesús, sin querer oírlos por completo, le respondió: *A Vuestra Merced y a toda la Ciudad trata de engañar esa mozuela; lo que tiene es enredo, el tiempo lo dirá. Vuestra Merced para su desengaño, la verá casada muy pronto, y entonces conocerá ser cierto lo que le digo.* Este Sacerdote confesó después que se le hizo muy dificultosa la resolución; pero el casamiento de la joven le desengañó pronto, admirando el gran espíritu y magisterio de que Dios había dotado a la Sierva de Dios.



Capítulo XXVIII.

Gracias gratis dadas de la Sierva de Dios.

(Continuación.)

Gracia de sanar las enfermedades.

La gracia de sanidades consiste en dar salud a los enfermos, sin medicinas y sin medios humanos. Con esta gracia hermosteó el Señor el alma de su amada esposa, según lo demuestran los siguientes casos.

Mientras vivió María de Jesús, con sólo poner sus manos sobre cualquiera enferma, la sanaba, con asombro de los Doctores; y cuando más desesperadas dejaban los Médicos a las dolientes, entrando María de Jesús en sus celdas y aplicando su oración por ellas, se vieron repetidas curaciones instantáneas en las mismas. Habiendo enfermado Inés de San José de dolor de costado, llegó a tal extremo de gravedad, que la desabuciaron los Médicos. María de Jesús acudió a la oración pidiendo al Señor, con mucha instancia, se dignara dar salud a esta enferma; además, la encomendó a San Francisco Javier, de quien era muy devota la Sierva de Dios. El Santo escuchó su plegaria, se le apareció, y la dijo: *La enferma no morirá.* Y, efectivamente, la enferma recobró la salud en pocos días.

Sor Ana de la Trinidad, atacada de un tabardillo pestilente, llegó también a ser desahuciada de los Médicos; mas su Maestra María de Jesús, al ir a visitarla y estando las dos solas varias veces, recostada su cabeza sobre el pecho de la enferma, pegaba su rostro con el de la paciente, regándole

con sus lágrimas, y entre gemidos decía a Dios con palabras muy eficaces: *No, Señor, no ha de morir ésta, de vivir tiene.* Como lo pedía, se lo concedió su Majestad, porque en el mismo instante de hacer esta súplica la última vez, salió del peligro la enferma, y a los tres días sanó completamente. Esta misma religiosa dice en su relación que otras dos veces, hallándose en peligro grave de muerte, las oraciones de su bendita Maestra le alcanzaron la vida.

A otra religiosa muy grave de dolor de costado, fué necesario administrarla el Santo Viático, el día de la Asunción de la Santísima Virgen. Mucho sentía María de Jesús que muriese esta enferma; por eso mientras le dieron el Viático, pidió a Jesús Sacramentado le diera salud, y la contestó su Majestad: *Esta enfermedad no es de muerte, sino para mi gloria,* e instantáneamente comenzó a mejorar la doliente.

El R. P. Francisco de Acosta enfermó gravemente en Madrid; la fiebre fué tan alta que estuvo en grande peligro de muerte. Lo supo María de Jesús por carta, y, como le amaba tanto en el Señor, al punto se puso a orar delante de una imagen de María Santísima con el Niño Jesús en los brazos, que tenía pintada en un cuadro de su celda; allí prostrada, la suplicó con mucha instancia concediera salud a este enfermo bienhechor y director suyo, y desplegando sus labios el Divino Infante, desde los brazos de su bendita Madre, dijo a su Esposa: *Bueno está ya.* La sierva de Dios entendió que estas palabras se referían a la salud del alma, por haber muerto ya el P. Acosta. Sucedió esto a la una de la noche, y bajando a comulgar, por la mañana, con este cuidado del enfermo, de nuevo pidió por él, oyendo, al tiempo de recibir la sagrada Comunión, una voz que le dijo: *Bueno está ya en el cuerpo,* lo cual se verificó así como después lo supo por carta que leyó también Sor Ana de la Santísima Trinidad.

La gracia de milagros.

La gracia de milagros consiste en hacer prodigios orde-

nados a la sola manifestación del divino poder, como sería que el Sol se parase, dividir las aguas del mar, o de los ríos; en lo cual se diferencia esta gracia de la de sanidades. El Señor comunicó esta potestad a la Sierva de Dios, para ser como un refugio de necesitados. Compruébanlo algunos sucesos, cuya relación jurada y firmada de mano de los mismos testigos presenciales, o personas en quienes se realizaron estas maravillas, conservó en su poder el R. P. Francisco de Acosta, durante largos años.

A Juan Martínez, vecino de la Ciudad de Toledo, le nació un hijo con los dedos de una mano tan unidos, que toda parecía hecha de una sola pieza, sin división ni señal de tales dedos. Con esta aflicción llegó al Convento de las Monjas Carmelitas, llamó a María de Jesús, la descubrió su pena de ver manco a su hijo, la suplicó le permitiera traérsele, porque esperaba que, bendiciéndole ella, sanaría al instante. La Sierva de Dios le respondió entonces: *Esto no es materia de pena, porque ese defecto es natural y su remedio tan fácil, que sólo con untarle la mano de aceite, sanará su hijo.* En efecto, apenas Juan Martín trajo al niño a presencia de Sor María y le aplicó el remedio a la mano, como ella se lo ordenaba, instantáneamente quedaron formados y separados y flexibles los dedos.

Alonso Pérez de las Cuentas depuso con juramento que su hermana D.^a Jerónima enfermó de gravedad. Viendo la madre de la enferma que ya su hija no tenía remedio humano, escribió a María de Jesús rogándole pidiese a Dios la diera fuerzas para sufrir el terrible golpe de la muerte de esta hija a quien tanto amaba. Mientras llevaron la carta a las Monjas Carmelitas, le dió a la enferma un parasismo, o, como dice Alonso Pérez, murió; y así lo creyeron todos los presentes, de suerte que, saliéndose del aposento, la cubrieron el rostro con una sábana, sacando de allí a su madre traspasada de dolor. En medio de esta aflicción, recibió una carta de la Sierva de Dios, en la cual le decía: *No es voluntad de Dios quitarle por ahora a su hija.* D.^a Mariana, madre de la enfer-

ma, leyó esta carta y exclamó: *¡A buen tiempo me escribe mi Madre María estas razones!... ¿Ahora me las escribe, cuando yo he visto a mi hija muerta?* Mas apenas hubo acabado de proferir estas palabras, una criada comenzó a gritar: *Señora, mi Señora D.^a Jerónima está viva.* Desde este instante, comenzó a mejorar y cobrar fuerzas, juzgándolo todos por milagroso efecto de las oraciones de María de Jesús. Sucedió este caso algo más de treinta años antes que el P. Acosta lo imprimiera en la biografía de la Sierva de Dios, editada en 1648, y la misma D.^a Jerónima sujeto del prodigio lo testificó en Madrid en presencia del mismo P. Acosta.

Para construir la iglesia de las Carmelitas de Toledo, en el sitio que actualmente ocupa, fué necesario derribar casas y abrir zanjas muy profundas para los cimientos, donde iban colocando piedras de grandes dimensiones. Muy cerca jugaban unos chicuelos, quienes arrojaron a lo más profundo de las zanjas al niño Diego, hijo de Alonso de Dueñas, muy conocidos de las Carmelitas. Al caer el niño sobre las piedras de las zanjas fué tal el golpe que dió, que asustó a las monjas que en aquel momento estaban cantando una misa en el coro, aun cuando era larga la distancia. La religiosa que estaba junto a María de Jesús, exclamó asustada: *¡Jesús!... ¿qué será esto?* A lo cual respondió la Sierva de Dios: *No es nada, Dieguito ha caído en las zanjas, mas por misericordia divina no se ha hecho daño.* Para que evidentemente se viera que esta maravilla se había obrado por su intercesión, el niño al caer la invocó por su propio nombre, diciendo: *¡Madre María de Jesús, veladme!* A no haberla invocado, seguramente hubiera quedado muerto en el acto, por ser tan profundas las zanjas, tantas las piedras y tan pequeño el niño. Después le llevaron al locutorio, donde le bendijo María de Jesús, y le encargó no se olvidase nunca del peligro de muerte de que Dios le había librado, mandándole también que todos los años ayunase aquel día, 6 de Agosto, víspera de San Alberto Carmelita, por cuya intercesión, decía ella, se había dignado el Señor conservar le la vida.

Gracia de visiones.

¿Qué se entiende por visión? Como aquí la concebimos es una gracia gratuitamente dada por la cual Dios manifiesta sobrenaturalmente un objeto, en realidad o en representación. Dios embelleció a Sor María con esta gracia de innumerables visiones, de las cuales sólo referiremos algunas.

La Madre María de San José, Carmelita Descalza del Convento de Consuegra, ha dejado una copia de algunas visiones que tuvo la Sierva de Dios y debió referírselas por carta desde Toledo, según se deduce del contexto. La copia dice así: *Yo he sentido mucho la muerte de la señora D.^a Juana Antisco* (esta señora fué hermana del P. Gracián y de la misma Madre María de San José, y estuvo casada en Madrid), *y consolándome nuestro Señor, me la mostró en el cielo entre muchos ángeles y santos con grandísima gloria y hermosura, y me dijo se lo manifestase a Vuestra Reverencia y a su madre, porque está muy afligida, y le dijese que no tuviera pena, pues ella estaba con tanta gloria, ni se lastimasen de haberla permitido el estado de casada, porque le sirvió de medio para amar mucho a Dios y lograr su salvación; y esto me mostraron por dos veces.* El día 3 de Septiembre de 1578, murió el R. P. General de la Orden Carmelitana, Fr. Juan Baptista Rubeo de Rábena. El día que se le hicieron las honras fúnebres en el Convento de las Carmelitas de Toledo, aparecióse a María de Jesús en el mismo instante de salir del purgatorio. Las causas de haber estado en aquel lugar de expiación, según la dijo, fueron la oposición que hizo a los Descalzos, aunque el Señor usó con él de mucha misericordia, por haberlo hecho voluntariamente, aunque mal informado, diciendo a esta bendita virgen que Dios le mandó venir a descubrirla esto. Además, le manifestó que las oraciones hechas por su alma en los conventos de la Reforma, habíanle ayudado mucho para salir de aquella cárcel tenebrosa, y quisiera decir a todos cuán injustamente les había

perseguido y hecho contradicción; pero que Dios volvería por ellos.

El venerable Padre Fray Miguel de la Fuente, Carmelita Calzado, escribió de su mano algunas visiones que tuvo nuestra venerable virgen y se las comunicó a este santo varón, cuyo escrito dice de esta manera: *Acabando de comulgar uno de los últimos días de Septiembre de 1620, vió al Divino Maestro con el costado abierto, y dentro de su Corazón Sacralísimo me vió a mí, y me conoció sin haberme visto ni hablado en su vida, aunque ya tenía noticia de mí, y Cristo la dijo: Este es hijo de mi corazón, que me ayuda a salvar las almas.*

Mas, otra vez vió toda la Santísima Trinidad dentro de su alma, y que una de las Personas se mostraba muy propicia, y prometía hacerla grandes mercedes. Entendió una gran cosa para adelante. Mas, el primer domingo de noviembre, pidiendo por mí, vió dentro de mi alma toda la Santísima Trinidad, y oyó que dijo la Segunda Persona: Yo estoy en su entendimiento, dándole luz y mucho de mi sabiduría, pues lo soy eterna, para lo que él escriba. El Padre: Y Yo estoy en su memoria y le daré fortaleza en sus palabras, para que por ellas haga cosas grandes en mi servicio, y para que conozca en las cosas que más me ha de agradar; y la daré mi espíritu, para que exista en él, y le gobierne, y encienda el amor en su corazón.

El día de nuestra Madre Santa Teresa, rogando por mí, le dijo la Santa: Mucho le quiero y le estimo, díselo, y que le pagaré lo que hace por mí. Y diciéndole ella: ¡Ay Madre, y si fuera Descalzo de Nuestra Orden para que nos ayudase! La Santa respondióla: Mucho más hace que si fuera Descalzo. En la tercera Dominica de Adviento: Dile que atienda interiormente a mí, y espere, y se disponga, que para Pascua naceré como niño en su corazón con nueva luz y nuevo amor a mi persona. El día de la Ascensión de 1622, la dijo Cristo por locución interior: Dile que le llevo en mi corazón, para ofrecerle a mi Padre y que imite mi vida, virtudes y costumbres.

También vió una piedra blanquísima y bella, labrada en sus esquinas y toda transparente; significaba el alma en gracia. Hasta aquí es copia del escrito original que el Provincial de Carmelitas Calzados de Castilla, entregó a la Reverenda Madre Priora de Carmelitas Descalzas de Toledo, Sor Ana de la Santísima Trinidad, en presencia de la Madre María Evangelista y Beatriz de San José para que lo copiara.

En cierta ocasión vió a Jesucristo en forma de pelicano, sustentándola con su Sangre preciosa, que brotaba de su divino pecho, y que junto a este pelicano había otros dos; uno ella misma, y otro un religioso muy virtuoso. Otra vez, la enviaron desde Madrid un cuadro de la Santísima Virgen con su Niño en los brazos. Al llegar al Convento estaba enferma y postrada en la cama, lleváronselo a la celda para consolarla, donde lo tuvo algunos días. Cuando sacaron de allí el cuadro lo sintió mucho, y en premio de este sentimiento amoroso, el Niño Jesús se le apareció por la tarde en la celda, y acercándose a la cama la dijo: *Vengo a verte, y a que yo te parezca bien, pues soy la hermosura de mi Padre, y también sé hablar, pues soy la Palabra eterna.*

Gracia de revelaciones.

Revelación es la manifestación sobrenatural de una verdad oculta, ó de un secreto divino, hecha por Dios para bien general de la Iglesia, o para utilidad particular del mismo favorecido o de otra persona. El mismo nombre de revelación indica su significado: revelar es levantar el velo. Toda revelación levanta el velo que nos impide ver algo oculto, ora esto pueda ser conocido por alguien más que por nosotros, ora se sustraiga al conocimiento de todos los hombres. Dicho velo puede desaparecer sobrenaturalmente por medio de una visión, locución o instinto profético. También comunicó el Señor a la Sierva de Dios esta gracia de las revelaciones, según se echa de ver en los casos siguientes.

Un día le mandó Jesucristo manifestase a una de sus

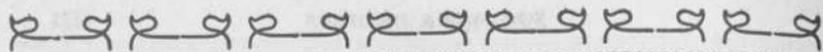
hijas que pasara un rato cada día puesta en cruz; que entonces se acordara de cómo Él fué ofendido siendo Dios; que reparase mucho en aquellas palabras—*Tibi soli peccavi*—, atendiendo mucho su corazón a la inteligencia o significado de estas palabras, añadiendo el mismo Señor:—*et malum coram te faci*—; que comparase esto con los bienes que le había dispensado, pues quería con esta consideración quebrantar su corazón de dolor, dolor que le excite ansias de amarle con la memoria de cuantos pecados la había perdonado, y además, *que se acuerde de cuánto merezco ser amado de mis criaturas*.

La Sierva de Dios preguntó al Señor, por qué había puesto a aquella religiosa en este ejercicio, y el Divino Esposo la respondió: *Es porque sin ese cimiento no es firme el edificio del alma, y yo quiero que lo sea, y que le tenga en mi trato, el cual ha de ser por el conocimiento y dolor que produce un amor nacido de lo íntimo de las entrañas, como fué el que me tuvo la Magdalena desde que yo penetré su corazón, hasta que me dió el alma, la cual fué robustecida con la fuerza de este amor, aumentándosele en grados por el Espiritu Santo, que era quien con su plenitud la quemaba y abrasaba en llamas de mi conocimiento y amor*.

Antes de la Dominica de Pasión, la dijo una vez su Divina Majestad avisara a una monja, para que en aquel tiempo se ocupase en sentir las afrentas y dolores del mismo Jesucristo, y le acompañara en ellos, y se entrara en la llaga de su costado e hiciera su nido allí, como paloma. En esta misma época, después de algunos años, por mandato de Dios dijo a la misma religiosa que hiciera memoria de todas las mercedes que su Divina Majestad le había hecho durante aquel tiempo en otras ocasiones, para darle gracias por tan grandes beneficios, como el haber muerto de amor por ella; que procurase imitar y amar a Jesucristo cuanto pudiese.

Una noche, estando enferma la Sierva de Dios, desde su cama vió a un Crucifijo que había en la Iglesia con su Divino Costado abierto, en cuya abertura descubrió grandes tesoros

de la divinidad, diciéndola el Salvador: *Mi pecho está abierto para ser custodia de quien me le ha dado.* Tenía por costumbre la Sierva de Dios, como se ha indicado, acompañar a Jesucristo durante las horas de su agonía en la Cruz, sintiendo honda pena al recordar aquel desamparo en que le había dejado el Eterno Padre. Una vez, la dijo el Señor el Viernes Santo en esas horas: *Por el amor con que asistes a mi desamparo, te hago la última manda, como Padre Amoroso, dándote mi Corazón, para que vivas en él, y la imitación de mi vida que debe ser el modelo y regulador de la tuya, alegrándote de la gloria que se me ha de seguir, por haber sido Redentor de los hombres.*



Capítulo XXIX.

Fama de santidad de la Sierva de Dios en vida

María de Jesús gozó, durante toda su vida, plena y gran fama de *santidad* entre todas las personas que la conocieron o tuvieron noticia de ella, por su virtud no común y dones extraordinarios con que Dios la enriqueciera.

Fué venerada por Santa en su Monasterio.

La Sierva de Dios fué siempre mirada y estimada como *santa* de las monjas de su convento, porque, desde su ingreso en la Orden, vieron sus muchas y aventajadas virtudes, los favores y misericordias que Dios la dispensaba, a pesar de ocultarlo ella cuanto podía; por eso en todos sus trabajos y aflicciones iban a pedirla auxilio espiritual, como a esposa muy querida de Jesucristo.

Entre todas, venerábanla especialmente aquellas que habían oído a Santa Teresa ponderar las dotes de la bendita virgen y elogiar su trato familiar e íntimo con Dios, su amor divino y otras virtudes, creciendo en ellas esta veneración a medida que se iban desarrollando los felices pronósticos que la Santa Reformadora hizo de nuestra María. Estas fueron: Sor Teresa de la Concepción, Isabel Bautista, Leonor de la Madre de Dios y Ana de San Alberto, las cuales tenían a grande dicha y honra el referir a las novicias, según recibían el Santo Hábito, las cosas santas que de ella dijera la Mística Doctora, y que ellas mismas presenciaban continuamente.

Madres—decía con frecuencia Teresa de la Concepción delante de todas—*si supieran lo que tienen en María de Jesús, lejos de atreverse a pisar donde ella, besarían los ladrillos que huellan sus pies.* Otras veces, exclamaba: *¿Cómo no he de venerarla, si a poco de profesar sé yo que igualaba ya en amor a los Serafines?*

El vulgo la aclama Santa.

La ciudad de Toledo miraba como a *santa* a la Sierva de Dios; no había persona, de cualquier edad, sexo y condición que fuese, que no la estimara como a *santa*, y por tal la aplaudieron en público y en privado. En opinión de *santa* la tenía la Corte de Madrid, donde residían muchos que se honraban con la amistad y dirección de la venerable Madre, quienes por doquiera ensalzaban su grande y acrisolada perfección, sus luces sobrenaturales y sus maravillas.

La aristocracia reverenciala como Santa.

Y no sólo el vulgo la estimaba por *santa*, sino también personas graves en calidad y nobleza de sangre, como don Francisco de Ribera, Marqués de Malpica, la Sra. Marquesa, su esposa, su hijo D. Baltasar de Ribera, heredero del marquesado, sus hijas, la Sra. Marquesa de Povar, que fué Virreina de Valencia, y la Marquesa de Bedmar. Estos señores, en prueba de su afecto y estima a la Sierva de Dios, hicieron muchas diligencias con el Reverendísimo Padre Juan del Espíritu Santo, General de la Orden, para que mandase a la Madre María Evangelista, Priora de San José de Toledo, les diera, como reliquia, un hábito de la venerable Madre. Además, todas las religiosas de este Convento les oyeron innumerables veces llamarla *santa*.

Por *santa* la apreciaban D.^a Mariana de Ribera, Condesa de Mora; D.^a Isabel de Mendoza, Condesa de la Puebla de Montalbán; D.^a Mariana de Mendoza, Condesa de Arcos; doña

Luisa Magdalena Manrique de Lara, Condesa de Paredes, y la Condesa de Orgaz, quien, al tomar el hábito en este Convento la Madre Beatriz de San José, la dijo: *A nadie tengo envidia en este mundo, sino a quien puede vivir con María de Jesús, porque es grande santa.* Por santa la reverenciaban el Sr. Conde de Añover, D. Luis Laso de la Vega, su señora D.^a María de Pacheco y sus hijos D. Pedro y don Baltasar, la Reina D.^a Margarita de Austria y el Rey don Felipe III, la Reina D.^a María de Borbón y el Rey D. Felipe IV.

Concepto de Santa que gozó en la Reforma Carmelitana.

No hubo Convento de Carmelitas Descalzas en España, donde no se conociera a Sor María de Jesús por sus hechos heroicos y se la tuviera por *santa*. Varias de las compañeras de la Santa Reformadora habían tratado a la Sierva de Dios, ya de palabra, ya por escrito, y en cualquier Monasterio que estuviesen, allí publicaban los tesoros de gracia y santidad que habían descubierto en Sor María. Las mismas novicias de la venerable virgen, llevaban esta merecida fama a las fundaciones donde fueron destinadas. Hasta en los nuevos monasterios Carmelitanos de Francia, Flandes e Italia resonaba el clarín de la fama de santidad de nuestra María, porque, en tal concepto oyeron hablar de ella aquéllas comunidades a sus respectivas fundadoras.

En opinión de *santa* la tuvieron asimismo los religiosos más célebres y principales de su Orden, y con ellos las Comunidades encomendadas a su gobierno. El Reverendo Padre Prior de los Descalzos de San Hermenegildo de Madrid, hablando con una señora que iba a tomar el hábito de Carmelita en San José de Toledo el año 1625, la dijo: *Bien contenta puede ir Vuestra Merced a aquella casa, porque la Priora es Santa y una de las hijas más famosas de nuestra Madre Santa Teresa.*

El sabio y muy virtuoso Padre Diego de Jesús (Salablanca), que, siendo dos trienios Prior del Carmen descalzo de

Toledo, confesó y trató mucho a la Venerable Madre, hizo grande aprecio de su santidad. El Reverendo Padre José de Jesús María, célebre escritor ascético e historiador de la Reforma Teresiana, regentando la Comunidad de los Descalzos de la Ciudad Imperial, durante cuatro años y medio, dirigió a la Sierva de Dios y la defendió ante los Superiores de las calumnias que se habían levantado contra ella; este insigne Carmelita formó tan elevado concepto de su virtud, que la llamaba *Vaso de Santidad*.

El Reverendo Padre Felipe de San José, varias veces Provincial de Castilla la Nueva, dirigió catorce años a la Sierva de Dios, y decía de ella: *María de Jesús es asombro de mujeres; cada vez que la he hablado, he hecho nuevo aprecio de lo que Nuestro Señor obra en ella, y por su medio, siempre que la oigo me parece no es ella la que habla, sino Dios por boca de ella, y la tengo no sólo por Santa, sino por Serafín de la tierra.*

El Reverendo Padre Martín de Jesús María, Definidor General, que, durante tres años confesó y dirigió a la Sierva de Dios, la llamaba: *Esponja del amor divino*. El Reverendo Padre Elías de San Martín, segundo General del Carmen Descalzo, que mientras desempeñó su generalato y aun antes el priorato del Convento de Toledo, fué confesor de esta bendita virgen y supo mucho de las gracias y favores que Dios derramaba en su alma, estimó tanto su *santidad*, que creyó conveniente nos dejara escritas tantas misericordias, premio de su virtud, y por eso mismo la mandó que las escribiera.

El Reverendo Padre Alonso de Jesús María, que siendo Provincial mortificó tanto tiempo a la Sierva de Dios, arrepentido después de su errado juicio contra ella, la llamaba *santa* y como a tal la veneraba. El Reverendo Padre Esteban de San José, General de la misma Orden, tuvo gran concepto de la *santidad* de esta esposa de Cristo, porque la trató íntimamente. El Reverendísimo Padre Juan del Espíritu Santo, igualmente General del Carmelo Reformado, estimaba como

a *santa* a Sor María y como a tal acudía en los asuntos difíciles de su gobierno, para que le diera luces.

El clero secular y regular aclaman *santa* a Sor María.

Los Sacerdotes Seculares de la ciudad de Toledo, todos a una, aclamaban *santa* a la Sierva de Dios; pero de una manera especial los siguientes: El Doctor D. Bernardo de las Cuentas, cuya virtud y estudios fueron de sumo ejemplo a la ciudad, para demostrar el alto concepto que tenía de la *santidad* de la venerable virgen, pidió a la Priora de este Convento que, si Dios se llevaba primero que a él a María de Jesús, le había de dar como reliquia una capa blanca que ella hubiera usado. El Doctor D. Francisco López Terán, párroco de San Miguel, reputado por varón apostólico en la misma ciudad de los Concilios, como a *santa* recurría en todas sus dudas a nuestra María de Jesús.

El Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Francisco de Mendoza, Obispo de Plasencia y Vicario General de la Archidiócesis Toledana, tenía tal estima de la *santidad* de la Sierva de Dios, que en cierta ocasión la escribió una carta en la cual le decía: *No quisiera tener otro consuelo en la tierra, sino ser capellán de ese Convento, para poder tratar y asistir a Vuestra Reverencia todos los días.* El Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Fray Diego de Yepes, Obispo de Tarazona y confesor de Santa Teresa, después de haber examinado y aprobado la *santidad* de María de Jesús, hízose panegirista de ella entre los religiosos de la Orden de San Jerónimo y en todas partes donde iba. Finalmente, como a *santa* la miraban y consultaban los Eminentísimos Cardenales de Toledo D. Gaspar Quiroga, y Zapata.

Como a *santa* la reverenciaban personas graves y virtuosas de las Ordenes Religiosas. El Reverendo Padre Maestro Lorenzo de Aponte, religioso de los Clérigos Menores, dirigió algunos años a la Sierva de Dios, haciendo tanta estima de la *santidad* de esta esposa de Jesucristo, que no es para expli-

carse. Los dos hermanos Reverendos Padres Francisco y Juan de Acosta, religiosos de la Orden de San Agustín, tenían un verdadero concepto de la *santidad* de María de Jesús, y como a *santa* procuraron favorecerla con recursos materiales para construir el templo que hoy tiene la Comunidad, y además, propagaron esta fama de *santa* entre innumerables personas con quienes se relacionaban; y después de su muerte imprimiendo la biografía de la misma Sierva de Dios a sus expensas.

Personas venerables la conceptuaron santa.

Hubo varias personas, cuyo proceso de beatificación se halla en la Sagrada Congregación de Ritos, que amaban a la Sierva de Dios y la reverenciaban como *santa*. La venerable Madre Ana de Jesús, Coadjutora de Santa Teresa en la propagación del Carmelo por Francia y Flandes, hizo tanto aprecio de la *santidad* de Sor María, que sólo para llevársela a la Fundación de las Carmelitas de Santa Ana de Madrid, pasó a Toledo, y aun deseó dejar el Convento de la Corte por el de San José de la Ciudad Imperial, a fin de vivir en compañía de la venerable virgen, según se lo escribió la misma Ana desde allí, al darle la enhorabuena, con motivo de haber sido elegida Priora nuestra María la primera vez.

La estática Ana de San Agustín, Fundadora con Santa Teresa de los Conventos de Villanueva de la Jara y de Valera, próxima a ser elevada al honor de los altares, estimó tanto a Sor María de Jesús, que se carteaba con ella, a fin de empaparse en su espíritu, llamándola *santa* frecuentemente y proponiéndola a su Comunidad como perfecto modelo de todas las virtudes. La venerable Ana de San José, Fundadora del Convento de Carmelitas de Consuegra, apreciaba tanto la *santidad* de la Sierva de Dios, que la escribía, desde su Monasterio, consultándola cosas de su espíritu.

El venerable Padre Miguel de la Fuente, Carmelita Calzado, trató mucho a la Sierva de Dios y supo las grandes

mercedes que Dios la hacía, por cuya razón la miraba con suma reverencia, llegando a decir de ella: *María de Jesús es toda espíritu e igual en santidad a nuestra Madre Santa Teresa*. El venerable Padre Maestro Juan de Carranza, Carmelita Calzado, estimaba tanto a la Sierva de Dios, que solía decir a las Carmelitas de Toledo: *Me admiro de que no estén abrasadas con el grande fuego divino que tienen en este serafín humano*. Y cuando pasaba por el Convento de San José, en señal de veneración a Sor María, besaba sus muros por encerrar dentro de sí un alma tan *santa* como la de la venerable virgen.

El venerable y estático Padre Domingo de Jesús María (Ruzola), mientras fué Superior del Carmen Descalzo de Toledo, confesó y dirigió a nuestra María, y admiraba tanto su *santidad*, que hallándose en Alemania el santo varón, desde allí vino en espíritu a visitarla muchas veces. El venerable Padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, siendo Provincial de la Descalcez Carmelitana, tuvo ocasión de confesar y tratar íntimamente a la Sierva de Dios, de cuyos labios oyó cuánto la favorecía el Señor y los inmensos deseos que tenía de padecer por su divina Majestad; todo esto le hizo concebir tan alta estima de ella, que fué su admirador y panegirista, como se puede leer en sus escritos.

Los santos miranla como a santa.

También hubo almas que gozan ya del honor de los altares que apreciaron las virtudes de nuestra María de Jesús. La Beata Ana de San Bartolomé, Secretaria de Santa Teresa, amaba entrañablemente a la Sierva de Dios y la veneraba como a *santa*, porque tuvo la suerte de vivir y conferenciar con ella, durante algunos meses, en los cuales pudo ver con asombro sus acciones heroicas y las especiales muestras de amor con que la distinguía la Mística Doctora. El Beato Juan de Rivera, Patriarca, Arzobispo y Virrey de Valencia, tenía

íntima correspondencia con la Sierva de Dios; a ella acudía en busca de consejos en sus empresas, y como siempre le aseguró el acierto en ellas, la miraba como a *santa*.

El querúbico Padre San Juan de la Cruz, Reformador del Carmelo, Maestro consumado en la dirección de las almas, habiendo conferenciado íntimamente con Sor María de Jesús, aprobó su espíritu por grande, admirable y sumamente favorecido de Dios. Por último, Santa Teresa que sabía cuánto pasaba en el interior de la venerable virgen, que la examinó y presenció cosas estupendas en ella, formó tal concepto de su alma, que, llena de entusiasmo, decía en todos los conventos que consagraba con sus pasos: *Hijas mías, María de Jesús es entre todas vosotras sol entre estrellas; no sólo será santa, sino que ya lo es; su cabeza es morada del Espíritu Santo, y su alma trono de la Santísima Trinidad.*

No caben mayores alabanzas en tan pocas palabras, advirtiéndole que Sor María sólo contaba veinte años de edad, cuando la Santa Reformadora hacía de ella estos elogios. ¿Cuánto, pues, no crecería su santidad en otros sesenta años más que vivió en la práctica constante de todas las virtudes? Si mucho ha valido el testimonio de Santa Teresa en los procesos de Canonización de San Francisco de Borja y San Pedro de Alcántara, también esperamos ha de valer en el de la beatificación de ésta su hija a quien tanto estimó.



Capítulo XXX.

PRECIOSA MUERTE DE LA SIERVA DE DIOS

Ultima enfermedad.

Mes y medio estuvo como crucificada la venerable Madre en su lecho, padeciendo horribles tormentos por la salvación del alma de D. Gaspar Carrillo. El 16 de Agosto de 1640, Dios cortó la corriente impetuosa de enfermedad tan tremenda: mas no gozó mucho de esta mejoría, pues el día 28, festividad del glorioso Doctor San Agustín, sintióse atacada de unas *tercianan sincopales* que, en opinión de los médicos, acabarían en pocos días con la vida de Sor María. La Reverenda Madre Priora, Sor María Evangelista, al oír el fatal pronóstico de los Facultativos, entró a visitar a la enferma, y la dijo: *Mire, Madre, que la mando en obediencia pida a Dios no la lleve de esta enfermedad.* Ella obedeció con mucho gusto y pedía al Señor lo que la Prelada le había mandado.

El 2 de Septiembre creció la calentura más de lo que puede soportar una persona robusta; las congojas sucedíanse unas a otras con frecuencia, por cuyo motivo los Doctores, perdida ya la esperanza de todo remedio humano, ordenaron que se administrase el Santo Viático a la Sierva de Dios, creyendo que esta vez como otras, sería medicina eficaz para que recobrase la salud corporal; pero la enferma, cierta ya de que ahora le servía de ayuda para caminar a la patria eterna, gozábese más y más cada instante, por ver tan próxima

su partida, vehementemente deseada, durante su larga existencia. Recibió, pues, a Jesús Sacramentado con extraordinarias muestras de amor y alegría, y, apenas le tuvo dentro de su pecho, quedó en dulce éxtasis por espacio de algunas horas.

Sor María ante la idea del juicio particular.

El día 4, como ya se veía cerca del juicio particular, meditando en la estrecha cuenta que había de dar a su Divina Majestad, comenzó a temblar y sufrir angustias inexplicables, porque su humildad no la dejaba ver en la conciencia otra cosa que ingraticudes y pecados, de suerte que, si el Cielo no la confortara, hubiérase acelerado su muerte, con la pena que le causaba tal consideración.

La Santísima Virgen la consuela en esta prueba.

Mas el día 8, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, y fecha conmemorativa de su profesión, se le apareció la Madre de Dios y la consoló, dejándola tranquila y sosegada, según ella misma refirió a una de sus hijas de esta manera: *Hija, ten por cierto que a no haberme socorrido y atajado mi consideración esta querida Madre mía, sin duda, a manos de esta atención a la cuenta, de este no ver en mí sino faltas y más faltas, y no a las de la enfermedad, me habían de hallar muerta.* Luego prosiguió diciéndola cómo la Reina de los Angeles, antes de despedirse de ella, la dijo: *Hija, yo estoy contigo, y mi Hijo no te desamparará; aquí está, no te aflijas, ya se te va acercando una felicidad eterna.* Pronunciadas estas últimas palabras, la Santísima Virgen, la vistió un ropaje resplandeciente, en premio de la devoción que siempre le había profesado. Con estos anuncios de su tránsito, su alma inundóse de nueva alegría, porque se había ya llegado el momento de verse para siempre con el Divino Esposo en el cielo.

Su testamento espiritual.

El Reverendo Padre Francisco de Acosta, avisado por la Madre María Evangelista del estado grave de nuestra enferma, se presentó en Toledo al atardecer del día 11. No fué al Convento de San José entonces, por no ser hora oportuna, pero envió recado en seguida, preguntando cómo se encontraba la Sierva de Dios. El 12, a las siete de la mañana, celebró el santo sacrificio en la iglesia de las Carmelitas, y, después de la acción de gracias, subió al locutorio donde estuvo con la Prelada enterándose de la enfermedad de Sor María. Terminada la conferencia, la Madre Evangelista, dejando a otras religiosas con el Padre Acosta, fué a la celda de la venerable Madre, con el objeto de anunciarle la llegada de este benemérito Agustino.

Ella, apenas oyó esta noticia, rogó a la Priora la bajasen a la red del locutorio, para despedirse de este su Confesor y recibir de él la última bendición, y a la vez la pidió licencia para legarle algunas mandas piadosas. El Padre Acosta supo este exceso de humildad y obediencia, no quería bajase la Sierva de Dios, temiendo le diera algún desmayo; mas ella con su aire jovial y agrado ordinario, le envió a decir con las enfermeras: *Díganle, que yo le aseguro no quedará irregular.* Al fin bajó, se despidió de él, le encomendó su alma con palabras llenas de fe, de amor de Dios y deseos de salir cuanto antes de este destierro. Además, le habló de otras muchas cosas relacionadas con algunas religiosas; le entregó un crucifijo del que ella había recibido innumerables favores y le encargó hiciese cumplir con puntualidad las dos fiestas solemnes que el Señor la mandó establecer, antes de profesar, en honor del Santísimo Sacramento y de la Santísima Virgen; le aseguró que había de entrar en el Convento para asistirle en los últimos instantes, cosa que a él le pareció imposible, porque este derecho les pertenecía a los Carmelitas Descalzos, y le pidió su bendición, la cual recibió con

ternura y respeto, e inmediatamente volvióse a la celda llevada por dos religiosas.

Una súplica y una invitación.

El día 13 de Septiembre, la Sierva de Dios amaneció con suma aflicción en el alma, con terribles luchas interiores que la presentaba el demonio, y con tan excesivas congojas, que pidió a los Médicos con mucha instancia, la mandasen administrar la Extremaunción. Los Doctores no accedieron a su petición, por encontrarla con pulso fuerte. El sentimiento que esta contestación causó en ella, fué tan grande, que levantando los ojos al cielo hizo esta súplica: *Señor, disponed de esta Sierva vuestra lo que os plazca; pongo ante Vos por intercesora, como mía, la Sangre preciosísima de vuestro Divino Hijo, y los méritos de su purísima Madre; haced, Señor, en mí lo que fuéreis servido, que si yo me miro a mí, ya, Señor, no puedo más.* Al eco de esta súplica se le apareció Jesucristo y la invitó a la gloria con estas palabras: *María, escoge: o ver la traslación de mi Cuerpo Sacramentado a la nueva iglesia, o verla desde mi reino, trayendo en tu compañía el alma de D. Gaspar Carrillo. Pues he determinado que esté en purgatorio hasta que tú vengas al cielo.* A esta invitación respondió ella: *Señor, ya quisiera yo haber ido; mas la Prelada me ha mandado que aún os pida vida, ¿qué he de hacer?* A esto le replicó su Divina Majestad: *Pídele la licencia para morirte, que yo haré que quiera.* Estaba la Piora cerca de la cama de la enferma, la cual ya apenas podía hablar, y por medio de señas la llamó para que se llegara a la cabecera, la tomó de las manos y con sumo gozo y amabilidad la dijo en voz baja: *Madre, ¿quiere darme Vuestra Reverencia licencia para morirte?* A lo cual respondió la Madre María Evangelista: *Hágase la voluntad de Dios.* Y desde este punto, la enferma comenzó a dar señales de que se moría, alzó los ojos a la imagen de un santo Cristo, y no volvió a hablar más palabras.

Cumplimiento de una profecía.

Al notar las religiosas grande cambio en la enferma, les fué preciso avisar con toda urgencia, para que entrasen a dar la Extremaunción a la venerable virgen. En la iglesia estaban celebrando el santo sacrificio dos Carmelitas Descalzos que hacía pocos momentos habían salido de la Clausura; uno de ellos terminaba ya la Misa, y el otro casi estaba al principio. El que acabó antes, escrupulizó entrar solo en el Convento, y todos a una escrupulizaban detenerse en cosa tan grave; pero he aquí que en estas zozobras llega el Padre Francisco de Acosta que, por su afecto a la Sierva de Dios, apenas faltaba un instante del torno para saber de su salud, e instado por el Carmelita que ya había celebrado, entró con él a la Clausura y en el momento recordó que la profecía de la enferma estaba cumplida. Sor María al verlo en la celda mostró gran contento, según lo dió a entender con los ojos, no sólo a él, sino a toda la Comunidad. El Carmelita le cedió con mucho gusto la administración del último Sacramento, y el Padre Acosta lo aceptó con gran consuelo de su alma.

El cielo en la celda de Sor María.

Mientras el Reverendo Padre Acosta administraba la Extremaunción a la moribunda, la Reverenda Madre Priora, María Evangelista, la Madre Ana de la Trinidad, y la Madre Beatriz de San José vieron, según deponen con juramento, a la cabecera de la Sierva de Dios a Jesucristo, con los brazos abiertos, para recibirla; a sus lados a la Santísima Virgen y San José, y alrededor de la cama a San Juan Evangelista, Santa María Magdalena, los diez mil Santos Mártires y otros muchos santos que la estaban esperando.

Vuela a la gloria reclinada en los brazos de Jesucristo.

Terminadas las ceremonias de la Unción, la venerable

virgen se recogió en sí misma, cerró los ojos y la boca, levantó las cejas, y entregó su espíritu purísimo en manos del Creador, quedando como extasiada, con semblante tan apacible y alegre, y con el color del rostro tan sonrosado, que, casi ninguna de las religiosas se apercibió de que había expirado, a excepción de las tres citadas, que la vieron subir desde su cama a la gloria, entre aquella multitud celestial de bienaventurados y reclinada sobre los brazos de Cristo. Sucedió este feliz tránsito de diez a doce de la mañana de este mismo día, mes y año de 1640, teniendo la Sierva de Dios ochenta años y veintiséis días de edad, y sesenta y tres y un mes de hábito religioso.

¡La Santa ha muerto!

Apenas se enteró la Ciudad de la muerte de la Sierva de Dios, por todas las calles y plazas, no se oía otra cosa sino esta exclamación de tristeza, envuelta entre lágrimas: *¡La Santa ha muerto!* Muchas personas de todas clases acudieron a ver el cadáver. Las religiosas lo habían vestido y puesto junto a la reja del coro; donde permaneció hasta las once de la mañana del día 14; todos se detenían a mirarla con sumo agrado, porque sus ojos estaban tan vivos, que parecía aún despierta, sus pies y manos tan tratables, que no parecían de cuerpo muerto, sino de quien duerme en sosegado sueño, y su rostro tan apacible y de buen color, que muchos la hubieran hablado, a no saber, por otra parte, que era difunta.

Muestras de especial veneración.

Los concurrentes mostraban su devoción hacia Sor María, entregando sus rosarios y otras alhajas a las religiosas, para que los tocasen al cadáver, en cuya ocupación se empleó una monja toda la mañana. Este concurso de personas y otros signos de veneración a la memoria de la Sierva de Dios, se manifestaron más en las exequias. Acudió a la Misa y

entierro toda la Ciudad, el Clero regular y seglar en gran número; todos a una voz la aclamaban por *santa*, y esta voz era la expresión del sentimiento y amor que la profesaban.

Un milagro en las exequias.

La Capilla de la Catedral Primada asistió a cantar las exequias de la Sierva de Dios, y al repetir aquel verso: *Ten misericordia de mí, porque soy enferma; sáname, porque mis huesos se han conturbado*, la Sierva de Dios habló desde el féretro a una monja, según ésta afirmó después con juramento, y la dijo: *No estoy enferma, sino sana, porque ya mi salud es eterna*. Además, empezada la Misa fúnebre, se oyó cantar en la misma al cadáver de Sor María, como señal de que ya gozaba al que todavía honraba con el culto divino; siendo testigos de este prodigio D.^a Jerónima de Andrada, su hija D.^a Inés de Andrada y una criada suya, quienes, como vecinas del Convento y amigas de la difunta, conocían perfectamente la voz de la venerable virgen entre las de otras monjas, por ser ya anciana, enferma y colocarse siempre junto a la reja del coro, donde la oían ordinariamente cantando las divinas alabanzas del oficio canónico y las Misas, con gran edificación suya. Este día, a las once de la mañana, se le dió sepultura entre las dos rejas del coro, quedando las religiosas traspasadas de dolor con la pérdida de una Madre tan amada y tan *santa*.



Capítulo XXXI.

Fama póstuma de la santidad de la Sierva de Dios.

En husca de sus reliquias.

Muchos fieles, ávidos de poseer cualquier objeto de Sor María, cuando lo hubieron logrado, guardáronlo como veneranda reliquia. Los médicos y cirujanos que prestaron asistencia a la Sierva de Dios en sus enfermedades, fueron los primeros en pedir a la Reverenda Madre Priora, María Evangelista, les agraciara con algunas hilas o paños de aquellos que habían servido para cubrir las heridas de su cuerpo virginal. Otros se conformaban con algo que hubiesen tocado sus manos, colocándolo, cual preciosísima alhaja, debajo de viriles.

Innumerables personas y títulos de la nobleza española residentes en Madrid, al enterarse de la muerte de la venerable Madre, escribían cartas a la Priora de las Carmelitas de Toledo, suplicándola les enviase partículas de los despojos de la Sierva de Dios. Entre ellas figuran la Sra. Condesa de Paredés, Aya de la Infanta D.^a María Teresa, hija de Felipe IV, la cual pidió con mucha instancia el escapulario que Sor María había usado, cuya prenda recibió de rodillas y la besó con el mismo afecto y veneración que la tenía en vida. Las Sras. Marquesas de Povar y Bedmar, íntimas amigas de la Sierva de Dios, pidieron las túnicas que hubiese usado en sus más penosas enfermedades. La Sra. Condesa de la Puebla de

Montalbán, rogó se la remitieran algunos vendajes que cubrieron sus llagas.

Las hijas de Santa Teresa, codiciosas de las prendas de su querida Hermana y Madre, María de Jesús, todas a porfia instaban para alcanzar algún recuerdo que perpetuase en su respectivo monasterio la *santa* memoria de la venerable virgen. Las Carmelitas de Consuegra conservan de ella todavía una camisa; las de Medina del Campo, un velo negro; las de Salamanca y San José de Valencia, lienzos empapados en el óleo que destila su cuerpo. Las más favorecidas fueron las Carmelitas de Malagón, pues aún guardan un cuadro copia del que el Reverendo Padre Francisco de Acosta mandó pintar estando amortajada en el coro la Sierva de Dios, un trozo de su capa blanca, otro del velo negro, bastantes cabellos, gran parte del sudario que la envolvió en el sepulcro y un paquete de varios objetos. Las de Francia, Flandes e Italia no se quedaron atrás; a sus reiteradas peticiones, hubo de enviárseles gran número de reliquias y estampas de la Sierva de Dios.

Ramillete de siemprevivas.

Desde el día de la muerte de Sor María, la fama de su santidad, no se ha extinguido, a pesar de los transtornos y revoluciones desarrolladas en España. Desde aquella fecha, las Carmelitas de Toledo se encomiendan a ella en todas sus necesidades, habiendo recibido, por su intercesión, multitud de favores y curaciones prodigiosas. Las Maestras de Novicias han tenido gran cuidado de llevar sus discípulas ante el sepulcro de la venerable virgen en las grandes tribulaciones, invocándola allí con fe, para alcanzar la tranquilidad del alma. Todavía conservan la costumbre de honrar la memoria de Sor María el 12 de Agosto de cada año, en cuyo día tomó el Hábito Carmelitano; en esa fecha se omiten las mortificaciones ordinarias del refectorio, cual si fuera domingo o fiesta solemne.

Los Carmelitas Descalzos, queriendo conservar la *fama de santidad* de la Sierva de Dios, y recabar, con el tiempo, de la Sede Apostólica, su beatificación, hicieron información jurídica de su vida, virtudes y milagros, a los pocos meses de su muerte y en Mayo de 1646. Entre ellos era opinión común y tradicional, hasta la exlaustración de 1835, que Sor María había ejercitado todas las virtudes en grado heroico; y por eso los cronistas del Carmelo Teresiano, al citar a Sor María de Jesús, por cualquier motivo, en sus historias, le han dado el título de venerable.

El pueblo cristiano, durante dos siglos, siguió mirando como *santa* a Sor María, y buscando sus despojos cual rico tesoro, para aplicárselos a los afligidos y enfermos.

Progresos de esta fama.

El 1908, los Carmelitas Descalzos creyeron llegado el tiempo oportuno de gestionar la beatificación de la Sierva de Dios y pusieron manos a la obra. Desde entonces, esta fama de santidad se ha propagado de una manera asombrosa; no obstante la difícil comunicación de unas naciones con otras, a causa de la guerra europea, a Sor María se la invoca en las Repúblicas de América, en Francia, Italia, Portugal y África.

En España no hay provincia, ciudad, villa, pueblo o aldea, donde no se la conozca; no hay persona, de cualquier clase y edad que sea, que no recurra a ella en sus aflicciones; la invocan el rico y el pobre, el hombre de brillante profesión y el obrero, el sacerdote y el militar, la señora aristocrática y la modesta artesana, el grande y el niño, el mendigo y el encarcelado. Así hablan las innumerables cartas dirigidas a las Carmelitas de Toledo y al Vice-Postulador de la causa de su Beatificación.

La prensa católica acoge con entusiasmo las cosas que se cuentan de Sor María de Jesús, e inserta en las columnas de sus periódicos y revistas los favores que Dios concede por su intercesión. Más de dos años llevan publicando estas

gracias, con verdadera constancia, *El Diario de Avila*, *El Noticiero Extremeño*, de Badajoz, *El Centro*, de Cuenca, *La Verdad*, de Murcia, *La Semana Católica*, de Salamanca, *La Luz de la verdad*, de Lugo, *El Regional*, de Valladolid, *El Pilar*, de Zaragoza, *La Semana Parroquial*, de Gijón, *La Propaganda Católica*, de Palencia, y *La Semana Religiosa*, de Oviedo. Por no alargarnos más dejamos de citar otros muchos diarios de nuestras capitales que, de vez en cuando, llegan a nuestras manos, refiriendo los beneficios que el Señor dispensa a cuantos se encomiendan a Sor María de Jesús.

Para satisfacer las justas y continuas peticiones de los devotos de la Sierva de Dios, en los cuatro últimos años 1914-1918, se han distribuido cuatro mil fotografías, sesenta mil estampas, setenta y ocho mil ejemplares de su novena, y ciento cincuenta mil reliquias de la venerable virgen.

El Santuario de Toledo.

La Iglesia del Convento de San José de Toledo se ha transformado en concurrido santuario. A cualquier hora del día se encuentran personas postradas ante el sepulcro de la *Santita*, como vulgarmente se la llama, pidiendo a Dios, por su intercesión, ora la solución de asuntos difíciles, ora la conversión de algún ateo o pecador empedernido, ora una colocación con qué ganar el sustento; ya el remedio de las necesidades espirituales, ya la curación de enfermedades crónicas, agudas y mortales.

El sepulcro de Sor María es visitado, no sólo de los habitantes de Toledo, sino de muchas personas de otras provincias de España y aun del extranjero, que van a pedirla favores o darla gracias por los beneficios recibidos del Señor, mediante su valiosísima intercesión.

El Album en que firman los visitantes del sepulcro de la venerable virgen, es testimonio elocuente de la devoción que lo profesan todas las clases sociales de las diferentes

regiones de la Península Ibérica. En él figuran títulos nobiliarios, abogados, profesores, militares de alta graduación, canónigos, religiosos de varias Ordenes, simples sacerdotes, religiosas de diferentes Institutos modernos, seminaristas, estudiantes de Medicina, alumnos de la Academia de Infantería, del Instituto Provincial, y de otros Colegios de segunda enseñanza.

¿Qué se experimenta ante el sepulcro de Sor María?

No es fácil explicar las emociones que se sienten cuando se ora ante la tumba de Sor María. Unas personas experimentan cierta dulzura espiritual, otras una como renovación interior del espíritu, quiénes aumento de su fe, quiénes grande confianza en Dios, muchos conformidad con la divina voluntad, la inmensa mayoría sumo afecto a la misma Sierva de Dios. De idénticas emociones participan los que allá en el seno del hogar se encomiendan a ella, según lo declara el sinnúmero de cartas que hemos recibido y seguimos recibiendo de los mismos devotos y favorecidos.



Capítulo XXXII.

Milagros de la Sierva de Dios después de su muerte.

Prodigiosa incorrupción de su cuerpo.

Dios confirmó la santidad de su amada Sierva con la incorrupción de su cuerpo virginal. A los veinticuatro días de enterrada, se inauguró la nueva iglesia, coro bajo y ángulo principal del Monasterio. Como los locales anteriores, destinados al culto, iban a ser demolidos, fué preciso trasladar el féretro con los restos de Sor María al claustro donde se enterraban las demás religiosas, el cual estaba atestado de materiales viejos y su techumbre llena de goteras. Aquí, pues, dieron nueva sepultura a la venerable Madre, advirtiéndole que la tierra de este local, según se había experimentado por espacio de treinta y dos años, en seguida consumía los cadáveres.

Las monjas, viendo la poca decencia del sitio y las continuas humedades debidas a tantas goteras, temieron quedarse sin ninguna reliquia de su querida *Santa*, como ellas la llamaban, y, a los catorce meses, resolvieron una noche a ver en qué estado se hallaba su cuerpo. A eso de las dos y media de la madrugada, la Reverenda Madre Priora, Sor Ana de la Trinidad, acompañada de otras tres religiosas, bajan al claustro de las difuntas, quitan escombros, desvían maderos y caban en la sepultura de la Sierva de Dios hasta llegar al féretro. Una vez descubierto, le abren, levantan el sudario y encuentran el cuerpo entero, terso y

blanco, cual si fuera de marfil; en el cuello y pecho veíanse las venas azules, en el lacrimal del ojo derecho se distinguía perfectamente, por su color pardo, la herida que había tenido en él, e igualmente en el lado derecho de la garganta una parótida, por donde vino a supurarse la última enfermedad. El rostro estaba lleno, los ojos enteros, la frente lisa, la boca entreabierta, la lengua fresca, los brazos flexibles, toda su carne tratable, de suerte que más parecía persona dormida que un cadáver.

Las cuatro religiosas, alegres y admiradas de la incorruptibilidad de su *Santa*, volvieron a cerrar el féretro y rellenar el sepulcro con tierra, aunque sin apretarla, ya por falta de fuerzas, ya por la precipitación y el poco tiempo que les quedaba para ir al coro con la Comunidad; con esto y las frecuentes lluvias de aquel año, que formaron gran charco sobre la misma sepultura, vino a quedar el cuerpo enterrado entre un lodazal, por espacio de otro año y medio.

Nueva traslación de la Sierva de Dios.

A fines de Febrero de 1643, el Reverendo Padre Felipe de San José, Provincial del Carmen Descalzo, avisado antes de lo sucedido, fué a Toledo con la idea de sacar el cuerpo de la Sierva de Dios de aquel sitio y colocarlo en otro más digno. Con este motivo, llamó a los dos hermanos e insignes bienhechores de aquellas Carmelitas, los Reverendos Padres Francisco y Juan de Acosta, quienes, prevenidos de ricos tafetanes, raso carmesí, galones y clavos dorados para el adorno del nuevo féretro, emprendieron su viaje de Madrid a la Ciudad Imperial.

Mientras los Acostas llegaban, el Reverendo Padre Provincial hizo la visita canónica en San José. El día destinado a la revisión de la clausura, entró en ella acompañado de su secretario, el sacristán del Convento y albañiles. Personados en el Claustro-Cementerio, abren la sepultura de Sor María, desocupándola de la tierra, ladrillos y cal que echaron las

monjas, extraen el féretro, le colocan sobre una mesa, le descubren y hallan el cuerpo íntegro y en las mismas condiciones que la vez anterior. Sacado el cadáver del féretro, limpiáronle bien de la tierra que se le había pegado, y, envuelto en una sábana, lleváronle a la habitación más próxima al coro, donde estuvo dos días.

Entre tanto, hizose otro féretro forrado por fuera de raso carmesí, con sus galones, brazaderas y clavos dorados, y por dentro de tafetán blanco; las monjas confeccionaron el Hábito Carmelitano de holandilla, costeadó todo ello por los dos Padres Agustinos tantas veces mencionados. Vestido y colocado el venerable cuerpo en su nueva caja, y a la hora señalada, entraron a la clausura el Reverendo Padre Felipe de San José, el Reverendo Padre Maestro Francisco de Acosta y su hermano Juan, el Reverendo Padre Tomás de San Angelo, Prior del Carmen Descalzo, y cinco religiosos más de su Convento.

De la habitación donde estaba, llevaron la caja entre los Agustinos y los dos Superiores Carmelitas, cantando el *Te Deum* a dos coros, y con velas encendidas, al coro bajo. Terminado este canto, todos besaron los pies a la Sierva de Dios, se cerró la caja con sus llaves, reservándose una el Reverendo Padre Provincial, y la otra entregó al Reverendo Padre Francisco de Acosta; luego se colocó en el nicho que ella misma mandó hacer, como se ha dicho ya, entre el pavimento y las dos rejas del coro, donde permanece hasta hoy.

Oleo milagroso.

• Cuando la Reverenda Madre Priora, Sor Ana de la Trinidad, hubo limpiado el cuerpo de Sor María, se notó que todo él, y especialmente las llagas, exudaban suave óleo, pero en tanta abundancia, que se congeló, formando una pasta sobrepuesta al lienzo en que lo recogieron, advirtiendo que una gota de este líquido penetró una tela de hilo de veinte